



PAULA R. F.

SÉ MÍA  
Y TE DARÉ  
EL MUNDO

EL TUTOR I

D.J.57

El Tutor I

Sé mía y te daré el mundo

Paula R. F.

Primera edición en formato digital: julio 2019  
Título Original: Sé mía y te daré el mundo. El Tutor I  
©Paula R. F., 2019  
Diseño de portada: Olalla Pons  
Maquetación: Olalla Pons

*Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.*

Dedico esta novela a mi marido  
por estar siempre a mi lado,  
por ser mi pilar.

# Prólogo

*Villa Giuseppina, Lago di Como, Italia. Diciembre, 2009.*

Hans se movía, contenido. Sujetaba el mango de un látigo corto, de tela trenzada, y lo hacía restallar con firmeza contra la piel expuesta ante él y ante Leandro, su joven amigo.

La sumisa, suspendida del techo por delicadas e irrompibles cuerdas color rojo sangre, inmovilizada a merced de esos dos implacables Dominantes, no perdía detalle de los músculos del torso fibroso y desnudo de Hans, de los desplazamientos de los fuertes brazos y las elegantes manos.

Era una cesión compartida y ambos la estaban sometiendo con tórrida voluntad. Eran ardientes, implacables y severos, y la hacían estremecerse de dolor y de placer cada vez que la rozaban con el látigo.

Hans se movía a su alrededor y ella se tensaba, con ansia anticipada, al notar el ardoroso calor corporal masculino rodearla como si fuera una manta, antes de que la tocara. Se derretía de puro éxtasis cada vez que las manos de esos dos Dominantes, tan fieros como apasionados, la tocaban. Se sentía usada de tantas enloquecedoras y lujuriosas formas que su mente había entrado en una espiral ascendente y deliraba de placer.

Leandro se mantenía apartado, en ese momento, y disfrutaba al contemplar la dominación que ejercía su amigo sobre la soberbia sumisa de la Ama Iria. Después de tanto tiempo compartiendo correrías por el submundo del BDSM<sup>1</sup> sabía que Hans era un consumado hedonista y daba tanto placer como tomaba.

Hans enarboló el látigo y lo descargó con fuerza sobre la espalda sinuosa, de tersa piel dorada, ahora enrojecida. Resonó el sonoro golpe entre las paredes de piedra caliza. Un sonido apagado, como ahogado, seguido al cabo de unos segundos de una profunda inhalación y un femenino gemido bajo, gutural y tan sensual que las respiraciones masculinas sufrieron un serio revés.

—¿Recuerdas lo que te ordené al empezar, Corey<sup>2</sup>? —preguntó Hans con una peligrosa voz de seda por la desatada lujuria que le recorría las venas, en un tono tan grave y enronquecido que las paredes devolvieron un viril eco oscuro que erizó los poros de la hembra a su merced. Se mantenía tranquilo, sin demostrar las emociones que lo asediaban, pero la entrega de esa sumisa le inundaba la sangre como si fuera una potente droga. Una a la que se había

hecho adicto desde muy joven. La mente se le colmaba de endorfinas y el cuerpo se le sublevaba hasta la locura, encendido de ansia.

Caminó por la amplia estancia y se detuvo delante de la bella mujer de cabello castaño, suspendida en el aire, enredada entre un bondage<sup>3</sup> de cuerda que pendía de un reforzado gancho, del techo. Con los brazos atados detrás de la espalda, los turgentes y redondos senos se erguían en una compresión de cuerdas que los delineaban y sujetaban. El torso femenino, constreñido por un bello e intrincado cordaje, se elevaba en el aire, arqueado, con la cabeza más alta que las caderas para que los dos Dominantes pudieran acceder, a la perfección, a toda la anatomía femenina. Las piernas, dobladas por las rodillas, estaban atadas de forma separada para un mejor manejo y exposición del sexo, cada vez más húmedo y excitado. A cada instante más enrojecido y dispuesto.

Un embriagador deseo recorría a Korey. Su piel estaba tan sensibilizada que notaba cada pequeño soplo de aire que recorría la estancia por los movimientos de los hombres a su alrededor. La estaban sometiendo con tal maestría que su cuerpo ardía con cada sutil caricia, roce. A cada contundente azote, demoledores pellizcos o profundos y húmedos besos.

Y respondía, entregada.

Con la mirada, con el cuerpo, con la piel erizada. Receptiva a todo lo que ellos quisieran hacerle, erotizada por el acuciante deseo de complacerlos que desataban en ella.

Los ojos castaños, con preciosas motitas verdes en el fondo de los iris, se agrandaron asustados al escuchar el tono bronco y suave, signo inequívoco de la contrariedad masculina y frunció los labios, contrita. Aunque al mirarlo no pudo evitar exhalar un suspiro de embeleso al ver a Hans erguido ante ella. Tensa piel dorada cubierta por un mapa de fino vello no demasiado oscuro, pero muy viril, unos pantalones negros de pinzas marcaban la estrecha cintura y cadera, y delineaban las fuertes y largas piernas. Elevó despacio la mirada hacia los encendidos ojos color cobalto y al descubrir la descarnada lujuria bullir en el fondo de esos iris un estremecimiento recorrió su espinazo, le envolvió las caderas como si fueran las ardientes manos masculinas y estalló en el clítoris inflamado. Cerró los ojos y se contorsionó entre las cuerdas bajo la brutal descarga erótica y volvió a gemir, ardorosa, sin poder evitarlo. Al instante tornó a abrir los ojos y miró a Hans de nuevo, esta vez con la culpabilidad rebosante en sus pupilas.

—Silencio, mi Señor. Me habéis pedido silencio —respondió al fin con un

hilo de voz. Apretó los labios con rabia al asañarla el remordimiento. Bufó en su interior, molesta consigo misma. Era inevitable, nunca podía mantener la boca cerrada. En cuanto sentía el deseo de su Ama Iria o de los Dominantes a los que esta la cedía, la lujuria la poseía, el ansia de entregarse a ellos la desbordaba y desobedecía las órdenes impuestas de forma involuntaria. De inmediato se disculpó, ansiosa—: ¡Perdóneme, mi Señor! No volverá a ocurrir —garantizó. Deseaba tanto complacerlo que la piel le hormigueaba de acatamiento. Lo miró suplicante y rogó de forma lastimera, aunque con un brillo de picardía en el fondo que no pudo reprimir—. ¡Por favor!

Hans permaneció ante ella, firme, con una mirada dura e impenetrable. Korey permaneció largos segundos bajo esa fijeza. Los nervios aumentaron a cada milésima, como si el tiempo se acelerara y ralentizara a la vez. El corazón se le apresuró tanto que llegó a temer que él abandonara la mazmorra, dejándola sola allí, insatisfecha, y lo que era peor, avergonzada de haber fallado.

Hans se volvió hacia Leandro.

—¿Tú qué crees que merece esta perra? —inquirió con el rostro muy serio.

Leandro reprimió las ganas de soltar una carcajada. Conocía a Hans a la perfección y sabía que bajo esa expresión impenetrable se escondía una diversión maliciosa. Compuso su mejor cara de póker, gracias a las timbas que jugaba los jueves con sus amigos, y contestó en tono severo:

—Un castigo ejemplar.

La sangre de Korey burbujeó en sus venas de anticipación. Le encantaban los castigos. El dolor era su placer, lo ansiaba, lo deseaba y se derretía bajo el yugo de poder que recorría su ser cuando la sometían con castigos.

Hans asintió y se acercó a ella. Una sonrisa bailaba en las comisuras de los ojos masculinos, divertido al ver a esa sumisa de piel entregada provocarlo, pero se negó a dejarla salir, dispuesto a hacerle saber que la desobediencia siempre, siempre, traía consecuencias. Adelantó la mano, le cogió la barbilla con extrema suavidad y ordenó, grave:

—Abre la boca y cierra los ojos.

Korey redondeó los ojos de asombro por el inesperado giro, pero al instante los cerró al tiempo que reprimía un ronroneo de gusto al imaginarse que él iba a llenarla y abrió la boca, mientras mentalmente se relamía de gozo.

Pero Hans, malévolo, empujó su hombro con un toque decidido. El cuerpo

femenino se volteó como un péndulo, suspendido de las cuerdas, y giró ciento ochenta grados. Una vez que la tuvo de espaldas a él, la inmovilizó para que no siguiera rotando y se encaminó a los estantes de piedra que había al fondo de la estancia, junto a la cruz de San Andrés. Cogió unas pinzas metálicas y se acercó de nuevo a ese delicioso cuerpo expuesto.

—Ahora comprobarás lo poco que me gusta que me desobedezcan, Korey —pronosticó con voz endurecida, pero con una sonrisa tan lujuriosa que la habría estremecido de haberla podido ver.

De improviso Korey sintió la mordida del metal, frío como un témpano, en la tierna y sensible piel de sus labios genitales. A punto estuvo de exhalar un grito por el inesperado dolor y el glacial contacto que hizo convulsionar su vulva caliente. De inmediato recordó que era una represalia y logró retenerlo a tiempo tras sus dientes. Recibió la terrible presión de las pinzas, una detrás de otra, con la boca abierta como le había ordenado él, pero sin sonido alguno que saliera de ella.

Y en ese preciso instante tocaron a la puerta. Un toque suave, pero firme, inequívoco.

Hans gruñó, colérico. Odiaba que lo interrumpieran cuando estaba en plena sesión de BDSM. No respondió, pero el que se hallaba al otro lado de la puerta insistió otra vez y renegó un improperio en el silencio de la mazmorra.

—Di órdenes, muy específicas, para que no se me molestara —declaró con dureza, sin abrir, alzando la voz en dirección a la puerta.

—Lo siento, Sire, pero le llaman por teléfono. Es muy importante —sonó la voz inusualmente alterada de Duncan, el mayordomo, tras la gruesa madera.

Hans entrecerró los ojos, inquieto, al oír el tono ahogado de su empleado. Intercambio una mirada con Leandro y se acercó a la puerta para abrir. Duncan, con la cara pálida, le entregó el teléfono inalámbrico sin decir nada y se retiró.

—Hans al habla —contestó, malhumorado.

—Hans, soy Edward.

Al otro lado del hilo, desde Inglaterra, lo sorprendió la apenada voz de su amigo Edward Holmes, antiguo compañero de Oxford.

—¡Ed! —exclamó, sorprendido y al instante preguntó, alarmado—. ¿Qué ocurre?

Su amigo le comunicó una terrible noticia de un accidente automovilístico, cuyas consecuencias cambiarían su vida de forma irrevocable. Su ánimo



sufrió un drástico revés y el corazón se le resquebrajó, lleno de dolor, por la repentina pérdida de dos de sus mejores amigos: Conrad y Serena.

# 1

Diciembre, 2009. Londres, Inglaterra.

Hans abrió la puerta del coche, un elegantísimo Rolls Royce Silver Cloud III, con energía sin esperar al chófer. Descendió con desenvoltura y se quedó quieto bajo los altos tilos. Observó el lúgubre lugar con rabia, se sentía impotente y detestaba no poder luchar contra algo tan incontestable como la muerte. Era un hombre de acción y quedarse quieto ante la adversidad le repateaba las entrañas. Rechinó los dientes, atormentado, y empezó a andar. Cuánto antes acabara con todo esto mejor.

Era un día gris, lluvioso. Triste y desangelado, muy apropiado para lo que estaba sucediendo en ese momento en el cementerio de Highgate, al norte de la siempre procelosa Londres.

El lugar permanecía en un distintivo silencio, en una calma densa como si esa zona fuera un tiempo para la espera.

Hans avanzaba por el estrecho sendero, entre las antiguas lápidas de gente famosa y no tan famosa que compartían el descanso eterno bajo losas cubiertas de hiedra, sin preocuparse por la humedad que lo impregnaba todo y que mojaba sus brillantes zapatos italianos.

Perteneciente a una de las familias más aristocráticas de Europa, sus raíces estaban diseminadas por todo el territorio continental. Su abuela materna era una conocida baronesa bávara, su padre un prestigioso magistrado italiano de la Casa de Ventimiglia. Su madre era una princesa búlgara y su abuelo paterno un *gentleman* inglés, descendiente de galeses irreverentes y pasionales.

Él se había asentado en Madrid, entre una casa de campo en la sierra madrileña, herencia de su abuela paterna, y un piso en el Paseo de la Castellana, en el popular barrio de Salamanca. Consideraba esa ciudad cosmopolita y cultural su auténtico hogar, cuando no viajaba por el ancho mundo para atender sus numerosas empresas dedicadas a la investigación de energías renovables, al comercio global sostenible, inversiones en bolsa, hostelería y su cadena de restaurantes: «Hans'5» de comida creativa, famosos en todo el mundo por la originalidad de sus menús únicos.

En ese momento no llovía en el camposanto, pero unas nubes plomizas, pesadas y oscuras advertían que dentro de poco descargarían un diluvio sobre los que se reunían en el enmudecido lugar.

Hans llegó junto a un sepulcro sobre el que vigilaba un ángel protector, con el triste rostro marmóreo inmortalizado para toda la eternidad, y se detuvo. Contempló, de lejos, a los congregados al funeral y el corazón se le contrajo, afligido, al descubrir a Ivy sentada en una silla, encogida sobre sí misma, entre los amigos de sus fallecidos padres.

La tragedia, en forma de un camión de cincuenta toneladas en una vacía carretera de montaña, se había llevado a sus dos buenísimos amigos de treinta y dos, Serena, y a Conrad, de treinta y tres años. La misma edad que tenía él. Y había dejado huérfana a una niña de catorce años que no tenía a nadie más en el mundo.

La carita de Ivy, desolada e infeliz, partió el corazón de Hans y tuvo que cerrar los ojos, atribulado.

¿Sería capaz de llevar a cabo la tarea que le habían encomendado Conrad y Serena?

La fenecida pareja se había conocido en un intercambio estudiantil en España, país natal de Serena, cuando ambos eran adolescentes. Y Conrad y Hans habían sido inseparables amigos desde que habían asistido juntos a Oxford para estudiar la carrera de derecho.

Volvió a abrir los párpados y lanzó un suspiro inaudible junto a esa tumba desconocida. Para bien o para mal a partir de ese momento era responsable de la vida de una niña —a la que conoció en muy diferentes y mucho más felices circunstancias hacía siete años—, que era incapaz de llorar su dolor, ahora de pie, frente al ataúd doble que la separaba de sus padres, casi sepultados por multitud de centros de rosas blancas: las flores de Serena. Se fijó en que ella sujetaba una entre las manos y observó unas gotas de sangre resbalar por el dorso. Ivy debía estar clavándose una espina y seguro que ni lo notaba. Estaba convencido de que provenía del jardín de la gran mansión georgiana en Rochester, Kent, propiedad de Conrad desde que la heredó de sus padres.

En ese momento el clérigo que oficiaba el funeral pronunciaba palabras de consuelo que no consolaban a nadie y al final se dirigió hacia Ivy y le apretó las manos, en un gesto que intentaba ser confortador. Ella elevó los inmensos ojos color zafiro, vacíos de cualquier emoción, y miró al hombre —Hans apostaría lo que fuera—, sin oírlo.

Rechinó otra vez los dientes, torturado por el dolor de la chiquilla. Era hora de llevársela de ese lugar de muerte y dolor. Había perdido a dos de sus mejores amigos en ese maldito accidente y ahora debía lidiar no solo con su propia pérdida, sino con el padecimiento de una adolescente cuyo único

referente a partir de ahora sería él mismo.

Amables conocidos intentaban conversar, darle el pésame a Ivy y decirle que sus padres estarían siempre a su lado. Pero ella seguía con esa expresión vacua que le rompía el alma. Determinado avanzó hacia los reunidos, mientras los operarios del cementerio hacían descender el ataúd. Solo entonces el rostro adolescente se crispó y miró el descenso del féretro doble con horror.

Sin que nadie a su lado reparara en ella, avanzó hacia el foso y de su mano resbaló al suelo la rosa que antes estrujara entre las palmas, heridas por las espinas, donde permaneció olvidada.

Por suerte Hans ya estaba muy cerca. Con rápidos reflejos se lanzó hacia ella y la envolvió entre sus brazos un segundo antes de que perdiera pie y se precipitara a la oquedad.

—¡No! —gimió Ivy con la voz estrangulada. Luchó contra él en su afán de seguir a sus padres para que no la dejaran sola, pero Hans la abrazó con más fuerza.

—Shhh, tranquila, Ivy. Tranquila —exhortó con dulzura.

Ivy elevó el rostro demudado y lo miró asombrada, como si no supiera quién era. Al final el reconocimiento inundó sus pupilas.

—Hans... —susurró, con el corazón tan herido que padecía una agonía interminable.

—Estoy aquí, cariño —aseguró él y repitió, con ternura—. Tranquila. Estoy aquí. — Le acarició el cabello mientras la miraba con una expresión de inmensa tristeza.

El rostro femenino sufrió una convulsión. Los luminosos ojos, hasta ese momento secos, se inundaron y un torrente de lágrimas empezó a fluir, incontenible, por el rostro blanco como el mármol.

Ivy negaba la cruda realidad, meneaba la cabeza una y otra vez. Intentaba alejarse de él, le ponía las manos en el pecho y empujaba sin fuerzas mientras el horror hacía presa en ella. Abrió la boca en un gesto torturado y un gemido, ronco, profundo y desgarrador surgió de su garganta hasta convertirse en un alarido de desmedido dolor.

Los asistentes al funeral habían ido desfilando hacia el camino cercano, donde tenían aparcados los vehículos, y los pocos que todavía no se habían marchado se volvieron, entristecidos, al escuchar el grito que acabó con la infancia de Ivy.

Hans la acunó contra sí, abrumado, por el mismo suplicio que rompía su

corazón. Ivy perdió fuerzas y se derrumbó contra él, sin dejar de chillar, pero ya sin voz en un silencioso grito de agonía.

—Tranquila, *rey*<sup>4</sup>, tranquila. Lloro, llora, sácalo todo afuera, no te quedes nada —murmuró contra la coronilla femenina, sin dejar de abrazarla y mecerla, mientras su cuerpecito se estremecía contra él una y otra vez.

Entonces, como si el mismo cielo compartiera su pena, empezó a caer una fina llovizna que pronto se convirtió en un aguacero que los empapó en segundos.

—Tenemos que irnos, Ivy —advirtió Hans.

—Pero... No podemos dejarlos aquí...—murmuró ella, con el rostro escondido en la curva de su brazo—. Solos.... —pronunció la última palabra con tal convicción que Hans sintió anudarse sus entrañas.

—Vamos, voy a sacarte de aquí —anunció, decidido a llevarla lejos de ese lugar de desolación. Le pasó un brazo sobre los hombros y la condujo hacia el coche. El chófer, una mujer de uniforme, esperaba junto al vehículo y al verlos se apresuró a acercarse con un paraguas abierto.

Ivy no dejó de mirar hacia atrás en todo el tiempo que Hans la llevó hacia el auto, y una vez dentro, a salvo ya de la persistente lluvia, se acurrucó en un rincón del asiento y no dijo ni una sola palabra más.

Al cabo de unos treinta y cinco minutos el vehículo se detuvo frente de la entrada del hotel Park Plaza Westminster Bridge, en pleno centro de Londres, y Hans llevó a una conmocionada Ivy al interior del vestíbulo, con un inusual diseño que colocaba la recepción un nivel por encima del de la calle. Subieron por las escaleras mecánicas hacia la inmensa recepción, decorada con brillantes tonos rojos tras los mostradores para coger las tarjetas de las habitaciones conectadas.

—Please, over here, milord —indicó un botones al tiempo que cogía el pequeño equipaje que la chófer había bajado del coche y los guiaba hacia los ascensores.

Subieron al piso catorce y el botones abrió la puerta de una de las suites Penthouse. Se retiró para dejarles pasar y Hans, con Ivy a su lado, se adentró en una suite con dos dormitorios a cada lado de una gran sala de estar, de pulidos suelos de mármol, con unas espectaculares vistas sobre el Palacio de Westminster y el Big Ben.

Hans dio una generosa propina al chico que colocaba el equipaje sobre el mueble dispuesto para ello y este se retiró.

—Thank you very much, sir —agradeció con los ojos brillantes y cerró la

puerta de la habitación.

Hans cabeceó, con la atención puesta en Ivy. La acompañó al dormitorio que quedaba a la izquierda y la sentó en la cama, pero al no verla reaccionar le acunó el rostro entre las palmas, con cálida ternura, de pie ante ella.

—Ivy, ¿quieres comer algo? —preguntó sin saber muy bien cómo llegar a ella, pero decidido a intentarlo.

Ella elevó los párpados y un escalofrío la recorrió, pero apartó la vista y no dijo nada.

—Ivy, pequeña... —Se interrumpió y suspiró, apesadumbrado—. Será mejor que te acuestes un poco y procures descansar. Ha sido una jornada muy dura y llevas unos días de mucho ajeteo. Seguro que no has dormido desde que... —Volvió a callar, antes de mencionar la fatalidad ocurrida.

En ese momento Ivy alzó los parpados, ribeteados por largas pestañas de color marrón, lo miró y declaró, con un tono inexpresivo:

—No creo que pueda volver a dormir nunca más.

—Claro que sí, cariño —afirmó Hans, con un fiero rictus de determinación en el rostro. Se arrodilló frente a ella y continuó—: Dormirás, comerás, volverás a sonreír, volverás a reír, a disfrutar de las pequeñas cosas y de las grandes. La alegría volverá a tu vida y tus ojos se llenarán de nuevo de esperanza. ¡Te lo juro! —aseguró con la convicción que solo daba haber pasado por la misma pérdida cuando tenía dieciocho años—. Tu pena no desaparecerá, pero empequeñecerá. El dolor que sientes ahora menguará para ser sustituido por los buenos momentos y por la alegría y el amor que sentían tus padres por ti.

El corazón femenino se agitó con fuerza ante las apasionadas palabras de Hans, el hombre que ahora se había convertido en su única familia.

—¿Sí? —interrogó Ivy, mirándolo a los ojos con desesperación, como si su vida dependiera de la respuesta.

—Por supuesto que sí, *rey* —afirmó, sereno—. Tus padres te querían y se sentían muy orgullosos de ti. ¡No lo dudes jamás! —atestiguó contundente.

Ivy volvió a estremecerse y las lágrimas reaparecieron, como si él hubiera abierto el canal de sus emociones. Los escuálidos hombros empezaron a temblar y los sollozos sacudieron el frágil cuerpo femenino. Hans se incorporó, se sentó junto a ella, la abrazó y la acunó contra sí. El pequeño cuerpo de ella casi desapareció entre sus brazos. Absorbió su temblor y la apretó con fuerza, dispuesto a otorgarle parte de su fuerza.

—Eso es, cariño. Lloro —aconsejó con un nudo en la garganta—. Deja que

fluya.

En ese momento en el que la tristeza los traspasaba a ambos, Hans se hizo un juramento a sí mismo:

«Te protegeré, Ivy. Conmigo estarás siempre a salvo. Y te juro que serás feliz.

Cueste lo que cueste».

## 2

Diciembre, 2009. Madrid, España.

—¡No!

El ensordecedor grito proveniente de la habitación femenina hizo saltar a Hans de la cama. Descalzo, con el pantalón del pijama y una camiseta de algodón de manga corta, corrió por el pasillo. Al cruzar la puerta de la habitación de ella la encontró como cada mañana desde que habían regresado de Londres: sentada en la cama con los ojos muy abiertos, las pupilas dilatadas y los labios separados como si continuara gritando en silencio.

Freddo, el gato Bosque de Noruega tricolor<sup>5</sup> de un año que Conrad le había regalado a Ivy, poco antes del accidente, estaba junto a ella e intentaba tocar la cara de su dueña con una de sus grandes patas, como si quisiera consolarla. Al oír a Hans se giró hacia él y lo miró como si dijera: «¿A qué esperas? Corre, ella te necesita».

—¡Shhh! ¡Ya estoy aquí, rey!—manifestó Hans con suavidad al tiempo que se sentaba en la cama junto a ella y la abrazaba con dulzura—. Ya estoy aquí.

Ivy se agarró a sus anchos hombros con todas sus fuerzas y empezó a inhalar con rapidez. Él la acarició con dulzura en la espalda, por encima de la densa mata de cabello.

—Shhh, tranquila. No pasa nada, Shhh...

—Hans... Hans... —jadeaba ella, entre hipidos—. ¡Haz que pare, por favor! ¡Haz que pare! —suplicó temblorosa.

El corazón masculino zozobró de angustia y apretó el delgado torso contra sí con todas sus fuerzas.

—Agárrate a mí, pequeña. ¡No voy a soltarte! —susurró junto al oído femenino.

Ivy le hincó las uñas en la espalda y escondió el rostro en su cuello sin dejar de estremecerse con escalofríos de terror.

Durante las terribles primeras noches Hans llegó a temerse lo peor y durante varias semanas la vigiló con suma atención, temeroso de un intento de suicidio por parte de ella, llevada por su desesperación.

Y en las madrugadas, cuando lograba calmarla, ella no quería volver a dormirse.

—Tienes que dormir, cariño —indicó la primera noche, al ver las ojeras azuladas bajo los inmensos ojos.



—No quiero. Quédate conmigo —rogó en voz baja, pero tan llena de súplica que él no tuvo corazón para negarse.

—Está bien. ¿Qué quieres hacer?

—No lo sé —contestó con la mano sobre el cuerpo de Freddo, a su lado, como si quisiera asegurarse de que no la dejaría sola también.

Hans frunció el ceño mientras se devanaba los sesos para entretenerla y que no pensara en las pesadillas que la asediaban cada noche y en las que, según le explicaba algunas veces, buscaba en la oscuridad sin encontrar lo que perseguía jamás.

—¿Quieres que te lea algo? —preguntó, pensando que un buen libro podría abrir mundos en una mente atormentada y darle la posibilidad de recorrer nuevos caminos.

—No, eso no —negó. Entonces lo miró y pidió—: Pon «Estopa» y juguemos a algo, ¿tienes cartas o tablero de Ludo<sup>6</sup>?

Hans agrandó los ojos, estupefacto.

—¿Estopa? —preguntó inseguro. Se devanó los sesos de forma inútil. ¿Qué demonios era Estopa?

Ivy se volvió hacia su mesita de noche y cogió el móvil, seleccionó una carpeta y al poco tiempo empezó a sonar la voz de David con la canción: «Me quedaré».

Hans suspiró al comprender a qué se refería. ¡Era el grupo de música!, meneó la cabeza, aturdido por el volumen, y pensó que solo tenía cartas americanas. No creía que el póker fuera un buen juego para distraer a una niña de catorce años, aparte de que jamás se le había ocurrido comprarse un tablero de Ludo.

Freddo se tumbó junto al muslo de Ivy y ella empezó a rascarle detrás de las orejas. Era un gato muy grande, de pelaje largo, con manchas naranjas, blancas y negras repartidas por todo el cuerpo. Las patas las tenía blancas y la cola era una sucesión de rayas de diferentes colores. La cara estaba dividida entre los tres colores, en blanco en la barbilla y labios. Orejas y alrededor de los ojos —de un precioso color miel—, negro y en las mejillas naranja. Un fuerte ronroneo felino, satisfecho, acompañó la canción que sonaba a todo volumen en la habitación. Ivy había conocido al dúo español en un concierto al que asistió en unas vacaciones de verano que pasó en el pueblo natal de Serena, en Cornellá, hacía unos años, y desde entonces se había convertido en una auténtica fan.

—Tengo un tablero de ajedrez —dijo Hans al tiempo que cavilaba que al

día siguiente tendría que ir a comprar cartas de «Uno», españolas, tableros de parchís y de todos los juegos de mesa habidos y por haber, aunque esa noche Ivy tendría que conformarse con las piezas de estrategia—. ¿Sabes jugar?

—¿Ajedrez? —preguntó, curiosa y ladeó la cabeza, pensativa—. No he jugado nunca, ¿es difícil?

Hans sonrió, más tranquilo al verla distraída. Adoraba jugar al ajedrez y se moría de ganas de saber qué clase de contrincante podría ser Ivy, si al final le gustaba jugar.

—No, yo te enseño. Es fácil, ya verás —afirmó, guiñándole un ojo.

—¿En qué consiste? —preguntó, seria. Se sentó con las piernas cruzadas y colocó todas las almohadas y cojines detrás de su espalda.

—Básicamente es un juego de estrategia, tienes que mirar siempre varios movimientos por delante del que estás realizando —explicó Hans ya en el pasillo. Cogió el tablero con la caja de las piezas heredadas de su abuelo, que le aficionó cuando era un niño, de la mesita de la sala y regresó a la habitación.

Dejó el juego encima de la cama y contempló a Ivy, arrellanada en los cojines, con el cabello algo revuelto, restos de lágrimas en las mejillas y a Freddo, tumbado junto a ella, como un marajá que marcara territorio. Meneó la cabeza sorprendido y enternecido. La fuerza con la que quería proteger a Ivy del dolor le crecía en el pecho a cada día que pasaba.

Hacía muy poco tiempo que habían empezado a vivir juntos, se estaban conociendo y habituando el uno al otro. No era fácil, pero ambos lo intentaban. Hans primero por lealtad a Conrad y ahora con un naciente afecto por Ivy, mucho más intenso que antes en la que solo la trataba unos días al año, y ella por la certeza absoluta de que él era lo único que la separaba de la soledad.

Hans regresó a su propia habitación para ponerse una bata sobre la camiseta y los pantalones del pijama, y al volver vio a Ivy colocar de forma intuitiva las piezas sobre el tablero. Alzó las cejas, admirado, al ver que solo había equivocado el orden de los alfiles y los caballos.

—¿Seguro que no has jugado nunca? —inquirió mientras se subía a la cama, a los pies, y se sentaba a lo indio frente a ella.

Ivy levantó la cabeza y fijó la mirada en los iris color cobalto de Hans. Por unos segundos se perdió en su intensidad, admirada de su fulgor encendido. Sin poderlo evitar se fijó en cómo se marcaban los fuertes músculos de los hombros y el amplio pecho de Hans bajo la bata y se sonrojó. De inmediato

apartó la mirada y un ramalazo de dolor la atravesó: sus hormonas la traicionaban mientras sus padres... Sacudió la cabeza para alejar esos pensamientos y se obligó a responder. No quería volver a llorar esa noche.

—No, no he jugado —afirmó, con la voz algo temblorosa.

Hans percibió la emoción que quería esconderle en su lenguaje corporal. Ivy rehuía ahora su mirada, pero no quiso presionarla para que hablara de ello. En cambio empezó a explicarle los movimientos y al poco tiempo ella volvió a relajarse.

Al día siguiente no fue a comprar ningún juego de cartas, ni de mesa. Desde esa madrugada, el ajedrez formó parte de sus mañanas.

Madrid. Marzo, 2010

Una fría, aunque soleada, tarde de marzo Hans aparcó con destreza en una plaza para motos, libre, y apagó el motor de la BMW. Fruncía el ceño, contrariado por la petición de Ibrahim, su jefe y había aprovechado para sacar la moto del garaje, ya que no la había puesto en marcha desde la llegada de Ivy y no quería que se le quedara sin batería.

Desde que la tenía a su cargo no la había dejado sola ni un solo día.

No había podido,

Se le partía el alma cuando la veía llorar o mirarlo con esos ojos inmensos llenos de pena y dolor.

Había sido un tiempo de pesadilla en los que ella sufrió periódicos ataques de ansiedad, días oscuros en los que no salió ninguna palabra de su boca y días peores en los que se negaba a levantarse de la cama. Aparte de esos terroríficos amaneceres en los que las pesadillas que padecía los despertaban a ambos.

Y ahora debía dejarla en manos de su asistente porque no había podido negarse o, más bien, no había conseguido que Ibrahim aceptase su rotunda negativa a asistir a la asamblea, convocada de urgencia por el alto cargo recién llegado de Bruselas.

En ese momento no le apetecía, en absoluto, acudir a la reunión. Mientras se quitaba los guantes de conducción alzó la mirada hacia la Torre Espacio, el alto edificio de hormigón y cristal situado al final del Paseo de la Castellana, con una expresión torva.

En ese breve espacio de tiempo Ivy se había convertido en una parte de sí mismo. La honda necesidad que tenía de él se le había metido dentro de una forma que le colmaba el corazón y ya no podía ni pensar en alejarse de ella

sin que su ser se constriñera de añoranza. Ya no solo era su tutelada, ahora era su familia. Su instinto de protección se había desatado sobre ella y le repateaba las entrañas dejarla sola.

Se bajó de la moto, aparcada frente a la torre, cogió el casco por la abertura frontal y cruzó la explanada de hormigón hacia la entrada de cristal del edificio. Con grandes zancadas, impaciente. Andaba con agilidad y elegancia, distraído. Apenas prestaba atención a su entorno y en ese momento una elegante mujer, vestida de blanco y con unos tacones impresionantes, se cruzó en su camino y por muy poco no la arrolló.

—Disculpe —murmuró mientras la ayudaba a recuperar el estabilidad sujetándola por un codo, pero sin dejar de avanzar.

Aunque ella se detuvo y lo obligó a frenarse también. Hans resopló y echó un vistazo hacia las cristaleras, con la mente puesta en Ivy, sola en su piso. La preocupación que le causaba asaeteaba su corazón.

—Debería mirar por dónde va —recriminó la mujer con una voz dulce y musical, de acento extranjero.

Hans giró el rostro y bajó la vista hacia esa molesta interrupción. Se encontró con unos fascinantes ojos verdes que lo miraban con un brillo divertido, en un hermoso rostro que parecía hecho de porcelana. Al instante todos sus instintos de macho entraron en acción —en plena abstinencia desde el funeral—, y casi automáticamente radiografió el escultural cuerpo de la pelirroja, de unos treinta y tantos años, que tenía enfrente.

—Tal vez lo hacía, ¿lo ha pensado? —respondió con su profunda voz de barítono y un brillo seductor en el iris color cobalto.

La pelirroja entreabrió los labios, impresionada, e inspiró con fuerza el agradable olor del *aftershave* que desprendía ese magnífico ejemplar de «empotrador», con un cuerpo duro como una barra de acero, mientras un ligero rubor cubría sus mejillas de pómulos marcados. Observó con atención el cuerpo musculado enfundado en unos vaqueros negros que realzaban las largas piernas y una cazadora de cuero sobre una camisa blanca de Armani que desmentía su formalidad; unas botas de motero terminaban un atuendo impactante que parecía elegido al azar.

—Entonces, ¿debo entender que pretendía tropezarse conmigo, caballero? —inquirió con un esbozo de sonrisa y el ligero acento que Hans no logró identificar.

—Deberá disculparme, ¿señora...? —replicó con urgencia, con la clara intención de averiguar su nombre. ¡Joder! Esa mujer era una preciosidad y...

¡Ahora no podía perder el tiempo ligando!

¡Maldición!, renegó para sí mismo, frustrado.

Ella frunció los labios de una manera tan sensual que le dieron ganas de probarlos de inmediato para saber si sabían a la fruta de la que estaban hechos.

—Delacroix —contestó ella, con picardía.

Definitivamente esa mujer estaba coqueteando de forma encantadora y descarada con él, ¡y en el peor momento! ¡Fantástico! Entonces se fijó en el nombre. ¿Delacroix? ¿Dónde había oído ese apellido hacía poco? ¿No le había dicho Ibrahim que un tal Daniel Delacroix era el mandamás que había venido de Bélgica?

—Encantado, señora Delacroix —afirmó, mientras consideraba si no sería una coincidencia demasiado casual encontrarse a una Delacroix ante el edificio donde la organización tenía la sede de las oficinas. Tal vez esa preciosa pelirroja fuera pariente de su jefe o quizá su esposa—. Yo soy Hans Camarthen-Rhys y usted es lo mejor que me ha ocurrido hoy —afirmó, sonriente. Luego frunció los labios, con pesar—. Aunque lamento...

—¡Oh! ¿Debo entender que un hombre tan atractivo como usted se va a ir ahora, dejándome así? —interrumpió ella al tiempo que movía la mano, de impecables uñas rojas, de forma indolente en el aire.

—¿Así? —inquirió Hans, intrigado. Agudizó la mirada sobre los brillantes ojos verdes que lo desafiaban insolentes y elevó las comisuras de la boca, divertido.

—Sola —desveló la pícara pelirroja, con un guiño seductor.

Hans fijó la mirada, intensificada, sobre los iris esmeraldinos y reprimió un gruñido de frustración. En otro momento y otro lugar habría disfrutado de participar en ese juego de provocación y seducción; esa pelirroja prometía ser salvaje en busca de su propio placer.

Pero ahora...

—Sería un placer para mí profundizar en esta conversación, pero por desgracia tengo una cita ineludible, señora Delacroix —admitió, con mucho más pesar ahora que cuando llegó hacía escasos segundos.

Ella ladeó el rostro con una expresión interesada y asombrada, y se adelantó de forma leve hacia él.

—Lástima —dijo mientras le dirigía una elocuente mirada de arriba abajo—. Una verdadera lástima —repitió, desilusionada. Sin más se dio la vuelta y empezó a caminar sobre los altos tacones como si hubiera nacido con ellos

puestos, con una sensualidad imposible de ignorar. Muchos de los hombres que transitaban en ese momento por la calle volvieron la cabeza hacia ella y Hans soltó el aire que retenía en los pulmones, con lentitud, sin perderla de vista.

¡Menuda diosa descarada!

Lo que daría porque ella consensuara con él que la pusiera boca abajo sobre sus rodillas para darle una buena tunda en esas nalgas tan respingonas, con toda probabilidad tan duras como un melocotón, y que a buen seguro eran tan blancas como sus mejillas. Reprimió otro gruñido cuando la imagen se le hizo tan real que le hormiguearon las manos por saborear esa pálida piel.

Definitivamente tendría que buscar una salida al celibato que se había autoimpuesto.

De peor humor que cuando había bajado de la moto, si eso era posible, se dio la vuelta y siguió caminando, mientras decidía averiguar quién era ella. Sabía que le resultaría de lo más placentero; siempre le gustaba indagar con quién estaba tratando antes de mover ficha. No sería muy difícil saber quién era ella. No podía haber muchos Delacroix en Madrid, y menos con un aspecto tan impresionante.

Cruzó con seguridad las grandes puertas de cristal y sonrió al conserje, de camino al ascensor.

—Hola, Fede. Me esperan arriba, ¿sabes si...? —preguntó.

Federico, un hombre de cincuenta y tantos con un uniforme azul marino, sonrió y asintió, vehemente.

—Sí, señor Camarthen-Rhys. El señor Ibrahim ya está en el despacho.

—Gracias —dijo Hans, mientras entraba en la moderna cabina de acero y cristal un segundo antes de que las puertas se cerraran para llevarle al piso veinte.

Al llegar se dirigió al despacho del hombre que se había convertido en su jefe de una forma bastante peculiar.

En junio del año anterior había recibido una extraña llamada, en su despacho, en las oficinas de la empresa de investigación y desarrollo de energías alternativas que tenía en el edificio Marqués de Salamanca.

—Señor, tiene una llamada del subinspector Ibrahim —anunció su ayudante por el intercomunicador.

—¿Un subinspector? —preguntó Hans, enfrascado en el papeleo. No tenía tiempo para interrupciones.

—Sí, señor. De policía —explicó Toni, tan extrañado como él.

Hans frunció el ceño. ¿Qué querría de él la policía?

—Está bien, pásamelo. —Se echó hacia atrás en el respaldo después de coger el teléfono y giró el sillón para encararlo a los grandes ventanales que circundaban su despacho. —Dígame, subinspector. ¿En qué puedo ayudarlo?

Hans escuchó con atención, cada vez más sorprendido por la propuesta que se le estaba haciendo.

Nunca se había planteado colaborar con ningún estamento policial. Pero cuando Ibrahim le puso en antecedentes del peligroso hombre al que estaban investigando y las odiosas empresas a las que este se dedicaba, la rabia que sentía, siempre, ante las injusticias se apoderó de él.

—Acepto. Será un placer ayudarlos en lo que pueda —se avino, decidido. No soportaba saber que había cosas terribles en el mundo, acciones detestables, y no poder hacer nunca nada. Y no había sido un hombre de quedarse de brazos cruzados si algo se podía hacer. ¡Por supuesto que colaboraría!

Desde entonces había estado indagando por su cuenta con sus numerosos contactos y en sus viajes. Luego aportaba toda la información que conseguía a la organización, para desbaratar una de las más peligrosas células de tráfico de personas que operaban en todo el mundo.

Ibrahim era el hombre a cargo de la oficina en España, con sede en Madrid. Era oriundo de Bilbao. Hijo de un vasco y una árabe que solicitó asilo político en España después de haber huido de la política segregacionista y de separación de género que sostiene el gobierno del monarca de Arabia Saudí. Accedió al cuerpo de policía regional con una de las mejores notas de toda la historia, desde que se fundó en 1982, y pasó a formar parte de uno de los cuerpos de policía autonómicos más duros de España, la Ertzaintza<sup>7</sup>. Su tenacidad mezclada con un innato sentido de la justicia le hicieron escalar puestos con rapidez y al poco tiempo su superior lo propuso para un cargo en la OpE, donde pudo desarrollar y aplicar sus aptitudes a nivel global. Nombrado subinspector jefe, pronto se hizo eco de la popularidad de Hans, el barón de Monte Hidalgo, y de los numerosos contactos que este mantenía alrededor del mundo. Una investigación exhaustiva lo puso al tanto de todos los entresijos de la vida pública y privada del ilustre hombre, tan joven por otra parte —y la más privada y muy particular información íntima a la que muy pocos tenían acceso—, y se reafirmó en la elección de Camarthen-Rhys como colaborador externo.

Hans abrió la puerta del despacho de su jefe con firmeza y entró sin esperar respuesta. Ibrahim levantó la mirada al ver sus dominios invadidos sin permiso, pero se tragó la airada reprimenda al ver quién era el que entraba de forma tan intempestiva.

—¡Hans!

—Ibrahim —saludó seco, con el ceño fruncido. Se adelantó con seguros trancos hasta detenerse ante el escritorio de su jefe inmediato y también su amigo. Puso el casco sobre la mesa y luego colocó ambas manos en sus caderas.

Ibrahim notó el airado tono y estudió con más atención la expresión torva de su colaborador civil. Durante su cooperación había llegado a conocerlo y sabía que Hans era un hombre templado que no se dejaba llevar con facilidad por su contundente carácter. Y verlo con esa expresión no presagiaba nada bueno.

—No me mires así, Hans —pidió, conciliador—. Yo también he tenido que venir a contra voluntad. El jefe ha organizado esta reunión y me ha llamado hace apenas tres horas. No me ha quedado otra alternativa que llamaros a todos —explicó con un tono de disculpa, al que no obstante no se le podía considerar servil—. Al parecer hay nuevos datos, llegados desde Singapur, que nos quiere comunicar en persona.

—Pues no me hace puñetera gracia —replicó Hans, torvo—. Dije con cristalina claridad que no se me molestara hasta al menos dentro de siete u ocho meses. Creía que esta asociación era voluntaria, no obligatoria —recalcó, con el semblante tormentoso.

—Y así es, querido amigo —afirmó Ibrahim mientras se ponía en pie y la imponente presencia de su cuerpo de cien kilos y metro noventa de estatura se hacía notorio en el despacho—. Si no estás de acuerdo, siempre puedes renunciar y salir por esa puerta —advirtió con un brillo peligroso en la mirada de encendido color café.

Hans tensó la espalda y adelantó la fuerte mandíbula. Ibrahim era unos centímetros más alto que él, pero eso no lo arredraba y mucho menos el peligro que parecía destilar el jefe de policía. Durante unos segundos se retaron como dos contendientes silenciosos.

—¡Maldita sea, Ibrahim! —maldijo al final Hans, airado—. Sabes que no voy a renunciar. Te di mi palabra y la pienso cumplir. Ciertas cosas no deberían existir y no pienso tolerarlas, ¡me dan asco! —renegó, rabioso—. Y



haré todo, absolutamente todo por poner entre rejas a los culpables — aseguró. Defendía, apasionado, las fuertes convicciones ideológicas y éticas que heredó de su abuelo galés. No podía soportar imaginar las atrocidades que algunos hombres cometían, y ese hombre que tenía enfrente le había dado la oportunidad de luchar contra ello. ¡Por supuesto que no quería renunciar!

### 3

Ibrahim soltó el aire que retenía en los pulmones, con un suspiro de alivio. Había lanzado el farol para imponerse sobre Hans, un hombre con un carácter tan férreo que no se dejaba intimidar por nadie, y durante unos segundos temió haber ido demasiado lejos con su bravuconada. Necesitaba al barón de Monte Hidalgo y no quería perderlo.

—Lo sé, Hans. Pero no voy a consentir excusas por parte de nadie. Si nos llaman de la central apechugamos todos. Truene, diluvie o nieve, ¿está claro? —inquirió con dureza.

El ceño de Hans se frunció aún más. No obedecía nunca a nadie. La autoridad no era algo que aceptara sin más, pero hacía tiempo que había dejado atrás los impulsos insensatos de la juventud, y atemperó su encendido carácter con un esfuerzo.

—Está bien —toleró mientras se obligaba a relajar los tensos hombros—. Acudiré a la reunión, pero luego me iré. Caiga el mundo sobre nuestras cabezas o se derrumbe el suelo bajo nuestros pies —afirmó solemne. Aunque al final esbozó una sonrisa irónica.

Ibrahim elevó las cejas, sorprendido, y luego estalló en carcajadas. Cogió una carpeta de la mesa, que ya tenía preparada, y alejó el sillón de ruedas para moverse.

—Claro, amigo mío —admitió mientras salía de detrás del escritorio y posaba una de sus grandes manos sobre el hombro de Hans, sin dejar de reír—. Claro que sí

Ambos salieron del despacho y avanzaron por el corredor que conducía a la sala de juntas. La puerta estaba abierta y pudieron oír las voces de Erik, de Estocolmo, y Aroa, de Bilbao, mientras imprecaban a Grayson, como siempre, para hacerle perder su flemática actitud inglesa. Entraron juntos en la sala e Ibrahim se encaminó a la cabecera de la mesa. Hans saludó de forma general y se dirigió directo hacia la máquina de café que había sobre un mueble, en un rincón. Se sirvió un expreso, corto y cargado, sin azúcar. La imagen de Ivy, a solas en el piso, se le coló en la mente y le apretó más el nudo que tenía en el estómago. Tenso, se bebió el café ardiente, deseoso de terminar de una vez.

Ibrahim se adelantó, abrió la carpeta y colocó los papeles sobre la pulida superficie de cedro de la alargada mesa de reuniones.

Charlotte, la apacible detective francesa, estaba mirando por la ventana con su habitual serenidad, sin hacer caso de las chanzas que Erik y Aroa lanzaban sobre un estoico Grayson, sentado ya a la mesa, de espaldas a la puerta y de frente a la cristalera que recorría toda una pared de la sala.

Hans se carcomía de impaciencia al pensar en Ivy y resopló. Cuanto antes empezaran, antes terminarían y podría marcharse. Entonces se oyó en el pasillo el sonido característico de unos tacones de mujer, acercándose. A los pocos segundos la misma pelirroja que había coqueteado con él, hacía escasos minutos en la acera, apareció en el umbral.

Abrió la boca, estupefacto.

Dannielle Delacroix recorrió la sala y a los presentes con una mirada curiosa mientras cruzaba la puerta con aplomo y una arrolladora seguridad en sí misma.

Momentos antes, abajo en la acera, se dirigía hacia su despacho para acudir a la reunión cuando vio a Hans aproximarse y no pudo evitar ceder a la irresistible tentación de provocarlo al descubrir lo atractivo que era en realidad. Había leído con esmero el expediente de todos los agentes a su cargo, pero reconocía que el de Hans era el que había llamado su atención y ahora que lo tenía enfrente aún más todavía.

Hans la observó entrar en la sala de hito en hito. Dannielle lo miró directa a los ojos y por muy poco no se le cayó la taza de café de las manos cuando ese increíble iris verde se posó sobre él con un inconfundible brillo divertido.

Al final ella desvió la mirada, complacida por el asombro que se pintaba en el atrayente rostro masculino, y se dirigió a los reunidos.

—Buenos días, agentes —saludó con formalidad la nueva jefa de departamento.

Se colocó en la cabecera de la mesa, se deshizo de la capa que la cubría, revelando un precioso vestido blanco de cuero que se ajustaba a su cuerpo como una segunda piel, y la dejó sobre el sillón sin intención de sentarse en él. Se volvió hacia Ibrahim y él le señaló los papeles ordenados frente a ella.

Hans se dio una colleja mental. ¡La muy granuja supo en todo momento quién era él! Como nueva jefa tendría acceso a todos los historiales de los agentes, tanto funcionarios como civiles, entre los cuales estaría el suyo con aquella espantosa foto de carnet.

Dannielle hojeó los documentos durante unos segundos y luego levantó la cabeza. Todo rastro de diversión o insolencia había desaparecido de su rostro y ahora mostraba una fría profesionalidad.

—Me llamo Danielle Delacroix —se presentó, formal—. El pasado martes, en la sede de Bruselas, me nombraron jefa de departamento con carácter retroactivo y quiero que sepan que voy a ejercer mi autoridad sin compasión. He organizado esta reunión urgente porque quiero informarles sobre algunas novedades que nos han llegado desde Indonesia —empezó, sin rodeos—. Hemos sabido que un brazo de los *yakuza* opera en Singapur bajo las órdenes de Yoshio Hayashi —anunció al fin con gravedad.

Entre los presentes se hizo el silencio cuando todos reconocieron el nombre del peor traficante mundial de esclavos. Llevaban años intentando averiguar desde dónde operaba, pero era muy escurridizo y cambiaba constantemente de alias. Jamás dormía en el mismo lugar dos noches seguidas y tenía un regimiento de guardaespaldas tan leales que nunca se había filtrado la menor noticia de su paradero.

Hans permanecía de pie al fondo de la sala, con la espalda apoyada contra la pared. Danielle lo miraba de vez en cuando, pero sin asomo de diversión. Se había convertido en la dirigente y Hans sintió un ramalazo de admiración. Esa mujer no solo era una delicia para los ojos, sino que parecía muy determinada y fuerte. Hablaba con seguridad, mirándolos a todos a los ojos mientras explicaba su forma de operar y los nuevos datos de que disponían. Esperaba que en Bruselas hubieran acertado al nombrarla. Quizá podrían acabar con la célula que operaba en Malasia y cuyas ramificaciones llegaban hasta España, Europa, Oriente Medio, América. Un vasto imperio dedicado a la privación de la libertad y de la dignidad en pro de un beneficio carnal y lucrativo.

—Sí, el mismo Hayashi en persona —afirmó, con fiereza—. Sabemos que se ha trasladado al Ramada Singapore y vive allí con su ejército de guardaespaldas. Al parecer ha cambiado su *modus operandi* porque ha caído en desgracia frente a sus superiores. Por lo visto está actuando a la vista de todos para recuperar su honor; es algo que nos beneficia y vamos a aprovecharlo. Hemos sabido que está contactando con sus principales consumidores y les está ofreciendo cargamentos de uno o varios contenedores —explicó Danielle. Entonces se irguió y los miró a todos uno por uno con solemnidad.

Charlotte, Lotte para sus allegados, se había sentado al lado de Erik en la parte izquierda e Ibrahim, Grayson y Aroa se hallaban a la derecha de la mesa, escuchando atentos. Danielle le pasó unos pliegos a Ibrahim. Este se quedó uno para él y pasó los demás a los compañeros.

Hans, de pie al fondo de la sala, cogió el folio que le tendió Aroa y lo leyó con rapidez.

El tráfico de personas no era un mercado reciente. Desde tiempos inmemoriales se había comerciado con seres humanos: eran mano de obra barata, o esclavos y esclavas sexuales destinados a prostíbulos o al gabinete privado de algún multimillonario en busca de nuevas vírgenes.

Lo que ocurría es que desde la Guerra de Secesión de América del Norte para el resto del mundo pareció que se había abolido la esclavitud para siempre, pero solo fue una mascarada, una ilusión. Una pantalla de vistoso colorido con el fin de ocultar la verdad ante el ciudadano corriente.

En el año 2000 en Palermo, Italia, se adoptó el Protocolo de las Naciones Unidas para prevenir, reprimir y sancionar la trata de personas, especialmente mujeres y niños, más conocido como Protocolo contra la trata de personas debido a un informe en el que se catalogaban veintiún millones de personas en estado de esclavitud en el mundo, un problema que se había ido acuciando con la globalización.

El acuerdo establecía favorecer, mediante la cooperación internacional, las investigaciones y procedimientos penales a cargo de los criminales dedicados a la trata de personas. Un primer objetivo era la intención de proteger y asistir a las víctimas de tales crímenes en el pleno respeto de los derechos humanos. Se trataba del primer instrumento a nivel global para combatir la trata de seres humanos y el único hasta ese momento que atribuye una definición universal de este fenómeno.

Hans detestaba con todas sus fuerzas ese tipo de delito. Había conocido casos de niños y niñas de menos de catorce años que habían desaparecido de sus hogares, colegios o parques y al poco tiempo se averiguó que habían sido vendidos al mejor postor en alguna subasta ilegal, organizada por mafias japonesas, estadounidenses, rusas o europeas, eso en el mejor de los casos. En algunos no se volvía a saber del niño o la niña. Por no hablar de la ingente cantidad de mujeres que eran secuestradas y obligadas a ejercer la prostitución o vendidas a compradores interesados en chicas vírgenes, principalmente ciertos sectores de Oriente Medio y Asia. El nivel de corrupción llegaba muy alto y era uno de los mercados más rentables del mundo, más incluso que el de armamento o el de los estupefacientes.

—Y ahora, por fin, sabemos el nombre de su contacto, aquí, en España. Se llama Gutiérrez —desveló Danielle, grave. Desvió la vista hacia Hans y lo miró directa al revelar el nombre completo—: Hernando Gutiérrez.

—¡Mierda! —exclamó, incapaz de contenerse, atónito ante la revelación. Todos se volvieron hacia él. Dannielle asintió.

—Sí, sabemos que usted lo conoce, señor Camarthen-Rhys.

Hans cabeceó, asqueado. En realidad no le extrañaba que semejante esperpento humano se hubiera embarcado en ese negocio. Era un hombre rencoroso, corto de miras y muy artero.

Hans había conocido a su padre: un hombre que se arruinó a sí mismo —y a su madre, una víctima más del despilfarro del marido—, cuando rescató su empresa a punto de quebrar. Desde entonces Gutiérrez le había cogido ojeriza. Lo acosaba de forma constante con correos electrónicos, demandas y acusaciones sin fundamento, llevado de un odio ciego.

Al cabo de dos horas la reunión finalizó y Hans se separó de la pared en la que había permanecido apoyado, con sentimientos encontrados. Por un lado estaba contento de haber acudido, por fin parecían avanzar para poder cortar de raíz una de las más activas células traficantes, pero por el otro el ansia de saber cómo estaba Ivy le hacía desear volver a su lado cuanto antes.

Los demás desfilaron hacia la salida mientras Ibrahim se entretenía hablando con Dannielle. Hans cogió el casco que había dejado sobre la estantería, al lado de la máquina de café, y avanzó hacia ellos.

—Ah, Hans... —Ibrahim se volvió hacia él al verlo acercarse.

Hans inclinó la cabeza hacia su jefe y luego miró a Dannielle a los ojos.

—Bienvenida, señora Delacroix —dijo cordial—. Enhorabuena por su nombramiento.

—Gracias, señor Camarthen-Rhys, sobre todo por ese «señora». Detesto la denigrante ambigüedad que hay en el diminutivo. ¿No está de acuerdo?

—Por supuesto —asintió, complacido—. Diferenciar y separar en grupos a las mujeres por solteras o casadas, jóvenes o maduras, con una sola palabra es ofensivo, ya que parece dar a entender que unas son más válidas que otras —replicó, serio—. En cambio con los hombres siempre se usa el «señor» nunca el «señorito», otra muestra más del doble rasero que se usa en la sociedad hacia la mujer.

Dannielle asintió con un brillo admirativo en los ojos, reafirmada en la primera impresión que había obtenido de ese hombre: seguro de sí mismo, con fuertes principios e ideales según su historial y que no dudaba en poner de manifiesto ante cualquiera. Adoptó de nuevo un aire profesional y alargó la mano hacia él.

—Espero que nuestra colaboración sea larga y fructífera, y que mi pequeño ardid para conocerlo no le haya causado una mala impresión sobre mí —manifestó, con una ceja levantada.

Hans le estrechó la mano con firmeza y asintió.

—Al contrario. Ese pequeño ardid, como lo ha llamado, me hace pensar que tiene muchos ases bajo la manga. Me gustará trabajar con alguien tan descarado como usted —declaró con un guiño malicioso, que contrarrestó con una expresión impenetrable. Inclino la cabeza hacia Ibrahim a modo de despedida —que los observaba a los dos, pasmado, sin saber de qué estaban hablando—, luego hacia Danielle, y abandonó el despacho.

Esa «colaboración» prometía ser muy interesante con semejante fémina.

Ivy deambulaba por el piso de Hans en silencio. Loli, la asistente, había ido a hacer unas compras y ella se había quedado sola ya que Hans había tenido que acudir a una reunión de la que no había podido escaquearse.

No solían dejarla sola muy a menudo. Al parecer a su nuevo tutor le preocupaba que intentara hacerse daño a sí misma. Sonrió con tristeza, no es que no lo hubiera pensado. El dolor y el vacío que le había dejado en el alma la súbita desaparición de sus padres no era algo que sobrellevaba bien, ni siquiera lo sobrellevaba.

Estaba ahí, lacerante, hiriente y cada día sangraba.

Nada lo aliviaba, nada lo podía borrar de su constante pensamiento. Aunque ahora ya no lloraba. Las lágrimas parecían haberse secado y no manaban, ni siquiera por las noches. No así el dolor por la pérdida de todo el amor, el tierno amparo, con el que había crecido. El terror de la soledad en la que habitaba ahora, sin sostén, en una oscuridad perpetua sin la luz que eran sus padres para ella, sin su cariño. La rabia por la injusticia que se había cometido contra ellos, nunca había sido creyente en ninguna religión, pero el destino, el universo o lo que fuera se había cobrado la vida de dos personas maravillosas, buenas y generosas, cuando había gente perversa que ocasionaba maldad allá por dónde iba y que vivía tan campante. Y por último la culpa por haber sobrevivido: ¿por qué ella merecía vivir y ellos no?, que la asediaba con esas terribles pesadillas.

Aunque en las últimas semanas parecía que remitían.

Hans estaba ahí, siempre, y saberlo le había dado una nueva arma con la que luchar. Se aferraba a él y su increíble fuerza la sostenía; sus brazos eran cálidos, un puerto seguro en el que refugiarse, y se sentía extrañamente bien

cuando él la abrazaba en las madrugadas.

Hans jamás podría sustituir a sus padres, pero era un pilar, alguien que permanecía fuerte contra el vendaval de su dolor y estaba aprendiendo a confiar en él de una forma que la asustaba al mismo tiempo.

¿Y si desapareciese también? ¿Qué sería entonces de ella?

El piso estaba en penumbra ya que cuando Loli se fue a comprar, Ivy apagó todas las luces del apartamento y la luz imperante provenía del exterior en las últimas horas del atardecer.

Caminó descalza, con lentitud, por el parquet. Freddo la seguía y de vez en cuando se detenía a rascarse detrás de la oreja o a inspeccionar una mota de polvo que descendía. Ivy se dirigió hacia el amplio ventanal que ocupaba en su totalidad una de las paredes del apartamento y se detuvo junto a él, apoyó la frente en el frío cristal y perdió la mirada en la lejanía mientras recordaba cómo conoció a Hans a los siete años, un día que sus padres tenían invitados a cenar. Era algo muy habitual que la casa de Rochester, ahora vacía y cerrada, siempre estuviera llena de gente.

Desde el momento que él se acucilló junto a ella y le dedicó una irresistible sonrisa sintió fascinación por el amigo de su padre, tan atractivo como el rey de un lugar muy, muy lejano. Cuando todavía no había cumplido los diez años soñaba que era un caballero encantador que algún día vendría montado en un gran caballo blanco como en los cuentos que le leía su madre antes de dormir, aunque bien pronto el caballo fue sustituido por una moto pues en ese tiempo su padre se compró una y ella se enamoró de todo lo concerniente al mundo de la motocicleta.

Cuando entró en la adolescencia y su cuerpo cambió, empezó a fantasear con que Hans se fijaría en ella como mujer y no como la chiquilla con la que siempre bromeaba. Que algún día él sería ese hombre que le haría todas esas fantasías que rondaban su mente desde muy joven, fantasías que nunca le había contado a nadie por considerarlas demasiado oscuras y que no se atrevía ni a decir en voz alta, avergonzada de sí misma, desconocedora del verdadero alcance de ese misterioso anhelo.

Pero...

Sus padres murieron y sus fantasías de niña y de adolescente se fueron con ellos.

Lanzó un profundo suspiro y el aire caliente que exhaló empañó el cristal. No sabía qué sería de ella. Con sus padres había hecho planes de futuro, pero ahora descubría que no sentía ninguna energía para llevarlos a cabo. Su padre



había querido que estudiara una gran carrera, aunque sentía predilección por la de leyes, ya que él era juez en el tribunal superior de justicia. Y su madre le dijo que podía ser lo que quisiera, que el cielo era el límite a sus ambiciones.

Freddo se frotó contra sus piernas y ella se agachó a acariciarlo. Se sentó en el suelo y lo cogió en brazos, mientras dejaba vagar la mente. Así la encontró Loli cuando regresó: a oscuras y con el gato dormido en el regazo.

## 4

Madrid. Junio, 2010.

Ivy salió de la ducha y se envolvió en la gran toalla esponjosa. Se inclinó con fuerza hacia delante para que el pelo le colgara, se puso una toalla y la sujetó en su cabeza.

Se irguió y emitió un suspiro de bienestar. Acababa de hacer una hora de *spining* en la bicicleta estática y sentía el cuerpo exquisitamente relajado.

Estaba a punto de cumplir los quince, casi un año después de aquel terrible día en que todo cambió.

Pasó la mano por el espejo empañado y se miró a los ojos.

Por fin no sentía esa sombría pesadez en el corazón por la desoladora pérdida y otra vez tenía ganas de hacer cosas, de experimentar, de ir al cine o leer un libro. Salir con amigas y divertirse, reír de nuevo. Con ganas, con fuerza, sin remordimientos por estar viva.

Y Hans estaba ahí, alto y fuerte, protector y cariñoso, como un escudo que la protegiera del mundo. Siempre.

¿Por qué tiene que ser tan atractivo?, se preguntó por enésima vez, mientras se llevaba la mano a los labios y se pellizcaba el inferior. Meneó la cabeza, estaba empezando a sospechar que se estaba colgando de él.

En ese momento le vinieron a la memoria las pasadas vacaciones de Pascua.

—Haz las maletas, muñequita. Nos vamos de viaje —instó Hans de repente, cuando la vio dispuesta a tumbarse otra vez en el sofá, con Freddo y el móvil como única distracción.

Ivy alzó los ojos, escéptica.

—¿De viaje? —inquirió, estupefacta. Curvó las cejas—. ¿Para qué? Aquí se está muy bien —meneó la cabeza y se arrellanó más bajo la manta de felpa.

Hans entrecerró los ojos. No iba a permitir que siguiera con esa apatía. No, señor.

—Vamos, levanta. Tengo que viajar a Nueva Zelanda por negocios y tú te vendrás conmigo, jovencita.

—¿Qué? Pero yo no quiero... —protestó, indignada.

Hans inspiró hondo. No quería iniciar una discusión, pero la tozudez adolescente le ponía de los nervios.

—Bien, tomo nota. Ahora ve a hacer las maletas. Ropa de verano, ya sabes —indicó al tiempo que cogía el móvil para informar a Marta para que tuviera el jet preparado. Se encaminó hacia su habitación para preparar su propio equipaje, pero vio a Ivy mirándolo con los ojos abiertos como platos. Se detuvo y se volvió hacia ella.

—¡Vamos! ¿A qué esperas? —azuzó con las palmas.

Ivy bufó.

—¡No puedo creerlo! ¿En serio vas a obligarme a ir? —refunfuñó, incrédula, sin moverse del sofá.

Hans se cruzó de brazos y separó las piernas, mirándola con fijeza.

—Oh, sí. Voy a «obligarte» a tumbarte en hamacas en playas paradisíacas, a bañarte en el océano Pacífico o en el Mar de Tasmania —ironizó, sarcástico. Luego compuso una mueca cómica y se colocó la mano en la frente, como si se desmayara—. ¡Qué horror!

Ivy sintió la risa subirle, pero se mordió el carrillo interior de la mejilla para reprimirla.

—Eres... eres... de un pesado —protestó aún, por simple orgullo, en un tono de hastío.

—Y tú una quejica —respondió con una sonrisa destinada a sobornarla—. Pero no me ves quejarme, ¿a qué no? —sonrió, más amplió aún. Los ojos le relucieron y el corazón de Ivy se aceleró—. Vamos, remolona. Marta nos espera.

—Oh, ¡está bien! Pero es más por no hacer esperar a Marta, que lo sepas —replicó mientras se levantaba del sofá y se encaminaba a su habitación. Freddo maulló en protesta y se quedó sentado, con el pelo revuelto. Ivy se volvió y frunció el ceño—. ¿Y Freddo?

—No te preocupes por él. Loli vendrá cada día, como siempre, y él estará como un rey con la casa para él solo —respondió Hans.

Ivy lo miró, ya sin rebeldía adolescente, preocupada de verdad por tener que separarse de su querida mascota, un hermano para ella. Freddo era el ancla y Hans el pilar. No podía renunciar ya a ninguno de los dos.

—¿Seguro? —musitó.

Hans se aproximó, le colocó las manos en los hombros y la miró con fijeza.

—Seguro, Ivy. Sabes que nunca miento. Él estará perfectamente y te estará esperando cuando regreses con un montón de peluches para él.

Ivy alzó la vista hacia él al oír lo de los peluches, aunque se demoró aún un

poco más, indecisa. Pero Hans no estaba dispuesto a claudicar, no esta vez. Ya era hora de que Ivy saliera de su concha.

—Vamos, te echo una carrera. A ver quién hace las maletas antes —incitó, provocador.

Aunque Ivy no picó. Anduvo con parsimonia hacia su habitación e hizo la maleta con la misma lentitud, aunque no por fastidiar sino porque no sabía que poner en ella.

Una vez en el avión, ya en pleno vuelo, Hans sacó el tablero de ajedrez y se enfrascaron en otra apasionante partida.

—¿Te he contado alguna vez cómo se conocieron tus padres? —inquirió en un tono alegre.

Ivy alzó la vista y lo miró, la congoja bailaba en las profundidades de sus pupilas, pero Hans no le permitió remozarse en ella—. Pues fue muy divertido, aunque no me extraña que Conrad no quisiera contártelo. Acabó bañado en helado —alegó con una carcajada.

Ivy seguía con las pupilas dilatadas, mirándolo fijamente, quieta en su asiento. Oír hablar de sus padres le decía que ya no estaban ahí, que ya no podría volver a verlos y le reabría la herida, una que no quería aceptar.

Hans continuó, como si estuviera ajeno a su dolor, cuando era todo lo contrario. Quería sacarla del victimismo, hacerle ver que hablar de sus padres le haría tenerlos al lado, siempre. Recordarlos y rendir tributo a su vida a través de remembranzas de sus hechos y palabras.

Empezó a describirle incontables anécdotas de la juventud de sus padres. De la época en la universidad, del primer encuentro entre Serena y Conrad.

El tiempo transcurrió e Ivy se encontró escuchando ahora con avidez cada nuevo relato. Conoció a sus padres desde una nueva perspectiva. Habían vivido la vida con plenitud y habían sido muy felices. Su corazón se aligeró al imaginarlos de jóvenes, riendo y haciendo todas esas trastadas en la universidad.

Al llegar a Nueva Zelanda Ivy ya estaba de mejor talante y Hans se prometió que habría un antes y un después de ese viaje. Alquiló una autocaravana, la mejor forma de viajar por ese bellissimo país.

—¿No tenías negocios? —inquirió Ivy, asombrada al tiempo que subía al auto.

Hans le guiñó un ojo.

—Sip, pero no es hasta dentro de una semana —informó—. Así que he pensado que podríamos divertirnos un poco, ¿no crees?

Ivy lo contempló, con una ceja arqueada, escéptica. Como si nada pudiera afectarla, aunque Hans sabía que solo era una pose.

De inmediato él se puso al volante y emprendió viaje. Dejó Auckland al sur y se dirigió hacia Wangarei. Quería llevarla a bucear a las Islas Poor Knights, había conseguido el permiso especial para bucear allí ya que era un sitio tapu<sup>8</sup> para los maoríes.

—¿Adónde vamos? —interrogó Ivy, con las piernas encogidas contra el cuerpo, en el asiento del copiloto.

Hans se volvió hacia ella y la contempló en esa postura. No pudo evitar sonreír.

—Voy a llevarte a un sitio muy especial. Una maravillosa reserva marina. Son las Islas Poor Knights, un lugar sagrado para los maoríes.

—¿Por qué?

Hans se animó al ver que ella se interesaba y prosiguió:

—Hace mucho tiempo, en el siglo XIX, después de que Cook arribara, las diferentes tribus se disputaban territorios. Una tribu enemiga remó hasta las islas para comerciar y llevarse cerdos, pero los residentes no los dejaron ni atracar. Y años después estos se cobraron una venganza terrible.

—¿Qué hicieron? —interrogó Ivy, amedrentada.

—Cuando el grueso de la población masculina estaba ayudando en otra isla a sus amigos, regresaron y masacraron a todos lo que quedaban.

—¿Qué horror!

—Sí —confirmó Hans—. En todas partes el mal en forma de envidia o celos siempre ha causado mucho daño. Pero no es eso lo que quiero que veas. Ahora las islas son un paraíso, precisamente porque dan muy pocos permisos para que la gente pueda bucear. Yo lo conseguí hace unos meses, y contacté con una empresa de buceo local para que nos llevara —informó, satisfecho.

Ivy lo observó, seria. Hans estaba relajado, conducía con un brazo en la ventana de la puerta y la otra en el volante. Su rostro estaba alegre y supuso que era porque había conseguido que ella lo acompañara de más o menos mejor humor. Volvió la vista hacia la ventanilla y observó la cantidad de pájaros que revoloteaban por todas partes, muchos se paraban en el asfalto e Ivy temía por ellos, pero Hans conducía con pericia por el lado izquierdo y los esquivaba.

—¿Crees que sabré bucear? —preguntó sin girar la cabeza.

—Claro que sí, yo soy instructor de buceo y la empresa que he contratado tiene los mejores instructores. Estás en buenas manos, muñequita —afirmó,

con seguridad. Jamás se atrevería a ponerla en peligro, pero tampoco la tendría encerrada en un castillo de barrotes de oro. Ella merecía vivir y él se encargaría de que lo hiciera—. ¿Sabes lo que decía Jacques Cousteau?

—¿Jacques Cousteau? ¿Quién es?

Hans rodó los ojos, en una mueca tanto cómica como exasperada.

—¡No puede ser que no sepas quién era Jacques Cousteau! —exclamó, mirándola de hito en hito.

Ivy frunció la boca con indiferencia y encogió los hombros.

—Pues no —respondió, apática.

Hans bufó.

—De verdad, no sé en qué tenéis la cabeza metida los jóvenes hoy en día. Tenéis mundo a vuestro alrededor, ¿sabéis? Y no está en vuestros móviles ni en vuestras tablets. Está ahí fuera, como decía Mulder —declaró, crispado. Si a la depresión de ella le añadía la desgana adolescente tenía que lidiar una batalla tan tremebunda que era como una hormiga frente a un huracán. Ivy lo miraba irónica y apostilló—: Sí, ya sé. Tampoco sabes quién es Mulder. —A su mente acudió la antigua serie de hechos paranormales y se echó a reír con ganas. Estaba hecho un carcamal.

Ivy meneó la cabeza. No entendía nada, pero tampoco le importaba. Solo quería que acabara ese viaje de negocios tan «oportuno» de Hans para regresar a casa y volver a su mundo particular: confortable, cómodo y seguro, donde nadie moría ni la dejaba a una sola

Hans se volvió hacia Ivy y al verla con la misma expresión neutra de antes dejó de reír y exhaló un suspiro de pesadumbre. ¡Tenía que conseguir sacarla de esa depresión y hacerla sonreír, volver a vivir, a tener ganas! ¡De lo que fuera! Pero que volviera a estar viva.

—Pues Jacques Cousteau era un explorador e investigador marino que amaba el mar tanto como para hacer de él su vida y su pasión. Lo defendió y lo dio a conocer de un modo que el mundo no había visto nunca a través de su afición a la fotografía y a la cinematografía submarina. Fue el primero en hacer documentales bajo el agua.

Ivy lo escuchaba, a medias. Miraba por la ventana, absorta en la contemplación de los rápidos planeos de los numerosos pájaros que se cruzaban en la carretera o en los verdes campos que los rodeaban.

—Y que alguien así diga que las Poor Knights son uno de los cinco mejores lugares del mundo para bucear, es para tenerlo en cuenta —alegó, insistente. No pensaba ceder. Ganaría esa batalla y le daría una vida a Ivy,

plena, inquisitiva y feliz—. Y estoy de acuerdo, no hay mejor lugar para aprender este deporte. Te va a encantar, ya verás.

Se asentaron un par de días en la soleada ciudad de Raglan. Ivy aprendió a bucear con pericia con la ayuda de los instructores y pronto se convirtió en una sirena a la que le encantaba bajar a las profundidades y perderse en el «silencio de paz», como ella llamaba a estar sumergida en ese mundo acuático.

Un día, al regresar de una de las excursiones de buceo, cansados y satisfechos, Ivy se detuvo otra vez frente a un cartel publicitario donde se anunciaba una experiencia única. Varias fotografías mostraban grandes olas surcadas por expertos surfers. Los ojos de Hans relucieron.

—¿Quieres aprender a surfear?

Ivy se giró hacia él y lo miró con los ojos entrecerrados.

—No me digas que también sabes.

Hans fingió ofenderse y echó a andar otra vez.

—Vale, pues no te lo digo.

Ivy meneó la cabeza, exasperada. Pero no pudo evitar seguirlo y preguntar:

—¿Sabes o no?

Hans ladeó la cabeza sin detenerse y le sonrió, picarón.

—Mañana lo sabrás —dijo mientras se encaminaba hacia la Raglan Surf School, dispuesto a contratar un cursillo. Si Ivy mostraba interés en algo no iba a desaprovechar la oportunidad. A la mañana siguiente dejaron el buceo de lado, ese día, y se enfrascaron en el aprendizaje de mantenerse erguidos sobre una tabla que no dejaba de moverse al ritmo que marcaban las olas impredecibles, en la cercana bahía Manu Point.

—Eres muy buena, Ivy. Tienes el equilibrio en la sangre —alabó su instructor, un chico maorí de cabello tejido en rastas, atado en una coleta, mientras regresaban al finalizar el día.

Ivy, cansada, pero satisfecha, cabeceó. Llevaba la tabla bajo el brazo, para devolverla al local dónde habían contratado el curso cuando vio que muchos de los surfers dejaban sus tablas y empezaban a recorrer la playa recogiendo botellas y plásticos que las olas arrastraban a la orilla. Se detuvo y los observó.

—¿Qué hacen? —preguntó.

Hans venía unos pasos tras ellos, también con la tabla, y se paró a su lado.

Ari se volvió hacia donde ella miraba y exhaló un suspiro de pesar.

—El plástico es una plaga, y nos hemos propuesto limpiar nuestras playas.

Cada noche, cuando terminan las olas, nos dedicamos a recoger todo el plástico que llega a la arena —explicó—. Lo malo es que no deja de llegar y cada año es peor, mucho peor. A este paso nos vamos a ahogar en plástico. La gente debería ser más consciente de que el mar no es su basurero particular —reprochó, frustrado y dolido.

Ivy lo miró y asintió. Durante las sesiones de buceo no había podido evitar ver de vez en cuando alguna lata en el fondo o algún plástico viajar por el agua.

—¿Podemos ayudar?

Ari bajó la vista hacia ella y la miró, complacido.

—Claro, cualquier ayuda será bienvenida, Ivy —afirmó, con una sonrisa y una mirada cómplice hacia Hans, que también sonreía al ver que ella mostraba interés en la ecología—. Gracias.

Hans no puso ningún impedimento, que ella tuviera esa idea emprendedora lo llenó de orgullo y esperanza.

—Me voy a dormir, estoy agotada —anunció Ivy, después de la cena.

—Espera, Ivy. Quédate conmigo un rato y vemos juntos este documental. ¿Quieres? —pidió Hans, meloso, para convencerla.

—¿Un documental? —repitió, mirándolo por encima del hombro de camino a la parte trasera donde estaban los dormitorios.

—Sí —confirmó, de pie frente al friegaplatos, mientras secaba el último y lo colocaba en el mueble. No convenía dejar nada suelto para que se pudiera caer durante el viaje.

—¿De qué trata? ¿Es de animales? —preguntó, con el ceño fruncido—. Sabes que no me gusta ver esos horribles programas —reprochó, con una mueca de horror—. No sé qué tiene de educativo ver a un guepardo dar caza a un antílope recién nacido o a un león masacrar a las crías de una guepardo.

Hans se apresuró a negar.

—Lo sé, muñequita. No se trata, para nada, de eso —afirmó, contundente—. Son los documentales que filmó Jacques Cousteau. Pensé que te gustaría verlos.

La mueca de horror desapareció para ser sustituida por una expresión pensativa.

—Está bien —accedió después de unos segundos, sin mucho interés—. Pero si no me gusta me iré a la cama.

—Oh, muchísimas gracias, doña «estoy cansada». Jacques y yo nos alegramos de que nos concedas este honor —bromeó Hans, con un guiño



divertido y una sonrisa contagiosa, pero que no logró el efecto deseado en Ivy. Ella lo ignoró y se sentó de nuevo tras la mesa.

Hans exhaló un suspiro de pesar, no pensaba rendirse, pero era duro ver que ella no sentía alegría. Colocó el pendrive en el puerto usb de la televisión y se sentó junto a ella.

A partir de esa noche, visionaron uno cada día, ya que Ivy quedó fascinada, a pesar de la antigüedad de las filmaciones se podía apreciar la pasión y el amor que sentía Cousteau por el mar.

## 5

Nueva Zelanda. Pascua, 2010

—¿Adónde me llevas ahora? —inquirió Ivy, ese día, al ver que Hans preparaba la caravana para ponerla en marcha. Al final, se habían quedado casi todo el tiempo en la costa ya que Ivy parecía disfrutar del buceo y del surf, a pesar de no expresarlo y Hans lo aprovechó al máximo.

—Hoy cambiamos el paisaje —anunció. Se sentó tras el volante y le dio al motor de arranque—. Hoy te llevo a Waipoua.

—¿Y eso es...?

Hansladeó el rostro y negó.

—Nop, es sorpresa —alegó. Al verla elevar las cejas y rodar los ojos, se echó a reír.

—Sí, sí. Tú rueda los ojos todo lo que quieras, pero te va a encantar.

Llegaron al parque natural en poco tiempo y Hans contrató el *trekking*.

Se adentraron en un mundo especial, como si entraran en un antiguo universo de árboles inmensos. Caminaron por estrechos caminos en medio de un bosque húmedo, poblado de helechos gigantes que desenrollaban inmensas espirales y las extendían hacia el cielo con una explosión de verdor.

Ivy contemplaba la floresta a su alrededor con reverencia y el olor a hierba y a tierra húmeda impregnaba sus fosas nasales. Hans se había adelantado y la esperaba un poco más allá, en ese momento se volvió hacia ella con una peculiar expresión entre maravillada y conmovida y le señaló delante de él.

Ivy miró lo que le indicaba, con cierta curiosidad por saber qué provocaba en él ese gesto tan lleno de emoción, y ante ella apareció el colosal tronco de un árbol, un *kauri*<sup>9</sup>, tan grandioso que una sola persona apenas podía abarcar una quinta parte. Apabullada elevó la mirada hacia el cielo para ver la copa, pero por mucho que la alzó no consiguió ver las ramas más bajas. Los árboles alrededor de ese gigante entre gigantes se lo impedían. Llegó junto a Hans y lo miró con los ojos redondos de asombro.

—Es... es... ¡Es descomunal! —exclamó al fin, aturdida. Alrededor de ese *kauri* la vida brotaba como si en sus mismas raíces anidara la vida primigenia. Miles de trinos de pájaros se oían alrededor y en la tierra las plantas se peleaban por adorar al árbol de los árboles.

Hans cabeceó, contento, al ver por fin una reacción femenina maravillada. Adoraba Nueva Zelanda y ese parque en particular era uno de sus preferidos.

Había anhelado compartirlo con ella.

—Sí, es el kauri más alto del mundo. Es una belleza ¿verdad? —admiró Hans con los iris brillantes, ahora oscurecidos por la reverencia. La naturaleza era su pasión y siempre que podía, lo que ocurría menos veces de las que deseaba, se internaba, durante días, para perderse entre cañadas, bosques y montañas de cualquier parte del mundo—. Se llama Tāne Mahuta.

—¿Tāne Mahuta? —repitió, extrañada—. ¿Tiene nombre? —inquirió y siguió caminando sin dejar de atisbar hacia arriba para ver hasta dónde llegaba, pero a medida que se acercaba al árbol la tarea resultaba aún más imposible.

—Sí, por supuesto —contestó, tras ella y explicó—: No se sabe con exactitud cuántos años tiene, aunque se calcula que podría estar entre los mil doscientos y dos mil quinientos. ¿No crees que un árbol así merezca un nombre? —interrogó.

Ivy volvió el rostro hacia él y esbozó una mueca incrédula.

—No creo que exista otro árbol así en toda la tierra —aseveró, fascinada.

—Cierto, no hay otro igual. Aunque sí uno que lo dobla en edad. Aunque no es tan alto, tiene un diámetro de cerca de dieciséis metros de circunferencia. Se llama Te Matua Ngahere Luego lo veremos, no está lejos de aquí —explicó.

Los ojos de Ivy se agrandaron más si cabe y meneó la cabeza sin poder creerlo. Volvió a observar el tronco con una expresión cada vez más reverente.

—¿Qué significa su nombre?

Hans se detuvo unos pasos más allá y se acuclilló mientras miraba hacia arriba, con una expresión soñadora.

—En el idioma de los indígenas de Nueva Zelanda significa Señor del Bosque y, según el mito maorí de la creación del mundo: Tāne es hijo de Ranginui, el padre del cielo, y de Papatuanuku, la madre tierra. Tāne separa a sus padres de su abrazo marital hasta colocar la bóveda celeste bien por encima de la madre tierra. Y entonces, cubre a su madre con su vestimenta vegetal. Tanto a los pájaros como a los árboles del bosque se los considera hijos de Tāne.

Ivy se había detenido, en su inspección del árbol, y ahora escuchaba a Hans impresionada por la veneración con la que hablaba. Sin ser consciente de ello se acercó, cautivada por su voz grave y armoniosa.

—¿Ves? —señaló él a los pies del tronco, sin percatarse de la interesada

atención femenina, prosiguió—: Por eso hay tanta vida a su alrededor. —En ese momento desvió la mirada hacia ella y el iris color cobalto le mostró el alcance de la pasión que sentía por esa maravilla natural. Ivy, conmovida, asintió con la cabeza y por primera vez desde que habían muerto sus padres, sonrió.

Hans se quedó sin aliento y agrandó los ojos, estupefacto, ante esa inesperada y más que bienvenida sonrisa espontánea. A los pocos segundos se obligó a actuar con naturalidad, correspondió a esa sonrisa con otra rebotante de alegría y siguió hablando sobre el árbol. Nervioso como un mozalbete por haber conseguido que ella dejara de lado esa expresión tan triste que había cubierto su rostro, desde hacía tanto tiempo que ya no podía recordar cómo era sin ella, pasó a enumerar los metros de la circunferencia, la altura del tronco y la altura total, mientras se incorporaba con agilidad y echaba a andar de nuevo.

Para Ivy, como anhelaba Hans, ese viaje fue un antes y un después.

Al regresar y retomar la rutina, la tristeza seguía allí, pero ya no la controlaba. Ahora era capaz de pasar largos períodos de tiempo sin pensar en «aquel día». Incluso las pesadillas fueron remitiendo hasta desaparecer del todo, aunque muchas veces seguía despertando al amanecer con una enorme sensación de extravío en el corazón. Entonces cogía el tablero de ajedrez — que desde aquella primera vez no había abandonado su cuarto, excepto cuando salían de viaje—, y se dirigía a la habitación de Hans para despertarlo y jugar otra partida.

Madrid, junio, 2012

Ivy cogió el secador de pelo y empezó a secarse la larga cabellera, sin dejar de pensar en todo lo sucedido desde el viaje a Nueva Zelanda.

Hans era como un muro que la protegía de todo lo malo que había en la vida, de todo lo que podía dañarla.

Y con la atenuación de la tristeza y la desaparición de su depresión sus ensoñaciones románticas infantiles habían regresado, esta vez revestidas de una autenticidad que antes no tuvieron. Y con ellas las fantasías. Aunque ahora eran mucho más intensas y sobrecogedoras, como si al crecer estas hubieran crecido con ella.

Paró el secador y se miró de nuevo. No podía mentirse más a sí misma, no le quedaba otra que reconocer que cada vez estaba más prendada de él. Hans esgrimía un encanto imposible de ignorar cuando estaba con ella: afectuoso,

divertido, inteligente y locuaz.

Bufó a su propia imagen, desconcertada.

Desde que había conseguido salir de su depresión, solía acompañarlo en alguna visita a sus empresas o a alguna reunión social de las muchas a las que siempre invitaban a Hans y quedaba encantada por el trato que ofrendaba a todos los que lo rodeaban.

La ternura con la que la abrazaba después de las desoladoras pesadillas que padeció la acompañaba a todas partes y se descubría muchas veces recordando estar entre sus brazos cuando estaba en clase y la profesora le llamaba insistente la atención. Entonces se ponía roja como un tomate y hundía la nariz en el libro.

La pasión con la que Hans emprendía cualquier cosa: una partida de ajedrez, una escalada, una fiesta, una salida en la goleta, sus negocios o sus empresas o una excursión a caballo no hacían sino aumentar la admiración que sentía por él.

Y no sabía cómo parar.

Aunque se esforzaba en comportarse como siempre y jamás dejaba entrever que su corazón se aceleraba cuando la miraba con esos ojos tan profundos, ni que su estómago se llenaba de mariposas cuando se le acercaba mucho, ni que lo que sentía por él no tenía nada que ver con el afecto propio de una adolescente a su tutor.

Terminó de secarse el cabello y salió del baño. Se puso el pijama y la bata de topos rosas y abrió la puerta del dormitorio para ir a la cocina. Cuando salió un increíble aroma a pimientos fritos le asaltó el olfato, aspiró con fruición y el estómago le rugió en protesta.

—¡Qué bien huele! —exclamó al tiempo que se acodaba en la isla de la cocina y se sentaba en uno de los taburetes que la rodeaban.

Hans se volvió hacia ella y le guiñó un ojo, sonriente.

—Sé que te encanta el *tumbet*<sup>10</sup>, así que pensé sorprenderte —informó mientras se volteaba hacia ella con la sartén en la mano y le enseñaba el pimiento y las berenjenas en rodajas que estaba preparando.

Ivy inspiró con deleite y ensanchó la sonrisa hasta que casi abarcó toda su carita.

—¡Ohhhh! —batió palmas, llena de ilusión—. ¿Y eso? —inquirió con una ceja levantada. Se levantó sobre la barra para los pies del taburete y se estiró sobre la isla para coger una patata de la fuente, que ya estaba preparada, con la carne en el fondo—. ¿Celebremos algo?

—¡No toques! —regañó Hans, sin llegar a tiempo a que le robara la patata. Miró a Ivy con falsa amenaza y luego sonrió—. Claro.

Ivy se relamió los labios, gustosa.

—¡Mmmm! ¡Qué buena! —alabó—. ¡Tengo un hambre atroz! ¿Falta mucho?

Hans no contestó, se limitó a reír y a revolver la sartén con la cuchara de madera para dar la vuelta a los ingredientes. El aroma del ajo caliente impregnaba la cocina y el estómago de Ivy volvió a rugir.

—¿Y qué celebramos?

—Que estoy contento. Que estás contenta. Que todo ha cambiado. —Hans dejó la sartén, se volvió y los intensos iris color cobalto se clavaron en ella, perspicaces, e Ivy sintió casi un impacto físico en pleno abdomen.

Él parecía verla mucho mejor y más adentro que ella misma y no podía dejar de pensar que era una especie de mago que sabía tocar alguna fibra en su interior para descolocarla y sorprenderla en todo momento. De forma casi autoprotectora se esforzó en aparentar una calma que no poseía.

—Y es solo que me alegro mucho —admitió, aunque no sonreía. No estaba bromeando—. Me dolía en el alma verte siempre con esa tristeza. Pensé que tenía que poder auxiliarte de alguna forma —alegó, sincero—. Eres una chiquilla demasiado vital como para que permitiera que te perdieras en el dolor. Estaba desesperado, frustrado como no lo había estado jamás por no saber ya como aliviarte. —Hans hablaba con pasión, sin asomo de las bromas con las que siempre tenía una sonrisa en la boca. La miraba a los ojos, muy serio, y el corazón de Ivy empezó a galopar encabritado—. Y un día en el que tu ánimo fue especialmente sombrío, un recuerdo asaltó mi mente: la primera vez que te conocí a los siete años. En ese entonces eras pizpireta, dulce, traviesa. Estabas llena de energía, llena de vida. Y deseé con todas mis fuerzas que volvieras a ser y a sentirse así, que recuperaras la alegría de vivir —confesó, emotivo. Recordaba a la perfección ese día y quería compartirlo con Ivy. Quería comunicarse por completo con ella, no quería que hubiera nada sin decir entre ellos—. En ese momento decidí que te enfrentaría a la inmensidad de la «Gran Madre»: como los Lakota<sup>11</sup> llaman a la Naturaleza. A mí me encanta viajar, ya lo sabes, y pensé que el ejercicio en plena montaña, bosques y océanos sería la mejor medicina para que tu alma rota empezara a cicatrizar y encontraras motivos para luchar, vivir y levantarte cada mañana —afirmó, más relajado al ver que Ivy permanecía frente a él, mirándolo a los ojos, algo ruborizada, pero pendiente de sus palabras y continuó—: Al

principio temí que te negaras, que simplemente te dejarías llevar y luego te rendirías, pero me sorprendiste. Te lanzaste a aprender como se lanzaría un moribundo sobre un salvavidas, sin alegría ni entusiasmo, pero con empeño. No me gustó, no era lo que quería de ti, pero era un comienzo —acabó.

Ivy tragó con un esfuerzo el último bocado de la patata, que se había olvidado de masticar tan aborta estaba escuchándolo, y bajó la vista, arredrada. Aunque al instante la levantó y prendió la mirada otra vez en él.

—Gracias. —La emoción que experimentaba en ese momento no la expresaba en esa única palabra, pero no sabía qué más podía decir. Lo que Hans había hecho por ella, con tanta paciencia como ternura, le colmaba el alma y ahora comprendía que él no había parado hasta conseguirlo.

Hans no dijo nada, solo la miró con intensidad. Luego distendió los labios en una sonrisa lenta, muy lenta, pero que iluminó cada recoveco de su cara hasta hacer que el azul de sus ojos resplandeciera.

—¡Vamos! Pon la mesa, que esto ya casi está —instó.

Ivy asintió, ruborizada hasta la raíz de las cejas. Brincó del taburete, por completo alterada. La cercanía entre ellos creaba más intimidad y no sabía cómo enfrentarse a la admiración imparable que crecía en su ser por él. Su corazón saltaba alborozado en el pecho y se dirigió tambaleante, borracha de sensaciones, de emociones, hacia el mueble donde estaban los cubiertos, platos y vasos.

Mientras ponía la mesa, sin dejar de lanzar furtivas miradas a la espalda de Hans, cuyos músculos ondulaban bajo la camisa entallada al moverse por la cocina, Ivy comprendía, con un hondo discernimiento, que ya no era solo una fantasía de niña. Ahora miraba a Hans como hombre, no como al simpatiquísimo y encantador amigo de su padre primero y tutor después, y el atractivo viril que exudaba en cada gesto, en cada palabra, en su voz y en su mirar la estaba hechizando cada vez más.

Al entrar en la adolescencia, ya antes de que murieran sus padres había empezado a madurar, y en su cuerpo se habían generando importantísimos cambios desde entonces. Los pechos le crecieron y le salió vello en lugares que anteriormente solo habían lucido la piel lisa.

Y ahora la cara también se le estaba modificando, se volvía más afilada donde antes estaba la redondez propia de la niñez. Sus ojos, de por sí ya muy grandes, ahora eran inmensos con un azul tan impresionante como una piedra preciosa y el cabello se le había oscurecido. De pequeña lo tenía muy rubio, casi platino, y ahora era más dorado con levísimos reflejos castaños.

Cada vez que se encontraba a solas con Hans la asaltaban emociones encontradas y extraños deseos que la turbaban, que la confundían. No lo entendía. Él continuaba mirándola, sonriéndole y bromeando con ella como siempre había hecho. Y ahora sentía su cuerpo reaccionar a su proximidad.

A menudo se había descubierto mirándolo embobada mientras él le explicaba algo sobre el libro que acostumbraba a leerle por las noches —ya que a Hans no le gustaba mirar la televisión—, o sobre el aria de ópera que estaban escuchando.

Como ahora.

Que no podía dejar de mirar su espalda, o lo bien que le sentaban los vaqueros que llevaba.

Meneó la cabeza y se obligó a retirar la vista. Entonces descubrió que había puesto los cubiertos mal: todos los cuchillos en la parte de él y todos los tenedores en la de ella, y tuvo que volver a colocarlos.



## 6

Yosemite<sup>12</sup>: El Capitán, USA. Julio, 2010.

Ivy elevó el pie por la pared de roca desnuda y apoyó la punta con cuidado sobre un saliente más alto. Se aseguró de que estuviera bien afianzado y luego apoyó todo el peso en él, pero sin soltarse del asidero, como Hans le había enseñado. Satisfecha al ver que había acertado se soltó de la mano derecha, imprimió fuerza en los músculos de esa pierna y subió hasta la grieta que había vislumbrado antes para sujetarse con las dos manos.

La roca estaba caliente, parecía devolverles todo el calor que ellos mismos exhalaban. Debido a la altura a la que estaban la temperatura no era muy elevada, pero el constante ejercicio y sin ninguna nube en el cielo que tapara los inclementes rayos solares la piel de Ivy transpiraba. Ella se impregnaba de forma constante las manos con el polvo de magnesio de la bolsa que llevaba colgada de la cintura, en la espalda, para evitar resbalar de la pared vertical.

—¡Muy bien, Ivy! Lo estás haciendo de fábula. Cualquier día de estos me superarás —halagó Hans, colgado del arnés y sujeto a la reunión<sup>13</sup> que había afianzado mientras subía. Se hallaba unos metros más arriba de donde estaba ella y volteaba el cuerpo hacia abajo para poder observar con atención los progresos que hacía Ivy. Ella seguía sus indicaciones sin ser temeraria, pero muy valiente. No titubeaba y el orgullo que sentía le bailoteaba en los ojos.

Ivy alzó la mirada del color de los zafiros al oír el ánimo en la voz de Hans y le sonrió, concentrada. Se balanceó en el aire y le sacó la lengua antes de saltar a la siguiente grieta.

El corazón de Hans se paralizó durante un segundo interminable mientras el cuerpo femenino volaba en el aire, y solo al verla agarrarse a la fina hendidura inhaló con fuerza.

—¡Joder, Ivy! —renegó asustado e impresionado a la vez. No todos los escaladores se atrevían a hacer un dyno<sup>14</sup> en su quinta ascensión en pared—. No vuelvas a hacerlo...

—Pero si he hecho lo mismo que tú hiciste en el Tough Enough del Tsaranoro<sup>15</sup>, hace seis meses —replicó, fastidiada por una regañina que había esperado fuera un halago. Lo miró desde abajo, jadeante, con una mueca amoscada. Había buscado complacerlo, impresionarlo con el salto como si

una fuerza desconocida la arrastrara en busca de su aprobación sin que pudiera evitarlo. Pero oír la censura en su voz le provocó un súbito bajón emocional.

Hans leyó en su rostro enrojecido y sudoroso la desilusión que le provocaban sus palabras y se apresuró a continuar:

—Lo sé, pequeña copiona. Y si me dejas terminar —continuó él, incisivo—, te repito que no vuelvas a hacerlo «sin» avisarme antes —declaró, recalcando la palabra, con una gran sonrisa que reveló la perfecta dentadura blanca y las pequeñas arrugas de diversión alrededor de sus ojos. Por supuesto que la escalada era un deporte de riesgo y que no se podía farolear, pero por fin Ivy empezaba a salir del pozo de dolor que la había atenazado y por nada del mundo iba a cortar unas alas que empezaban a soltar el plumón de los primeros pasos para convertirse en una poderosa fuerza de la naturaleza—. Vamos, *Spidergirl*. Termina de subir que tengo hambre.

Ivy se perdió en esa sonrisa, el corazón le aleteó más rápido y sintió la sangre agolparse en su rostro, muy caliente. Desvió la vista de prisa para que él no viera el rubor y disimuló con una queja.

—Pues ya podrías estar tú abajo y yo arriba para variar —protestó de forma entrecortada. Hans era tan atractivo que le costaba mucho no quedarse a veces embobada mirándolo. Meneó la cabeza, no era el momento para dejarse llevar por la fascinación que él ejercía sobre ella, pensó determinada y siguió subiendo con tenacidad.

Llevaban cinco días escalando. Dormían en tiendas de campaña colgantes y ambos disfrutaban cada segundo. Los amaneceres y anocheceres eran de un colorido difícil de contemplar sin que se les estremeciera el alma. Y las estrellas por la noche parecían un tapiz cuajado de diamantes, en medio del arrullo del silencio nocturno.

Desde que Hans la puso delante de un rocódromo en Madrid y la retó a que lo subiera, Ivy había descubierto que le apasionaba estar al aire libre mientras practicaba cualquier deporte que a él se le ocurriera mostrarle. Sentir la adrenalina fluir con rapidez por sus venas mientras escalaba y veía en lo alto el majestuoso planeo de un águila real la hacía sentir viva y a la vez insignificante de una forma que le hacía desear seguir hasta arriba, hasta el final. Seguir hasta poder tocar las estrellas con las manos. Seguir hasta que todo el dolor y el vacío que ella sentía no fuera más que una mota de polvo en la vasta inmensidad del universo.

—¡Cima! —gritó cuando coronó el último ascenso, con los brazos en alto.

Hans la observó dar cabriolas como una cabra loca. No por primera vez sintió un potente ramalazo de orgullo marcarle el corazón y se deleitó en esa sensación tan satisfactoria mientras contemplaba la alegría de Ivy. Por los saltos que daba de roca en roca no parecía que hubiera estado escalando durante tres horas en pared vertical. ¡Qué energía!

Pero mientras admiraba el regocijo de una cada vez más madura Ivy, sintió el cambio en sus emociones. El orgullo se entremezclaba con un sentimiento mucho más intenso, mucho más profundo.

Apartó la mirada de inmediato, como si se hubiera descubierto en un acto deshonesto y perdió la mirada en el horizonte mientras enrollaba las cuerdas. No era la por primera vez que descubría ese inquietante cambio en sus emociones. Y era perturbador. Pero, como las otras veces, aplastó el tierno brote con empeño en su corazón y lo enmascaró por algo más aceptable como el afecto propio de un tutor ya que no se permitía ni siquiera pensar en lo que fuera que estuviera naciendo en su pecho por esa chiquilla.

—Estás locuela, ¿lo sabías? —dijo al cabo de unos segundos, sonriente, mientras acababa de asegurar la cuerda y se incorporaba con un suspiro de cansancio satisfecho.

Hacía años que escalaba, pero tenía que reconocer que nunca había disfrutado tanto al compartir ese deporte, o cualquier otro, como con Ivy. Esa chiquilla tenía el don de alegrarle la vida.

Al cabo de otras tantas horas estaban los dos envueltos en sendos albornoces, con el cabello todavía húmedo, ante dos humeantes tazas de chocolate caliente al tiempo que estudiaban las fichas de ajedrez que tenían delante. En un apartamento, de dos habitaciones y cocina de madera, del Sequoia East and West, en el Parque Yosemite.

—Voy a ganarte esta vez, ya verás —afirmó Ivy con un guiño cuando volvía de la cocina con unas servilletas. Apartó las revistas de motos que siempre estaba ojeando de encima del *chaise longue* del sofá de cuero marrón, se sentó, cruzó las piernas a lo indio bajo el cuerpo y bebió un gran sorbo de chocolate.

Hans se carcajeó, concentrado en el tablero, y negó con la cabeza.

—Ni de coña, muñequita. El día que me ganes más me vale tener noventa años —arguyó mientras movía el caballo a C3. Levantó la vista, la miró y no pudo evitar lanzar una sonora carcajada, divertido al ver que ella tenía un delicioso mostacho de chocolate en torno a los labios rosas.

—¿Y ahora de qué te ríes? —Se sulfuró Ivy, sonrojada, al ver el regocijo

en la cara masculina mientras lo fulminaba con una mirada.

Hans la contemplaba arrobado por la preciosa estampa que ofrecía, sin dejar de reír, pero al ver que su ceño se fruncía aún más se apresuró a refrenar su alegría.

—No me río de ti, muñequita. Anda, ven aquí —pidió cariñoso al verla tan enfurruñada. Se incorporó, cogió una servilleta y se acercó a ella por encima de la mesa y del tablero de ajedrez.

Ivy elevó las cejas sin comprender lo que quería hacer, Lo observó acercarse con el corazón desbocado, olvidado ya el mosqueo. La cara masculina, todavía sonriente y con un brillo divertido en los impresionantes ojos azules, tan profundos como un océano, se aproximó tanto que por una alocada milésima de segundo pensó que él iba a besarla. Pero al notar la servilleta limpiarle el labio superior sus mejillas se colorearon hasta ponerse del color de las ciruelas.

—¡Oh! Qué vergüenza —musitó al tiempo que se apartaba y se limpiaba por ella misma.

—Pues no la sientas, tontuela. Estabas encantadora —afirmó él con una mirada llena de admiración.

Ivy elevó los inmensos ojos y lo miró con fijeza, sorprendida, al percibirla en la voz masculina. Sintió la sangre agolparse en las mejillas aún más cuando él le guiñó un ojo y le sonrió con una irresistible sonrisa que le aceleró el corazón.

—Te... tengo que ir... al baño —balbuceó cuando pensó que explotaría de puro nerviosismo si él seguía mirándola de esa forma.

Se levantó sin atreverse a mirarlo de nuevo, cruzó la sala andando descalza por el parquet de madera y se apresuró hacia la puerta del baño.

Hans la siguió con la mirada, mientras la risa moría en sus labios.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, inquieto, al verla tan nerviosa.

—Sí, sí... Estoy bien —replicó de prisa y cerró la puerta tras ella para apoyarse de espaldas y exhalar el aire que retenía en los pulmones a punto de reventar.

«Ivy, ¡tonta! Se va a dar cuenta como sigas así», se recriminó a sí misma cuando pudo volver a respirar de nuevo. Sentía el corazón bombear frenético, las mejillas le ardían y las manos le temblaban. Se miró en el espejo y al ver sus mejillas, con los ojos excesivamente brillantes, se apresuró a abrir el grifo del agua fría para remojarse y calmar el ardor que sentía en la cara, en todo el cuerpo en realidad.

Se pasó la toalla por la cara y volvió a mirarse para asegurarse de que presentaba un aspecto normal y no tan encendido. Inspiró con fuerza antes de girar el pomo, ya más tranquila, abrió la puerta y salió.

—¿Todo bien? —preguntó Hans cuando la oyó salir, con la vista fija en el tablero.

—Sí, gracias —contestó al tiempo que se obligaba a actuar con naturalidad—. Ha sido una urgencia femenina —explicó. Sabía que era el tema que siempre la sacaba de apuros ya que cuando lo mencionaba Hans cabeceaba sin hacer comentarios.

—¡Oh! Ajá —murmuró él. Levantó la vista al verla acercarse y sentarse otra vez con las piernas cruzadas en el sofá. El inmenso albornoz le quedaba enorme y contrastaba con su piel bronceada, después de los días pasados al aire libre. Presentaba un aspecto sano y vigoroso: la juventud en estado puro y no pudo evitar mirarla fascinado.

Mientras ella permanecía en el baño había estado pensando en lo necesario que era que hablaran. La observó y carraspeó, incómodo al tener que abordar un tema perturbador para ella que había planteado hacía unos meses, cuando su jefa Dannielle le comunicó que lo necesitaría disponible para viajar durante un tiempo más largo de lo habitual.

—¿Ivy?

Ella estaba inclinada sobre el juego, contemplando muy concentrada el movimiento que él había efectuado.

—¿Humm? —murmuró, sin prestarle atención.

—¿Has pensado en lo que te dije sobre el internado? —comenzó, con suavidad—. ¿Pudiste mirar los folletos que te pasé?

De inmediato ella dejó de estudiar el tablero, perdido todo el interés en el juego de un plumazo, y lo miró de frente con un deje de pánico en las pupilas. Hans sintió una sacudida en el corazón, afligido ante el desamparo que cubría la expresión femenina y la hacía palidecer. Se sintió enfermo, como ya ocurrió la primera vez, por provocarle esos temores. Pero enviarla a un internado, uno de los mejores del mundo, era la opción que mejor les convenía a los dos. Ella estaría cuidada y protegida en un ambiente propicio para su edad y él podría atender sus negocios o sus obligaciones con la OpE sin estar preocupado por ella de forma constante. Aunque cuando sacó el tema, Ivy reaccionó como si quisiera deshacerse de ella.

—No —negó en ese momento, con un tono una octava más alta que de costumbre debido al miedo que le producía saber que él se iba a alejar por un

largo período de tiempo.

—Ivy... —suspiró Hans con pesar. Esto no debería ser un tema que le causara terror, pero comprendía que se sintiera amenazada por la soledad, de nuevo. Insistió, con dulzura—: Sabes que no es un castigo ni mucho menos que yo me quiera librar de ti, ¿verdad? Te lo expliqué antes y te lo vuelvo a repetir: Siempre estaré ahí para ti. Siempre, Ivy —aseguró mirándola a los ojos de forma penetrante. Apartó el tablero, se inclinó por encima de la mesa y le cogió las manos con ternura—. Yo estaré más tranquilo y tú estarás en un ambiente mejor, más adecuado para tu edad. Ahora te pasas la vida en mi apartamento de la Castellana y solo sales para ir al colegio. No has hecho amigos desde que cambiaste de centro y... ¡Yo no quiero eso para ti, Ivy! —arguyó tenaz. Tenía que hacerle comprender que no iba a permitir que ella se encerrara en sí misma.

Ivy se inclinó también, impulsiva, hacia delante y le estrujó las fuertes manos, enormes en comparación con las suyas, con una expresión suplicante.

—Pero yo no te molestaré, puedo estar en el apartamento mientras tú estás fuera—replicó, con desesperación—. Ya soy mayor, el mes que viene voy a cumplir quince y puedo cuidar de mí misma. Además —continuó, como si eso fuera suficiente—, está Loli —dijo, refiriéndose a la asistente domiciliaria que Hans tenía contratada a tiempo parcial.

Hans meneó la cabeza, se sentía fatal, pero tenía que ser implacable esta vez. No podía ceder al miedo que veía en lo profundo de los ojos color zafiro, abrazarla y reconfortarla como quería hacer con todo su corazón. Pero como tutor no solo debía velar por su seguridad y bienestar físico, sino que debía darle toda la estabilidad emocional para que ella fuera una persona completa, sana y segura de sí misma. Y para ello tenía que ser un pilar que jamás cediera a la debilidad que le producía saber lo vulnerable que era ella.

—No, Ivy —negó—. Loli es un arreglo temporal por si me voy unos cuantos días a Londres o a Hamburgo, no para largas temporadas. Y esta vez mis negocios me reclaman por varios meses —aclaró—. No, muñequita. No puede ser —rechazó. La miró revestido de autoridad, aunque en realidad el pesar le atenazaba el alma al ver brillar las lágrimas en los ojos femeninos.

Los hombros de ella temblaron.

—Pero... ¿no podemos seguir como hasta ahora? Yo... —rogó con un susurro estrangulado.

—Por favor, Ivy, cariño —rogó, a un paso de ceder, enviarlo todo al diablo y saltar sobre la mesa para envolverla entre los brazos. No soportaba verla

triste, se le partía el alma al percibir su pena—. No es algo malo, solo es un cambio y los cambios son buenos. Pueden traerte mucha felicidad y nuevas experiencias que...

Ivy lanzó un bufido, enfadada contra el mundo, contra la vida cruel e injusta.

—No quiero nuevas experiencias —rechazó, terca—. ¡No me gustan los cambios! Quiero quedarme como estoy. Las nuevas experiencias solo traen dolor... pérdida. Todo se oscurece y no vuelves a ver a las personas que lo son todo para... —Ivy se interrumpió y cerró los párpados con fuerza. No iba a llorar. Nunca más. «No quiero que me mandes a un internado porque no quieres hacerte cargo de mí», pensó de forma infantil una parte de su mente.

Aunque de inmediato suspiró, arrepentida de su rabieta. Sabía que Hans se había convertido en tutor, compañero y su mejor amigo el día que sus padres fallecieron y que desde entonces había podido contar con él para todo. Era injusto pensar de él que se estaba desembarazando de ella, pero no podía evitarlo. No quería ir a un internado, se decían barbaridades de ellos: que eran como el ejército, o peor, como un convento de monjas de clausura. Además y lo más importante: no quería estar sola de nuevo.

Obstinada, le soltó las manos, cruzó los brazos sobre el pecho y lo miró, retadora.

—No quiero ir. No voy a dejar solo a Freddo —declaró entonces. A unas semanas de su próximo cumpleaños la rebeldía se le estaba subiendo a la cabeza y sustituía argumentos, con alguna validez, por simple y pura terquedad.

Pero Hans tenía un as en la manga.

—En ese internado se permiten mascotas. Tienen habitaciones acondicionadas para ello —reveló, con un elocuente elevamiento de cejas.

Ivy frunció los labios al quedarse sin excusa. Lo miró con fijeza testaruda durante varios minutos, pero Hans no dio su brazo a torcer. Midieron fuerzas en una lucha de silencios. La mirada color cobalto era recóndita, impenetrable e imbatible y al fin ella retiró la vista, derrotada.

—No quiero que me alejes de ti —susurró al fin, en voz baja. Había inclinado la cabeza y la cortina de largo cabello, ya seco, ocultaba sus facciones, pero a él no le hizo falta verla para saber que ahora la expresión pertinaz había sido sustituida por una muy vulnerable.

—Mírame, Ivy —ordenó con una voz muy suave.

Ella tardó unos segundos, pero al final levantó el rostro y lo miró desde

detrás de las lágrimas no derramadas que retenía en los ojos.

Los hombros femeninos se sacudían temblorosos, pero Hans sabía que se empeñaba en no llorar.

—Muñequita... —musitó al borde de la rendición. No podría soportar que ella se replegara de nuevo y volver a enfrentarse a su dolor y a su vacío ahora que parecía que había conseguido que superara esa etapa.

Ivy apretó los labios en una fina línea, volvió la cabeza y cerró los ojos para no ver la desolación que cubría las facciones masculinas ante su terquedad. No quería defraudarlo. Inspiró varias veces en un intento de controlar el miedo y la inseguridad. Él no la estaba abandonando, todo lo que había hecho hasta ahora por ella había sido siempre en su beneficio. Nunca la había dejado a solas cuando tenía una pesadilla por las noches y siempre había procurado alentarla, darle ánimos, darle fuerzas. Quizás era hora de demostrarle, y demostrarse a sí misma, que podía volar sola sin estarlo en realidad. Determinada lidió contra la desesperación que la invadía y se negó a seguir escudándose en una obstinación que incluso a ella misma le resultaba infantil. La aprobación y la admiración de Hans le importaban demasiado y no quería enturbiar la imagen que esperaba que empezara a tener de ella. Abrió los ojos, volvió el rostro otra vez hacia él y lo miró, más serena.

—Está bien. Iré a ese internado. Si tú dices que es lo mejor, confiaré en ti —afirmó, decidida a mostrarse fuerte. Lo miró a los ojos sin dejar que la flaqueza que todavía le atenazaba el corazón la dominara.

—¡Oh, mi pequeña! —Se alegró Hans, aliviado. Sonrió con toda la cara y alargó las manos hacia ella. Ivy las miró y al fin depositó las suyas sobre las palmas abiertas. Hans sintió el estremecimiento que recorrió a Ivy cuando cerró los dedos en torno a ellas y su cuerpo lo absorbió, llenándose de él a contra voluntad. Con férrea tenacidad ignoró esas perturbadoras señales y afirmó, cariñoso—: Ya verás como todo saldrá bien, Ivy. Es un sitio fantástico y pronto harás muchos amigos. —No tenía dudas sobre eso, ella era muy sociable. Recordaba cuando era una niña que se relacionaba con todos, llena de alegría, sin timidez alguna. —Estaré contigo en todo el proceso, ¿de acuerdo? Te llevaré a conocer al profesorado y a la directora. Además te presentaré a Amparo, es la hija de unos amigos míos. Es de tu edad y asiste a ese internado. Por ellos supe de ese centro y créeme: hablan maravillas de él —reveló, complacido al ver que ella reaccionaba con valor. Se desplazó más cerca de ella y le acarició la mejilla con dulzura—. He pedido informes detallados y todos son muy favorables. Te aseguro que no te



enviaría lejos de mí si no estuviera seguro de que vas a estar en las mejores manos.

Ivy sonrió con valentía, aunque en su interior se sentía otra vez al borde del precipicio de la soledad.

# 7

Internado suizo. Septiembre, 2010.

Ivy avanzaba por el largo pasillo del edificio principal del prestigioso centro escolar suizo donde Hans quería ingresarla, con una exagerada y teatral mueca de aburrimiento.

Ambos escuchaban a la directora, que los había recibido muy emocionada por la posibilidad de tener a la tutelada del Barón de Monte Hidalgo en su colegio, y ahora los acompañaba en un recorrido por las instalaciones mientras disertaba sobre los diferentes planes de estudio, las actividades extraescolares y les señalaba, a través de los altos ventanales, los edificios dedicados a los diferentes deportes.

Atendía distraída sin dejar de observarlo todo con una mirada crítica que se aseguraba de que Hans advirtiera en todo momento. Había decidido afrontar la entrada en el internado con escepticismo para poder decirle, a los pocos meses, que no lo soportaba y que quería regresar a casa.

El edificio donde se encontraban era el más antiguo, pero el colegio de cientos de hectáreas de terreno albergaba campos de deportes, piscinas olímpicas, cuadras, campos y bosques en los que se podía pasear a caballo. Otros edificios más pequeños acogían laboratorios, invernaderos y un teatro. Los dormitorios de las chicas y el de los chicos se hallaban separados por el inmenso edificio principal.

El centro era uno de los más prestigiosos colegios y sus procedimientos de enseñanza, basados en el «Método Montessori», lo avalaban como uno de los más altos en cuanto a estándar de calidad a nivel de disciplina.

El semestre estaba a punto de comenzar y el colegio era un hervidero de actividad. Los estudiantes iban y venían, recién llegados o acabándose de instalar. Se cruzaban con ellos en los pasillos y observaban a los visitantes con curiosidad. Centraban su atención en Ivy al verla como una posible compañera y ella les devolvía la mirada con el mismo interés. Siempre había sido cordial y aunque no quería permanecer en el internado más que unos pocos meses, no era cuestión de estar aislada o comportarse como una borde. Una cosa no reñía con la otra y podría hacer amigos, ya que cuando se fue de Rochester perdió el contacto con todas sus amistades de allí durante los meses en los que el duelo no le permitía ni pensar, comer o dormir.

De improviso una chica de la misma edad que Ivy salió a toda prisa de la

biblioteca con los brazos cargados de libros, sin mirar, y tropezó con ella. La pila de volúmenes voló por los aires y el pasillo quedó regado con las cubiertas, algunas muy antiguas.

—¡Helena! —reprochó la directora Francine al ver los valiosos tomos desperdigados por el suelo.

—Lo siento, señora. —Se disculpó la tal Helena en un inglés perfecto, contrita—. Tenía que entregar los ejemplares de Tolstoi al profesor Hendriks y no miraba por dónde iba. —Aturullada, la alumna recogía los libros con prisas.

—No ha sido nada, la culpa ha sido mía que me he puesto en medio —intervino Ivy, también en inglés, compadecida de la chica de cabello castaño y cálida mirada color marrón. Se agachó a su lado y la ayudó a recoger el desaguizado. Helena le sonrió, agradecida.

Hans observó complacido el gesto de Ivy. Desde que habían llegado ella había intentado por todos los medios hacerle saber que estaba incómoda, que estaba aburrida, que no le gustaba el lugar; pero ahora percibía por fin un interés real y espontáneo en Ivy. Vio a la directora con intención de seguir afeando el comportamiento de la alumna, se adelantó hacia ella para llamar su atención, Francine se giró hacia él al notar su proximidad y la miró con un gesto elocuente. Señaló, con intención, a Ivy con la barbilla. La directora, en un principio desconcertada, siguió su mirada y al ver la disposición de la postulante —una chica que tal vez no encajaba bien que el único referente familiar la quisiera dejar allí sola—, para ayudar a Helena, cabeceó entendedora hacia él.

Los libros pronto estuvieron ordenados y otra vez sobre los brazos de Helena, que resopló y un mechón de su flequillo voló hacia atrás.

—Ivy, ¿por qué no ayudas a Helena mientras la directora termina de enseñarme el ala de ceremonias? —indicó Hans, como si de repente se le hubiera ocurrido que el paseo resultaba aburrido para ella. Ivy giró la vista hacia él, extrañada. Creía que quería enseñarle el maravilloso colegio en el que quería dejarla, en esa visita guiada, aunque al ver su expresión inocente lo fulminó con una mirada acusatoria, al comprender a la perfección sus intenciones. Pero al final encogió los hombros.

—De acuerdo, estos libros pesan lo suyo —convino al tiempo que descargaba alguno de los brazos de la alumna.

Helena sonrió, agradecida, hacia Hans. Él le guiñó un ojo con complicidad y se sonrojó vivamente ante la calidez de los iris. Se apresuró a indicarle el

camino a la chica rubia, empujó una puerta lateral con la cadera y abrió para que Ivy pudiera pasar.

—Es por aquí. El profesor Hendriks me pidió los tomos ayer, pero con el ajetreo de los primeros días se me olvidó —explicó.

Antes de salir Ivy giró la cabeza hacia Hans; él cabeceó hacia ella y sonrió alentador. Ella frunció los labios, burlona, en un mohín rebelde que indicaba a las claras que conocía las intenciones masculinas al endosarla a la chica de cabello castaño.

Helena, ajena a las elucubraciones conspiradoras de Ivy, la observó con interés mientras andaban.

—¿Te has matriculado este año? No recuerdo haberte visto antes —comentó, afable—. Me llamo Helena.

Ivy le sonrió con simpatía.

—Yo soy Ivy. —Se presentó, cortés—. Sí, soy nueva. Mi tutor está muy ocupado y quiere que crezca en un entorno más adecuado a mi edad —remedó las palabras de Hans, imitando su tono, con una mueca cómica. Luego meneó la cabeza, exasperada, y exclamó con desdén—: ¡Adultos!

Helena se echó a reír con una alegre carcajada que resonó entre las paredes del patio interior que estaban atravesando. Ivy la contempló, fastidiada por la decisión de Hans, pero acabó por lanzar una carcajada también.

—¿Ese es tu tutor? —preguntó Helena—. Creía que era tu padre; es muy guapo —alabó al entrar en el ala de aulas, al otro lado del patio ajardinado.

Ivy esbozó una leve sonrisa.

—Si tú lo dices —dijo con estudiada indiferencia, como si no se hubiera fijado.

Helena meneó la cabeza y la densa cabellera castaña onduló sobre sus hombros.

—Si quieres, cuando entreguemos estos volúmenes al profesor, puedo enseñarte el colegio y los lugares que el profesorado ignora, y que son los más divertidos —dijo con un guiño malicioso.

—¿Sí? —Se interesó Ivy, a su pesar. —De acuerdo —accedió, más intrigada por ese recorrido que cuando los guiaba la directora, atraída por la natural simpatía de la chica. Sin darse cuenta en ese momento nació una incipiente amistad entre Helena y ella.

Y a los pocos meses Ivy se había integrado tanto en la rutina escolar que ya no recordaba sus planes de echar por tierra la matrícula para pedir a Hans que la sacase de allí.

Diciembre, 2012. Ginebra, Suiza.

—¿De verdad crees que no van a comprender lo importante que es que la OTAN colabore en nuestra búsqueda? —inquirió Hans hacia su jefa Danielle, sentada frente a él en el jet privado.

Volaban a Suiza para acudir a una importante asamblea de los diferentes estamentos policíacos y militares, con la intención de aunar esfuerzos contra el terrorismo y compartir información y métodos.

Danielle frunció los perfectos labios de impactante carmín color rojo sangre con una mueca de desagrado.

—Los militares son a veces los más cerrados a la hora de compartir información o metodología, aunque cuando es al contrario a todos nos toca apachucarse —reprochó con pasión airada.

Hans asintió. Sabía que la colaboración entre agencias era a veces desesperante y comprendía el desasosiego de su jefa. Desde hacía varios meses estaban colaborando estrechamente y cada día se sentía más complacido con el nombramiento de esa mujer fuerte y decidida. Con ella habían logrado adelantar muchísimo en la caza a la que sometían a la célula de Yoshío Hayashi. Gracias a su tenacidad y a la manera que tenía de enfrentarse —sin arredrarse jamás ante la mayoría masculina que solía mirar por encima del hombro a la mujer—, a los estamentos burocráticos para conseguir mayor apoyo logístico o informático.

—¿Por qué has querido que viniera yo a esta asamblea? —inquirió, extrañado—. Ibrahim sería más adecuado, o incluso Grayson ya que él está más acostumbrado a la diplomacia. Creo que yo no podré ayudarte mucho —repuso con un encogimiento de hombros.

Los ojos verdes de Danielle lo escrutaron con fijeza y no por primera vez Hans pensó que era la belleza personificada. Secretamente admiraba su temple ardiente y que le encantaría domeñar. Gruñó en su interior cuando ese pensamiento lo asaltó y se obligó a apartarlo de la mente. Danielle era su jefa y como tal jamás podría traspasar esa fina línea. Lo que era una lástima, ya que era una mujer a la que le hubiera encantado conocer de una forma mucho más íntima.

Danielle acabó por guiñarle un ojo con picardía y declaró:

—Al contrario, señor barón —negó con ese ligero acento en el fondo de las vocales—. Tus contactos me vendrán de fábula en este caso. Si alguno de los peces gordos a los que quiero engatusar se me resiste...

—No entiendo cómo osarían —intervino irónico, con una sonrisa gatuna.

Dannielle ladeó la cabeza, maliciosa. Al final la echó hacia atrás y lanzó una sonora carcajada melódica.

—Como iba diciendo antes de que me interrumpieras —acusó al fin mordaz. Hans inclinó la cabeza en admisión y ella prosiguió—: Si alguno se me resistiera, cosa hartó improbable, ahí es donde entrarías tú. Necesito que permanezcas junto a mí todo el tiempo; quiero que los demás te vean a mi lado. Todo el mundo te conoce en Europa, saben de tus empresas en pro del medio ambiente, de tu método de producción efectiva con los empleados, de las ONG a las que dedicas gran parte de tu fortuna y eres alguien a tener en cuenta. Conoces a presidentes, a primeros ministros personalmente o incluso estás emparentado con alguno —continuó apasionada. Había luchado mucho por obtener el puesto de directiva de la OpE y pensaba acabar con esa célula costara lo que costara, aunque sabía que luego surgirían otras, pero ya cruzaría ese puente cuando se presentara—. La OpE es relativamente muy joven, pero contigo ganaremos notoriedad y quizá nos empiecen a tomar en serio. Con este viaje quiero conseguir que podamos recurrir a una logística que podría ayudarnos a perseguir, con mucha más rapidez, según qué tipo de transportes con los que trasladan las peliagudas cargas. Somos muy buenos en localizar contenedores o destinatarios, pero si no podemos interceptarlos no nos sirve de nada. Cuando llegan a destino los perdemos y... —Se interrumpió con la tez algo pálida al pensar en el destino de las personas, mayoritariamente mujeres y niños, que desaparecían a diario en Europa, en América, en todo el mundo. Desvió la vista hacia la ventanilla y suspiró con un nudo de pesar atenazándole la garganta.

Hans se inclinó hacia delante, con los antebrazos en las rodillas y la miró con el mismo sentimiento de zozobra por la injusticia que se obraba en el mundo.

—Estoy seguro de que lo lograrás, Dannielle —aseveró, convencido.

Ella se giró hacia él. Al ver la mirada color cobalto franca y segura pensó que ojalá pudiera compartir ese convencimiento. A diario tenía que luchar no solo contra los traficantes o delincuentes, sino contra estamentos que le ponían trabas solo por el hecho de ser mujer o pertenecer a una corporación policíaca de la que no tenían conocimiento. La frustración hacía presa en ella al pensar que mientras ella lidiaba con la absurda burocracia alguien era secuestrado, violado, abusado, quizá asesinado o vendido a un nuevo postor. Esbozó media sonrisa hacia ese hombre que no dejaba de fascinarla. Cuando

leyó su expediente ya sintió mucha curiosidad por él, pero en cuanto lo conoció vio que la foto de carnet era una absurda burla a la belleza y virilidad de ese hombre, y quedó gratamente sorprendida por su fuerza mental y la firme convicción ideológica de la que siempre hacía gala.

—Gracias —respondió y meneó la cabeza entre dudosa y esperanzada al expresar su deseo—: Eso espero.

—En cinco minutos aterrizaremos. Cinturones, por favor —indicó la comandante, Marta, por los altavoces.

Dannielle esbozó una sonrisa y un brillo determinado apareció en los iris del color de las esmeraldas.

—Vamos allá.

—A por ellos, que son pocos y cobardes, *mon capitaine* —animó Hans con un guiño picaresco.

Dannielle volvió a carcajearse y cabeceó. Pensó en todas las personas que eran secuestradas a diario, y en las niñas y mujeres víctimas de las guerras, daños colaterales decían; consideraba que dependían de ella y se juró que no iba a defraudarlas.

Aterrizaron en cuestión de minutos y los recibió una bruma helada al bajar del avión, bien temprano por la mañana. Se apresuraron por la pista desierta hacia el coche oficial que había enviado la agencia para ellos y partieron rumbo a la sede de las Naciones Unidas en Suiza, donde se celebraría la Asamblea interdepartamental de los cuerpos policiales y militares en prevención de problemas internacionales.

—¿Has estado antes en Ginebra? —inquirió Hans, curioso. Se volvió hacia Dannielle y la encontró con la nariz metida en una carpeta, enfrascada en la lectura de los informes que traía en un portapapeles. Meneó la cabeza y carraspeó para llamar su atención. Tomarse la responsabilidad en serio era una faceta que demostraba fuerza de carácter, pero esta nunca debía impedir disfrutar de la vida a cada segundo.

Dannielle levantó la cabeza y lo miró.

—Disculpa, ¿decías algo? —preguntó, distraída, sin prestarle excesiva atención.

Hans torció el gesto.

—Por supuesto —contestó. Sin añadir nada más giró el rostro hacia la ventana.

Dannielle frunció el ceño, desconcertada.

—¿Y? ¿No vas a decirme lo que era? —interrogó, mosqueada por haber

sido distraída.

Hans se volvió hacia ella y la miró de forma penetrante. Jamás trataba de imponer su carácter Dominante, pero no le hacía falta. La actitud tranquila y segura de él llamó la atención de Dannielle y dejó los papeles que sostenía para centrar su interés, casi sin darse cuenta, y cuando Hans comprobó que no iba a volver a coger los documentos, asintió y contestó:

—Te preguntaba si has estado alguna vez en Ginebra —dijo en un tono jovial que acompañó con una irresistible sonrisa que le marcó las comisuras de los ojos.

Dannielle no pudo por menos que fijarse en esa sonrisa y su corazón se aceleró, a contra voluntad. ¡Demontres! Había venido a trabajar, no podía distraerse con ese pedazo de hombre. Tal vez no había sido tan buena idea traerlo a este viaje.

—¿Ginebra? ¡Oh, pues...! —inquirió mientras desviaba la vista por la ventanilla y contemplaba la Route de Ferney, llena de tráfico, en dirección al Parque Ariana que estaban recorriendo. Se encogió de hombros y meneó la cabeza—. La verdad es que no. Soy una adicta al trabajo, Hans. No viajo por placer, suele ser por negocios y apenas tengo tiempo de fijarme en las ciudades en las que estoy.

—Craso error, jefa. No deberías dejar que el trabajo te impida disfrutar del camino —aconsejó con un elocuente elevamiento de cejas. Apretó el intercomunicador con el chófer y pidió en perfecto francés—. Por favor, Louis, llévanos hacia el casco antiguo, cerca de la catedral de Saint Pierre.

—Como desee, señor —contestó Louis, un chófer relativamente joven de la empresa que contrataba la agencia en esa ciudad.

—Pero... ¡esto nos retrasará! —protestó Dannielle al ver que seguían por la Avenue de France y dejaban a la izquierda el Parque Ariana, con el ceño fruncido.

—Faltan cinco horas para la reunión. ¿Piensas pasarte ese tiempo metida en la oficina con la nariz sepultada en las carpetas de documentos? —interrogó Hans. No había reproche en su tono, al fin y al cabo ella era su jefa y habían venido por trabajo, pero fue claramente audible la incredulidad. Dannielle lo estudió con una expresión interrogadora, pero él continuó antes de que dijera nada—: Estoy convencido de que te sabes esos documentos de memoria. Empiezo a conocerte, Dannielle y nunca dejas nada al azar en cuanto a tu trabajo. Eres concienzuda hasta la obsesión, lo cual te dota de una increíble tenacidad y capacidad de retentiva de datos que luego te son muy



útiles. Además —añadió con otra irresistible sonrisa—, no tardaremos mucho.

Dannielle elevó las cejas, suspicaz, y al final sonrió, imposible no ceder a esa jovialidad.

—Está bien, te concedo unos minutos —convino mientras cerraba el maletín y lo dejaba en el suelo del vehículo, junto a sus torneadas piernas cubiertas con medias claras. Portaba un traje chaqueta de color crudo, muy sobrio. La chaqueta, de cuello rígido sin solapas y la falda recta, larga hasta las rodillas. Tres botones, el único punto de color, en forma de rubíes, uno en la entallada cintura de la chaqueta y los otros dos en las mangas, y un collar corto de centelleantes piedras rojas por dentro de la americana. No pensaba renunciar a la feminidad en aras de su profesionalidad.

Hans elevó las cejas, irónico.

—¡Unos minutos! —Fingió maravillarse y sonrió, malicioso—. Creo que no voy a atinar, tan nervioso me has puesto. —Se burló con un guiño irreverente.

Dannielle lo contempló incrédula unos segundos y luego volvió a echarse a reír.

—¡Qué descarada desfachatez, milord! —declaró una octava más alta con acento esnob. Volvió a carcajearse y lo miró de forma sagaz—. No creas que me vas a engañar; pretendes distraerme, que me olvide de la reunión y que concentre mi mente en otras cosas para no acumular tensión, ¿verdad?

Hans ladeó la cabeza de forma inocente.

—¿Quién? ¿Yo? ¡Anda ya! —Simuló escandalizarse, aunque lo desmintió al instante con una sonrisa exultante. Dannielle correspondió y Hans miró por la ventanilla para ver dónde se encontraban y al ver que desembocaban ya en la Quoi du Mont-Blanc, bordeando el Lago Lemans, en dirección al Pont du Mont-Blanc procedió a ejercer de guía—. Ginebra es una ciudad de diversidades, ya sabes que aquí están las sedes de la ONU y de la Cruz Roja, y además es muy cosmopolita. Su arte y su gastronomía están muy vinculadas al mundo —comenzó con un divertido aire profesional que imitaba a la perfección a los guías turísticos—. La ciudad está enclavada a la salida del Ródano en el lago de Ginebra y, como dicen los lugareños con gran orgullo, es la capital de la República y Cantón de Ginebra, el penúltimo cantón en unirse a la Confederación Helvética. Si miras a la izquierda, hacia el lago, podrás ver el impresionante Jet d'Eau<sup>16</sup>, el géiser artificial que se erige como un poderoso guerrero de agua, con una altura de ciento cuarenta

metros —reveló con un tono que pretendía sonar neutro, pero que no pudo evitar que se le escapara la sincera admiración que le despertaba la ciudad, más concretamente la parte antigua. En un tono algo más serio, prosiguió—: A la derecha puedes ver el hotel Beau Rivage donde se alojaba Isabel de Baviera, la emperatriz Sissí, cuando murió asesinada en ese parque de la izquierda. Allí se encuentra la estatua monumento en su memoria.

El coche se adentró en el puente y él se inclinó hacia la ventanilla de Danielle.

—Mira, esa es la «Ile Rousseau» —indicó a la derecha—. Ahí está la estatua al gran Jean Jacques Rousseau, el hombre que dijo: *Mientras el gobierno y las leyes proveen lo necesario para el bienestar y la seguridad de los hombres, las ciencias, las letras y las artes, menos despóticas y quizá más poderosas, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas que los atan; anulan en los hombres el sentimiento de libertad original para el que parecían haber nacido, y les hacen amar su esclavitud y los convierten en lo que se suele llamar «pueblos civilizados». La necesidad creó los tronos; las ciencias y las artes los han fortalecido.* Y que a día de hoy nadie ha podido refutar —alegó con un curioso brillo de desesperanza en los iris que llamó la atención de Danielle.

La limusina abandonó el puente y antes de internarse en la Quai du Général-Guisan se desvió por la avenida llamada Place de Longemalle en dirección a la Cathédrale Saint-Pierre.

—Esta es una ciudad multicultural —continuó Hans—. Aglutina a los aficionados a la música, vengan de donde vengan. Seguidores de cualquier estilo son bienvenidos —explicaba ahora más serio—. Unos quinientos conciertos, desde *jazz* y *rock* hasta *house* y ritmos africanos. —La voz masculina sonaba llena del encanto que siempre le provocaba una ciudad tan llena de matices. —Además si camináramos por sus calles podrías ver cerca de veinte pianos colocados en plazas y parques para quien se atreva a interpretar una pieza. El lema es: Ponga una pausa musical en su camino hacia cualquier lugar de esta bella ciudad.

Danielle, más fascinada por el hombre a su lado que por la ciudad que este le iba describiendo, se obligó a contemplar las construcciones llenas de historia, conservadas de forma magnífica y modernizadas en su interior, muchas ocupadas por bares, cafés, restaurantes o galerías de arte, mientras transitaban por el casco más antiguo y hermoso de la ciudad.

Hans volvió a señalar por la ventanilla.

—A dos manzanas de aquí se encuentra la Place du Moulard —indicó hacia la derecha—. Por la noche muchos adoquines se iluminan y puedes leer en ellos palabras de bienvenida en muchos idiomas.

—¿Cómo sabes todo eso? ¿Has estado muchas veces aquí? —inquirió Dannielle. Volvió la mirada hacia él y pudo contemplar el rostro masculino, peligrosamente cerca del suyo. Turbada, aspiró el aroma del perfume: Uomo? de Moschino, y admiró el notable perfil y la marcada mandíbula rasurada. Él se giró hacia ella y pudo verse en los ojos azules, penetrantes y profundos. Más inquieta de lo que se esperaba, se apresuró a componer una expresión indiferente. Hans fijó la mirada en ella durante unos intensos segundos en los que su corazón inició un veloz galope con la loca idea de que iba a besarla, aunque él no dejó traslucir nada lo que pensaba, bajo una impresionante expresión hermética, y luego se retiró de nuevo hacia el otro lado del asiento.

—Un par de veces. Mi padre me trajo cuando era un adolescente —comentó en tono impersonal. No mencionó que fue poco después de morir su madre por un fallo renal a consecuencia de la enfermedad de Fabry<sup>17</sup>, que padeció durante años. Por un momento los tristes recuerdos lo asaltaron: la soledad, el desamparo, la impotencia al no saber qué debía hacer ni cómo comportarse ante una situación que lo sobrepasaba. Domeñó con firmeza el dolor que sufrió ese niño que fue y sonrió hacia Dannielle. Jamás dejaba que las emociones negativas guiaran su vida—. Si tuviéramos tiempo me encantaría mostrarte el canal del Ródano. Es una maravilla bucólica de callejuelas estrechas con balcones llenos de flores de todos los colores. Un intenso aroma floral inunda los pasajes. Podría perderme entre esos callejones que parecen jardines flotantes, sin importarme jamás, por la magia que me rodea —continuó de forma entusiasta—. Hay una infinidad de puentes de muy diferentes formas, construcciones y edades que permiten el paso de peatones y vehículos. Ese es uno de los más vistosos enclaves de la ciudad —terminó de carrerilla, como un experimentado guía que no puede dejar que los viajeros no compartan la pasión que él siente por la ciudad.

—Es fascinante —declaró Dannielle, con espontáneo pesar por no poder dedicarse a perderse en esa ciudad de la mano de tan magnífico guía. Contempló las edificaciones antiguas y los pequeños bares y establecimientos que se preparaban para iniciar la jornada y se volvió hacia él con una sonrisa sincera. Había olvidado por qué estaba realmente en la ciudad y se había desembarazado de la coraza de jefa y profesional para pasar a ser una persona sin cargas—. Gracias, me hubiera encantado descubrir este lugar y...

En ese momento sonó el móvil y Danielle compuso un gesto de disculpa hacia Hans por la inoportuna interrupción. Encogió los hombros como si dijera que era inevitable y lo cogió.

—Delacroix —contestó, de nuevo convertida en la jefa. Escuchó durante unos segundos y asintió—. Sí, vamos de camino.

## 8

Hans suspiró, la tregua había durado poco. Se arrellanó en el asiento y tamborileó con los largos dedos sobre el muslo mientras perdía la mirada más allá de la ventanilla.

Al cabo de unos minutos Dannielle colgó y se volvió hacia él.

—Lo bueno si breve, dos veces bueno, dicen, ¿no? —arguyó, pragmática—. El secretario nos espera. Aunque aún falta para la reunión dice que tenemos que ultimar los detalles de nuestros alegatos frente a los asistentes a la asamblea. Él quiere conseguir apoyo tanto como nosotros —comunicó a Hans y apretó de nuevo el botón intercomunicador—. Al Palacio de las Naciones, Louis, por favor —pidió al chófer.

—En seguida, señora —convino Louis, maniobrando entre el tráfico para regresar otra vez hacia el Pont du Mont-Blanc.

Dannielle volvió a coger el maletín y se enfrascó otra vez en los documentos que había preparado con meticulosidad antes de partir: Cifras, estadísticas, números que solo servían para dar un balance, a veces lo único que consideraban los grandes dirigentes de este mundo y se olvidaban de que en realidad lo que importaba de verdad eran las personas, no las cifras. Pero ella se encargaría de hacérselo ver. Traía testimonios documentados de chicas que habían logrado escapar de sus captores, vivencias escalofriantes en primera persona de lo que habían tenido que sufrir.

Hans la observó y suspiró por la efímera pausa. Esa mujer era la tenacidad en persona y dudaba que se permitiera algún momento de ocio personal.

Se volvió hacia la ventanilla y sus pensamientos, como siempre, volaron hacia Ivy. Hacía varios meses que había ingresado en el internado y aunque los principios fueron duros, al final se adaptó. Sacó el móvil del bolsillo interior del abrigo gris y abrió la aplicación de mensajes. La dulce faz de su tutelada apareció en pantalla como imagen de contacto y sin que se diera cuenta el rostro se le iluminó, lleno de ternura y felicidad.

Dannielle en ese momento levantó la cabeza para mirar por la ventana de Hans si ya estaban llegando y no pudo evitar fijarse en él. Muerta de curiosidad desvió la vista hacia la pantalla del móvil para saber qué era lo que hacía tan feliz a ese hombre impenetrable, aunque no pudo ver nada ya que él abrió los mensajes y la imagen de contacto desapareció antes de que pudiera

verla bien. Meneó la cabeza y volvió a enfrascarse en la documentación con un bufido silencioso hacia sí misma. ¡Cómo si fuera una cotilla de tres al cuarto, por Dios!

### Sede de la ONUG

La asamblea transcurría entre las diferentes alocuciones de los asistentes. Había empezado hacía una hora y Hans estudiaba los rostros del público en las gradas en círculo, con el país de origen y el nombre del portavoz en una placa sobre el cubículo asignado a cada delegado.

Algunos como Dannielle estaban realmente implicados y sus rostros expresaban interés, otros parecía que habían acudido como compromiso laboral, estaban presentes solo para cumplir y deseaban que terminaran las ponencias de cada cual cuanto antes para poder irse a comer con las generosas dietas que se les habían asignado para gastos. Meneó la cabeza, contrariado. ¿Por qué no se daban cuenta de que la seguridad de millones de seres dependían de ellos? No, era mejor estar ciegos y permanecer en el área de confort, en sus distritos o regiones y desentenderse de lo que ocurría a nivel global ya que a ellos no les afectaba directamente.

Dentro de poco le tocaba el turno a Dannielle, sentada frente a él y se obligó a atemperar el ánimo. Estaba aquí para apoyarla y aunque sabía que era una mujer fuerte como pocas había conocido, también sabía que la responsabilidad que sentía hacia todas las víctimas era un peso superior a lo que cualquier persona debería soportar y ella lo aguantaba sola. Por eso la había acompañado, en realidad, y por eso había intentado que la mente femenina desconectara durante unos minutos en el trayecto en coche.

En ese momento estaba hablando William Smith, presidente británico de la Corporación Policial Europea contra el crimen organizado, un hombre muy implicado en la labor contra la violencia sexual en cualquier ámbito.

—Voy a citar las palabras de una célebre embajadora de la ACNUR: Estamos aquí por la niña de nueve años, secuestrada y forzada a la esclavitud sexual. Por el hombre de Bosnia que años después de una violación aún está estigmatizado, incapaz de ganar suficiente dinero para comprar pan para su familia —comenzó con una voz alta y clara. Tenía ante él el discurso escrito, pero no lo miraba. En cambio fijaba la vista en todos y cada uno de los asistentes—. Estamos aquí por todos los supervivientes olvidados y escondidos a quienes se ha hecho sentir vergüenza o que han sido abandonados —prosiguió con fuerza—. Y por los hijos de las violaciones,

que el mundo entero oiga sus historias y entienda que esta injusticia no puede ser tolerada y que la pena y la compasión no son, ni serán nunca suficientes<sup>18</sup> —enfaticó en la palabra «nunca»—. Debemos actuar de forma contundente, no podemos seguir perdiendo el tiempo en burocracia. Las violaciones no requieren de ninguna burocracia, basta que una niña cruce una calle o que un niño juegue o que una mujer, aunque vaya cubierta con un *burka* integral para no fomentar la lujuria de los hombres, vaya a buscar agua a un lugar apartado, sola. Hay que actuar por una cuestión de humanidad, afecta a la paz y a la seguridad de cada individuo de este mundo, y porque la situación no es que «pueda» empeorar, sino que «va» a hacerlo —terminó contundente. Luego pasó a enumerar cifras sobre los estudios realizados en los últimos seis meses y terminó—: Hay que pasar de la condena a la acción. Es imperdonable el secuestro de doscientas niñas católicas en Nigeria por el grupo radical islámico Boko Haram por el simple hecho de que estaban ahí. No porque se pueda hacer algo, se debe hacer<sup>19</sup>. Muchas gracias.

Le tocaba el turno a Danielle y Hans se inclinó hacia ella.

—Te lo ha dejado a pedir de boca, ahora puedes servirles en bandeja los testimonios reales —susurró alentador—. ¡A por ellos!

Danielle recogió el abultado dossier que tenía preparado y lo miró por encima del hombro. La franca mirada color cobalto y su inquebrantable expresión de confianza en ella le insuflaron un montón de fuerza emocional. Cabeceó y esbozó un principio de sonrisa que no pasó de ahí, concentrada como estaba en lo que tenía que decir. Hans se echó de nuevo hacia atrás y Danielle se levantó. Con tranquilidad, se compuso la americana y avanzó con aplomo entre las filas de sillas. Llegó a los amplios escalones enmoquetados que bajaban hacia la tarima en medio del semicírculo de la Sala Titánide —la diosa griega de la justicia—, y los descendió como si fuera la mismísima diosa. Se acercó al atril y colocó el grueso dossier sobre él. Elevó la barbilla y contempló a todos los reunidos. No eran muchos, menos de los que deberían realmente en relación a la gravedad del tema que estaban tratando y vio que los que habían permanecido más amodorrados desde que la reunión había dado comienzo parecían despertar al verla. Bufó en su interior, rabiosa, ante la sempiterna atención que recibía su aspecto por parte de los hombres, como si solo así pudieran interesarse en una mujer. Irguió la testa y desterró de su mente esos pensamientos contraproducentes.

—DKJ viene de Sinyar, en la frontera iraquí con Siria. Se trata de una población que al googlearla ofrece cientos de imágenes desoladoras, llenas de

edificios derruidos y escombros. Podríamos pensar que alguien que ha tenido la mala suerte de crecer en un lugar así ya lo ha visto todo. Sin embargo, esto solo supone un breve anticipo de las cosas a las que DKJ deberá enfrentarse en adelante. Será agredida, casi condenada a morir de hambre, será llevada de un lado a otro del mapa y privada de volver a ver a sus familiares. La obligarán a cortarse la melena por «impura», la medicarán con inyecciones que la esterilizarán y la golpearán sin compasión ni medida cuando lo que cocina no es del agrado de su amo<sup>20</sup> —comenzó en voz alta y clara, sin ningún titubeo. Mientras hablaba la imagen de los ojos de la chica que tanto horror habían visto y su voz temblorosa, capaz por fin de contar por lo que había tenido que pasar en menos de un año, invadía su mente. Hizo una pausa en la cual miró a los ojos a Hans y luego desvió la vista hacia los demás con una mirada llena de firmeza—. Lamiya Aji Bashar fue capturada a los quince años por el ISIS y la obligaron a ser su esclava sexual. Es una joven yazidí, como todos saben es una religión minoritaria y monoteísta de Irak de unos cinco mil años de antigüedad y que el DAESH considera una aberración demoníaca. El ISIS atacó un día Kocho, su pueblo, mataron a los hombres y a las mujeres mayores, y se llevaron a las mujeres jóvenes y a los niños. Ella, junto a las demás, fue vendida, golpeada, violada. Escapó al cabo de cinco intentos y resultó gravemente herida en la cara por una mina en la que murieron dos amigas suyas. —Dannielle se interrumpió y de improviso de dio cuenta de que el silencio en la sala era denso, casi agobiante. Todos los rostros estaban vueltos hacia ella, ya no había expresiones de aburrimiento ni de tedio, la estaban escuchando y ¡por todos los santos! Iba a aprovecharlo. Inspiró profundo y continuó—: Suzan, de diecisiete años, fue vendida como esclava sexual a los combatientes del ISIS. La colocaban en línea junto a otras jóvenes desnudas cada mañana. Se acercaban a ellas, las olían, elegían a la que más les gustaba ese día y la violaban. Después era el turno de los guardas, los más horribles. La obligaban a vestir la *niqab* y le hicieron pruebas de virginidad antes de ser vendida a un miliciano checheno<sup>21</sup>. —Dannielle calló y los miró a todos durante unos segundos casi acusándolos de que esos hechos ocurridos fueran responsabilidad de todos los hombres de la sala. Algunos no pudieron resistir su mirada y la apartaron, removiéndose nerviosos en sus butacas—. Señoras y señores, podría seguir enumerando caso tras caso, testimonio tras testimonio. —Alzó un fajo de carpetas—. Los tengo todos documentados aquí, pero señores: no son todos los casos —recalcó con énfasis en un tono alto y contundente—. Hay miles de casos, dos



de cada tres casos de trata de personas son niñas y cada día son más, esto — señaló las carpetas—, solo es la punta del iceberg. ¿Hasta cuándo vamos a permitir que las mujeres, las niñas y los niños sean víctimas de esas atrocidades? ¿Hasta cuándo vamos a permitir que se obligue a los hombres a morir para que puedan robarles a sus madres, hijas, hijos, hermanas, vecinas? Cada día en cualquier ciudad europea se viola a una mujer cada ocho horas dicen las estadísticas, pero no son fiables ya que la mayoría de las violaciones no se denuncian y estas no entran en las cifras. ¿Cuándo nos lo vamos a tomar en serio y aunar esfuerzos? Porque ellos, los que se creen por encima de las mujeres, los que solo ven un pedazo de carne al que poder usar, ya lo hacen. Tienen mercados de esclavos, están organizados, poseen pisos francos donde encierran a las víctimas antes de venderlas, mansiones donde las exponen y abusan de ellas. —Calló otra vez e inspiró profundamente. Bajó la vista, cerró el dossier y acarició su cubierta una vez con lentitud, luego volvió a levantar la mirada, dura y acusadora—. Yo no voy a consentirlo más, señores y señoras. Ahora, hoy, voy a luchar con todas las armas de que dispongo para detenerlos, para encarcelarlos y privarlos de la libertad con la que se jactan de poder hacer lo que les da la gana con las personas, y les pido que me apoyen con sus propios medios. Pido a la OTAN que inicie un protocolo de servicio inmediato de colaboración civil. Pido a los demás estamentos policiales que aúnen esfuerzos en colaboración con la Interpol para compartir toda la información, y que se cree un programa al que podamos acceder todos desde nuestros respectivos países de forma instantánea y no tengamos que perder tiempo en burocracia que solo les da ventaja a los traficantes. Gracias. —Dannielle cogió los documentos y echó un paso atrás, pero antes de que comenzara a andar para bajar de la tarima y regresar a su sitio, los asistentes empezaron a ponerse de pie y a aplaudir.

Dannielle cabeceó, impresionada y mantuvo una expresión segura, aunque por dentro temblaba. Se jugaba mucho y había hablado con el corazón y el alma. ¡Tenía que conseguir el apoyo! Era vital. Esbozó una sonrisa y avanzó entre las filas, mientras los demás seguían aplaudiendo y le daban la enhorabuena a medida que caminaba hacia su asiento, detrás del cual Hans en pie también le sonreía, orgulloso, y aplaudía con ganas.

## 9

Ibiza, finales de Julio, 2013

A punto de cumplir los dieciocho años, Ivy pasaba unos días de las vacaciones de verano en Ibiza en casa de los padres de Helena, su amiga del internado, junto a Olalla, otra integrante de la pandilla que habían formado en suiza.

Faltaba ya muy poco para que Ivy empezara el primer trimestre en la universidad de Yale, en Estados Unidos y estaba ansiosa por hacerlo. Le hacía mucha ilusión y tenía enormes ganas de conocer al profesorado y a sus nuevos compañeros. Pero por otro lado estaba muy inquieta. .

Sentada en el sillón junto al pequeño escritorio de la habitación, en pantalón corto y camiseta de tirantes, mordisqueó la punta del lápiz que sostenía mientras pasaba lista a todo lo que necesitaba para su próximo ingreso en Yale. Meditabunda, balanceaba la chancleta con el pie en el aire.

Por mucho que le hubiera gustado seguir los pasos de su padre y optar por la carrera de derecho, su gran pasión era el mar desde que Hans la llevó a bucear y a surfear por primera vez en Nueva Zelanda.

Los estragos que estaban sufriendo todos los ecosistemas marinos con la pesca sin control, la expoliación, el turismo no regulado, los barcos recreativos y, de forma terrible, las toneladas y toneladas de plásticos y basura que invadían cada día el agua.

Y cuando los orientadores universitarios le preguntaron no lo dudó: quería hacer de él ser su profesión. Le preocupaba muchísimo la diversidad de la vida marina, la fragilidad de la misma y la belleza sublime de las especies que pueblan los océanos. Quería emular el empeño que puso Jacques Cousteau en protegerlas, en dedicar su vida a ello.

Decidida se embarcó en una cruzada para proteger ese mundo tan hermoso como delicado. Y en el último curso se entregó en cuerpo y alma a estudiar biología marina. Se preparó con mucho tesón para conseguir alcanzar las metas que se había propuesto al ver el terrible peligro en el que se hallaban todas las especies, en especial las del Ártico por el deshielo. Y por eso se decidió a estudiar oceanografía en la universidad de Yale.

Ivy soñaba poder contribuir con su trabajo a la conservación de los litorales marítimos y salvaguardar el cada vez más quebrantado, expoliado y violado mundo marino.

Distraída, mordió la punta del lápiz y recorrió con la mirada la pared, frente al escritorio, llena de fotografías de Helena: con sus padres, con su gato Dan y con la pandilla de amigas en el internado. Descendió, con media sonrisa divertida, al ver las imágenes de hacía años de su amiga con aparatos en los dientes y molestos granos adolescentes. Entonces los ojos femeninos toparon con el retrato de Hans, el que siempre llevaba con ella a todas partes, en el estante superior del escritorio donde lo había colocado en cuanto se instaló. No se percató, pero al verlo dejó de sonreír.

Lo contempló unos segundos con el ceño fruncido y acabó por alargar la mano para coger el marco. Se perdió en la contemplación de la imagen mientras rememoraba el peculiar momento. Era un día que habían salido a navegar en la goleta de Hans e Ivy, cámara en mano, no había dejado de sacar instantáneas del mar, de las gaviotas, del sol entre las jarcias y de... Hans. Gran parte de la tarjeta digital estaba plagada de fotografías de su fascinante tutor: al timón, con las cuerdas de las velas entre las manos recias y fuertes. Con las largas y musculadas piernas desnudas bajo un pantalón corto. En camiseta ajustada al torso atlético. Sin camiseta con la tersa piel dorada de su torso brillante al sol. Con la gorra de capitán y una radiante sonrisa que mostraba su perfecta dentadura blanca y revelaba la diversión en sus ojos o con la cabeza descubierta y con la densa cabellera plateada revuelta por la brisa.

Esa en concreto le había gustado de forma especial. Hans se hallaba al timón, pero había dirigido la mirada hacia el mar y en ese momento Ivy lo había capturado con su cámara. El hermoso perfil masculino mostraba un concentrado deleite y los ojos, del mismo tono que el mar en ese instante, miraban en la lejanía como si contemplaran el futuro. Cuando visionó la memoria de la cámara, esa noche, para borrar las fotos borrosas o desenfocadas, y vio esa instantánea saltó de contento. Había logrado capturar el intrigante atractivo viril que su tutor exhibía siempre. Satisfecha, decidió que la imprimiría y la enmarcaría para tenerla en su mesita de noche.

En ese momento emitió un suspiro, envenenado de tristeza; dejó el marco de plata otra vez en el estante y cogió el móvil.

A mucha distancia de ella, en Madrid, Hans andaba deprisa por Gran Vía a la altura de la Plaza de Callao cuando le sonó el celular en el bolsillo. Si era otra vez el pesado de su abogado con asuntos sobre el fideicomiso de Ivy no pensaba contestar. Lo sacó de la americana y miró la pantalla con el ceño fruncido, impaciente. Pero al ver la imagen de contacto se relajó de inmediato

y una gran sonrisa se dibujó en su cara. Era una imagen de Ivy, tomada el día que escalaban el Mckinley<sup>22</sup>, con un divertido gesto de payasa con el que ella le obsequió cuando él dijo de improviso:

—¡Sonríe, Ivy!

Esa chiquilla siempre lo alegraba, como si su cara sonriente fuera un sol que alejara todas las nubes. Los ojos de Hans brillaron con regocijo al recordar esas vacaciones en el Mckinley, en Alaska, mientras deslizaba el dedo por la pantalla y contestaba.

—¡Hola, peque! —saludó.

—¡Oh, venga! No me llames así —protestó al instante ella, desde Ibiza, con fastidio—. Sabes que no me gusta. Hace mucho que dejé de ser una niña.

—Ya, pero a mí me encanta llamártelo —refutó obstinado Hans.

Con el paso de los años Ivy se había convertido en una joven mujer llena de vida, bella hasta dejar sin aliento y con una cabeza tan bien amueblada que daba gusto conversar con ella. Pero desde hacía un tiempo ya no podía verla como a una chiquilla, a pesar del absoluto empeño al que se obligaba en no verla de otro modo. Debido a ello había procurado mantener distancia. Estaba a punto de convertirse en una mujer y ¡qué mujer!

Los intensos sentimientos que esa niña empezó a inspirarle mientras crecía no habían dejado de aumentar en su pecho. Al principio por la demoledora necesidad femenina de cariño, protección y amparo, se le metió tan adentro que pasó a ser parte de sí mismo y los dos formaron una familia.

Pero ahora Ivy le provocaba emociones y deseos inesperados, sorprendentes y demasiado crecientes, que escandalizarían a Conrad, el padre de ella, si los conociese. Por eso se negaba a sí mismo pensar en el tema, aunque no podía evitar que siempre que se veían algo oculto y no pronunciado planeaba sobre ellos, de forma inevitable, como el fantasma de un asunto no resuelto.

—Pero está bien, prometo que no volveré a llamártelo —repuso mientras una sonrisa maliciosa le curvaba los sensuales labios.

—Gracias —suspiró Ivy. Por fin parecía que el que pronto dejaría de ser su tutor —ya que dejaría de serlo en cuanto cumpliera los dieciocho dentro de varias semanas—, entraba en razón.

Entonces Hans añadió:

—Hoy. —Y estalló en una sonora carcajada que hizo volver la cabeza a varios transeúntes en la Gran Vía.

—¡Oh! Eres... —Se enfureció, molesta. ¿Por qué no podía verla como lo

que era? Una mujer y no una cría.

Hans había cambiado con ella. Lo notaba y eso la mantenía en alerta. No sabía qué esperar. El corazón le dolía al ver que había creado una barrera entre los dos. Seguía cuidándola con esmero y cada vez que tenía algún problema relacionado con los estudios o cualquier otra cosa, allí estaba él para solucionarlo. Pero en el terreno personal se había alejado, de una forma adrede, y ahora se abría un abismo entre ambos que Ivy no sabía cómo franquear. Para ella Hans ya no era solo su tutor, ya no era el amigo de su padre, ni siquiera su amigo.

Ahora era un hombre.

Un hombre al que siempre miró con ojos soñadores y al que ahora quería conocer en un plano más adulto y quizá más íntimo.

Un ramalazo de calor le subió por el cuerpo al penar en ello, se ruborizó y el corazón se le aceleró.

Sabía que no era lo correcto; él al fin y al cabo era su familia, pero no podía ni quería evitarlo. Hans la atraía y se moría de ganas de que se diera cuenta de que ya era una mujer.

Aunque ni siquiera sabía cómo salvar la distancia que los separaba, la que él interponía, además de la de la edad y la experiencia ya que en ese terreno era una aprendiz. Coartada, se mantenía en el filo de la duda sin poder realizar sus deseos y sin querer renunciar a ellos.

—Está bien, no te enfades, Ivy. Solo era una broma, ¿de acuerdo? —apaciguó Hans al percibir el disgusto en la voz femenina—. Dime, preciosa.

Al otro lado de la línea se oyó un hondo suspiro, como si ella misma intentara cambiar de talante y centrarse en lo que le urgía.

—Es para la matrícula en Yale, me faltan unos papeles. La partida de nacimiento y el historial clínico de mis padres —explicó en un forzado tono neutro.

Hans intuyó que seguía furiosa y meneó la cabeza, sintiéndose culpable.

—Oh, no te preocupes. Los escanearé y los enviaré por correo hoy mismo —repuso al instante. Entonces decidió que debía limar asperezas. El que él no pudiera lidiar con lo que sentía con respecto a ella no era excusa para hacerla sentir mal—. Oye, Ivy... —intercaló en un tono contrito—, ¿qué te parece si nos cogemos unos días en la Scáthach<sup>23</sup> y visitamos Mallorca y sus calas antes de que empieces la universidad? Hace mucho que no coincidimos en vacaciones.

Se oyó una fuerte inspiración y luego una espontánea exclamación de

alegría que borró todo rastro de enfado en la voz de Ivy.

—¡Oh, sí! —contestó con un gritito, como si estuviera saltando de contento. La fascinaba viajar en la goleta de competición que él poseía—. ¡Me encantaría, Hans!

Después de lo de Yosemite, Ivy había empezado en el internado y Hans, para resarcirla, le prometió que pasarían todas las vacaciones escolares juntos. Y en las siguientes navidades la llevó a bucear a la Gran Barrera de Coral y a hacer *surf* en Coffs Harbour, al norte de Nueva Gales del sur, en Australia. En Pascua pasó a recogerla en su *jet* privado por el aeropuerto de Berna, en Suiza, y la llevó a escalar a Canadá.

Pero...

Desde entonces los negocios y una emoción que Hans ya no podía ignorar por mucho que se empeñara en querer enmascararla, lo mantuvieron demasiado ocupado como para poder disponer de unos días para pasar con ella.

—De acuerdo, lo prepararé todo y te llamaré en cuanto lo tenga listo —prometió Hans, también ilusionado, aunque una parte de su mente lo previno: no era una buena idea pasar unas mini vacaciones de playa junto a una jovencita en pleno estallido de juventud saludable y ardiente. Pero meneó la cabeza y se dijo que no pasaría nada. Que no podía seguir distanciada de ella por algo incorrecto que debía reprimir y erradicar a toda costa—. ¿Te va bien dentro de dos semanas?

—Me va perfecto, gracias —agradeció Ivy, de corazón, algo aliviada por el interés de él—. Me hace mucha ilusión, Hans. Hace demasiado ya de las vacaciones de Pascua y apenas nos hemos visto más que unas pocas horas desde entonces para una rápida cena o almuerzo —declaró sin intención de que sonara como una queja.

—Lo sé, muñequita. Solo es que he estado muy ocupado y...

—Hans.

Pronunció su nombre con una voz tan sensual que el cuerpo masculino reaccionó antes de que pudiera reprimirlo. Alterado al sentirse responder con esa contundencia solo por el sonido de su voz, se dio collejas mentales hasta que le dolió físicamente. Apretó las mandíbulas y se giró hacia un escaparate para dar la espalda a la gente que circulaba por la calle mientras se forzaba a recuperar la compostura.

—No era una acusación, es lo que siento. Te echo de menos —reveló Ivy con tristeza.

Hans cerró los ojos, apesadumbrado, y confesó:

—Yo también, Ivy. —Con mucho más ardor del que pretendía y repitió en un susurro—: Yo también.

Durante unos segundos el silencio se instaló entre los dos, como si ambos quisieran decir muchas cosas, pero ninguno se atreviera a dar el paso.

—Genial, pues. ¿Nos vemos en dos semanas? —inquirió ella, al fin.

—¡Claro! Hasta entonces, muñequita. —Se despidió Hans. Miró el móvil para ver si ella interrumpía la llamada, pero al ver que la línea seguía abierta se obligó a colgar él mismo. Se quedó mirando en la pantalla la imagen de contacto: la cara de Ivy, sonriente y traviesa, y su corazón dio un vuelco.

Realmente no era una buena idea pasar unos días a solas con ella, pero... ¿Qué podía hacer? No podía desentenderse, negarse a verla, ignorarla sin darle algún tipo de explicación que no tenía.

Suspiró, se metió el móvil en el bolsillo interior de la americana y continuó andando hacia la reunión que tenía con Ibrahim en un hotel cercano, con una culpabilidad tan grande en el corazón por lo que anhelaba, que le pesaba como una losa. ¡Era la hija de su mejor amigo, por el amor de Dios!

—Hola, Hans —saludó Ibrahim al verlo entrar por la puerta del bar del hotel, que daba directo a la calle.

—Ibrahim —respondió algo seco. La conversación con Ivy todavía le rondaba la mente y no estaba de humor.

—¿Ocurre algo? —inquirió su jefe al percibir el talante huraño.

Hans frunció el ceño ante una pregunta que juzgó impertinente, pero luego comprendió que solo era curiosidad e interés personal de un hombre al que podía llamar amigo y meneó la cabeza, tenso.

—No, no es nada —respondió, evasivo. Se sentó en el taburete de la barra junto a su jefe, a horcajadas, y pidió una caña—. Dime, ¿qué es eso de que la empresa de Gutiérrez está absorbiendo otras de forma ilegal? —inquirió a bocajarro, nombrando al impresentable que colaboraba con Yoshio Hayashi y que él conocía tan bien.

Ibrahim le clavó la mirada unos segundos al comprender que Hans estaba preocupado por algo y que no iba a compartirlo con él. Al fin apartó la vista ya que no era quién para juzgar el comportamiento del barón de Monte Hidalgo y reveló:

—Como sabes Gutiérrez está absorbiendo algunas empresas, pero no para reformarlas y sanearlas como tú, sino que despide a todos los empleados nada más adquirirla y las vende por su valor en el mercado, embolsándose unas

ganancias que podría haber invertido directamente en sanear una economía algo precaria, pero no en quiebra.

—Hasta ahora no me cuentas nada nuevo —replicó Hans con rabia contra la manera que tenían muchos de centrar sus objetivos en ganancias a corto plazo y no a largo que podría beneficiar tanto al empresario como al trabajador, por no hablar del medio ambiente. Algo que muchas empresas no consideraban siquiera. ¿Qué harían cuando las materias primas se agotaran? ¿De dónde sacarían entonces el tan sobrevalorado beneficio? Dio un sorbo a la cerveza y la depositó otra vez sobre el posavasos de cartón que había sobre la barra con un suspiro de impotencia.

—No, ya lo sé. Lo interesante del asunto es que ya hemos averiguado cómo se comunica con sus allegados de Indonesia. Es por medio del banco que hace las transacciones de las empresas que compra. Directamente a través de la transferencia que deposita en una cuenta intercontinental. Esto genera un mensaje de recepción en el lugar de origen que se guarda en una red online y a la cual se accede vía mail de forma anónima y privada. Así establece el blanqueo de dinero con el que sana la economía de sus socios de ultramar.

Hans emitió un silbido por lo bajo.

—Menudo negocio —replicó, pero extrañado añadió—: Pero él no es lo suficientemente listo para haber montado tamaño galimatías burocrático, alguien tiene que haberle guiado a través de «Matrix<sup>24</sup>».

—Sí, es cierto. Ahora que por fin hemos obtenido la colaboración de la OTAN después de la soberbia intervención de Danielle en Ginebra, necesitamos que vayas a Singapur durante una temporada y que permanezcas allí en el período en el que cierran los mercados bursátiles de oriente, ya que será Gutiérrez quien inicie los depósitos en las diferentes cuentas.

—¿Singapur? —inquirió Hans, con interés.

—Sí, ¿por? —Ibrahim lo miró penetrante.

—Por nada. Singapur está precioso en cualquier época del año —replicó, de mejor talante. Oriente era uno de sus lugares preferidos.

—Está bien —concilió Ibrahim y continuó detallando la misión que le encomendaba.

A muchos kilómetros de Madrid, en Ibiza, Ivy dejó el móvil sobre el escritorio y se quedó pensativa, mirando por la ventana al mar color turquesa.

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho? —preguntó Helena, la hermosa chica de



cabello castaño y grandes ojos marrones, desde la puerta. Llevaba un tiempo en la entrada, ya que acudía con Olalla, una pizpireta y bella morenaza, para planear lo que harían ese día. Ambas entraron en la habitación. Helena se sentó en la cama, llena de las sempiternas revista de motos que su amiga siempre estaba ojeando, mientras Olalla se quedaba de pie junto al cantarano<sup>25</sup>.

Ivy se impulsó con el pie, giró el sillón para volverse hacia ellas y las miró con un principio de sonrisa.

—Vamos a ir en la Scáthach, a Mallorca, unos días —reveló con ilusión.

—¡Yija! —gritó Olalla, como una vaquera del oeste—. Fantástico, Ivy. Era lo que querías, ¿no? Pasar unos días con él —adujo, muy contenta por ella.

—Sí, es lo que quería. Lo añoro y él siempre está ocupado, pero... —se interrumpió y se levantó para aproximarse a la ventana con la vista dirigida de nuevo hacia el mar.

Helena y Olalla intercambiaron una mirada. Ambas conocían el cuelgue que sentía Ivy por su tutor.

—No sé si es buena idea que esté a solas con él. Creo que me atrae demasiado... —declaró con un suspiro. Se volvió hacia ellas, se acercó al inmenso cojín color celeste en el rincón de lectura de su habitación y se dejó caer—. Vosotras qué creéis que debo hacer.

Helena la miró con serenidad y sonrió.

—¿Qué te pide el corazón, Ivy? —inquirió.

—A él —respondió sin dudar.

—Pues no lo pienses. Déjate llevar y que ocurra lo que tenga que ocurrir.

—Pero, ¿y si me dejo llevar y pasa algo? ¿Y si después él no quiere saber nada de mí? ¿Y si pierdo a mi mejor amigo, a la única familia que me queda? —musitó en un mar de dudas.

—¡Déjate de chorradas, Ivy! Y si, y si, y si —remedó Olalla cómicamente—. ¡Ve a por él, leñe! Desde que te conozco has estado suspirando por ese pedazo de tío bueno, porque lo es. ¡Está más bueno que el pan! Y ahora me vienes con: ¿y si? ¡Venga ya! —arguyó impetuosa. Se aproximó a ella, se acuclilló a su lado y la cogió de las manos—. Siempre has dicho que crees que él siente algo por ti. Pues ahora es el momento de averiguarlo, no el de las dudas, ¡coñe! Hans no es un desconocido con el que quieras echar un polvo, es un tío por el que te has sentido atraída desde... —Olalla se interrumpió mientras fingía pensar y al final explotó—. ¡Desde siempre! Así que no me hagas el tonto y ve a por él de una vez.

Ivy la miró, vio los iris castaños llenos de ternura y comprendió que su amiga tenía razón. Tenía que salir de dudas de una vez por todas para poder seguir adelante. No podía vivir en una constante incertidumbre, mortificada por lo que deseaba y no conseguía. Asintió y en sus ojos se reflejó la determinación.

# 10

Cala Falcó, Mallorca. Septiembre, 2013

Hans se inclinó sobre la popa de la Scáthach y recogió el cabo que sujetaba la motora a la goleta. El azul del mar mediterráneo se reflejó en sus ojos color cobalto mientras amarraba en corto el cabo de la *zodiac* a la cornamusa para echar en ella las toallas y la cesta del picnic que había preparado para cenar con Ivy en la playa, a esas horas ya desierta.

Cala Falcó era una encantadora y paradisíaca playa pequeña, situada al este de la isla, entre Cales de Mallorca, en Manacor, y cala Varques, y a la que solo se podía acceder por mar o andando por un estrecho camino de tierra en plena garriga<sup>26</sup>, desde la cercana cala Romántica.

Ivy y él llevaban navegando aguas baleares varios días y aunque al principio ambos se sintieron algo incómodos, por lo que sentían y no querían revelar, luego el sincero afecto que se tenían rompió el hielo y pudieron volver a comportarse como los amigos que eran.

Los días transcurrieron entre risas, sol y zambullidas en el mar. Y las noches, bajo las estrellas, atracados en calas tranquilas y no muy transitadas. Hans accionaba los altavoces y reproducía sus arias de ópera preferidas mientras Ivy disponía el tablero de ajedrez, después de cenar.

Pero esa sería la última noche que pasarían juntos. Al día siguiente Hans debía acompañarla al aeropuerto para que Ivy cogiera el vuelo que salía hacia Nueva York. Las vacaciones llegaban a su fin.

Cuando el sol empezó a declinar las embarcaciones que los rodeaban recogieron y poco a poco la cala se vació hasta que solo quedaron ellos.

—¿Qué te parece si cenamos en la playa? —propuso Ivy al ver que se habían quedado solos y la temperatura era ideal.

El sol le había sonrojado las mejillas y lucía un precioso tono dorado en todo el cuerpo.

—¡Oh, sí! Sería genial —convino Hans. Recordó que ella había estado cocinando y alegó—: Prepararé la cesta con esa cena tan apetitosa que has preparado.

—¡Estupendo! Iré a cambiarme el bañador. Vuelvo en seguida.

Hans se afanó y ya lo tenía todo dispuesto cuando la oyó subir.

—¿Lista? —preguntó y se giró con una sonrisa.

Ivy acabó de subir y el corazón masculino se aceleró, a su pesar, al verla con el sol iluminándola de frente. El escultural cuerpo, enfundado en un

bikini blanco resaltaba el perfecto dorado de la tersa piel. No pudo evitar que sus ojos la recorrieran, de repente hambrientos, de arriba abajo. La miró intenso durante unos segundos en los que su cuerpo traicionó de forma escandalosa a su voluntad. Al fin se obligó a retirar la vista, rígido, y a centrarse en la cuerda que tenía en las manos, tenso.

Ivy no había perdido detalle de esa mirada que casi le derritió las entrañas, tan tórrida fue, y decidió que ya era hora de averiguar si lo que Hans había intentado ocultarle durante todos esos días era lo mismo que ella sentía. Quería y deseaba apostar que sí, pero no conocía a los hombres. No, al menos, en ese sentido. Solo había estado con un chico, antes de cumplir los diecisiete años, en un campamento que organizó el colegio. Los dos eran torpes e inexpertos y su escarceo sexual fue un desastre que acabó con su virginidad, pero poco más.

Por el contrario Hans, diecinueve años mayor que ella, era un hombre. Muy atractivo y en plena forma. Con un cautivador carisma y un sentido del humor ácido y típicamente inglés, heredado de su abuelo paterno. Era una persona que se ganaba a la gente de inmediato. Y no pensaba seguir escudándose en esa estúpida inseguridad.

—¿Hans? —llamó con inocencia sin dejar de observarlo con una mirada ávida. Con unos pantalones cortos, una camiseta azul marino y unas avarcas<sup>27</sup> menorquinas, lucía un cuerpo vigoroso y magnífico.

Hans la oyó a la perfección, pero no se giró de inmediato. No podía. Tardó mucho tiempo y al final se volvió hacia ella, con las mandíbulas apretadas y el cuerpo en tensión.

Ivy esperó, cada vez más nerviosa ante el silencio de él y cuando por fin la encaró dio una vuelta sobre sí misma, con los brazos abiertos y el *fullard* con el que pensaba cubrirse en la mano. Al terminar le sonrió con picardía.

—¿Te gusta? —preguntó, señalando el elegante y diminuto bikini—. Lo compré cuando fui aquel fin de semana a Roma con las chicas y pensé en ponérmelo para una ocasión especial —comentó, mirándolo a los ojos. El corazón le latía a mil por hora. Descarada, flirteaba con él y no sabía si estaba cometiendo el mayor error de su vida, pero una parte de su mente, la más salvaje y apasionada, la urgía a seguir adelante. Ladeó la cabeza y frunció los labios, coqueta—. Y creo que hoy, contigo, es el día perfecto para estrenarlo. ¿No crees?

Hans la miraba de hito en hito. Apenas era capaz de apartar los ojos de ella, de la tersa y bronceada piel, del largo cuello, de los sensuales labios...

Rechinó los dientes y con un titánico esfuerzo retiró la vista de nuevo. ¿Ivy estaba coqueteando con él? ¡Bah, tonterías! No podía creerlo. Seguro que estaba imaginando cosas llevado de su propio e irrefrenable anhelo.

¡Maldición!

—... Sí... Sí, es muy bonito. Seguro que te ha costado media paga — bromeó para concentrar la mente en otra cosa y distanciarse de la tentación que tenía enfrente. ¿Cómo es que ahora no podía controlarse? Durante esos días lo había conseguido casi por completo y ahora era incapaz. La miraba con hambre, con necesidad pura. ¡Joder!

—¡Qué va! En realidad lo has pagado tú —reveló Ivy, guasona, mientras se acercaba a él.

Le puso la mano en el hombro para sostenerse mientras se preparaba para bajar a la motora y Hans dio un brusco respingo al notar su toque a través de la camiseta. Ivy se rio, al sentirlo, y lo miró, aproximando más su rostro a él.

—¡Hans! Estás muy tenso —arguyó—. Ven, déjame que te dé un masaje...

El aroma a coco de su piel asaltó su olfato y se sintió arder.

—¡No! —replicó, con mucho más énfasis del necesario. Ivy elevó las cejas, interrogadora y Hans se mordió el labio. ¡Dios! Apenas podía dominarse. La tenía tan cerca...

Le cogió la mano que todavía tenía apoyada en su hombro y la guió hacia la motora en su afán de alejarse, al menos un poco, de ella y de esa fragancia que lo estaba volviendo loco.

—Nada de masajes. Vamos a cenar, que el *champagne* se va a calentar — instó, más suave, con un esfuerzo.

—Está bien, pero creo que deberías hacer algo —alegó, sin dejar de mirarlo—. Últimamente te veo muy tieso y hemos venido de vacaciones a divertirnos, ¿no?

—Claro —rezongó en voz baja. Comprendía que se estaba comportando como un asno y ella no tenía la culpa de resultarle tan irresistible. Sonrió para quitar hierro y convino—. Claro que sí, no te preocupes, Ivy. Estoy bien.

Ella lo miró, aún en duda, pero luego encogió los hombros. Descendió, se sentó en la proa de la *zodiac* y se colocó de espaldas a él para sentir el viento y el agua en la cara.

Hans la observó desde arriba. Sentía su hombro arder allí donde ella lo había tocado, oleadas de calor le recorrían el espinazo y el corazón le atronaba el pecho y el abdomen se le contraía, en continuos espasmos. ¿Cómo demonios iba a poder resistir? Frustrado, descendió y arrancó el

motor, sin poder apartar la mirada de las redondeadas corvas y las largas piernas de Ivy, casi tumbada en la proa frente a él. Con el corazón en un puño, aterrado por la demoledora fuerza de su anhelo, condujo con rapidez hacia la playa y encalló en la arena.

Ella se incorporó y cogió la cesta, con las mejillas rojas como si se hubiera quemado con el sol. El corto trayecto se le había hecho eterno ya que había estado pendiente en todo momento de Hans. Tumbada boca abajo, apoyada en los codos, no dejó de balancear las piernas de una forma que esperaba que resultara sensual, aunque no se atrevió a girarse para ver qué estaba haciendo él, si la miraba o la evitaba. Saltó a la arena con un «grand jeté»<sup>28</sup>, un vestigio de sus clases de danza clásica de cuando era pequeña. A su madre siempre le gustó y en el internado también se matriculó en *ballet* como actividad extraescolar, pero a los diecisiete lo relegó a un mero pasatiempo ya que los estudios especializados de biología absorbían todo su tiempo.

La nuez de Hans subió y bajó por su largo cuello al verla volar por el aire con esa gracia y cuando ella aterrizó de puntillas en la arena, desvió la vista de ese cuerpo fascinante y meneó la cabeza, arredrado. Ese último día su resistencia se veía puesta a prueba de forma constante, pero debía controlarse. ¡Tenía que lograrlo!

Los últimos días, aunque ya no había podido ignorar la fuerte atracción que sentía por ella, la había controlado con voluntad de hierro y se había concentrado en disfrutar de ese encuentro con Ivy. La niña callada y triste se había convertido en una mujer inteligente y vital y era una maravilla conversar con ella; no podía dejar que sus instintos primarios le obnubilaran el juicio y le impidieran contentarse con la compañía femenina.

Saltó al agua hasta medio muslo y anduvo por dentro hacia unas rocas cercanas en las que amarrar la cuerda, para que no se quedaran sin transporte con el movimiento de las olas que besaban la playa.

El sol bajaba lento hacia el horizonte y las nubes se teñían de los más bellos tonos. El cielo vespertino pareció estallar en llamas cuando un mar de nubes se coloreó con vivos naranjas, malvas y encarnados.

Ivy procedió a alisar la arena, extendió un gran mantel, impermeable en la parte inferior, y colocó la cesta sobre ella. Desplegó las patas de una pequeña bandeja, la afianzó de forma horizontal, y colocó las copas, los cubiertos y los platos encima. Luego sacó las fuentes de ensalada de pasta, de gambas a la plancha con ajo y perejil y de dátiles con *beicon*. Dejó el postre dentro de la cesta y se anudó el *fullard* en la cintura. Luego se sentó con las piernas

hacia un lado y se dispuso a abrir la botella de Mœt Rosé Impérial, su *champagne* preferido.

Hans, todavía en el agua, inhalaba con rapidez, incapaz de serenar su atribulado espíritu. Con las manos apoyadas en la roca se volvió a medias y la observó de espaldas a él. Ivy tenía el largo cabello suelto en la espalda y una ligera brisa se lo removía revelando con cada cadencioso movimiento una porción de esa sinuosa espalda y la estrecha cintura. Se mordió el carrillo interior de la mejilla y cerró los ojos, mientras en su cuerpo se desataban unas poderosas corrientes de deseo que lo dejaron aturdido. Apretó los dedos sobre las afiladas rocas hasta que sintió cómo se clavaban en sus palmas y solo entonces se permitió abrirlas.

¡No iba a ceder!

Ivy era la tentación hecha carne, pero le estaba total y absolutamente prohibida. Era la hija de su mejor amigo, era veinte años menor y era su tutelada, aunque ya no lo fuera de forma legal. Con ese pensamiento en mente se obligó a volverse y a salir del agua para reunirse con ella.

Se tumbó de lado sobre el mantel y observó los detalles dispuestos con una sonrisa admirada, ella se había esforzado mucho en preparar la cena y procuró comportarse como siempre para disfrutar de ese último día con ella.

—¡Esto está de muerte, Ivy! —alabó mientras degustaba un dátil con beicon.

—¿Sí? ¿Te gusta? Pues entonces me sirvió de algo el curso de cocina que hice en el internado el último año con la señora Connors —adujo ufana. No es que le gustara en especial la cocina y Hans se había encargado de cocinar durante todas las vacaciones, pero ese día decidió que sería ella la que haría la cena.

—Creo que la última vez que me hiciste algo tuvimos que ir a cenar fuera ya que dejaste la cocina llena de humo y unos carboncillos en una fuente que no se sabía ni lo que eran —recordó con una carcajada. Ivy le tiró una servilleta y le sacó la lengua. Hans la esquivó, cogió una gamba y continuó —: Puedes darle la enhorabuena a la buena mujer.

La cena transcurrió en un ambiente más distendido. Hans se esforzaba en aparentar una tranquilidad que no sentía, mientras escuchaba las historias que Ivy le contaba sobre el internado, sin poder evitar que sus ojos se posaran sobre el grácil cuello femenino y la forma que ella tenía de ladear la cabeza y perder la mirada en la lejanía cuando estaba pensando en algo que quería decir, eso hacía que se le marcaran los músculos de la garganta y de

improvisamente se encontró deseando posar los labios sobre esa firmeza que se adivinaba bajo la piel y averiguar si era tan dulce como aparentaba. Se mordió el labio inferior y desvió la vista con rapidez, la dirigió hacia el mar cada vez más turbulento y se abstraigo en la contemplación del oleaje. Ivy continuó hablando con un nudo en el estómago al ver la súbita expresión seria de Hans. Nerviosa como una chiquilla siguió comentando las trastadas que ella y sus amigas cometían en el internado al tiempo que admiraba el musculoso torso de Hans, medio tumbado sobre el mantel mientras cenaba.

—Sois unas revoltosas —declaró él cuando Ivy terminó de contarle una anécdota entre carcajadas, dirigió la mirada de nuevo hacia ella y se unió a las risas femeninas.

—Fue genial, la verdad —admitió, ya más seria. Lo miró a los ojos durante unos segundos y desvió la vista, cohibida ante la intensidad de la mirada color cobalto, fija ahora sobre ella. Cogió la copa de *champagne* y bebió un largo trago. Había una cosa que quería decirle desde hacía tiempo, pero nunca encontraba el momento y pensó que ahora era el idóneo. Inspiró con fuerza y confesó—: Nunca te lo he dicho, pero fue un acierto que me mandarás al internado, Hans. Allí conocí a mis grandes amigas, pude aprender a manejarme yo sola, descubrí mi vocación y me divertí muchísimo. Gracias.

Él había desviado de nuevo la mirada hacia el agua al no poder sustraerse a contemplarla. La piel femenina, tan dorada por esos días al sol, lo atraía sin remedio. Cogió su copa para consumir su tormento en el alcohol, pero al escucharla bajó la mano antes de beber y la miró sorprendido por esa muestra de agradecimiento. Conmovero por el gesto vulnerable y sincero que se dibujaba en el rostro de Ivy, esbozó una sonrisa llena de ternura que hizo que el corazón femenino aleteara más rápido.

—De nada, muñequita —contestó, con un nudo emocionado en la garganta—. Ya sabes que siempre velaré por ti.

—Sí, lo sé —admitió con un ligero rubor. El ambiente se había puesto demasiado serio así que preguntó, de forma distendida—: ¿Te he contado alguna vez el cuento del gato azul, experto en informática y adicto a los chistes de perros, que viajó a Plutón en busca de una princesa del agua?

Hans negó con la cabeza, y cogió otro dátil con beicon mientras Ivy procedía a contarle un divertido cuento con su desbordante imaginación.

—Y la moraleja es: «Nunca permitas que te desvíen de tu objetivo las pantallas de humo» —acabó con un guiño.

Hans soltó otra carcajada e Ivy sacó el postre de la cesta: fresas con nata.





# 11

Al terminar la cena Hans tuvo que limpiarse las lágrimas de risa, mientras cogía el termo con el café de dentro de la cesta y se lo servía, sin dejar de reír.

—Anda, dámelo, que lo vas a derramar —pidió Ivy al ver la taza bambolearse en las manos masculinas. Se inclinó hacia él, medio incorporada sobre el mantel que les había servido de mesa y alargó la mano hacia la taza, pero al hacerlo rozó los dedos de Hans de forma involuntaria. Una fuerte corriente eléctrica la atravesó y elevó los ojos, alucinada. El toque había sido muy sutil, pero lo sintió con todo su ser. Las miradas de ambos se enredaron como los zarcillos de hiedra durante un segundo tan lleno de energía como si una tormenta hubiera estallado entre ellos y al final Hans apartó la mirada, ya por completo serio. Atrás quedaron las risas.

—No, no hace falta. Ya lo hago yo —declaró al fin con la voz estrangulada, otra vez tenso. Él también había sentido esa corriente sexual circular entre ellos y le estaba costando la cordura mantenerse frío.

Ivy lo miró, indecisa, y volvió a su posición anterior con lentitud.

—Hans... —empezó insegura y turbada por lo que había vislumbrado en el fondo de esas pupilas ardientes. Quería preguntarle por qué había estado tan tenso durante todas las vacaciones, por qué lo había pillado más de una vez con la mirada fija en ella, penetrante e intensa. Tenía muchas ganas de saber, pero... El corazón le latía tan deprisa que se notaba temblorosa y agitada, y no pudo pronunciar palabra durante unos segundos.

—Será mejor que recojamos, esas nubes se acercan muy deprisa —intervino él antes de que ella continuara, sin mirarla, como si intuyera que Ivy quería traspasar una barrera invisible, hecha de imposiciones sociales basadas en una moralidad cuestionable, y abordarlo directa. No iba a consentirlo. Eso no iba a ocurrir. ¡Nunca! Apuró el café negro, espeso y sin azúcar, de un solo trago.

—Espera, todavía...

—No, no podemos esperar —negó con más rudeza de la necesaria. La expresión de Ivy mudó, confundida, y se sintió fatal. Suavizó la voz y pidió —. Recoge, por favor, mientras traigo la barca.

Ivy quería retenerlo, quería saber por qué él se comportaba así, pero al ver la faz masculina tensa y sin poder establecer contacto con sus ojos, encogió los hombros insegura, desalentada, y asintió.

Hans se levantó con ímpetu y se alejó de ella hacia la barca, mecida por

unas olas cada vez más agitadas.

El sol hacía tiempo que había desaparecido tras el horizonte y unas nubes, grandes y grisáceas, habían empezado a formarse hacia el norte. Cada vez más amenazadoras, se acercaban con rapidez y presagiaban tormenta.

Ella quedó sentada en la playa, sola y aturdida. No conseguía llegar hasta él, había intentado coquetear a bordo de la Scáthach, pero coartada no se atrevió a continuar al ver el modo en el que él la miraba: incrédulo e intenso. Meneó la cabeza, era inútil. Hans era un hombre y ella una chiquilla que quería jugar a las casitas con su tutor.

¡Qué ridiculez!

Sería mejor que se olvidara de intentar seducir a un hombre como él, demasiado atrayente, apasionante e interesante. Además, sabía que nunca se atrevería a explicarle las perversas fantasías que rondaban su mente cuando estaba a solas y su cuerpo le demandaba satisfacción. Sin poderlo evitar se ruborizó al pensar en la más recurrente: Hans, de pie quieto ante ella la observaba atada de pies y manos, desnuda, con una mirada tan ardorosa que las mariposas de su estómago aleteaban vertiginosas y formaban un demoledor huracán que la hacía estallar en un orgasmo estremecedor.

Con un suspiro de derrota empezó a recoger los restos de la cena y a meterlo en la cesta.

Se levantó y sacudió el mantel de la arena que se le había adherido. Lo plegó, lo pasó entre las asas de la cesta de picnic y se aproximó hacia la barca que Hans había vuelto a encallar en la arena para permitirle un mejor acceso a ella.

Él estaba con los pies en el agua y le cogió la cesta para depositarla en la barca. Luego se volvió hacia ella y alargó la mano para ayudarla a subir, con una mirada inescrutable y el rostro serio y tenso.

Ivy extendió la palma para depositarla en la grande de Hans, con el iris color zafiro clavado en las pupilas masculinas, pero una gran ola rompió contra él y lo empujó hacia ella. Hans intentó recuperar el equilibrio, pero perdió sostén al ser zarandeado por el fuerte oleaje que se había desatado. Imposibilitado de mantenerse en pie y al ver que se abalanzaba sobre ella, la enlazó de la cintura y se volteó para caer sobre su propia espalda y no arrollarla con su cuerpo. Cayeron con un fuerte golpe sobre la arena húmeda, ella sobre él, mientras el mar les besaba los pies.

Ivy se incorporó un poco, aturdida, y lo miró a los ojos, a escasos centímetros de los suyos. Estaban muy cerca y podía apreciar con cada

milímetro de piel el cuerpo masculino bajo ella. Y lo sentía. ¡Vaya si lo sentía! Hans, rígido, la sujetaba con fuerza contra sí y la miraba a los ojos con algo tan parecido a un desesperado anhelo que sin darse cuenta descendió el rostro hacia él para sumergirse más en esa mirada encendida que parecía traspasarla con su intensidad.

—Ivy... —murmuró, ronco, al verla inclinarse más. La boca femenina estaba entreabierta y pudo saborear su dulce aliento, tan cerca estaba. Arredrado por la fuerza con la que la deseaba, la cogió de los hombros y la separó de sí. Se incorporó con presteza, llevándola consigo. Una vez en pie la sujetó de los hombros para estabilizarla. La miró a los ojos y preguntó—: ¿Estás bien?

Ivy, turbada por lo que había sentido en sus brazos y alterada por la rapidez con la que él se había movido y alejado, asintió e intentó afianzarse sobre sus propios pies, no muy segura de sus rodillas, presas de una súbita flojera.

—Vamos, es hora de regresar al barco —instó Hans, con la voz estrangulada y contenida.

La cogió en brazos, la depositó en la barca, la soltó a la velocidad del rayo y saltó dentro con agilidad. Había llegado al límite al sentirla sobre sí y no había podido evitar que su cuerpo reaccionara con una demoledora muestra física imposible de ignorar. Y ahora solo deseaba zambullirse en el agua para apagar el incendio que se le desataba en las entrañas.

Maniobró con maestría entre las olas y se aproximó a la goleta, mecida por la fuerza del mar. Evitaba la mirada de Ivy, fija en él, con tesón y al final ella acabó por desviar la vista hacia el mar. Al llegar al barco, ella subió con ligereza, sin esperarlo, y tendió la mano para coger la cesta y el mantel. Hans se lo alargó y amarró la motora a la popa. Una vez estuvo seguro de que la *zodiac* no se soltaría, se quitó la camiseta con un rápido movimiento y se preparó para lanzarse al agua.

—¡Hans! —exclamó Ivy, inquieta, al ver sus intenciones.

Él giró la cabeza y la miró a los ojos con todo el deseo que lo sofocaba, un segundo antes de zambullirse con una impecable pirueta en las revueltas aguas mediterráneas.

Ivy había permanecido esperándolo en cubierta mucho tiempo, preocupada. Lo ocurrido en la playa le había puesto el corazón en la garganta, aunque el rechazo de Hans fue tan demoledor que no sabía cómo reaccionar. Al final el frío y el cansancio pudieron con ella y bajó a su camarote. Hacía mucho que se había dormido cuando él volvió a subir a la goleta por la

escalerilla trasera.

Hans detuvo el motor del coche, e Ivy descendió frente a la zona de salidas en el aeropuerto. Él bajó por su lado y abrió el maletero para sacar la maleta, la dejó sobre la acera y cerró otra vez.

—Han sido unas vacaciones fabulosas, Hans. Gracias —dijo Ivy, turbada. No sabía cómo comportarse después de lo ocurrido la noche anterior y menos con la impenetrable barrera que él había interpuesto entre ellos desde que ella había salido de su camarote.

Se había levantado muy temprano y al salir descubrió que Hans había emprendido el viaje con la goleta por la noche, mientras ella dormía, y ahora estaban amarrados en el Portixol, el puerto de amarre del velero, en Palma.

Los dos, envarados e incómodos, apenas hablaron durante el trayecto hasta el aeropuerto con el coche de alquiler de Hans y ahora tocaba despedirse.

—De nada, Ivy. Yo... —Se interrumpió y se maldijo por no poder refrenar la demoledora pasión que lo embargaba. Se armó de coraje y la miró a los ojos—. Siento lo de anoche, fui un bruto al dejarte sola después de la cena.

Ivy lo observó y abrió la boca para preguntarle por qué, pero Hans retiró la vista otra vez y frunció el ceño, apurada.

—Vete ya o perderás el avión —instó él, con un ademán—. Llámame cuando llegues, ¿de acuerdo?

Ivy asintió y cogió el asa extensible de la maleta para marcharse. Caminó unos pasos, pero incapaz de despedirse de esa forma tan fría soltó la maleta y se volvió hacia él. Salvó la distancia que los separaba con rapidez y se lanzó a sus brazos.

—¡Te echaré de menos! —susurró junto a su oído, impetuosa, mientras se abrazaba a sus hombros con fuerza. Hans se tensó de inmediato y a punto estuvo de apartarse. Por fortuna se reprimió a tiempo, nunca se hubiera perdonado herirla de ese modo. Al final le devolvió el abrazo e Ivy sintió el estremecimiento que recorrió el cuerpo masculino. Se separó unos centímetros, lo miró a los ojos con intensidad y se despidió—: Adiós, Hans. —Con un beso en la mejilla masculina.

—Adiós, muñequita —murmuró él mientras ella se separaba del todo y volvía a coger la maleta. Anduvo hacia la puerta y se volvió una última vez para agitar la mano. Luego se internó en la terminal, el tráfico de gente la engulló y la perdió de vista. No supo cuanto tiempo permaneció de pie junto a la acera hasta que un guardia le preguntó si el coche era suyo y le indicó

que no podía permanecer estacionado tanto tiempo.

Hans regresó a la realidad y asintió. Subió tras el volante y arrancó con la sensación de que Ivy se había llevado algo de sí mismo con ella. Sentía una fuerte opresión en el pecho y le faltaba el aliento. Ese último abrazo le había robado la razón y ahora sentía la sangre bullirle en las venas.

Devolvió el coche a la agencia de alquiler y se encaminó hacia el hangar donde le esperaba Marta en el jet, preparado para viajar a Singapur, con el ánimo en zozobra.

Estaba perdido y lo sabía. Ivy se había adueñado de su ser y no sabía cómo quitársela de la cabeza y de otras partes de su anatomía.

# 12

Singapur, altas horas de la noche. Marzo, 2014

Hans cogió la mano de Danielle, la agarró con fuerza y tiró de ella un segundo antes de que el coche que los perseguía la embistiera y la arrollara. Danielle algo pálida, meneó la cabeza, sin aliento.

—¡Por poco! —musitó, pero antes de que Hans pudiera decir nada una ráfaga de balas impactó en el coche sobre el que se habían apoyado con la fuerza de la inercia y ambos saltaron al otro lado, agachados en el suelo.

—¡Joder! —renegó Hans con hondas inhalaciones—. ¡Vamos! —Tiró otra vez de Danielle y sortearon la siguiente fila de coches del aparcamiento, donde habían ido a parar después de una persecución a muerte, desde las oficinas que el clan *yakuza* tenía en uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad.

Hans llevaba casi un año en Singapur y poco a poco había ido desentrañando la enrevesada red de blanqueo de capital llevada a cabo por Gutiérrez y sus socios. Al final había descubierto que todas las transacciones se realizaban desde el Singapore Land Tower, en Raffles Place del distrito financiero.

Y hacía unas semanas Danielle había viajado a la capital del sudeste asiático para reunirse con él y hablar con las autoridades. Pero a pesar de haber intercedido ante las mismas con todos los recursos a su alcance, no había podido conseguir una orden de registro de la citada torre.

—¡Mierda! —exclamó con furia en la habitación de la casa de alquiler que Hans había arrendado mientras permaneciera en la ciudad. Tiró el bolso de Givenchy contra el sofá con tanta rabia que rebotó y saltó al suelo, donde se abrió y esparció todo el contenido: Agenda, móvil, papeles, pañuelos, pintalabios, tampones en los alegres envoltorios naranjas, quedaron expuestos y a la vista.

Hans, tras ella, cerró la puerta con calma y dejó las llaves sobre la mesita de cristal del recibidor. Se adentró en el amplio espacio que hacía las veces de sala, comedor y cocina, y se agachó junto al sofá para recoger lo que Danielle había tirado.

—Entiendo cómo te sientes, pero tienes que tranquilizarte, Danielle. Mañana será otro día y podrás... —arguyó sereno al tiempo que se incorporaba.

—¿Tranquilizarme? ¿Cómo quieres que me tranquilice? Si consiguiéramos las pruebas del blanqueo les cortaríamos el suministro y podríamos bloquearlos de una forma con la que no podrían recuperarse en años, ¿no lo ves? ¡Los tendríamos! —exhaló ella con el puño cerrado en alto, como si constriñera algo hasta ahogarlo—. Pero no, los señores de Singapur creen que no nos compete a nosotros, los europeos, lidiar con algo que ocurre en su ciudad y que «ya lo estudiarán» —parodió con una voz atiplada para acabar gruñendo de frustración—. ¡Mierda! Y mientras ellos lo estudian pueden pasar años, ¡joder!

Hans depositó el bolso sobre el sofá, se quitó la americana con parsimonia y la dejó sobre el respaldo. Se acercó a Danielle, pero ella levantó las manos con las palmas abiertas y retrocedió.

—No, no intentes consolarme. No estoy de humor, podría estrangular a alguien —afirmó con ira. Los ojos verdes llameaban ardientes y le dio la espalda al tiempo que también se despojaba del abrigo que la cubría. Reveló el vestido de viscosa gris que llevaba y que marcaba todas y cada una de sus curvas de una forma que Hans no pudo ignorar a pesar del empeño con el que lo intentó.

Desde que salió de Mallorca no había podido dejar de pensar en Ivy. Por mucho que se esforzó en ignorarlo ella ocupaba su mente y su cuerpo de una forma que lo estaba volviendo loco. Intentó olvidarla en otras pieles, pero no fue capaz de permanecer más de dos minutos con otra mujer y acabó por desistir y permanecer célibe, lo que no contribuía a calmarlo.

—Pues deberás sosearte, Danielle. No me sirves si te dejas llevar por la ira y sobre todo no les servirás a esas chicas —alegó con más dureza de la que pretendía. Se giró y se encaminó otra vez hacia el sofá. Verla enfundada en ese vestido que no hacía sino realzar la poderosa belleza sensual de su cuerpo escultural no ayudaba tampoco a tranquilizarlo a él.

Danielle se volvió con los ojos entrecerrados y al verlo sentado en el borde del respaldo del sofá como si nada pudiera alterarlo la hizo sulfurarse aún más.

—¡No me vengas con sermones, señor barón! —reprochó despectiva. Aunque por mucho que le pesara sabía que él tenía razón y se giró para encaminarse hacia la cocina—. Necesito un whisky.

—De acuerdo, yo también tomaré uno —convino él, tan sulfurado como ella, aunque controlaba con ferocidad sus emociones para que nada saliera a la superficie y el engañoso aspecto sereno camuflara su verdadero estado de



ánimo.

Al cabo de un buen sorbo de whisky, a palo seco, Danielle lo miró de frente y declaró:

—Si no podemos conseguir las pruebas a las buenas, lo haremos a las malas —afirmó con un brillo peligroso en la mirada.

Hans frunció el ceño, sentado en el taburete que había junto a la inmensa isla de la cocina, con las rodillas separadas y los codos apoyados sobre la encimera de mármol de Calcuta.

—¿A qué te refieres?

—Sabemos que ese edificio está abierto las veinticuatro horas del día; a pesar de estar en el distrito financiero hay algunas plantas con apartamentos. Podemos infiltrarnos y acceder al nivel que la *yakuza* tiene entre los pisos quince y treinta. No nos será muy difícil encontrar la terminal y una vez abierta, Grayson, nuestro experto informático, nos podrá ayudar con la clave a través del puerto «usb» conectado a nuestro móvil —explicó con todo detalle.

Hans alzó las cejas y miró el vaso vacío de Danielle con suspicacia.

—¿Qué demonios te has tomado? —inquirió mirando el suyo con cómica extrañeza.

—¡Joder, Hans! Sabes que es posible —afirmó, ignorando su gesto cómico, mientras la mente le funcionaba a toda velocidad. Apartó el vaso vacío y la botella de Glenfiddich de quince años que había sacado de la alacena y se apoyó con los antebrazos sobre la encimera, inclinada más cerca de él—. Esta noche nos presentamos como si fuéramos a la fiesta que sabemos que se celebra hoy en el piso treinta y una vez dentro, ya tenemos paso libre. Voy a llamar a Grayson para que nos consiga meter en la lista de invitados —dijo sin esperar su respuesta, mientras se encaminaba hacia el bolso y extraía el móvil.

Hans no se molestó en girarse y continuó saboreando la excelente malta de quince años. Por un lado le atraía la idea de un poco de acción transgresora, pero por otro pensaba que era ridículo y que jamás pasarían del vestíbulo. Oyó a Danielle hablar con Grayson, casi al otro lado del planeta, y se levantó para dirigirse hacia la cristalera que llevaba a la terraza con piscina. Abrió el ventanal y el frescor de la mañana le acarició el rostro. Hacía poco había llovido, como era natural en aquella época del año y en esa parte del mundo. Salió y se detuvo en medio de la terraza junto a la piscina de agua cristalina, a sus pies, con las piernas separadas y una mano en el bolsillo

mientras con la otra sujetaba el vaso y removía el líquido ambarino.

Su mente traidora voló hacia Ivy. La última vez que la había visto había sido en las vacaciones de Navidad. Viajó a New Haven para verla el día de la natividad para comer juntos, pero después volvió a huir, incapaz de permanecer a su lado sin sucumbir al deseo de besarla. Se refugió en Singapur, lejos de ella, con la excusa de buscar las pruebas que vinculasen a Gutiérrez y al clan de Yoshio Hayashi con el blanqueo que se llevaba a cabo, pero no se engañaba a sí mismo.

No, al menos, de una forma ciega.

Sabía que estaba huyendo de la complicación. No la estaba afrontando. Se le estaba condensando dentro de sí y no permitía darle salida. Y conocía de sobra las consecuencias de reprimir durante tanto tiempo sus emociones más profundas.

Algún día podrían explotar y perdería el control.

Allí en la soledad de la terraza gruñó, frustrado e impotente. Por mucho que conociera el problema no podía afrontarlo ya que, de hacerlo, la mujer que era su única familia podría salir perjudicada. Y no podía consentirlo. De ninguna manera.

Dannielle, en la sala, ajena a las elucubraciones de Hans, cortó la comunicación y sonrió.

—Ya está, solucionado —anunció en un tono mucho más alegre que hacía unos minutos, cuando habían entrado en la casa y se la llevaban los demonios. Salió a la terraza y se plantó a su lado con una expresión de triunfo—. Estamos en la lista de invitados como el señor y la señora Jones.

Hans bajó la vista con lentitud hacia los ojos verdes y la observó unos minutos, sin dejar traslucir lo que pensaba en la impenetrable mirada.

—¿Y cómo esperas hacerlo? —inquirió flemático—. Nos plantamos ahí en traje de noche y luego nos dedicamos a asaltar las oficinas, que no estarán vigiladas por supuesto, del más peligroso clan mafioso del mundo —comentó con tranquilidad—. ¿Y luego qué? Nos volvemos por donde hemos venido y tan panchos, ¿no? —interrogó sarcástico.

Dannielle frunció los labios y le sacó la lengua, sin permitir que el ácido humor de su colaborador desinflara su entusiasmo.

—No, señor sabelotodo. Grayson se ha descargado un plano del edificio y nos guiará por los conductos de ventilación hacia la oficina con los terminales conectados. Solo tenemos que subir a la planta veinte y desde ahí será coser y cantar —aclaró con un mohín de desdén hacia el recelo

masculino.

Hans esbozó una sonrisa irónica y asintió.

—Claro, coser y cantar —repitió divertido, sabedor de que no sería tan fácil—. Está bien, me apunto, pero que sepas que no voy a ponerme los Blahnik para arrastrarme por los conductos —bromeó con un guiño.

Dannielle alzó las cejas, desconcertada. Ese hombre era impredecible hasta decir basta. Nunca conseguía saber qué estaba pensando, en un minuto estaba serio y escéptico y al siguiente bromeaba y se avenía al plan como si jamás lo hubiera cuestionado. Lanzó una carcajada, encogió los hombros y asintió.

—¡Genial! Voy a darme un baño relajante y luego me echaré a dormir a pierna suelta; esta noche quiero estar en plena forma —anunció al tiempo que se internaba en la sala y se dirigía hacia la planta superior.

Hans la observó alejarse sin moverse del sitio y luego recuperó la posición anterior. Por un momento la envidió, pero sabía que le sería imposible conciliar el sueño. Terminó de beber y permaneció estático unos momentos más. Sentía la sangre caliente, llena de energía, recorrerle el cuerpo hacia el corazón y decidió salir a correr para darle escape. Subió a su habitación saltando los escalones de dos en dos, se cambió en unos minutos y dejó un mensaje en el móvil de Dannielle por si se despertaba y no lo encontraba.

Recorrió el barrio residencial donde había alquilado la casa —en una colina desde la que se divisaba la bellísima ciudad al otro lado de la bahía de Singapur—, durante una hora y media y al final regresó. Estaba cansado, pero no había logrado arrancarse la imagen de Ivy de la mente, del corazón, con ese precioso y diminuto bikini blanco, durante todo el recorrido o borrar de su cuerpo la sensación de tenerla encima cuando cayeron sobre la arena en aquella playa mallorquina.

Bajó al sótano a desfogarse contra el saco de entrenamiento. Se quitó la camiseta, se puso los guantes de boxeo y encadenó golpe tras golpe y patada tras patada sin lograr su objetivo en ningún momento. Al cabo de otra agotadora hora, sin aliento, se abrazó al saco y apoyó la sudorosa frente en la lona.

¡Dios! ¡Tenía que haber un modo de oponerse a esa necesidad!

Agotado se encaminó a su habitación, se desnudó y se metió en la ducha. Dejó que el agua, casi congelada, le resalara por el musculado torso y las largas piernas, arredrado por las demoledoras sensaciones físicas que no podía casi controlar.

Al cabo de media hora bajó otra vez a la terraza, a esperar que Dannielle se

despertase.

Y ahora corrían como alma que lleva el diablo porque todo había salido mal desde que habían entrado en la oficina donde estaban las terminales que controlaban el imperio mafioso en Singapur.

Con unos monos negros que habían llevado en una mochila, se habían cambiado en el ascensor y luego se deslizaron por los conductos, guiados por Grayson, a miles de kilómetros de ellos. El resto de la ropa la dejaron en un cuarto de servicio dentro de la mochila y seguro que haría las delicias de la chica de la limpieza cuando hallara el inesperado paquete en su zona de trabajo.

Al arrastrarse por los canales de ventilación debieron activar algún sensor de movimiento o térmico por lo que cayeron sobre ellos los guardias de seguridad nada más adentrarse en la oficina.

Hans no perdió tiempo y atacó a los dos más próximos con rápidos reflejos. Danielle no se quedó atrás y derribó a otro. No esperaron al cuarto, ambos saltaron hacia la salida y se lanzaron hacia las escaleras mientras el guardia vociferaba órdenes por la radio que llevaba.

Bajaban a toda velocidad y brincaban de un tramo a otro por encima del pasamanos como liebres saltando fuera de la sartén. Ni siquiera hablaban entre ellos, parecía que se leían el pensamiento y ambos se compenetraban a la perfección. Al llegar abajo, abrieron unos milímetros la puerta y descubrieron que los esperaba casi un ejército de *yakuzas* en el vestíbulo. Hans volvió a cerrar y señaló hacia abajo, al sótano. Aunque en vez de descender, empujó a Danielle por la abertura para la ropa que conducía a la lavandería. Ella se sujetó con las dos manos al borde superior, entró con las piernas por delante y se dejó caer por el plateado conducto. Él la siguió al instante, se deslizaron por un estrecho canal en pendiente y cayeron sobre un carrito lleno de ropa sucia que no olía precisamente a rosas.

—Vamos —exhortó Danielle ya en la puerta, con la cabellera pelirroja escondida bajo una gorra. Hans se desembarazó de las toallas y sábanas que se le habían enredado entre las piernas y la siguió. Abrieron la puerta y vieron un largo pasillo lleno de tuberías por el techo, sin perder tiempo corrieron por él y a medio camino encontraron una puerta metálica. Hans se detuvo, probó a abrirla y al ceder vieron que conducía a una calle transversal entre edificios.

Intercambiaron una mirada de alivio y salieron por ella, creyendo que ya había pasado lo peor, pero nada más salir los recibió una ráfaga de balas de

una pistola automática proveniente de los pisos superiores.

Se arrimaron a la pared, con el corazón casi saliéndoseles por la boca y oyeron una voz en japonés imprecisarles. Por supuesto no hicieron caso y echaron a correr, escucharon otra ráfaga corta que impactó a sus pies y eso les dio un brío que los hizo correr como si llevaran alas en los zapatos. Llegaron a la calle principal, en esos momentos casi desierta, y la atravesaron sin dejar de correr.

Hans vigilaba a Danielle por si se quedaba atrás, pero ella le seguía el ritmo al parecer sin esfuerzo; era ágil y muy fuerte. Satisfecho siguió corriendo, pensando que si conseguían interponer varias calles con el edificio de la *yakuza* estarían a salvo, pero no sabía cuánto se equivocaba.

Mientras se adentraban en un área privada por el portalón, por debajo de la barrera bajada para los coches, en un tranquilo jardín oyeron el escalofriante chirrido de neumáticos y se miraron entre sí.

—No puede ser —dijo Danielle lo que ambos pensaban. Jadeantes y sin aliento se giraron para mirar hacia el callejón que acababan de abandonar y vieron salir por la puerta del *parking* un montón de coches deportivos y varias motos que enfilaron hacia la calle principal.

Los conductores de las motos los descubrieron enseguida y los señalaron a los coches.

—¡Corre, Danielle! ¡No se te ocurra dejar de correr! —instó Hans, amedrentado. La adrenalina corría veloz por sus venas y su mente trabajaba a toda velocidad. Conocía la ciudad, había estado muchas veces y ahora repasó mentalmente el lugar en el que se hallaban. No había muchos locales abiertos, estaban en el distrito financiero y este tenía horario de oficina. Las calles no estaban muy transitadas y sería impensable que apareciera un coche policial. ¿Cómo puñetas iban a salir de esta? Echó un vistazo rápido hacia Danielle, la cual corría a su lado con energía y la vio pálida, pero determinada. Esa mujer era de acero, pensó admirado.

Se internaron en los bajos de ese edificio con grandes columnas que sostenían todo el complejo y de repente Hans recordó que cerca de ahí había un *parking* de esos que no eran subterráneos, que subía hacia la azotea. Sabía que allí los podrían seguir los coches y las motos que habían entrado en el mismo recinto, arrancando la barrera bajada con uno de los coches, pero suponía que tendrían más oportunidades que en la calle abierta.

## 13

Parecía que los que los perseguían sabían exactamente lo que estaban haciendo, porque las motos se desplegaron a los lados mientras los coches los seguían casi en formación.

Hans cogió el brazo de Dannielle, tiró y la condujo hacia la derecha, donde había unos setos que delimitaban la propiedad con el otro complejo. Dannielle saltó con agilidad y volvió la vista hacia él mientras saltaba.

—¿Hacia dónde?

—Izquierda, todo recto, esa puerta roja de ahí —gritó al tiempo que echaba a correr otra vez. Ambos jadeaban y empezaban a acusar el cansancio, pero no podían detenerse.

Dannielle se lanzó hacia la puerta y rogó porque estuviera abierta al ver que las motos estaban a solo unos pasos de ellos, los coches habían tenido que buscar otras vías cuando ellos saltaron al otro lado, pero las motos pudieron pasar un poco más adelante por un paso para peatones.

Puso la mano en el picaporte y presionó hacia abajo, aliviada comprobó que la puerta se abría. Hans llegó, la sujetó y ella entró en la boca del lobo, tan oscuro estaba. Él cerró tras ellos y las débiles luces de emergencia adaptaron sus ojos a la penumbra reinante de ese acceso al aparcamiento. Hans buscó algo con lo que atrancar la puerta para entorpecer el avance de sus perseguidores. Esta se abría hacia afuera, pero tenía unos enormes cerrojos arriba y abajo y se apresuró a pasarlos. Justo a tiempo, ya que en ese momento alguien manipuló el picaporte y lo zarandeó con fuerza al ver que no se movía. Sonaron unos golpes enfurecidos y se oyeron unos gritos en japonés.

—Vamos, no podemos quedarnos aquí —exhortó Hans entre jadeos.

Dannielle asintió, sin aliento. Y echaron a correr hacia las filas de coches aparcados, al mismo tiempo que tocaban las manetas de las puertas de los coches por si alguno estuviera abierto. Entonces oyeron otro escalofriante chirrido de neumáticos y las potentes luces de varios coches los iluminaron de pleno. Saltaron hacia delante, desistiendo de encontrar algún coche abierto en su afán de huir de alguien que disparaba primero y preguntaba después.

Hans no las tenía todas consigo a la hora de salir indemnes de semejante berenjenal. No se preocupaba por sí mismo, había tenido una vida plena, había conocido a Ivy y jamás se había arrepentido de algo que no había hecho

o no había intentado—excepto quizá no haber podido dar rienda suelta a lo que sentía por esa chiquilla que le había robado el resuello, en un mundo justo en el que ella no fuera la hija de su mejor amigo—; la que le preocupaba era Danielle, ella no merecía morir en una calle perdida de Singapur a manos de alguien a quien la vida ajena importaba muy poco.

Corrían entre las hileras, pero los coches deportivos los asediaban por los dos lados y justo en ese momento Danielle trastabilló y Hans vio que uno de los coches se le echaba encima. Rápido como un rayo agarró su mano y tiró de todo su cuerpo, ella se impulsó a la vez y su cuerpo voló por el aire justo a tiempo. Aterrizó sobre él y ambos fueron a parar sobre el capó del coche aparcado. Las balas atronaron y se parapetaron en el suelo.

A instancias de Hans echaron a correr otra vez. Saltaban por encima de los coches, se arrastraban, tiraban uno de otro mientras los coches los asediaban sin descanso. Poco después oyeron el atronador ruido de los motores de las motos y se supieron perdidos.

Habían pensado en refugiarse en las escaleras, pero resultaba que eran de esas abiertas, sin paredes, y eso no los protegería de las balas que de vez en cuando oían cuando alguno de los coches los tenía a tiro.

Desesperados subían y bajaban de nivel en un intento de dejar a sus perseguidores atrás cuando, en una revuelta, encontraron un hueco entre dos columnas de construcción que contenían tuberías entre sus paredes y se refugiaron ahí durante unos segundos.

—Yo... no creo... no creo que... aguante mucho más... —jadeó Danielle, exhausta.

—Tendrás que poder, ¿me oyes? —exigió Hans con voz de hielo. No iba a consentir que se diera por vencida.

Danielle intentaba que el aire entrara en sus pulmones, pero apenas tenía fuerzas. Elevó la vista y se encontró con la mirada implacable de Hans. Él también inhalaba hondamente, pero se mantenía alerta, irreductible. Inclined hacia abajo, se apoyaba con las manos en las rodillas mientras intentaba recuperarse y pensó que ese hombre era imbatible.

Entonces se incorporó para decirle que se fuera, que buscara ayuda y que la dejara ahí, que no la encontrarían en ese escondrijo. Se apoyó con la espalda en lo que creía que eran ladrillos, pero cedió hacia atrás. Una puerta metálica que no habían visto, pintada de negro, daba acceso a un cuartucho para mantenimiento de tuberías de refrigeración. Danielle trastabilló y Hans se apresuró a enlazarla de la cintura, aunque con la inercia del cuerpo

femenino se vieron impelidos hacia atrás y entraron en ese reducido espacio en el que apenas cabían, pero que les ofrecía un excelente escondite que Hans no dudó en aprovechar. Abrazó a Danielle contra sí para poder cerrar la puerta, la empujó con suavidad para que no hiciera ningún ruido y tanteó con la mano tras él para comprobar si había un cerrojo, por fortuna había uno, lo pasó y exhaló un suspiro de alivio.

Una tregua, ¡por fin!

—Ahora no se te ocurra hacer ruido —susurró en el oído de Danielle. Todavía la mantenía abrazada contra sí, pero en ese momento intentó separarse lo que le resultó imposible. Unos ganchos en la pared, supuso para colgar herramientas, se le clavaron en la espalda y volvió a acercarse a ella—. Lo siento, creo que no hay espacio suficiente —murmuró, tenso.

—Lo sé, parece que tendremos que acomodarnos así —musitó Danielle. Apoyaba las manos en sus hombros y ahora se removió para buscar una mejor postura ya que los pies se le habían quedado enganchados en algo entre las piernas abiertas de él y mantenía el cuerpo en tensión, hacia atrás, agarrada a él.

Hans se mantenía quieto, todo lo alejado que podía de ese cuerpo caliente, que era apenas unos milímetros, pero cuando ella empezó a moverse la fricción entre los dos empezó a hacérsele agobiante ya que la figura de Danielle se amoldaba a la suya de una forma que no podía ignorar.

—¿Qué haces? ¡Estate quieta! —exigió con un murmullo perentorio.

—Lo siento, es que mis pies... —Se disculpó ella ante el tono reprobatorio, al pensar erróneamente que le había hecho daño de algún modo.

Hans se inclinó un poco y palpó sus piernas para ver cuál era el problema. Tiró de uno de sus muslos, pero no consiguió desengancharlo de donde quiera que estuviese, así que se agachó, la cogió de ambas piernas y la levantó. Le separó los muslos y se posicionó en medio.

—¡Hans! —exhaló Danielle, en el mismo tono susurrante, impactada e impresionada por su fuerza. ¡Dios! No era el momento para ponerse cachonda por tener a ese pedazo de hombre entre las piernas. ¡Había gente que quería matarlos, por el amor hermoso!

—Shhh —chistó él al oír el ruido de una moto acercarse. La sujetó con fuerza de la cintura y la empotró contra la gruesa tubería que ella tenía detrás para una mejor sujeción, lo cual provocó que sus cuerpos entraran en un contacto mucho más íntimo, lo contrario a lo que era su intención. Reprimió un gruñido cuando notó que su cuerpo reaccionaba y maldijo por lo bajo.



Hacía meses que no había estado con nadie y sentir esas curvas sensuales apretadas contra él era todo lo opuesto a lo que necesitaba en esos precisos momentos.

Dannielle contuvo el aliento al notar la poderosa fuerza viril envolverla y sujetarla como si no pesara nada. Y sentir los fornidos músculos de los hombros de Hans bajo las palmas no contribuyó a serenar su ánimo, más bien al contrario. Frunció el ceño y echó la cabeza hacia atrás, pero notó el estremecimiento que recorrió el cuerpo masculino y no pudo evitar que se le escapara un gemido excitado.

Justo en ese momento oyeron pasar muy cerca de ellos los potentes motores de varias motos. Les habían perdido la pista y ahora los buscaban nivel por nivel.

Ambos, tensos como las tuberías que los envolvían, tanto por lo que estaba ocurriendo fuera como lo que estaban sintiendo en los brazos del otro, permanecieron en silencio mientras intentaban ignorar que cada vez percibían con más nitidez el calor de sus pieles, el aliento del otro, el tacto de las manos o los estremecimientos que recorrían sus cuerpos.

Al cabo de lo que les pareció una eternidad dejaron de oír los motores de los coches y de las motos, pero no se atrevieron a moverse todavía durante varios minutos.

Al final, Dannielle, nerviosísima, se removió en brazos de Hans y de improviso se frotó contra una descomunal dureza lo cual hizo que él exhalara un gruñido ardoroso que esta vez no pudo reprimir. Impresionada ya no pudo ignorar que la situación la excitaba y se apretó sensual contra él al tiempo que murmuraba su nombre muy cerca de su oído:

—Hans. —Con la voz enronquecida.

—¡Joder! —exhaló él cuando percibió el cambio femenino. El erótico murmullo lo puso a cien, pero era impensable que se la follara. Era su jefa, lo que menos le convenía era enredar trabajo con placer.

Aunque Dannielle no albergaba esas dudas. Deslizó las manos por los hombros hacia el recio cuello, subió hacia la cara masculina y la envolvió entre las palmas en una caricia dulce.

Estaban a oscuras, pero entraba luz por algún tipo de abertura superior y podían ver contornos y formas, aunque no distinguieran nada más.

Hans intuyó que ella quería besarle, pero se apartó y exigió:

—¡Detente, Dannielle!

—No quiero —negó sin soltarlo, y volvió a tirar de él—. ¡Te deseo, Hans,

ahora!

—Ellos están ahí fuera, podrían volver... —recriminó, como si no sintiera el mismo demoledor anhelo por arrancarle la ropa y penetrarla de inmediato.

—No, ya se han ido —refutó ella. Movi6 la pelvis contra 6l y Hans volvi6 a gruñir, desesperado. Baj6 con las manos por sus caderas y la cogi6 de los glúteos para apretar con todas sus fuerzas.

Dannielle ech6 la cabeza hacia atr6s, erotizada al sentir la fuerza salvaje en su piel, y gimi6 a6n m6s sensual que antes.

Hans se estremeci6 cuando ese sonido vibr6 en su erecci6n, enterr6 la cara en el cuello de porcelana y aspir6 el olor femenino como un reo al que hubieran privado de alimento durante demasiado tiempo.

—¡Me est6s volviendo loco! —susurr6, amenazante. Esta era la nefasta consecuencia de haber permanecido c6libe: estaba perdiendo el control—. ¡Dios, Dannielle! Si no me detienes voy a...

—¿Vas a qu6, Hans? —inquiri6 tan estimulada que sentía el sexo húmedo y caliente—. ¡No me amenes con hacerlo y hazlo! —reclam6 apasionada, mientras se inclinaba y se apoderaba de la boca masculina con un beso t6rrido que derrib6 los 6ltimos restos de resistencia viril.

Hans se estremeci6 y devolvi6 el beso con impetuosa ansia. Ambos se devoraron al tiempo que intentaban desnudar al otro. 6l se separ6 del torso femenino, con las piernas femeninas enroscadas en torno a sus caderas, y busc6 la cremallera del mono de ella, al tiempo que Dannielle hacía lo propio con el suyo.

Se oy6 un rasgue6 y ambos engranajes se abrieron a la vez, ella tir6 de los hombros de la tela y la empuj6 hacia atr6s, a la espalda, mientras Hans abría y dejaba al descubierto los turgentes pechos femeninos, libres de ropa interior. Se apoder6 de ellos con las dos manos y apret6 incontenible, llevado de la necesidad que lo estaba consumiendo.

—¡Oh, sí! —gimi6 Dannielle cuando ese ímpetu la constriñ6 y la piel se le eriz6, electrificada. Cerr6 los ojos y se arque6 hacia atr6s para ofrecerse m6s a 6l al tiempo que clavaba las uñas en la espalda masculina—. ¡M6s fuerte! ¡Dios! ¡M6s fuerte!

Al oír la voz femenina ronca y llena de lujuria. Al mismo tiempo pellizc6 los pezones erectos entre el pulgar y el índice, como si rotara una fruta madura, y se inclin6 hacia el cuello expuesto para morderlo con deleite. Dannielle se estremeci6 por el delirante dolor en sus pezones. La mente se le llen6 de

endorfinas cuando el placer explotó en sus pechos, se irradió a través de su cuerpo hacia su clítoris y su sexo cada vez más humedecido. No podía dejar de gemir, derretida bajo ese toque erótico tan brutal.

—¡Joder, Dannielle! —renegó Hans, con ferocidad. La lujurante necesidad femenina lo estaba empujando al precipicio. Sin contemplaciones tiró del mono hacia abajo y lo bajó hasta medio muslo, ya que no pudo tirar más debido a que ella tenía las piernas enroscadas en torno a su cintura, pero había conseguido su objetivo: desnudarle el sexo. Entonces pasó una mano por entre las piernas de ella y tiró de la cremallera de su propio mono hasta la entrepierna, se liberó y volvió a sujetarla de los glúteos.

Ella temblaba y gemía, ardorosa. La adrenalina por la reciente persecución había disparado su excitación de tal forma que su cuerpo ansiaba como nunca una liberación.

—Dannielle... —gruñó Hans mientras frotaba el glande enrojecido e inflamado con desesperada avidez contra los labios genitales, impregnados de una humedad tan caliente que se abrasaba.

Pero ella no esperó, movió las caderas para posicionarse y cuando lo notó en la entrada, presionó y el miembro masculino penetró de inmediato, succionado por los músculos vaginales.

Un escalofrío recorrió el espinazo de él y ella gritó, empalada hasta el fondo. Hans le tapó la boca, empujó con todas sus fuerzas, aprisionó el cuerpo femenino contra la tubería y embistió sin medida, con un frenesí desesperado sin poder evitar que la imagen de Ivy se apoderara de su mente y acabara de enloquecerlo. Destapó la boca de Dannielle y la sujetó de los glúteos para poder empujar aún más dentro de ella, con brío.

—Hans... Hans... Hans —murmuraba Dannielle como un mantra, movía las caderas al compás de las feroces embestidas de la pelvis masculina y arañaba la amplia espalda por dentro del mono con las largas uñas, sin compasión.

Él cogió sus manos, las sujetó por encima de la cabeza de ella con una de las suyas, al tiempo que imprimía más fuerza, impetuoso, poseído por una incandescente lujuria.

—Oh, sí... ¡Destrózame! —gimió ella, trémula.

El clímax llegaba, la asediaba y la despedazaba en pedazos muy pequeños que al final explotaron y se expandieron como minúsculas partículas de polvo galáctico. Exhaló un grito ronco que acabó en una risa susurrante de absoluto deleite al mismo tiempo que Hans se derramaba, incontenible, y profería un

sordo gruñido bajo y largo.

Estremecidos, sudorosos y jadeantes permanecieron varios minutos recuperando el aliento. Dannielle abrazaba los anchos hombros y Hans escondía el rostro en la curva del cuello femenino.

Al fin se separó y la miró, aunque no podía distinguir sus rasgos ni ver sus ojos.

—¿Estás bien? —preguntó, preocupado por si había sido demasiado salvaje, llevado de su desesperación.

Dannielle esbozó una sonrisa de sublime dicha en la oscuridad. «He aquí el ideal de ejemplar empotrador: brutal y pasional durante el acto, y al final tierno y solícito», pensó, feliz. La noche había empezado de la peor forma posible, casi no lo cuentan, pero había terminado de la mejor imaginable.

—Ahora mismo estoy en el paraíso —respondió, gozosa.

Hans asintió, aun así preocupado. Se había dejado llevar y no era buena combinación juntar deber y lujuria, pero Dannielle lo sorprendió una vez más.

—¡Dios! Te tenía ganas desde que te conocí. Eres delicioso y he disfrutado como una bellaca —aduló, satisfecha. Le acunó el rostro entre las manos y lo enfrentó, aunque no podía verle el rostro—. Aunque no fue mi intención que pasara, nunca me ha gustado mezclar responsabilidad y sexo, es una unión que podría distraerme y no lo deseo, Hans —declaró para dejar claro que no ansiaba ningún tipo de compromiso con él.

Él cabeceó, aliviado. Nunca entró en sus planes liarse con la jefa, por muy hermosa y ardiente que fuera.

—Eres una diosa de la pasión, Dannielle, pero tampoco fue mi intención que pasara. Me dejé llevar al sentirte entre mis brazos y no debería haberlo hecho, aunque te puedo asegurar que no me arrepiento —afirmó contundente.

Dannielle dejó oír su risa y ambos se volvieron a vestir como mejor pudieron en el estrecho espacio.

Salieron con precaución. No hallaron rastro de sus perseguidores, se apresuraron hacia la calle principal del otro lado, más concurrida, y pararon un taxi que pasaba.

Al día siguiente abandonaron Singapur, desanimados, al no haber podido conseguir su objetivo.

# 14

Lago di Como, Italia. Agosto, 2015

Hans cogió la botella de whisky y se sirvió una buena cantidad en el vaso corto, lleno de hielo. Cerró la botella y la volvió a dejar en su sitio sobre la bandeja de plata.

Absorto, observó el arremolinado líquido color ámbar en el fondo del vaso. Sus pensamientos fluían sin control y gruñó, frustrado, en el silencio de la *Villa Giuseppina*, su casa centenaria, situada en la vertiente occidental del Lago di Como frente a la isla Comacina, en el norte de Italia.

Había dado la noche libre al servicio, quería estar a solas, alejado y aislado del mundo.

Se sentía fatal, un traidor y un cobarde y no tenía ganas de ver a nadie.

Dos días atrás Ivy había cumplido los veinte años y no había sido capaz de acudir a la fiesta que él mismo le había organizado en el Hotel *The Península New York*, en la Quinta Avenida de Manhattan. Había llamado en secreto a todos los amigos de su pupila, con la confabulación de Helena, Olalla, Amparo, Verito y Tere, compañeras inseparables desde que se conocieron en el internado, y había organizado una magna fiesta sorpresa para celebrar la segunda década de vida de su antigua tutelada. No había reparado en gastos. Contrató al dúo Estopa y reservó una de las salas de fiesta del hotel durante dos días, pero...

Había sido incapaz de acudir, torturado por la culpa.

No podía enfrentarla. Desde aquellas fatídicas vacaciones en Mallorca hacía dos años, apenas se habían visto. Él no había dejado de huir desde entonces.

Pensó que interponiendo la mayor distancia entre ellos conseguiría olvidarla, quitársela de la cabeza. Pero en marzo del año anterior, después del apasionado escarceo con Dannielle, comprendió que no había conseguido nada. Al contrario. La distancia no había hecho sino acentuar el desesperado anhelo.

De regreso a España desde Singapur, en el jet privado de él, Dannielle se fijó en el rostro torturado de Hans, cuya mirada estaba perdida en las nubes que se divisaban por la ventanilla, y al final preguntó:

—¿Quién es ella, Hans?

Él no había abierto la boca para decir nada durante varias horas de vuelo y al final Dannielle formuló la pregunta que le rondaba la mente y que se esforzaba en no manifestar, ya que pensaba que era una interferencia en la privacidad de su subordinado.

Hans giró el rostro, la miró de forma impenetrable y fingió no saber a qué se refería.

—¿Quién es quién? —preguntó con más dureza de la que pretendía.

Dannielle encogió los hombros y esbozó una sonrisa comprensiva.

—La que te tiene tan robada la mente que eres incapaz de concentrarte en otra cosa. Tranquilo, no pretendo entrometerme —afirmó, con un encogimiento de hombros—. Solo quería ofrecerte un hombro sobre el que apoyarte si lo necesitas —alegó, con un elocuente alzamiento de cejas y una mirada dulce.

Hans la observó durante unos segundos y al final relajó la expresión.

—Gracias, Dannielle, pero no hace falta —respondió tenso. No podía poner en palabras todo lo que pensaba. Eso solo lo haría más real y más difícil de ignorar—. Lo solucionaré, de algún modo... —declaró y repitió, en voz baja—: Lo solucionaré.

Dannielle no respondió de inmediato y al final cabeceó. No podía obligarlo a hablar si él no quería y era evidente que, lo que fuera, le pesaba demasiado.

—Como quieras, solo quiero que sepas que aquí estoy si algún día necesitas desahogarte.

—Gracias —sonrió sin alegría, aunque sincero. Volvió la vista otra vez hacia la ventanilla y se abstrajo en la contemplación de las nubes.

En su villa italiana cogió el vaso de la mesa, lo alzó y se lo bebió de un trago mientras sentía el corazón galopar desenfrenado en el pecho. Había luchado con tesón contra lo que sentía, pero ya no podía seguir escondiéndoselo ni a sí mismo.

Ivy había madurado para convertirse en una mujer que lo atraía sin remedio y se sentía tan culpable por deseársela que se negaba a verla. Aunque sabía que estaba actuando como un cobarde y eso lo estaba destrozando. Él nunca había procedido con deshonor y ahora se sentía la rata más vil por haber osado posar sus ojos en ella como hombre.

Además...

Ni por asomo podría, jamás, revelarle la sexualidad alternativa a la que se

había entregado desde que descubrió que sus gustos sexuales no eran del común de los mortales. ¿Qué pensaría ella? No soportaría que lo mirara con rechazo e incompreensión.

Ivy era una mujer inteligente y cabal como había comprobado a medida que crecía. Era divertida. Le gustaba reír, disfrutar de la vida, hacer tonterías propias de la juventud con sus amigas. Poseía una inocente picardía que la hacía irresistible y era demasiado sensual para su tranquilidad de espíritu. Debía lograr superar ese deseo que se le había desatado dentro y al cual no podía sustraerse ni de noche ni de día.

Gruñó otra vez en el silencio de la villa, furioso consigo mismo, con un humor de perros. Volvió a servirse otra generosa cantidad de whisky, añadió otro hielo y se encaminó hacia la terraza. Era pleno agosto y hacía mucho calor, aunque junto al lago por la noche refrescaba y podía disfrutar de largas veladas en las cómodas tumbonas repartidas por todas las terrazas y el jardín.

Salió y Elrond, el pastor belga, al instante se levantó del césped en el que se había tumbado a tomar el fresco y se aproximó a él mientras movía el rabo. Hans lo acarició tras las orejas y el fiel can lo siguió en silencio cuando se dirigió hacia el mirador más cercano al agua. Se tumbó en una hamaca cuan largo era, de espaldas, con la vista fija en la bóveda celeste.

Al poco rato los borders collies, los perros que Ivy había adoptado se aproximaron entre juegos y ladridos.

Hans había decidido entrenar algunos perros guardianes cuando Duncan le comunicó que habían intentado entrar en la finca varias veces. Ivy había escogido a esos hermanos —dos preciosos y magníficos guardianes, muy leales—, el año anterior en una visita relámpago por el cumpleaños de Hans.

Chistó para que callaran, lo cual hicieron de inmediato al reconocer la orden del líder.

Suspiró, cansado de luchar contra sí mismo. Y el recuerdo de cuando vio a Ivy por primera vez asaltó su memoria. Ella apenas tenía siete años. Y con el paso de los años comprendió que esa chiquilla iba a cambiar su vida y volverla del revés, aunque nunca se imaginó cuánto lo afectaría personal, física y emocionalmente.

Después de la desastrosa última noche en cala Falcó y de la devastadora despedida en el aeropuerto, Hans intentó alejarse de esa tentación, quiso distraerse. No quería pensar en ella, era todavía una niña aunque tuviera cuerpo de mujer.

Y...

¡Era su tutor, por el amor de Dios!

Pero, en el fondo, sabía que ya era tarde.

La atracción que sentía era tan intensa que todas las noches soñaba con ella, para despertar ardiendo de deseo y cada día amanecía con una ducha helada.

Como compensación por no haber acudido a su fiesta, le envió una pulsera de platino con diamantes y zafiros, un inmenso ramo de *Scarlet Carson*<sup>29</sup>, sus rosas preferidas, con una carta llena de felicitaciones, y excusas, por no haber podido asistir. Se sentía incapaz de enfrentarla y rehuyó el encuentro.

«Como un jodido cobarde, maldito seré por siempre». Era un miserable.

De improviso sonó el timbre de la villa, desbaratando la quieta tranquilidad de la noche. Molesto se levantó de la tumbona, mientras despotricaba en su interior contra los que venían a fastidiar a esas horas y se dirigió a los pisos superiores con el vaso de malta en la mano.

Abrió la puerta principal dispuesto a echar con cajas destempladas a quien fuera, pero quedó petrificado en el sitio. Ivy se erguía ante él, bella como una estrella fugaz, con una sonrisa ufana muy segura de sí misma y... El resto del mundo desapareció de su vista.

—Hola, Hans —saludó ella con un guiño. Ensanchó la sonrisa al ver la estupefacción que se pintaba en la cara de su antiguo tutor y elevó las cejas en un elocuente gesto lleno de elegancia—. ¿Y bien? ¿No me vas a invitar a entrar? —inquirió con aplomo.

Veinticuatro horas antes en Nueva York

Al día siguiente de la fiesta, después de esperar en vano toda la noche a que Hans apareciese, Ivy despertó temprano y muy decidida. Abrió con cuidado el cajón de su mesita y cogió el correo que había imprimido hacía unas semanas.

Era de Hans, pero... No iba dirigido a ella.

Por error él le había enviado un correo que no era para ella. Un afortunado desliz, debido quizá a la inicial idéntica de su nombre y el de la verdadera destinataria, que había permitido a Ivy conocer un poco más íntimamente a su tutor.

Demasiado madura para su edad, ignoraba a los jovencitos que la asediaban en la universidad y centraba su interés en él. Desde aquella escapada a Mallorca no había podido dejar de pensar en él, de recordar vívida esa caída y el abrazo involuntario de él, pero tan tórrido que aún hoy se



ruborizaba al recordar.

La vida privada de Hans estaba envuelta en misterio y eso lo convertía en alguien mucho más interesante y romántico para los ojos de una jovencita. Ivy no le había conocido pareja, no tenía novias ni amigas conocidas, excepto alguna que otra acompañante en alguna fiesta.

Tumbada en la cama, lo releyó, con el consabido estremecimiento alborozado en la parte baja del abdomen.

*«Estimada Iria,*

*Ha sido un inmenso placer recibir la entrega de tu sumisa Korey una vez más. Es una mujer apasionada que sabe muy bien cómo complacer a un Dominante y te ha servido con gran obediencia, ahora ya no comete esos errores del principio. Su cuerpo era un lienzo dispuesto y su piel era tan maravillosa que no me cansé de disfrutarla y enrojecerla durante toda la noche.*

*Me ha alegrado mucho saber que has decidido concederle tu collar por haberte complacido tan bien en esta cesión y estoy muy orgulloso de haberos conocido en esa fiesta privada de BDSM hace años. E igualmente me complace confirmarte mi asistencia a la ceremonia de imposición de collar.*

*Muchas gracias, Iria. Por todo.*

*Atte:*

*Hans Camarthen-Rhys. Barón de Monte Hidalgo».*

Ivy suspiró en el silencio de la habitación. Desde que había recibido ese extraño *mail* por equívoco, su mente no había dejado de elucubrar en torno a esas extrañas siglas, y a esas palabras tan curiosas como: «cesión, BDSM, sumisa, entrega, y Dominante».

¿Qué era todo eso? ¿Qué significaba?

Intrépida y curiosa se lanzó a investigar por internet y lo que averiguó sobre el significado de esas palabras hizo que su cuelgue por él aumentase de una forma que la dejó aturdida. Ahora no solo lo encontraba atractivo, interesante y cautivador: ahora era irresistible. Hans era un dominante sexual,

y pensar en él como un hombre que pudiera dominarla hacía que su corazón latiera a una velocidad que la asustaba al mismo tiempo que la excitaba hasta hacerla juntar las rodillas, asustada de la intensidad con la que latía su sexo. Por fin comprendía sus propios sentimientos, esos que la habían acompañado de niña y que la hicieron avergonzarse por lo oscuros y lascivos que eran. Ahora podía asumir que lo que siempre sintió, esas fantasías que consideraba perversas y que nunca se había atrevido a compartir con nadie, tenían nombre y que su sentir no era tan extraño, ni tan tenebroso ni tan perverso.

Decidió que ya había esperado suficiente. Llevaba colgada de Hans desde que era una niña, con la adolescencia ese cuelgue aumentó y al cumplir la mayoría de edad quiso salvar ese puente, pero no pudo por inexperiencia e inseguridad. Pero ya no aceptaría un no. Determinada se levantó de un salto de la mullida cama y se dirigió al armario.

—¿Qué haces? —La cabeza morena de Olalla emergió de debajo de las sábanas, con cara de sueño y desconcierto.

—Me voy a Italia —anunció, al tiempo que sacaba la maleta y empezaba a empacar su ropa.

—¿Pero qué dices? ¿Vas a plantarte en la villa sin avisarlo? —Olalla se incorporó, ya espabilada y con la melena leonada como una nube alrededor de su hermosa cara de hada, como si un mapache hubiera decidido que esa cabellera, morena y rizada, sería un buen lugar para dormir esa noche.

Helena, desde la tercera cama, asomó un ojo al oír el ruido y gruñó.

—¿Qué es todo este jaleo? ¡Un poco de compasión! Ayer no paré de bailar el lindy hop<sup>30</sup>, así que: ¡haced el favor! —exhortó en voz baja y ronca. Se había quedado afónica de tanto reír y hablar.

—Lo siento, chiqui. No pretendía despertaros. —Se disculpó Ivy, contrita. Terminó de hacer el equipaje y lo colocó al lado de la puerta. Llamó a recepción, pidió que le reservaran un asiento en el siguiente vuelo al aeropuerto de Lugano, el más cercano al Lago di Como, y también le pidieran un taxi.

La noche anterior, cuando se convenció de que Hans no vendría después de recibir la tarjeta y el regalo, supo que él no quería o no podía verla y su corazón romántico intuyó por qué. Eso le dio el valor para seguir adelante con su plan. No quiso ni pararse a pensar en que él pudiera rechazarla. Solo sabía que quería llegar cuanto antes y sentir sus brazos alrededor, ver el deseo en sus ojos y saber lo que se sentía al recibir sus labios sobre ella. Ya no era una chica de dieciocho años, insegura y tímida. Ahora tenía veinte y había

podido pensar mucho durante esos dos años.

Un botones tocó en la puerta y ella miró a sus dos amigas, una más despierta que la otra.

—Me voy, chiquis. ¡Deseadme suerte! —pidió mientras se encaminaba hacia la puerta.

—¡Espera, Ivy! —exclamaron a la vez Helena y Olalla al tiempo que saltaban de la cama. Ambas, en pijama de verano, se lanzaron sobre Ivy y la encerraron en un enorme abrazo entre las dos.

—¡Mucha suerte! Estoy segura de que Hans está tan loco por ti como tú por él. No podrá rechazarte —vaticinó Olalla, con un guiño y un sonoro beso.

Helena se separó de Ivy y la miró a los ojos.

—¿Estás segura? Él no te ha rechazado abiertamente, pero ya son dos las ocasiones en las que ha puesto pies en polvorosa —arguyó de forma sensata.

—¡No seas plomo, Helena! Precisamente Hans está atado de pies y manos, es su tutor y es mayor. Es lógico que no quiera comprometerla —intervino Olalla. Pasó un brazo sobre los hombros de Ivy y le hizo un gesto a Helena, como diciendo: «No seas aguafiestas, después de lo que le ha costado a Ivy tomar la decisión luego del fiasco en Mallorca, ahora no le robes el valor».

—Lo sé —contestó Ivy—, pero llevo no sé cuántos años loca por él. Atraída por sus ojos, sus labios. Por ese cuerpazo. Por esa voz que me remueve por dentro —suspiró ruidosa, elevó los ojos al cielo cuando Olalla y Helena intercambiaron una mirada divertida—. Bueno, qué voy a decirles que no os haya contado ya. Sabéis que no puedo quitármelo de la cabeza, siempre está ahí, destaca por encima de los demás. Cada vez que un chico se me acerca no puedo evitar compararlos y... todos salen perdiendo, Helena. No quiero vivir mi vida a expensas de una ilusión a la que nunca pude dar forma. Si no lo hago ahora, puede que no lo haga jamás y ¡necesito saber lo que siente él! —declaró con empeño. En su interior no estaba tan segura como aparentaba, pero esta vez no pensaba echarse atrás.

Helena asintió y esbozó una amplia sonrisa.

—Entonces ve a por él, rubia. Tienes todo mi apoyo y mi cariño, ya lo sabes —replicó. La envolvió de nuevo en un abrazo al que Olalla volvió a unirse.

—¡Oh, chicas! Sois lo más —exclamó esta, emocionada—. ¡Ve a por él, Ivy! ¡Te quiero!

Ivy meneó la cabeza, abrumada. El botones volvió a tocar con los nudillos, cansado de esperar y las tres se separaron y se echaron a reír.

Helena abrió la puerta y el chico uniformado retiró la vista discretamente al ver a dos de las chicas en pijama, aunque no se perdió detalle de ninguna de las tres beldades que había en esa habitación. Sin decir nada cogió la maleta y precedió a Ivy hacia el ascensor mientras sus amigas se despedían con gestos desde la puerta.

Al día siguiente, ya frente a la puerta de la villa, Ivy pagó al conductor y descendió del taxi con el móvil en la mano.

Mientras esperaba el vuelo en el aeropuerto había reservado una habitación en un hotel cercano, ya que no quería presentarse de cualquier manera. Antes quería descansar del agotador vuelo transatlántico y luego vestirse y arreglarse adecuadamente.

Hans la deseaba, estaba convencida. Recordaba que en el pasado él la observaba, cuando creía que ella no lo veía, con una mirada de hambre que la hacía estremecer de anhelo.

—Chicas, ya he llegado. Deseadme suerte —pidió hacia la pantalla. En esta las caras de sus amigas, en una llamada grupal a través de una aplicación del móvil, la miraron con tanta expectación como sentía ella misma.

—No la necesitas, estoy segura que él siente lo mismo que tú —contestó Olalla, romántica empedernida.

—A por todas, rubia. No lo dejes escaquearse esta vez, oblígalo a que te diga la verdad y sobre todo disfruta el momento si él te corresponde —animó Helena con una gran sonrisa. Había sido un largo camino llegar hasta ese instante. Todas conocían el cuelgue que siempre sintió Ivy por su tutor y ansiaban casi tanto como ella saber qué resultaría de todo ello.

—¡Dios! ¡Qué nervios! ¿No puedes dejar el móvil encendido para que lo oigamos? —inquirió Verito, descarada.

—¡Verito, no seas pelma! ¿Cómo va a hacer eso? Vamos, ni de coña quiero asistir de incógnito a su encuentro —bufó Tere, alborotada—. Aunque eso sí, después quiero detalles. —Se carcajeó sonora.

—¡Shhh! —chistó Ivy, alarmada por el jaleo—. Chicas, voy a colgar. No quiero estar aquí afuera hablando con vosotras cuando lo que quiero es entrar cuanto antes.

—Eso es, cuelga ya, Ivy. Y no te olvides de llamar mañana y contarnos todo —pidió Amparo con un guiño elocuente—. ¡Mucha suerte, preciosa!

—¡Ánimo! —desearon las demás al unísono.

—Gracias y adiós —dijo Ivy. Clicó en la pantalla y cortó la comunicación de la video llamada. Guardó el móvil en el bolso e inspiró con fuerza. Había

llegado el momento.

Nerviosa, pero decidida avanzó hacia la entrada. Tocó el timbre y esperó, con el corazón en un puño.

La puerta se abrió y ella separó los labios para saludar al viejo mayordomo, Duncan, pero en cambio se encontró con un Hans atónito al descubrirla en el umbral. La mirada masculina la recorrió de arriba abajo, estupefacta, aturdida, así que se acercó con fingido aplomo hacia él.

El aria de *La Bohème* —la ópera preferida de su tutor—: *Che gélida manina*, interpretado por el incomparable Lucciano Pavaroti, sonaba a través de los altavoces del equipo de música que tenía instalado en toda la villa y la formidable pieza la recibió cuando se abrió la puerta.

Ajeno por completo a tamaña sorpresa Hans la contemplaba, con la mano en el pomo, arredrado. Ivy estaba ante él como una aparición invocada por sus propios pensamientos, tan esplendorosamente bella que se quedó sin aliento.

Ella aprovechó que él no decía nada para entrar con una gran seguridad en sí misma. Dejó la maleta en un rincón y se adentró con tranquilidad.

—Al ver que no venías tú a mi fiesta, he decidido venir yo... —miró significativa el vaso en la mano masculina y terminó—: a la tuya. Si Mahoma no va a la montaña... —citó con estudiada indiferencia. Se paseó por el amplio vestíbulo mientras admiraba las conocidas paredes de mármol, el alto techo y los murales antiguos del vestíbulo circular. Se volvió hacia él y lo descubrió de pie, en la misma posición. No se había movido y la miraba fijo, anonadado, con los ojos entrecerrados. Se detuvo y elevó las cejas, con una sonrisa socarrona—. Puedes cerrar la puerta; no va a venir nadie más. Por cierto, ¿dónde está Duncan? No esperaba que me abrieras tú —adujo para aliviar la tensión que se le estaba concentrando en la boca del estómago al mirarlo. Como siempre Hans exudaba un arrollador *sex appel* sin proponérselo, vestido con la típica ropa ibicenca: una camisa suelta y unos pantalones de tejido de bambula con cintura baja, atados en las estrechas caderas con un cordón de tela, calzado con las avarcas negras que siempre se ponía para estar cómodo por casa. La piel bronceada destacaba bajo el blanco de la ropa y los ojos azules brillaban oscuros y tan intensos como la primera vez que Ivy los vio.

—Tiene la noche libre —contestó Hans, de forma mecánica. No podía apartar los ojos de ella. Estaba radiante. En esos dos años en los que apenas la había visto en un par de ocasiones como las navidades o los cumpleaños,

había madurado físicamente y estaba más hermosa que nunca. Sensual y elegante, con un sutil punto de inocencia que hacía que uno se preguntara si era así o si escondería una faceta más libertina tras esa apariencia candorosa. Al caer en la cuenta de ese pensamiento tan poco apropiado, se maldijo y la miró severo, con los dientes apretados mientras cerraba la puerta.

¡Tenía que hacer que se fuera!

No podía quedarse allí con él. ¡Maldita sea! ¿Por qué no se iría a la base McMurdo, en la Antártida, cuando lo invitó su amigo Charlie, un reputado geólogo, hacía solo unos días? Allí al menos se precisaba un permiso especial para aterrizar, ella no habría podido seguirlo y sorprenderlo. En un intento de dejar de mirarla como un famélico miraría un banquete solo para él, echó a andar hacia el arco que permitía la entrada a la gran sala de estar, con largas zancadas, como si así pudiera interponer la mayor distancia entre ellos y preguntó, brusco:

—¿Qué haces aquí, Ivy? Deberías estar en Nueva York.

## 15

Ivy lo observaba con fijeza. Vio el rictus tenso de la mandíbula marcada, la mirada penetrante del oscurecido iris color cobalto, el musculado cuerpo en tensión, y decidió que ya era hora de poner toda la carne en el asador.

—Hans —pronunció el nombre a su espalda, sensual, como si paladeara cada letra entre la lengua y los labios. Dejó resbalar por los hombros desnudos la capa de verano con la que iba ataviada y un vestido de Oscar de la Renta, azul zafiro, y que enmarcaba su silueta de una forma que el cardiólogo de Hans no hubiera considerado saludable para su paciente, quedó al descubierto.

Él, ya en la sala, se giró al oír el reclamo de sirena en su voz y al verla enfundada en esa exótica creación, dio un paso atrás, asombrado y sobrecogido.

—¡Ivy! —No pudo evitar exclamar. Con la boca seca tragó una saliva inexistente cuando ella avanzó hacia él, seductora, mirándolo a los ojos. Decidida. Se acercó a él despacio, tanto que pudo aspirar el perfume a madreselva del cabello, peinado hacia un lado en suaves ondas que enmarcaban el rostro por un lado y dejaban al descubierto la columna de alabastro del cuello por el otro. Una desastrosa pasión se desató en su interior y todo el cuerpo entró en ebullición, como si un volcán hubiera estallado en su entrepierna. Entrecerró los ojos y apretó los puños, decidido a resistir, pero era como si una polilla quisiera evitar verse impelida hacia la luz. Gruñó, cada vez más arredrado. No es que a él le importaran los convencionalismos, pero debía protegerla de las mentes que, sin duda, pensarían lo escandaloso que era que un hombre de su edad se colgara de una joven como ella.

—No. Estoy donde quiero estar —contestó a la anterior aseveración masculina, segura—. He venido a por ti —confesó al fin, sonriente. Aleteó, coqueta, las largas pestañas y le mostró la mirada ardiente—. Tú serás mi regalo —afirmó. Lo tenía muy cerca, podía oler el masculino aroma de la colonia Uomo? de Mochino que él usaba y sentía su aliento en los labios. Levantó una mano hacia el atractivo y severo rostro, inclinado hacia ella, y acarició suave el apetecible labio inferior con las yemas.

Una brutal sacudida en el bajo vientre estremeció de deseo el cuerpo de Hans al sentir ese demoledor toque sobre la boca, pero con un impresionante esfuerzo de cordura, se apartó del hechizante contacto y retrocedió aún más

para interponer distancia con ese irresistible embrujo de tentación.

—¿A qué estás jugando, Ivy? —interrogó con dureza.

Ivy sintió un escalofrío al ver la frialdad masculina y percibir el hermetismo que no le permitía adivinar lo que él pensaba. ¿Estaría equivocada en su creencia de que él la deseaba? Pero no, se dijo, al recordar lo ocurrido en la playa mallorquina.

—No estoy jugando, Hans —negó, segura. Enredó la mirada azulada con anclas de deseo y seducción, y adelantó la barbilla—. He venido a por ti. Te esperé toda la noche ¿sabes? Con este vestido que me compré para ti. Creí que te presentarías de improviso en la fiesta sorpresa. Quería deslumbrarte y conquistarte, pero no viniste... —reveló sin avanzar de nuevo.

—¿Conquistarme? —preguntó, incrédulo. ¿Sería posible? ¿Ella se sentía atraída por él? ¡Dios! ¡Era lo que menos necesitaba! Tener que luchar no solo contra sí mismo, sino con una hermosísima y sensual mujer que quería seducirlo—. Ivy, no sabes lo que estás diciendo. Soy tu tutor —amonestó, grave, con una mirada cada vez más oscurecida y ardiente.

—Ya no —refutó ella, segura—. Desde hace dos años, oficialmente, ya no.

Hans dejó el vaso de cristal sobre el mármol blanco con vetas negras de la cercana mesa redonda y se mesó el abundante cabello plateado, con desesperación.

¡Ivy estaba increíble!

Exhibía una nueva faceta ante él, más mujer, más madura que la última vez que la había visto y lo estaba volviendo loco. Negó, más para sí mismo que para ella.

—¡Eso no importa! —exclamó, al borde del abismo—. ¿Qué pretendes de mí?

—Te pretendo a ti, Hans. Me gustas, me siento atraída por ti —confesó con las mejillas como la grana, pero determinada a mostrar sus cartas. Había venido en busca de un «sí», pero aunque le doliera horrores también aceptaría un «no» si se diera el caso. Ese día habría un antes y un después para bien o para mal, y añadió—: Y creo que tú también por mí, ¿no es cierto?

Hans negó con fuerza, con demasiada para resultar creíble y la miró torvo.

—¡Esto es una locura, Ivy! Soy tu tutor y soy mayor que tú. Mucho mayor que tú...

—Incluso yo soy mayor que yo —refutó ella, inamovible—. Hans, sé que no puedes rechazarme...

—Es lo que estoy haciendo, Ivy —contradijo contundente. Sabía que la



heriría, pero no podía ceder. Ella era demasiado importante, demasiado preciada para echar por la borda todo su futuro.

Ivy torció el gesto al oírlo y palideció bajo el maquillaje. Vulnerable retiró la vista y los hombros le temblaron. El alma de Hans se estremeció y se maldijo por ocasionarle ese dolor, pero era lo mejor para ella.

Casi al instante Ivy volvió a levantar la mirada y lo enfrentó, directa. No había venido hasta aquí para rendirse al primer escollo. Intuía que Hans intentaba alejarla de él, pero tendría que ser mucho más cruel si quería que creyera que no la deseaba.

Permanecían frente a frente, separados por varios metros de distancia. Él, alto y poderoso. Ella, grácil y bella. Como dos deidades que pugnarán por la victoria.

—No, Hans, no te creo —negó, con una convicción nacida de la esperanza, no de la evidencia. Se irguió y lo miró de frente, retadora—: Dime que no me deseas.

Hans permaneció quieto en el mismo lugar, sin dejar de clavarle la mirada encendida. Rebuscó en su interior una voz que se negaba a proclamar una mentira tan atroz y la sacó a la fuerza, a rastras.

—No te deseo —contestó al cabo de unos segundos, contenido.

La mirada femenina fluctuó, impactada. El impulso de salir corriendo de la villa al verlo firme, mirándola fijo y seguro, fue devastador. Estaba tan atractivo que quitaba el aliento. ¡Dios, estaba haciendo el ridículo más espantoso! Retiró la vista, casi vencida, pero se acordó del *mail* y adelantó otra vez la barbilla, tozuda. Puede que estuviera cavando su propia tumba, pero antes de caer en la más ignominiosa de las derrotas lucharía con todas sus fuerzas hasta el último cartucho. Lo miró de nuevo y avanzó un paso.

—Sigo sin creerte. Convénceme. Dime que no te sientes atraído por mí —pidió, provocadora, con una chispa de rebeldía en las pupilas. Sentía un miedo atroz a que él la rechazara de verdad, pero le daba más terror pensar en marcharse de allí todavía con dudas. Obligaría a Hans a decirle la verdad, doliera lo que doliera.

Hans inspiró con fuerza, impactado. No podía ser verdad, ella no se rendía y persistía, tenaz. Era como en el ajedrez, le costaba ganarle la reina casi todas las piezas antes de declararle jaque mate y él se estaba derritiendo de deseo al verla tan magnífica, tan mujer que se estaba ahogando en la lujuria que bullía en su interior.

—¡Basta, Ivy! —exigió, impetuoso. La esquivó y avanzó hacia el vestíbulo

—. Será mejor que te vayas; o mejor me voy yo. Esto no puede seguir... No sé de dónde sacas que...

—No me has contestado, Hans —indicó casi triunfal. Lo siguió con la mirada mientras pasaba por su lado, aunque no muy cerca, al tiempo que le buscaba los ojos, pero se dio de bruces con la empecinada barrera que él interponía. Aun así, insistió—: ¿Ves? No puedes negarlo. Siento tu deseo... —mintió, ya que no podía adivinar nada de lo que él pensaba bajo su expresión inescrutable. Añadió, esta vez sincera—: Lo sentí en aquellas últimas vacaciones en Mallorca, en aquella playa, ¿recuerdas? Me cogiste en brazos para no arrollarme y acabamos los dos en la arena, y te noté, Hans —aseveró, apasionada y ruborizada al recordar el completo e inequívoco tacto de su firme cuerpo bajo ella—. Desde entonces no he podido dejar de pensar en ti. En cómo sería estar de nuevo entre tus brazos y que dieras rienda suelta a lo que veo en tus ojos cada vez que me miras. —Ivy avanzó otra vez hacia él, hechicera.

Las pupilas masculinas se dilataron y las aletas de la nariz se abrieron. La mirada cambió, intensificada, y se posó sobre ella tan ardiente que la piel femenina se erizó con un escalofrío.

Hans inhalaba con rapidez, el corazón atronaba la caja torácica, mientras intentaba controlarse con todas sus fuerzas. Había luchado contra esa atracción, pero... Se estaba perdiendo. La deseaba demasiado. Esos dos años alejado de ella habían sido una auténtica tortura: la añoraba. Ella se había convertido en su alegría, en el sol de sus mañanas. No era adecuado que un hombre de su edad se prendara de semejante beldad, pero ya no podía seguir resistiéndose a una seducción tan maravillosa.

—Ivy, no sabes lo que estás diciendo. Lo que quieres... ¡No puede ser! No sabes quién soy. Lo que soy —advirtió con un peligroso énfasis en las últimas tres palabras, con la voz endurecida y ronca, a punto de perder el control. El deseo se había desatado dentro de él y apenas podía contenerlo. No siguió retrocediendo y esperó.

—Sí, Hans. Sé quién eres, sé lo que eres. Y te deseo —afirmó la mujer, ya no la chiquilla, que tenía ante él. De pie a su lado, un adorable rubor cubría las mejillas nacaradas y la barbilla le temblaba de forma casi imperceptible. Volvió a levantar la mano, pero esta vez la posó en el pecho masculino, por encima de la camisa liviana, sobre el corazón y sonrió, pletórica, cuando sintió los rapidísimos latidos bajo la palma. El calor que de él emanaba casi la abrasó. Hans se supo perdido—. Deseo ser tuya y estar contigo.

El ansia de poseerla se desató en él. Peligrosa y terrible. El cuerpo masculino se tensó aún más si es que eso era posible. La mente se debatía y el corazón sufría. ¿Debía rechazar sus avances, alejarse —lo que significaba que esta vez sería para siempre—, o rendirse a esa dulce tentación?

Él no era una opción para ella, en su vida no entraban los planes de familia, niños, relaciones duraderas. Él solo vivía, nada más, e Ivy merecía optar a todas las oportunidades, a todo lo que el mundo y la vida pudiera ofrecerle. Reculó, se alejó de ella, aunque para hacerlo sintió que su ser se desgajaba, roto por la titánica fuerza que tiraba de él. Meneó la cabeza, aturdido por la flamígera pasión que estaba convirtiendo su sangre en lava, pero persistió.

No debía.

Ivy intuyó sus dudas, los argumentos que esgrimía para no ceder. Determinada no pensaba darle alternativa. Retrocedió un paso ella misma, soltó el broche que mantenía la manga del vestido unida sobre su hombro y se despojó de él. Sin dejar de mirarlo a los ojos lo dejó resbalar muy despacio con un movimiento sensual por su cuerpo, hasta el suelo. La suavidad de la tela al descender acarició su piel y se humedeció el labio inferior mientras en su mente imaginaba que eran los dedos de Hans. Entreabrió la boca y lanzó un leve quejido, sofocada. No llevaba nada debajo y se le erizó la epidermis cuando los ojos azul cobalto la recorrieron de una forma lenta, ardiente y desesperada. Pudo comprobar entonces cómo se aceleraba aún más la respiración masculina y el súbito cambio que se producía en Hans. Se le tensó el torso y el centro de gravedad se volvió más pesado, como si hubiera cambiado el volumen corporal.

—¡Joder, Ivy! —explotó Hans sin poder apartar la mirada de ese cuerpo voluptuoso.

Un profundo estremecimiento sacudió a Ivy ante la respuesta física de su antiguo tutor y un escalofrío de expectativa le recorrió la columna.

¡Oh, sí! Por fin una respuesta sincera.

Se lamió los labios al sentir las mariposas del estómago revolotear enloquecidas en el abdomen y una humedad caliente resbaló por entre sus muslos.

Las aletas de la nariz de Hans se abrieron para llenarse de ese aroma que se expandió entre ellos como un afrodisíaco. El rostro masculino cambió, más impenetrable, y al poco cerró los párpados como si quisiera evitarse su visión.

¡Estaba perdiendo la batalla, la campaña y la guerra en una sola noche!

Apretó los puños hasta que se clavó las uñas en las palmas. El miembro endurecido latía, clamaba en sus pantalones y a punto estaba de hacer estallar las costuras.

Ivy respiraba acelerada al contemplar los signos inequívocos del deseo masculino, mientras su propio cuerpo respondía a ellos y el anhelo crecía en su interior, arrollador y salvaje.

¡Dios! ¡Cómo deseaba a ese hombre!

Desde que tenía quince años, o incluso antes. Era un hombre viril y apuesto que encendió su libido adolescente. Era mucho mayor que ella, sí, ¿y qué? No le importaba. Era un hombre apasionado, inteligente, divertido y vital que la hacía sentir una persona muy válida, alguien con quien contar.

Además... ¡estaba buenísimo! Tenía un cuerpo atlético y musculado que ya quisieran muchos jovencitos. Y vertía una intensa pasión en todas las cosas que hacía.

Hans exudaba un salvaje magnetismo muy excitante en todo lo que emprendía. No pudo encontrarlo en ningún otro hombre y, mucho menos, en los chicos de su misma edad que la rondaban. Por eso lo deseaba. Deseaba sentir la pasión de ese hombre por ella. Deseaba saber lo que era un Hombre. No alguien que aspirase, o peor aún: se creyera serlo. Y Hans sí lo era, con todas las letras. También era un caballero en todos los aspectos de la vida y su curiosidad de hembra quería averiguar lo que ocurría cuando dejaba al margen toda esa refinada educación y corrección social para convertirse en un macho apasionado y salvaje en la cama.

Había tardado mucho en reunir el valor necesario para desnudarse ante él, de forma física y emocional: dos largos años, y ahora estaba decidida a llegar hasta el final. Era una decisión meditada y tomada a conciencia.

Hans volvió a abrir los párpados y la miró a los ojos, con las pupilas dilatadas y la respiración jadeante. Estaba a un segundo de claudicar, pero seguía luchando con los últimos restos.

Ivy descubrió en el fondo de esas pupilas tan profundas un abismo de pasión y avanzó hacia él. Atrás quedó en el suelo el pecaminoso vestido azul que se había comprado para su fiesta de cumpleaños con el único fin de seducirlo.

Él retrocedió ante su avance, pero topó con la espalda en la pared que dividía la sala del vestíbulo y se irguió contra ella en un intento de seguir retrocediendo.

Ivy no cejó, no quería que él se refugiara en una falsa moral para resistirse

a lo que, ahora ya estaba segura, sentía por ella.

—No sigas, Ivy —advirtió Hans, amenazador esta vez. Verla desnuda había derribado todas las contenciones y si ella continuaba ya no podría seguir resistiendo. Estaba perdido. La deseaba con desmesura. Era una hembra demasiado apetecible para seguir rechazándola, a pesar de las imposiciones sociales o morales. Se le estaba ofreciendo y Hans la conocía lo suficiente como para saber que no era un mero capricho juvenil, no era una manera de asentar su poder de hembra, recién descubierto el atractivo que generaba en los hombres.

El ronco susurro salido de los sensuales y viriles labios, pronunciado por un peligroso Hans que Ivy no había visto nunca, provocó un nuevo escalofrío en la base de la columna femenina y las rodillas le entrechocaron con una terrible flojera. Pero no detuvo el avance a pesar de esa cautivadora voz cargada de advertencia. El abdomen se le agitó lleno de locas sacudidas y se humedeció los labios, anhelante.

—Hans, te deseo... Y sé que tú me deseas. ¿No quieres sentirme? —musitó cuando llegó junto a él. Rozó el poderoso torso con los pezones erectos y lanzó un quejido, sensibilizada por el enervante calor que se transmitió de él a ella. Audaz, se apretó provocadora contra el cuerpo masculino. Quería hacerle sentir su piel tanto como deseaba sentirlo a él.

Hans se estremeció, derrotado. Dejó de luchar, se inclinó hacia ella impetuoso y la mirada incendiaria la traspasó.

—Ivy, no sabes lo que estás liberando. No te imaginas lo que estás provocando —señaló inclemente. Adelantó una mano y enredó los dedos en el sedoso cabello, en la nuca, y tiró hacia atrás, firme y contenido. El deseo que sentía estaba alcanzando cotas tan altas que era un milagro que no hubiera explotado de puro ardor. No podía permitirse darle rienda suelta y se contenía, de forma férrea, para no asustarla.

Su deseo era tan salvaje que si le diera salida podría destrozarlos a ambos. Abrió las fosas nasales y aspiró hondo el aroma femenino, el perfume mezclado con el inconfundible olor del almizcle que resbalaba de su sexo. Descendió con la mirada por la piel desnuda y se recreó en la visión de ese cuerpo perfecto.

Ella empezó a temblar de forma involuntaria bajo un escrutinio que no había percibido jamás. Era una mirada primitiva, decidida a obtener todo lo que ese macho ansiaba y el alma se le sacudió, estremecida, con una pulsión desconocida y electrizante.

En ese momento el aria: «Oh, soave fanciulla» estalló en los altavoces, acompañando la rendición masculina.

Hans estrelló la mirada contra el iris color zafiro y se zambulló en él sin salvavidas, dispuesto a morir esa misma noche con tal de saciarse de ella. Ivy era una gema, un raro y exquisito deleite al que no pensaba resistirse más. Iba a saborearla.

Con la diestra cogió una de las delicadas manos femeninas, subió los finos dedos hasta su propia boca, sin liberar en ningún momento los iris femeninos, y empezó a besarle las yemas, delicado. Las pasó, lento, por encima de sus labios una a una, las succionó entre ellos y al final las lamió con la punta de la lengua caliente y tan sedosa que Ivy gimió, trémula, atrapada bajo esa mirada que mostraba, ya sin tapujos, las llamaradas de la pasión que fluctuaban en el alma masculina.

—¿Estás segura de querer hacer esto? —preguntó, ronco. Generoso, le ofrecía la última oportunidad por detener algo que no tenía vuelta atrás, sobrecogido de ansia por degustar toda su piel y devorar su aliento. La exquisita fragancia femenina, cada vez más intensa, le invadía las fosas nasales, lo aturdió con el embriagador aroma e impedía que pensara con claridad, pero de ninguna manera iba a pasar por encima de la voluntad de ella.

Ivy, en un primer momento, no encontró la voz para responder a la pregunta y cabeceó afirmativa, aunque casi no pudo mover la cabeza al tenerla él inmovilizada por la nuca. La mirada fogosa la hacía temblar. Una cosa era planear hacer lo que estaba haciendo, a salvo allá en su estudio de New Haven cerca de la universidad, y otra muy diferente estar frente a él y sentir la piel caliente junto a ella, ver esa mirada o notar el tórrido aliento en las puntas de sus dedos. Pero en ese momento una chispa de osadía prendió en su ser.

—Dime que no me deseas... —repitió la petición, en un susurro. La piel le ardía bajo esa boca diabólica al tiempo que sentía, gozosa, la fuerza con la que él la sujetaba del cabello. Anhelaba sentir esa potencia en todo su cuerpo.

Los iris color cobalto de Hans se oscurecieron hasta parecer negros y él inspiró hondo, como si se hubiera quedado sin aliento al oír ese murmullo sensual.

—No puedo —confesó, al fin, con la voz tan ronca que a Ivy le costó reconocerla. El corazón masculino bombeaba a toda velocidad, la sangre circulaba por las venas como si fuera fuego líquido y la piel masculina

hormigueaba, ardorosa—. ¡Joder! No puedo.

Después de tanto tiempo conteniéndose, de tanto reprimir sus verdaderos sentimientos, ahora la tenía ante él: espléndidamente desnuda y dispuesta. Tan vulnerable que su corazón Dominante se estremecía, latiendo veloz el abrasador anhelo que sentía por ella. ¡Era un sueño! Seguro que despertaría de un momento a otro, otra vez desesperado de deseo.

Su voluntad casi no bastaba para contenerlo y evitar que la tumbara sobre la mesa de la entrada para hundirse, y perderse, dentro de ella de inmediato.

Ivy veía en cada gesto de él y percibía con cada célula de la piel la lujuriosa necesidad masculina, ya desatada, libre de convencionalismos y falsas excusas, y su propio cuerpo respondía a ella. Sentía como se humedecía más y más, y su sexo palpitaba, cada vez más encendido. El calor la recorría, inflamándola, la dejaba estremecida y llena de ansia. Adelantó la mano libre para poder agarrarse a él, para apoyarse en su hombro o de un momento a otro sus rodillas cederían, pero Hans se echó hacia atrás antes de que pudiera tocarlo.

—No, es mejor que no me toques... Yo... ¡Dios! —renegó, feroz—. ¡Te deseo! Llevo deseándote con desesperación desde hace tanto tiempo que ha faltado muy poco para que perdiera la cordura, Ivy —confesó, vehemente. Sin soltarla, continuó—: Tenías razón con lo de Mallorca. Y después, por mucho que lo intenté, no pude arrancarte de mi mente, te habías metido tan adentro que mi corazón pronunciaba tu nombre con cada latido, así que no puedo asegurarte que ahora que te tengo aquí no te devore por completo, muñequita. —declaró, por fin, con fiereza. Sin dejar de bucear en esos iris del que bebía la vida tiró, con más fuerza, del cabello—. ¡Dios! ¿Eres un sueño o eres de verdad? —preguntó más para sí mismo, al tiempo que recorría su rostro con ansiosa fijeza. Tragó con fuerza el nudo de impaciencia que le constreñía la garganta y se humedeció el carnosos labio inferior al continuar—: Quiero hacer las cosas bien y si me tocas... No creo que pueda evitar lanzarme sobre ti como un íncubo<sup>31</sup> desesperado. —Respiraba rápido y profundo. El amplio pecho se le expandía veloz y el miembro latía pulsante en los pantalones por su liberación y por introducirse en el, estaba seguro, cálido y húmedo interior femenino.

Ivy gimió, aliviada, al oírlo declararse. ¡Por fin! Casi había salido corriendo ante las reiteradas negativas, ¡por el amor de Dios! Ese hombre era imposible de seducir.

—Ivy, no quiero asustarte, pero no soy un amante convencional. Soy

salvaje, exigente —advirtió, tenso como una cuerda al borde de la rotura—. No tengo límites en el sexo y...

Ella le tapó los labios con uno de los dedos que él seguía degustando. Lo sabía y era eso lo que la había hecho coger un avión y presentarse en su casa de improviso. ¡Quería todo el paquete!

—Hans... Quiero todo eso. Quiero tu pasión, tu deseo. Quiero que no te contengas y que me poseas como si no existiera otra mujer sobre la faz de la tierra —reclamó, esta vez, más segura. El fuego que se le había encendido en las entrañas la estaba volviendo loca. Sus palabras, su voz cargada de sensualidad, la avivaban y sentía como si la piel se le abriera para recibirlo, para sentirlo más y más—. Por favor —suplicó, necesitada—. ¡Tómame, bésame, hazme lo que quieras!



## 16

Las pupilas masculinas se dilataron hasta abarcar todo el iris y gruñó, fiero.

—Ivy, no deberías darme autorización. Es muy peligroso —advirtió, contenido. Tiró de la nuca, impetuoso, y se inclinó más sobre ella. Sin soltar su mano, la miró desde arriba y descendió de forma lenta sobre los labios húmedos, sin dejar de mirarla a los ojos. Ivy gimió de anhelo y él se bebió el aliento de ese gemido, cernido sobre ella. Sentía el temblor de su cuerpo, tan cercano al suyo, y los labios entreabiertos exhalaban un aliento tan dulce que se moría por sumergirse en esa boca tentadora como solo lo prohibido podía serlo—. Dame licencia —ordenó, ronco. A pesar de todo lo que ella había dicho, dudaba de que estuviera ocurriendo de verdad y necesitaba asegurarse de que no iba a propasarse llevado de su propio ardor.

Ivy agrandó los ojos cuando esa orden le anudó las entrañas y le incendió el bajo abdomen. Sentirlo tan cerca, tan caliente como un horno de fundición, le provocaba continuos estremecimientos. Ver las pupilas dilatadas y notar la brutal fuerza contenida derretía su sangre.

—Por favor... bésame... —obedeció entrecortada.

Los iris color cobalto relucieron, llenos de poder, ante el acatamiento femenino. Hans descendió y se apoderó de los labios femeninos, con lentitud. Embriagado por el dulce sabor que lo inundó, gimió ardoroso. Saboreó esa dulce fruta prohibida, con la piel en ebullición. Los degustó uno por uno, los lamió y mordió con suavidad. El sabor de Ivy era tan delicioso que le provocaba escalofríos. Aumentó la intensidad hasta que la pasión lo desbordó y, fogoso, ahondó con ansia desesperada. Fascinado, separó los labios de ella con la lengua caliente para penetrar en su boca de seda y zambullirse por completo en ese néctar de los dioses.

Sin dejar de sujetarla por la nuca, le dobló el brazo por detrás de la espalda, y la pegó contra él. Se estremeció con fuerza cuando el cuerpo de Ivy se amoldó a la perfección al suyo y su esencia lo rodeó y lo llenó.

¡Dios bendito!

Ni en sus mejores sueños había llegado a imaginar la gloria que sería su boca. Sabía muy dulce, acaramelada con un toque picante que lo enardeció. Abrió la mano, liberó la de ella, y separó los dedos sobre la espalda para abarcar la pura suavidad de la piel. Gozoso siguió ahondando, asaltando la

lengua en busca de una respuesta de rendición, cada vez con más ansia, con más ardor.

E Ivy respondía. Los labios masculinos eran expertos, sabían lo que querían y tomaban de su boca, de su lengua, de su aliento, con seguridad, sin titubeos. Suaves y dulces, salvajes y apasionados. Tremoló, cautivada. Esta vez sí apoyó las manos en los poderosos brazos, las palmas abarcaron el músculo tenso y lo arañó, inconsciente, a través de la camisa. El cuerpo musculado era firme contra ella. Caliente, duro y fuerte y se derretía ante el calor que la envolvía.

Hans casi enloqueció cuando las uñas femeninas lo marcaron a través de la ropa. Abandonó su boca con un quejido. Brutal, la estrujó más contra él, tiró del cabello hacia atrás y expuso la garganta. Ivy emitió un gemido, seducida por esa fuerza, y él descendió por el cuello, estremecido. La mordió sobre la yugular para sentir el latido contra la lengua, al tiempo que descendía por la espalda con la otra mano y se apoderaba de uno de los glúteos: redondo, firme y duro. Lo abarcó y lo aprisionó con toda la palma con ímpetu, hasta que ella exhaló un jadeo entrecortado.

Hans se separó unos milímetros, con el rostro enterrado en la curva del cuello, tembloroso.

—Ivy, otro jadeo así y no respondo de mí —advirtió con la voz unos grados más grave—. Te juro que me está volviendo loco sentirte contra mí...

Se interrumpió, elevó otra vez la cabeza y la miró tan necesitado que no recordaba haber deseado a nadie nunca con tanta intensidad.

—Ivy... —murmuró su nombre, seducido, incrédulo ante tamaña maravilla.

Ella intentó pronunciar su nombre, pero no le salió la voz y solo lo miró, cautivada por su fuerza, por la pasión y por el control que a pesar de todo él esgrimía. De alguna forma intuía que no se estaba dejando llevar del todo, que se contenía por ella. Que seguía cuidándola y su corazón se desvivía por ese hombre.

Hans volvió a apoderarse de su boca, de forma muy íntima. Pero la urgente necesidad de sentirla acabó por descontrolarlo. Se separó de esos labios de miel, con un jadeo, y la cogió en brazos contra su torso, como si no pesara nada.

Ivy emitió un murmullo entre admirado e impresionado.

—¡Hans!

Él la miró de forma intensa, pero no dijo nada y la transportó, en volandas,

hacia las amplias escaleras de mármol de carrara que subían en curva desde el vestíbulo circular. Ascendió los escalones de dos en dos, recorrió la galería del piso superior y entró como una exhalación en su habitación de la última planta de la villa.

Se acercó a la cama tamaño gigante y reprimió, con un esfuerzo, el impulso de tirarla encima para caer sobre ella y aprisionarla bajo su cuerpo. Le soltó las piernas, pero siguió sujetándola de la cintura. Le cogió la barbilla con suavidad, recorrió el ruborizado rostro con deleite, emocionado, y al fin la miró a los ojos.

—Me está costando un mundo contenerme, muñequita —confesó, ardoroso. Descendió, frotó la nariz contra la de ella, hechizado, y reveló—: Me muero por oírte suplicar. No sabes cuánto deseo oírte pedirme más. Quiero escuchar tus gemidos de placer absoluto, pero antes... —Se interrumpió al tiempo que se sumergía en el iris color zafiro con desesperación—. Muñequita, necesito saber que estás segura de esto.

Ivy temblaba, estremecida, entre sus brazos. Los besos de él, tan ardientes, la habían encendido como una hoguera. Los cálidos labios eran muy dulces sobre los suyos, pero era su pasión exigente lo que la había traspasado con su intensidad. Tenía la piel erizada y jadeaba en busca del aire que parecía huir de sus pulmones cada vez que los ojos encendidos se estrellaban contra los suyos. Intentó hablar, pero la voz le falló otra vez. Se humedeció los labios y lo intentó de nuevo.

—Estoy segura... de esto. Jamás había estado tan segura... de nada... —Entrecortada, inhalaba con rapidez. Creía que el corazón se le saldría del pecho tan rápido bombeaba—. En toda mi vida... Hans, por favor —suplicó con los iris fijos en las dilatadas pupilas masculinas. La piel le ardía y se sentía tan caliente, tan húmeda y llena de apremio que pensaba que iba a explotar de un momento a otro si él no hacía algo, lo que fuera, de inmediato.

La boca masculina se curvó y Hans esbozó una sonrisa depredadora, pletórico de poder, al oírla. La soltó y se separó un paso de ella.

—Tumbate, Ivy —ordenó. Suave, pero autoritario.

La piel femenina se erizó de frío al perder el contacto con el abrasador calor de él, pero esa orden la subyugó y al elevar los ojos hacia la mirada fija sobre ella sintió una corriente de fuego envolverla. Debilitada, buscó con la mano hacia atrás la cama y se dejó caer con las piernas temblorosas.

Hans irguió la cabeza sin dejar de mirarla, fijo, esperando.

Ivy se arrastró hacia atrás, elevó las piernas y se tumbó sobre las sábanas

negras, la cabellera rubia esparcida alrededor de la cabeza.

Hans la contempló unos segundos, sin moverse. Solo su respiración acelerada evidenciaba lo que su rostro impenetrable escondía: puro éxtasis ante la visión del delicioso cuerpo expuesto. Al fin avanzó hacia una banqueta a los pies de la cama. Sin dejar de devorarla con los ojos, se quitó la camisa de bambula y las avarcas, pero se dejó puestos los pantalones, como una medida de seguridad, para evitar tomarla en seguida en un arrebato de ansia llevado del ardor del momento, sin poder saborearla a conciencia como pretendía.

Ivy era un regalo. Perfecto, excepcional.

Un ideal para cualquier Dominante. Sin prejuicios, sin cargas emocionales negativas ni restricciones morales. La admiró con detenimiento, espléndida en su desnudez.

—Muéstrate ante mí, Ivy. Muéstrame tu cuerpo —ordenó con voz sedosa.

Ivy no había dejado de observar todo lo que él hacía, desde su posición. El torso musculado capturó su atención en cuánto se desnudó y se humedeció los labios de ansia por poder tocarlo. El deseo crecía dentro; lo notaba poderoso y subyugante. Nunca había creído posible sentir algo con tanta intensidad, algo tan puro y que nacía de lo más profundo de su ser. Se sentía más viva que nunca en ese momento, como si la sangre le burbujeara de vida. Gimió, erotizada; la adrenalina corría salvaje y apremiante.

La voz de Hans había sido mucho más suave que la primera vez, pero tan rebosante de autoridad que se movió antes de pensar que iba a hacerlo, tanto fue su afán por complacerlo. Elevó el torso muy despacio, con los brazos y la cabeza echada hacia atrás. Irguió los senos, con los pezones tan duros que dolían. Se sentó, arqueada, separó las piernas y las dobló hacia atrás con un movimiento sensual, estudiado.

Los ojos de Hans no se perdían detalle de los movimientos de los músculos bajo la piel, de la vibración de los senos redondos, de la larga garganta expuesta.

Entonces Ivy inclinó la cabeza hacia delante con fuerza, la cabellera se removió alrededor de su rostro, aleonada, al tiempo que ella apoyaba las manos en la sábana, clavaba la mirada en Hans, provocativa, y erguía las caderas, tensando la espalda. El pronunciado surco sobre su espinazo dibujó un camino desde su nuca hasta el nacimiento de los glúteos, marcados con dos hoyuelos.

Hans se perdió en esos huecos al final de la sinuosa espalda femenina hasta

que se dio cuenta que había retenido el aliento y tuvo que inhalar hondo, falto de aire. Una nueva detonación en sus genitales le hizo reprimir un gruñido en la garganta y se obligó a permanecer quieto a los pies de la cama antes de lanzarse sobre ella para beberse su aliento.

Muy lenta, Ivy se inclinó hacia delante hasta tocar las sábanas con las axilas y esconder la cabeza entre los brazos estirados hacia él, como en un ruego.

Oyó una nueva inspiración masculina, casi un siseo, y supo que lo había sorprendido con su postura. No sabía por qué había elegido esa posición, pero cuando escuchó la orden supo que quería exponerse así para él.

—¡Dios bendito, Ivy! —exhaló Hans, arrebatado. Las ganas de saltar tras ella y empalarla al verla en esa posición a punto estaban de destruir la delgada y fina correa que contenía al dragón que surcaba su sangre.

Ivy notó el peso en el colchón cuando él se subió a la cama, por detrás de ella. Un segundo después sintió una mano en el muslo, por la parte de fuera. Un toque suave, pero muy caliente. La recorrió hacia arriba; pura delicadeza. Gimió otra vez, pero no se movió y Hans ascendió hacia las corvas expuestas. Se detuvo sobre una y la abarcó, ansioso.

Lo asaltó la demoledora necesidad de descargar la mano sobre ella, contundente, duro, para dejar los cinco dedos marcados a fuego en su piel, pero gruñó y reprimió esa salvaje ansia dominadora. Ivy no era sumisa, no sabía de sus inclinaciones y no lo comprendería. Se obligó a abandonar esa redondeada nalga y seguir ascendiendo por la estrecha cintura y la sinuosa espalda hasta llegar al hombro.

—Levántate, Ivy —ordenó, arrodillado en la cama, a su lado.

Ivy se incorporó y se giró hacia él.

—Eres tan hermosa —murmuró mientras abarcaba su rostro con las dos manos y se inclinaba hacia ella. La mirada de Ivy brilló en ese momento como si una luz hubiera prendido tras sus iris.

—¿Crees que soy hermosa?

Hans detuvo el descenso y agrandó los ojos, estupefacto.

—¿Acaso no lo sabes?

—No es eso, nunca me ha importado mucho serlo o no —desveló. Apoyó la palma sobre el dorso de él, temblorosa, y confesó, vulnerable e ilusionada —: Pero sí que me importa saber que para ti lo soy.

—Eres lo más bello que he visto nunca, Ivy. Jamás lo dudes —aseveró a milímetros de los sonrosados labios. Ivy gimió y él se tragó ese gemido al

abordar esa boca prohibida. Envolvió el cuerpo femenino sin dejar de enredar la lengua caliente contra la de ella en un beso húmedo, profundo. Con lentitud la tumbó sobre la cama y le elevó los brazos por encima de la cabeza de ella. Ivy se estremeció al sentir su peso aplastándola de una forma que le hacía sentir cada parte de la anatomía masculina. Notaba contra su abdomen la gruesa dureza y su interior fluctuaba, sacudido por espasmos que avivaban la hoguera que tenía entre las piernas.

Hans abandonó su boca y descendió por el largo cuello con besos de pecado, tórridos sobre la piel.

Ivy se arqueó, en ofrenda, casi sin poder abarcar las descomunales sensaciones que asaeteaban su mente y su cuerpo bajo el poder de Hans.

Impetuoso, Hans se deslizó hacia abajo, exaltado. La piel era deliciosa, sedosa bajo sus labios. Se arrodilló y elevó las caderas femeninas. Deslizó las palmas abiertas por las piernas hacia las rodillas, en un lento ascenso.

Ivy se estremeció por lo expuesta que se sentía. Las manos de Hans estaban calientes y eran tiernas sobre ella, a pesar de notar la áspera rugosidad de los callos que se le formaban en las manos por el duro trabajo que realizaba a bordo de la *Scáthach*.

—Te deseo tanto que creo que me estoy volviendo loco, Ivy. Eras un sueño, una fantasía inalcanzable —murmuró, estrangulado. Los pantalones comprimían su miembro y sentía una terrible fricción que lo estaba abocando al delirio, pero era el cuerpo de ella el que lo devastaba.

Llegó a las ingles, se detuvo y rozó, apenas, el monte de Venus justo sobre el principio del sexo depilado. Ivy jadeó de anhelo bajo ese toque tan magistral sobre su piel, pero permaneció quieta, aunque con los ojos fijos en los de él. Rogaba porque continuara y profundizara esa caricia en particular, pero las manos masculinas siguieron avanzando hacia arriba y alejándose de su punto más caliente. Lo sintió subir por el abdomen en una lenta caricia que incendiaba los poros de su piel y rebullía a su paso. Abarcó la cintura y se sintió pequeña y frágil entre sus grandes manos. Notó su aliento un segundo antes de que los labios viriles se posaran sobre el ombligo y la lengua la lamiera en una caricia descarada que la hizo sacudirse con viveza. Su cuerpo tembló bajo la desgarradora descarga que agitó sus terminaciones nerviosas y gimió, arrebatada, sin control. Hans la rodeó con sus brazos y la acunó, mientras seguía lamiendo su piel en ascenso. Arrodillado entre sus piernas abiertas la sostenía contra él, al tiempo que se inclinaba sobre ella.

El sexo femenino era ya un reguero húmedo y palpitante. Los fluidos

resbalaban por el interior de los glúteos hacia la espalda y el aroma de su lujuria era tan embriagador que Hans apenas podía creer su fortuna.

¡Era una delicia!

Inspiró profundo sobre la piel, llenándose de ella hasta emborracharse. Ivy respondía a él como si estuviera hecha especialmente para sus manos. Llegó a los senos y gimió de gozo ante la visión de su plenitud. Eran redondos, ni grandes ni pequeños, como dos montículos de gelatina con una guinda brillante en la cúspide. Frotó el rostro, lento, por toda la turgente superficie mientras oía los ahogados murmullos de Ivy. Lamió la areola con la lengua caliente y pesada, con deleite. Succionó el pezón erecto y duro como un pequeño fruto rojo con suavidad. Se contuvo antes de imprimir más fuerza, no estaba seguro de si ella toleraría la pujanza con la que en realidad quería estrujarlos.

Ivy emitía entrecortados gemidos sensuales, con los ojos cerrados ante el placer que la recorría bajo la mágica lengua masculina. El temblor, que no había dejado de asediarla desde que entró en la villa, se incrementó entre los fuertes brazos de Hans. Lo que estaba experimentando en la piel, en el cuerpo y en el ser la estremecían hasta lo más hondo.

—Ivy... ¡Qué bien sabes! —murmuró, deleitado—. ¡Eres una maravilla!

—Hans, por favor —rogó enronquecida. Se arqueó y movió las caderas de forma instintiva, llevada por la ardiente y desconocida necesidad que la estaba absorbiendo como el núcleo de algún agujero espacial y frotó su sexo húmedo y tan caliente como la lava de un volcán contra él.

Hans jadeó y se separó unos milímetros, a punto de perder el control.

—No quiero apresurarme, Ivy —aseveró, con la frente febril sobre su piel—. Créeme, si por mí fuera haría tiempo que me habría hundido dentro de ti para follarte hasta hacerte enloquecer de placer, pero quiero que estés lista, quiero que...

Pero en ese momento ella levantó la cabeza, Hans también y ella lo miró a los ojos. La encendida mirada turbia de lujuria desbordó por completo las compuertas de la contención que a duras penas esgrimía él. Gruñó, inflamado, descendió con ambas manos por la espalda arqueada y se adueñó de los prietos glúteos. Los agarró con fuerza y los estrujó, al tiempo que elevaba la pelvis y frotaba su miembro duro, aprisionado en los pantalones, contra ella.

—¡Dios! ¡Ivy! Estás acabando con mi resistencia. Apenas... puedo contenerme.

La soltó y se incorporó, con los ojos, fieros, fijos en ella. Se separó y bajó de la cama.

—Tumbate, Ivy —ordenó, de pie junto al lateral del lecho. Apretaba los puños, en un intento de conseguir algo de freno a su necesitado, desesperado y enloquecido anhelo.

Ella, jadeante, se tumbó y estiró los brazos hacia arriba, sin dejar de mirarlo con los iris turbulentos de deseo. Se humedeció los labios, la barbilla le tembló imperceptible ya que una parte de su ser tenía miedo. No sabía si dolería tanto como la otra vez, no sabía si el dolor le bajaría la poderosa libido que no había experimentado con ninguno de sus anteriores amantes, no sabía... nada, y eso la ponía muy nerviosa.

Deseaba acabar cuanto antes, pero al mismo tiempo, no quería que ese momento terminara nunca. La mirada azul cobalto sobre ella, hambrienta e hipnotizadora, le gustaba demasiado. La hacía volar, la llenaba. Hacía que se sintiera poderosa, deseada y necesitada.

Hans se aproximó a la mesilla de noche y sacó una ristra de preservativos del primer cajón. Cogió uno y fue a romperlo, pero un quejido de Ivy lo detuvo.

—¡No! Por favor, no quiero que lo uses... —rogó.

—Ivy, no podemos arriesgarnos, además... —negó él, decidido.

—Estoy tomando anticonceptivos. No hace falta que...

—¿Qué? ¿Desde cuándo? —Se sorprendió. Aunque de inmediato pensó que no era asunto suyo con quién hubiera estado ella con anterioridad, pero no pudo evitar que unos celos arrolladores lo descolocaran durante unos segundos, y añadió—: No importa. Es mejor que lo usemos por prevención...

Ivy se incorporó sobre un codo y volvió el cuerpo hacia él.

—¡Por favor! —suplicó de nuevo en voz baja y confesó, con las mejillas encendidas—. Quiero sentirte a ti, solo a ti.

Hans levantó el rostro al oírla. La descubrió con las mejillas ruborizadas, los labios entreabiertos y húmedos y algo lo golpeó justo en la base del miembro, una deflagración de anhelo que lo dejó aturdido. Él tampoco deseaba estar separado por una banda de impersonal plástico, asintió y dejó el brillante envoltorio sobre la mesita otra vez. Se desabrochó los pantalones, liberó la erección que se desplegó maciza, tesa y dura hacia delante, y los dejó resbalar hasta el suelo.

El magnífico cuerpo fibroso de Hans era una delicia para los ojos de Ivy cuando quedó al descubierto en toda su virilidad. Descendió con la mirada



por el ancho pecho, el liso y marcado abdomen, y el ombligo. Persiguió la finísima línea de vello central hacia el pubis donde se ensanchaba y cubría el nacimiento del grueso miembro con rizos negros, cortos y espesos. Indecorosa lo contempló sin pudor y suspiró, admirada.

Él se acercó a la cama con la respiración acelerada. Apretaba los dientes con tanta fuerza que se le marcaba la fuerte mandíbula. Apoyó una rodilla en el colchón mientras la miraba penetrante, intenso y se inclinaba sobre Ivy. El escrutinio de ella era tan descarado y reflejaba tanta hambre que estaba a punto de explotar.

Ivy intuyó lo mucho que se estaba conteniendo a fuerza de voluntad mientras no dejaba de contemplar, fascinada, el cuerpo atlético. Se excitó aún más ante la visión del miembro pulsante y tan engrosado, pero, a la vez, un escalofrío de temor la recorrió. La apuntaba directa y rezumaba fluido por la punta del glande encarnado. Se tensó sobre la cama, inquieta bajo su escrutinio, estimulada y expuesta.

—He deseado tantas veces estar contigo, Ivy —confesó Hans con la voz enronquecida por la pasión, mientras la devoraba con la mirada. La sentía con tanta fuerza que apenas podía respirar, impactado y conmovido por lo que estaba a punto de ocurrir entre ellos—. Pero no me atrevía a pensar en ello, no quería comprometerte si tú no sentías lo mismo. Somos tan diferentes, Ivy... —musitó al tiempo que se tumbaba sobre ella, sin tocarla, como si hiciera flexiones. Los músculos de los brazos y hombros se hincharon por el vigor.

Ivy permaneció quieta, hipnotizada por la pasión que destilaba cada célula de Hans en ese momento, sentía su calor envolverla y respondió, con un hilo de voz:

—No tanto, tenemos mucho en común...

—¡Oh, Ivy! Mi dulce y preciosa muñequita. ¡Te adoro! Pero no me conoces, hay muchos aspectos de mí que no sabes, que no te he enseñado...

—Hans... —murmuró al comprender que se refería al BDSM y quiso confesar que lo sabía, pero él descendió más sobre ella y se quedó sin respiración cuando cosió la mirada a la suya.

—Shhhh, muñequita. Habrá tiempo... Después —murmuró, enardecido—. Ahora solo quiero saborearte —confesó a milímetros de esos labios que se moría por degustar otra vez.

—Por favor, Hans —suplicó Ivy, seducida por esa voz tan ronca y viril. Entonces recordó algo que había leído mientras investigaba la peculiar

sexualidad alternativa de su tutor y tragó saliva, nerviosa, antes de pronunciarlo por primera vez—. Por favor, Amo...

Él jadeó, desbocado, al oírla. Esa inesperadísima palabra pronunciada por ella lo enardeció y su contención explotó como si un meteorito hubiera impactado directo sobre el núcleo de su ser y lo hubiera hecho añicos. Se abalanzó como un salvaje, Ivy se estremeció impresionada y las pupilas se le dilataron de alarma cuando él se tumbó encima y la aprisionó con su cuerpo.

—¡Joder, Ivy! —renegó arrebatado, sobre sus labios, un segundo antes de besarla, ardiente. Tomó posesión de su boca como si nunca más fuera a soltarla. Con las manos recorrió su cuerpo, derretido de pasión. Descendió con los labios, convertidos en fuego que quemaba, por el largo cuello y siguió más abajo. Le capturó un pezón, lo mordió, esta vez con más fuerza e Ivy lanzó un quejido, sorprendida y abrumada por la intensa y ardorosa sensación que la recorrió entera y explotó en su sexo como una descarga de calor que la hizo flotar en una bruma de ansia. Cerró los ojos cuando sintió el clítoris inflamarse como si hubieran bombeado sangre desde el pezón, se arqueó bajo el cuerpo de Hans y separó las piernas con un jadeo. Estrujó las sábanas y, al final, gritó incontrolada bajo el calor abrasador de los labios masculinos.

Hans se incorporó, se arrodilló y se situó entre los muslos femeninos. Acarició su piel hacia arriba, hacia su sexo, con fuerza. Quería conseguir que el cuerpo de ella perdiera la tensión que le provocaba el temor que no conseguía ocultarle y al cabo de unos segundos de caricias dulces lo logró. Ivy se relajó y lo miró, con el carnosos labio inferior atrapado bajo los dientes. Subió más por sus piernas hasta llegar a las ingles, entonces acarició muy por encima el sexo con las yemas de los dedos, ella estaba tan húmeda que dejó escapar un suspiro asombrado y maravillado. Rozó el clítoris rosado y se lo pellizó suave entre el anular y el pulgar, lo masajeó y le dio golpecitos rítmicos, no muy fuertes. Ivy murmuraba sonidos inarticulados de sorpresa y placer, tensa sobre las sábanas. Su cuerpo empezó a sacudirse con pequeños espasmos ante el delirio que se le desataba dentro, bajo el experto toque masculino. De su garganta escaparon hondos gemidos tan sensuales que provocaron escalofríos en la base de la columna de Hans mientras chorros de fluido empapaban sus dedos.

Incapaz de resistirse por más tiempo, levantó los muslos femeninos y le dobló las rodillas hacia atrás. Empapó el miembro con el lubricante natural que exudaba y se frotó contra ella con suavidad.

Ivy se estremeció, impactada, y las pupilas se le dilataron aún más al

notarlo de forma tan íntima.

Hans empujó con las caderas, apenas, y entró con la punta del glande en ese horno de lujuria. La tórrida carne interior se apretó y rebulló en torno a él. Cerró los ojos, embriagado, al tiempo que exhalaba un jadeo maravillado al sentir la prieta estrechez.

—¡Oh, Ivy! —murmuró, encadenado a ella. Abrió los ojos y atrapó la agrandada pupila femenina con inquebrantables lazos de deseo. Una vez que ella quedó presa en su mirada, se retiró de nuevo y volvió a invadir con extrema suavidad.

Ivy lo miraba entre asustada y deseosa, contenía el aliento y se tensaba cada vez, pero él seguía apretando y espoleando su clítoris hasta que se relajaba de nuevo. La abertura se dilató un poco. Entonces Hans se introdujo más y más con toda la delicadeza de la que era capaz, mientras el deseo corroía sus ganas desde el fondo de esos iris tan brillantes como una supernova. Buceó con intensidad en los ojos de zafiro mientras entraba despacio y se fusionaba con ella célula a célula.

Ivy volvió a tensarse cuando sintió la penetración. Su interior se contrajo y rechazó esa primera invasión, pero los dedos de Hans la estimularon con maestría. Todo su sexo se incendió y ardió en una pira que subía y subía sin control. Explotó y jadeó, impactada, cuando una descarga tan potente como un rayo la golpeó en pleno centro de su ser. En ese momento todo su cuerpo se elevó, rígido, para estallar en un ardiente orgasmo, sacudida por vibraciones de placer incontrolables.

Hans apretó las mandíbulas cuando sintió los músculos vaginales, ya relajados después del rechazo de la primera invasión, envolverle el miembro una y otra vez al ritmo de las contracciones. Rechinó los dientes con fuerza, el deseo de empujar le estaba rompiendo el alma, pero se refrenó, férreo. Se mantuvo quieto, soltó los muslos femeninos y se tumbó sobre ella. La acunó entre sus brazos con dulzura, acompañándola en el primer orgasmo.

Besó las mejillas, los párpados cerrados de Ivy, con veneración. Sentía su alma enroscarse en torno a ella, como si todo su ser se fundiera con el cuerpo de esa increíble mujer.

Cuando las convulsiones empezaron a remitir, se retiró muy lento. Ivy abrió los ojos de inmediato, asustada.

—¿Hans?

—Tranquila, muñequita. Esto solo han sido los preliminares —sonrió, tranquilizador. Empujó otra vez e inició un vaivén suave con las caderas, sin

dejar de contemplar la cara extasiada de Ivy.

## 17

Ivy agrandó los ojos al sentirlo tan adentro. Tenía las pupilas brillantes, plenas de emoción, con los iris oscurecidos por la pasión que recorría sus venas y sonrió, trémula. Elevó una mano y le tocó el rostro.

—Amo... Soy tuya... —confesó, feliz.

A Hans se le cortó la respiración al descubrir el alma femenina en esas pupilas tan relucientes como una estrella.

—¡Oh, Ivy! —profirió conmovido. Sintió una sacudida en el corazón y supo que jamás en toda su vida, ni como Dominante ni como hombre, había experimentado nada igual a lo que estaba sintiendo en ese momento. Entonces sí, empujó con todas sus fuerzas y se hundió profundo en el interior de ella, al mismo tiempo que la besaba con toda su pasión.

Cuando amaneció, el sol los encontró abrazados. Hans tenía el cuerpo de Ivy ceñido con fuerza contra sí, como si temiera que se la arrebataran ahora que la había conseguido.

En esas primeras horas matutinas el silencio y la tranquilidad reinaban en la *Villa Giuseppina*. La apacible vivienda permanecía expectante, observando el sueño de los recién consolidados amantes.

En la planta superior de la villa, una inmensa alcoba se abría a una gran terraza sobre el lago y en una cama tan grande como para alojar a un pequeño pelotón, en el centro de la habitación, la singular pareja dormía abrazada.

La mansión, una construcción de tres pisos ubicada en la privilegiada región del *Lago di Como* en Lombardía, llamado también *Lago Lario*, era una herencia familiar desde hacía varias generaciones. Su fachada de arenisca bermellón destacaba como un faro en una noche de tormenta y estaba situada en lo alto de la colina que dominaba una de las vistas más hermosas sobre el agua. Los tres peculiares ramales del lago, extendidos en una cuenca alpina rodeada de altas y verdísimas montañas, estaban formados por las aguas del río Adda, que bajaban desde la Valtellina y desembocaban en Lecco, en el ramal oriental.

Esta espectacular localidad solía ser la elegida por su gran belleza por muchas de las celebridades de la época actual, y no tan actual. Leonardo da Vinci seguramente utilizó este paisaje como fondo para la Mona Lisa. Y Napoleón Bonaparte, Stendahl o Winston Churchill eligieron sus tranquilas vertientes para vivir durante largas temporadas. En la ribera occidental del

brazo de Colico se encontraba el pueblo de Dongo, donde la Resistencia italiana capturó a Benito Mussolini en 1945 y no lejos de allí se hallaba también la localidad donde fue ejecutado: Giulino de Mezzegra.

Ivy despertó, con lentitud. Los sonidos del exterior se abrieron paso en su canal auditivo: alegres gorjeos de golondrinas, el rumor de la brisa entre las frondosas ramas de los robles frente al ventanal de la terraza. Las pequeñas olas del lago, producidas por las embarcaciones que surcaban las tranquilas aguas, rompían en la ensenada de la villa con un agradable murmullo.

Desconcertada en un primer momento no lograba reconocer dichos sonidos y los olores que percibía eran muy diferentes a los que le eran habituales en su apartamento, cercano al campus universitario de Yale.

Pero, de súbito, los recuerdos de lo acontecido la noche anterior se activaron en su mente y entonces se ruborizó maravillada, extasiada, al sentirse estrechada contra el duro y atlético cuerpo de Hans.

¿Realmente había ocurrido?

Ni en sus mejores sueños juveniles y románticos pudo imaginar una noche como la pasada junto a Hans, su antiguo tutor. Había hecho el amor por primera vez con él y todavía tenía las mejillas arrojadas por las estremecedoras emociones vividas. Él se había volcado en ella con toda su pasión y la había tratado con tanta dulzura, con tanto cuidado que el corazón se le abrió como una flor y su cuerpo despertó a infinidad de sensaciones y placeres.

Sonrió emocionada, con el corazón henchido de felicidad. ¡Oh, sí! Por fin había ocurrido lo que había anhelado durante tanto tiempo y... ¡de qué manera!

Se le aceleraron el corazón cuando, de forma lenta, tomó conciencia de cómo sus cuerpos se entrelazaban. Una mano de Hans descansaba sobre su cadera, el otro brazo la envolvía por detrás y la abrazaba con ternura, protector. Las piernas de ambos estaban enredadas como en un juego de niños, una sobre otra y sobre otra, alternaban masculina y femenina. Ivy tenía la mejilla apoyada en su pecho y él estaba ladeado hacia ella, así que no podía moverse sin despertarlo y no quería que se despertara todavía, quería disfrutar ese momento cálido. Era una maravilla, se sentía tan bien entre sus brazos: protegida y cuidada. Deseada y anhelada. Segura.

Suspiró, inmensamente feliz.

Pocos momentos habían sido felices para ella desde que murieron sus padres, pero este era absoluto. Una burbujeante felicidad la recorría por

dentro y calentaba su corazón, su ser. Era un sentimiento de bienestar tan mágico que sintió temor. Siempre que ocurría algo bueno parecía acechar algo terrible detrás, como si los hados no pudieran soportar la felicidad de los simples mortales.

Cerró los ojos y aspiró con fruición el aroma de la tersa piel masculina. Era un olor intenso, como a cedro o a roble, mezclado con un sutil y excitante aroma salado y comprendió que así era como olía un hombre de verdad. Tuvo ganas de bañarse en ese olor y hundió la cara en el esternón de él, donde los marcados músculos pectorales cubiertos por un ligero vello negro formaban un surco, para poder aspirar más profundamente.

Arrobada, rememoró sensaciones: el sedoso tacto del plateado cabello masculino entre sus propios dedos cuando él sumergía la cabeza entre sus piernas y la abocaba a un imparable torrente de abrasadora pasión; la lengua masculina húmeda, caliente y pecaminosa hundida en su propia boca. Con un estremecimiento revivió caricias: las manos de Hans sobre su piel, sedosas y ásperas a la vez, necesitadas y dulces como la miel, y besos ardientes, intensos: en su cuello, en su busto, en su abdomen.

Volvió a suspirar, extasiada.

Hans había cumplido todas y cada una de las expectativas de la chiquilla romántica que era, pero además había abierto los ojos a la mujer y sobre todo, a la hembra primitiva que habitaba en ella.

En esa noche despertó a la sexualidad y abrió los ojos al mundo de sentires que Hans le había mostrado y por el que pensaba adentrarse. Ahora se sentía libre para disfrutar con plenitud de su femineidad.

Movió los dedos de la mano izquierda y acarició, leve, el brazo derecho de él con las yemas de los dedos por dentro del vello que lo cubría desde la muñeca. El bíceps estaba muy desarrollado y sonrió admirada. Había sentido sobre sí la fuerza de esos brazos y tenía que admitir que la había fascinado, emocionado y seducido. Estaba deseando sentirla de nuevo.

Resguió con los dedos, muy suave, el contorno del músculo y las venas marcadas hacia arriba, al deltoides y luego sobre la clavícula. La piel era muy hermosa, firme, dorada por el sol y el aire libre, nada de artificiosos rayos UVA, sedosa y cálida. Movié un poco la cabeza y la inclinó hacia atrás para poder verle la marcada mandíbula y el rostro.

El cuello era largo con una nuez visible, pero no muy destacada, y un maxilar fuerte, como el carácter que él ostentaba siempre. Recordó maravillada lo mucho que le gustó saborear esa garganta con los labios, en la

que se adivinaba una barba incipiente, y lo fascinada que quedó con el placer que él demostró al sentir sus besos sobre sí. Siguió ascendiendo y suspiró, anhelante, cuando posó los ojos sobre esos sensuales y plenos labios, con los cuales él la había besado, acariciado y, con los que también la había sometido a una lenta, deliciosa y delirante tortura durante gran parte de la noche. Subió más, su nariz recta llevaba hacia arriba, hacia...

Los ojos.

Inspiró con fuerza al descubrir que estaban abiertos y la miraban directos con una llama tan ardiente en el fondo de la brillante pupila que le provocó un escalofrío en la espalda. Desde que lo conoció de niña y luego pasó a ser su tutelada a los catorce años, esa mirada hacía que ella soñara por las noches y ahora...

Ahora, la hacía estremecer.

Hans apenas podía respirar al sentirla contra él. Había despertado hacía unos segundos y por un momento, al verla, pensó que era uno de los sueños que lo atormentaban por las mañanas, pero luego los recuerdos y la realidad inundaron su mente, y la dicha lo taladró.

Ella estaba ahí. De verdad. Con él.

Durante la noche la había hecho disfrutar, la había saboreado sin dejar milímetro de piel sin recorrer y había enloquecido de placer dentro de ella.

—Hola —susurró. Aun así temía que ella pudiera desvanecerse si la asustaba, como si fuera una preciosa ninfa de los bosques que le hubiera concedido el don de la felicidad compartida por una sola noche.

Ivy sonrió, de súbito insegura. Bajó los párpados y las mejillas se le encendieron como un farolillo chino.

Hans movió la mano que mantenía sobre su pelvis y acarició su cuerpo hacia arriba: la redondeada cadera, la esbelta cintura, las costillas. Con un toque sutil, pero inconfundiblemente posesivo cogió la delicada barbilla con mucha suavidad y le levantó el rostro. Se sumergió, profundo, en la mirada huidiza y sonrió.

—¿No vas a hablarme ahora? —bromeó con un guiño cómplice. Le acarició la mejilla con dulzura y retiró, hacia atrás, un mechón de cabello caído sobre la frente, con dulzura.

—Hans —murmuró conmovida. Sin poder evitarlo temblaba, estremecida, entre sus brazos. No sabía si lo ocurrido entre ellos haría que él cambiara su concepto de ella. De repente se sentía muy insegura y tímida, algo que nunca le había pasado.



—¿Qué ocurre, muñequita? —inquirió él al verla tan atribulada. La conocía a la perfección y sonrió de nuevo al intuir lo que ella estaba pensando—. ¿Estás preocupada por lo que piense de ti? ¿Temes que cambie ahora?

Ivy asintió, incapaz de hablar. No soportaría que él la tratara con desdén o frialdad, como la habían tratado los dos chicos con los que se había acostado —el primero a los diecisiete años y el segundo, a los diecinueve en una fiesta de la universidad, con igual desastroso resultado en ambos encuentros: ellos se limitaron a desfogarse sin preocuparse para nada del placer femenino—, y que ahora ya no quisiera volver a estar con ella.

Al instante él dejó de sonreír y la miró, muy serio.

—Escúchame bien, Ivy. Yo jamás cambiaré para ti. En mí siempre tendrás un pilar en el que apoyarte o sostenerte —prometió solemne. Recorrió su rostro con los ojos hambrientos—. Esta noche ha sido la mejor de mi vida, Ivy. Me has convertido en el hombre más afortunado de la tierra. Te he deseado durante tanto tiempo que todavía no puedo creer que te tenga entre mis brazos y, si tú quieres, me gustaría que te quedaras en ellos todo el tiempo que desees. Aunque, si no lo desees, nada cambiará. Siempre me tendrás a tu lado —declaró con un ligero atisbo de temor a que ella se alejara de él en el fondo del ser. Sabía que eran demasiado diferentes e Ivy tenía todo un mundo que descubrir, toda la vida por delante. Ella sonrió entonces y la luz de su sonrisa lo iluminó como si fuera la felicidad misma.

Las palabras de Hans habían ahuyentado esa incómoda sensación de temor e inseguridad que había anidado en el espíritu femenino y pudo volver a ser ella misma. Se movió y deslizó las manos con dulzura por la cara masculina y los labios. Le encantaba su rostro, de facciones tan marcadas y viriles. Se removió entre sus brazos para poder acariciarlo de una forma más cómoda y tropezó con el muslo contra algo muy duro y caliente. Bajó la vista al instante y descubrió su formidable erección; inspiró con fuerza, abrumada, y contempló la gloriosa tensión del miembro masculino apuntándola directa. Emitió un gemido admirado ante su tamaño. Llevada de un irreprimible impulso de anhelo bajó la mano y lo abarcó entre sus yemas con reverencia.

Hans se estremeció bajo el suave toque, que encendió su sangre como si hubieran prendido una hoguera en sus genitales y gruñó, excitado.

—Ivy... —advirtió. El deseo no había menguado un ápice desde que ella había entrado por la puerta de la villa la noche anterior, a pesar de haber culminado varias veces durante la víspera. La pasión que sentía por esa

chiquilla no había dejado de aumentar con cada gemido de su garganta de alabastro, con cada mirada turbia de lujuria, con cada beso de esos labios enloquecedores.

Ivy aleteó las pestañas y lo miró con una nueva dimensión en su ser.

¡Tenía poder sobre él!

La adrenalina fluyó incontenible y desató un ardor candente por todo su cuerpo. Se movió y enredó la otra mano detrás de la nuca masculina. Levantó la cabeza más cerca del rostro, muy cerca de los labios y lo miró ya sin temor alguno. Con toda la pasión que su joven cuerpo había descubierto esa noche dentro de ella.

—Quiero follar contigo otra vez, Hans. Quiero sentirte dentro. Ahora: fuerte y caliente —musitó en un murmullo ronco de lujuria y un inconfundible brillo de deseo en los iris.

Las pupilas masculinas se dilataron casi al máximo. Esa dulce confesión le desató la contención y la apretó, impetuoso, contra sí.

—¡Dios bendito! —exclamó, arrebatado. Percibía con nitidez la creciente excitación femenina y no podía sino desearla con ansia—. ¡Ivy!

Se cernió sobre su boca, con un gemido nacido de lo más profundo del alma descendió sobre los labios entreabiertos, dulces e incitantes, y la besó tórrido, incontenible. La empujó de espaldas sobre las sábanas y la inmovilizó bajo el peso de su cuerpo.

Ivy lo recibió, feliz, y correspondió con toda su ardiente juventud. Lo envolvió con los brazos contra sí y le clavó las uñas en la espalda, maravillada del musculado tacto, y del sabor a delicioso pecado de su boca.

Hans no tenía suficiente con los labios, deseaba tomar todo su cuerpo y descendió con la boca y la lengua por la piel, hambriento de nuevo, hasta llegar al monte de Venus. La abrió para él y se sumergió, con ansia, entre las piernas. Los ojos de Ivy se agrandaron desmesurados y gimió abrumada por las sensaciones que le provocaba esa lengua voraz en su sexo abierto y expuesto a esa mirada abrasadora. Nunca pudo imaginar el embriagador delirio al que la abocaría el sexo oral y, ahora, ya superada la vergüenza y el pudor inicial, se entregó por completo a las hambrientas caricias.

A los pocos minutos estaba ardiendo, retorcida de avidez sobre la cama. Hans la torturaba inmisericorde. El cuerpo de Ivy bullía, candente. Todo el calor se condensaba en el sexo y ella se tensó, tiesa, sin tocar las sábanas con la espalda, pero él se detuvo en el último segundo con un excitadísimo estado de tensión y la privó de la culminación con una sonrisa perversa.

—¡Oh, Dios! ¡Amo, por favor! —suplicó, enfebrecida y frustrada. Se removió sobre la cama, meneó las caderas, necesitada, frente a la cara masculina sin poder creer que se hubiera detenido.

Él la ignoró y subió por el torso, dibujando un camino de llamas con esa lengua pecaminosa, se tumbó sobre ella y la volvió a besar, dándole a probar el sabor de su propio sexo en la saliva.

Ivy gimió, ardorosa, no pensaba renunciar a la liberación. Abrió las piernas, le abrazó las caderas, elevó la pelvis y Hans se separó de los enloquecedores labios femeninos, enardecido, al sentir el flamígero calor rozar contra el glande.

—¡Ivy!—gritó con pasión, al tiempo que empujaba con las caderas y la empalaba con fuerza, imposibilitado de rechazar esa invitación.

—¡Sí! ¡Oh! ¡Sí! —chilló ella, arqueada, agarrada a sus hombros. Sentirlo dentro, tan grueso, tan profundo, era como estar en el placer mismo. Y supo que se haría adicta a esa sensación, a tenerlo tan clavado en ella que eran uno solo.

Al cabo de varias horas de placer y pasión en la cama, y luego también en la ducha, se vistieron y mientras Hans se afeitaba, Ivy llamó a sus «compis» como las llamaba cariñosa.

## 18

—¡Cuéntanos ya! —chilló Verito nada más establecerse la comunicación.

—¡Ya! —corroboraron las demás con los ojos agrandados y los rostros casi pegados a la pantalla.

Ivy se echó a reír y esbozó una inconfundible sonrisa de felicidad con los ojos brillantes de emoción.

—¡Dios! —exclamó Verito al tiempo que empezaba a dar saltos con el móvil en la mano por lo que la imagen empezó a fluctuar, borrosa.

—¿De verdad ha ocurrido? Por lo amplia que es esa sonrisa diría que has pasado la noche en la gloria, ¿no? —inquirió Tere, exultante—. ¡Oh, es fantástico, Ivy! Me alegro tanto...

—¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía! ¿Lo sabía o no lo sabía, eh, chicas inseguras? Solo diré una cosa: ¡Os lo dije! —clamó Olalla, triunfal.

—¡Dios mío! No puedo hablar mucho ahora, pero quería deciros que ha sido una noche fantástica. Hans no pudo rechazarme, no al final, aunque lo intentó de una forma que casi me hizo salir corriendo, aterrada por el ridículo que estaba haciendo. Pero luego... ¡Oh! Fue tan maravilloso... —Ivy resumía a toda prisa con un nudo de emoción en la garganta al recordar todo lo acontecido. No paraba de sonreír y el brillo emocionado de sus iris parecía iluminar toda la habitación.

—¡Joder, ya era hora! —exclamó Helena, rotunda—. Lo que ha costado, pero al fin lo has conseguido. Me alegro muchísimo, Ivy.

Ivy en el rellano frente a la escalera, junto a un inmenso ventanal oval que daba al jardín delantero, oyó a Hans salir del baño y compuso un mohín.

—Lo siento, chiquis, pero tengo que colgar. Ya os iré contando —alegó entre las protestas de sus amigas—. Sí, con todo detalle, no os preocupéis —terminó. Lanzó un beso en el aire y cortó la comunicación.

—¿Y bien? ¿Qué dicen tus compis? ¿Me aprueban o van a ajusticiarme cuando vuelvan a verme? —sonrió Hans al salir de la habitación y verla con el móvil en la mano.

Ivy meneó la cabeza y le sonrió con toda la cara.

—Si ellas te adoran más que yo —reveló. Admirada lo observó al verlo recién afeitado. El fragante aroma viril del *aftershave* la envolvió cuando él se acercó.

—Será mejor que bajemos a desayunar antes de que te vuelva a meter en

esa habitación para no salir en un mes —amenazó Hans al tiempo que recorría con una mirada libertina e incendiaria los pantalones cortos, de Desigual, la camiseta holgada de color rosa y el cabello suelto que le enmarcaba el rostro sin maquillaje.

El corazón de Ivy galopó en su caja torácica como si los caballos de la felicidad hubieran emprendido un salvaje galope en su ser, elevó el rostro ruborizado con una sonrisa dulce y entrelazó los dedos con los de él.

Emprendieron el descenso juntos para ir a desayunar, famélicos. El personal de servicio ya había regresado de su noche de asueto y les sirvieron un opíparo desayuno en el patio central de la villa, rodeado por un peristilo de columnas jónicas.

*Villa Giuseppina* se distribuía en varias plantas para aprovechar los diferentes desniveles de la ladera. Rodeada de jardines y terrazas, era una de las construcciones más antiguas y bellas de la región.

—Bienvenida, señora Ivy. No sabía que tenía prevista su llegada —saludó el mayordomo al verla, con una jovial sonrisa.

Ivy, en las escaleras de mármol con la mano masculina entrelazada con la suya, se azoró ante Duncan. Echó un vistazo de soslayo hacia Hans, pero este la miró sonriente sin decir nada, así que se volvió de nuevo y explicó:

—Sí, fue una sorpresa de última hora. Después de mi fiesta en Manhattan, vine a pasar unos días con Hans.

—¡Oh! Es verdad, fue su cumpleaños. ¡Felicidades! —felicitó Duncan, un inglés muy delgado, con el cabello rubio cortado al cepillo y claros ojos celestes, de unos cincuenta años, impecable con su traje de librea color morado mientras los precedía hacia el patio. Abrió la puerta y ambos la cruzaron.

—Gracias, Duncan. Siempre es un placer venir —agradeció Ivy, ya más tranquila.

El sol ya estaba alto en el cielo, pero las frondosas ramas de los robles y encinas que circundaban la villa otorgaban frescura y sombra al claustro.

Tomaron asiento en la mesa de granito y hierro forjado, junto a la barandilla que permitía admirar una amplia panorámica del lago, de un profundo tono azulado.

Hans observó con regocijo el rubor en las mejillas femeninas y alargó los dedos para posarlos sobre el dorso de la mano que Ivy tenía apoyada en la mesa, mientras Duncan le servía a ella zumo de naranja, recién exprimido, en una copa alta y redonda.

La mesa estaba dispuesta con toda clase de frutas, fiambres, panecillos recién sacados del horno, mantequilla y queso de untar, huevos duros, además de café y una jarra de agua.

—¿Desea algo más, sire? —inquirió el mayordomo, formal.

—No, gracias Duncan. Puedes retirarte y que nadie nos moleste, por favor —pidió Hans, de forma autoritaria, pero con afabilidad.

—Por supuesto, sire —respondió, mientras se retiraba y cerraba la puerta de doble hoja con suavidad.

Ivy bebió un poco de zumo, de súbito nerviosa. Ahora su relación con él había cambiado. ¿Qué ocurriría a partir de ese momento? ¿Serían novios? ¿Amo y sumisa? Había leído en internet, sí, pero en realidad no sabía lo que era ser sumisa por mucho que desde niña hubiera sentido ciertas inclinaciones. Oyó la risa sorda de Hans y levantó los ojos, sorprendida. Este la miraba con intensidad, sin dejar de acariciarle el dorso de la mano con un dedo.

—¿Qué elucubra tu maravillosa cabecita, Ivy? —inquirió, inclinado sobre la mesa, hacia ella. Se había puesto una camisa de verano, azul marino, y unos pantalones blancos de hilo, y llevaba el pelo peinado hacia atrás, húmedo por la reciente ducha y algo largo. Suaves ondas se formaban en la espesa mata de cabello, fuerte y sedoso, y se rizaban en la nuca.

Ivy esbozó una sonrisa trémula y lo observó, cautivada. Esa mañana, Hans asemejaba un dios romano al que no podía dejar de contemplar con un brillo de embeleso en el fondo de las pupilas.

—Todo —contestó con un guiño pícaro—. Tengo tantas preguntas...

—Sí, yo también —respondió él. Mudó el gesto, más serio y la miró fijo a los ojos, inquieto e intrigado por lo que ella había dicho la noche anterior, algo a lo que no había podido dejar de dar vueltas con una parte de su mente durante toda la noche. Preguntó, grave—: Ivy, ayer... ¿Cómo es que me llamaste Amo?

—Creí que era así como llamaba una sumisa a su Dominante —contestó sonrojada, en voz baja. El corazón se le había puesto en la garganta al oír la pregunta y pensó que quizá se había extralimitado, aunque cuando lo dijo por la noche Hans no pareció enfadarse, al contrario, aparentó estar en extremo complacido y excitado, recordó mientras una potente sacudida en el abdomen le hacía sentir un millar de mariposas revolotear como locas en su interior.

Hans entrecerró los ojos, aún más inquieto. Su sexualidad alternativa no debería estar en conocimiento de ella.

—¿Qué sabes tú de Dominantes y sumisas? —interrogó, hermético.

Ivy tragó saliva, intranquila. ¿Se habría pasado tres pueblos? Estudió la expresión masculina, pero como siempre no pudo desentrañarla.

—En realidad nada —contestó, ruborizada.

—Ya. ¿Entonces por qué me lo llamaste a mí? —inquirió, observándola intenso.

Ella se inclinó y apoyó los codos en la mesa, para acercarse más.

—¿Te molestó? —preguntó, audaz.

Hans inspiró con fuerza. ¡Por Dios bendito! En esos momentos un sentimiento de posesión le nacía en el alma y aunque no quería darle rienda suelta, se moría de ganas de que ella dijera esa palabra de verdad. Que la sintiera con todas las células de su ser.

Pero la cuestión era cómo había sabido ella de esa palabra, y de lo que representaba para él, para pronunciarla en ese preciso momento de intimidad.

—Por supuesto que no, muñequita. No me molestó en absoluto. Al contrario. ¿O no te quedó claro anoche lo mucho que me gustó? —interrogó con una elocuente mirada ardiente.

Ivy se sonrojó más vivamente, bajó la mirada, casi sin poder sostener el ardor que brillaba en el fondo de los iris nebulosos y se estremeció excitada ante el poder que emanaba de él.

Hans no perdió detalle de la piel erizada, del temblor que recorrió el cuerpo femenino y un poderoso sentimiento de anhelo arraigó en su corazón. ¿Sería posible que fuera sumisa? Meneó la cabeza. No lo creía, su propio deseo le hacía ver cosas en ella que no existían. Con ternura levantó la mano de ella, la llevó hacia su boca para depositar los labios en el dorso en un beso pesado, denso, destinado a poseer la piel. Al cabo de unos segundos en los que ató la mirada femenina entre cadenas de pasión, mientras se apoderaba implacable de la mano con los labios, prosiguió, expectante:

—¿Por qué, Ivy? Mi sentir Dominante no es algo que tú debieras saber. Siempre me he esforzado mucho por mantener esta faceta mía oculta para ti.

Ivy, cabeceó, atrapada. El aliento masculino sobre su piel era de fuego y sentía que traspasaba invasivo hacia sus músculos, hacia sus venas, hacia sus huesos. Como si él se estuviera apropiando de cada célula con esos besos devastadores. Buscó su voz en el lugar al que había huido y por fin logró contestar:

—¿Por qué? No es nada malo —respondió. La seriedad con la que él hablaba, no por lo que ella había dicho sino por lo que él era la sorprendió.

Hans no respondió, aunque dejó de besar su mano y se irguió para observarla; y continuó, algo más segura al recuperar el control sobre su propia respiración cuando él se separó de su piel—: Ser Dominante es solo una inclinación sexual, Hans. Antes te dije que no sabía nada sobre Dominantes y sumisas, y es verdad, no sé nada, pero he estado investigando en internet y...

—¿Has investigado en internet? ¿Sobre los Dominantes? —indagó Hans, estupefacto. La devastadora esperanza creaba raíces poderosas en su ser, en su alma y apenas era capaz de contenerlas, de arrancarlas antes de que arraigaran y lo abocaran a un desesperado deseo que muy probablemente se estrellara contra la fría realidad en la que Ivy no correspondería jamás a sus inclinaciones—. ¿Por qué?

—Porque, por algún tipo de error, me llegó un correo tuyo dirigido hacia otra persona. Un mensaje en el que...

—¿A Iria? —interrumpió, algo pálido, al recordar que no había obtenido respuesta a ese correo de su amiga. Recordó que siempre quería comprobarlo en la bandeja de enviados, pero por una razón u otra siempre se le olvidaba y ahora averiguaba que Iria no respondió porque nunca recibió el correo. Inhaló con fuerza, no es que se avergonzara. Desde muy joven sintió esa especial tendencia y a lo largo de los años había disfrutado mucho practicando esa forma de vida alternativa al sexo convencional, pero saber que Ivy había interceptado una misiva dirigida a esa Dómina, lo hacía sentir intranquilo. Hubiera preferido contárselo él mismo, poco a poco, con palabras escogidas.

A saber lo que habría leído en internet.

Desde hacía unos años, a raíz de un desafortunado *bestseller* erótico, el submundo en el que siempre se había movido había resultado invadido por toda clase de curiosos, morbosos y, peor aún, depravados que vieron el cielo abierto cuando millones de mujeres declararon que querían a un Dominante en sus vidas, sin tener en realidad ni idea de lo que eso significaba debido a la desinformación que había expandido ese mismo libro sobre el BDSM.

—Sí, a Iria —respondió Ivy. Lo vio tan alterado que declaró, en su afán de quitar importancia a algo que no la tenía, al menos no de una manera negativa —: Hans, no te preocupes. No es algo malo, no me escandaliza si eso es lo que te inquieta. Al contrario, me atrajiste aún más al saberlo —confesó, sincera, con un nuevo rubor.

—Mi adorable e impredecible muñequita —murmuró, fascinado. Se entretuvo en observar el terso rostro con embeleso durante unos segundos. Los labios carnosos, la nariz pequeña y recta, los pómulos marcados y los



ojos grandes, inmensos, con pestañas oscuras y largas. Sintió una conmovedora sacudida en el alma por la dádiva que había recibido. No sabía adónde los conducía esa relación, pero durara lo que durara, iba a disfrutarla. Siguió acariciando la mano femenina, esta vez por dentro de la palma con tanta suavidad que provocó destructoras sensaciones acuciantes en el cuerpo de ella. Al final Hans prosiguió, en un tono grave—. No sé qué has leído en internet, de un tiempo a esta parte no hay muchas páginas fidedignas en las que informarse de forma seria, así que me pregunto qué habrás averiguado.

—Oh, sí, bueno —contestó, azorada—. Solo leí un par de cosas en la Wikipedia. Intenté conversar con algunas sumisas en ciertas páginas de esa temática, pero no se mostraron muy colaboradoras. Me dijeron que para los morbosos y los curiosos de un tal Gris no había sitio en ese mundo. —Hans echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada. Ivy lo observó extrañada y añadió—: No lo comprendí, pero bueno. Ya sabía lo que quería saber y era que tú eres Amo y que...

—¡Uep! Alto ahí, Ivy —pidió Hans, ya por completo descolocado—: Verás, yo puedo contarte todo lo que quieras saber sobre la dominación y sobre la sumisión, incluso te puedo enseñar páginas donde podrás preguntar y serás respondida con toda corrección. Pero tienes que tener claro que esto no es un simple *hobby*, no es algo que pueda utilizarse para jugar y luego olvidarse como si nada. Un cierto número de personas lo ve así, no te lo voy a discutir, pero la gran mayoría de gente lo siente, lo vive cada día. Esto es un sentir, una inclinación sexual como pueda serlo cualquier otra, pero tan válida como la que más. Y lo primero que debes aprender es que yo no soy «Amo». En la actualidad no tengo sumisa, solo cuando alguien se entregue a mí y me convierta en su dueño entonces me podré considerar amo, pero no antes. Soy Dominante, eso sí, a tiempo completo. Mi sentir es la dominación.

—¿Tu sentir? —Se extrañó Ivy al tiempo que la mirada de Hans, ardorosamente fija en ella, le provocaba estremecimientos que le recorrían la epidermis de una forma apabullante.

—Sí, esto es una sexualidad alternativa al sexo convencional. Para ello uno nace con ciertas predisposiciones, con deseos y anhelos diferentes. Podrían llamarse oscuros, si quieres, lo que no es sinónimo de infames —aclaró contundente. Hans estaba cansado de oír prejuicios con argumentos retrógrados en contra de lo que él y otros como él sentían. De encontrar gente que no comprendía algo tan básico como era un sentir distinto, con unas necesidades específicas; y no quería que Ivy tuviera dudas al respecto,

aunque no lo compartiera.

Pero la mente de ella iba mucho más allá mientras pensaba que lo que había sentido toda la vida era algo natural y no algo pecaminoso como creía, avergonzada, cuando era más joven. Meneó la cabeza, asombrada.

—No tenía ni idea.

—Lo sé, muñequita. Pero ya hablaremos largo y tendido sobre ello; tenemos todo el tiempo del mundo —indicó. Incluyó el rostro y depositó un último beso, largo y húmedo, en la palma femenina—. Aunque puede que primero vuelva a llevarte arriba para repetir lo que hemos hecho antes en la ducha —añadió con un guiño malicioso que incendió las mejillas de Ivy y aceleró su corazón. Soltó la mano y se reclinó hacia atrás, contra el respaldo de la silla. Cogió la taza de café, negro y espeso, para saborearlo con fruición, mientras observaba a su antigua tutelada y ahora su amante, de forma penetrante, extasiado. Si se ponía a recordar le era difícil encontrar un momento en el que fuera tan feliz como ahora.

Ivy meneó la cabeza ante toda la información que él le había desvelado en unos pocos minutos. Jamás hubiera pensado que su propio sentir tuviera connotaciones tan profundas. La mano le hormigueaba allí dónde él la había besado con esos labios de pecado y ahora la replegó en su regazo. Con la mirada de Hans fija sobre ella, se sirvió un panecillo, lo untó con queso y extendió una loncha de jamón dulce, de pavo. Trémula bajo el intenso escrutinio masculino, le dio un bocado con el corazón frenético. Se arriesgó a enfrentarlo y quedó entusiasmada con esa fijeza, con la pasión que destilaba la faz masculina en ese instante.

—¿Por qué me miras así? —inquirió con un hilo de voz, seducida y curiosa. En ese momento ella misma arrastraría a Hans otra vez a la ducha, a la cama, donde fuera con tal de sentir otra vez sus labios y sus manos sobre ella—. En el pasado te descubrí muchas veces mirándome de esa forma y...

Hans entrecerró los ojos y el iris azulado se convirtió en una desatada tormenta.

—¿Y? —incitó. Fijaba la mirada sobre los sonrosados labios y le picaban los propios por apoderarse de ellos otra vez.

—Y siempre me preguntaba qué estarías pensando, qué veías en mí... —Ivy bajó la vista y se interrumpió, cohibida. Explicar lo que sentía era abrumador.

—¿No lo sabes? —interrogó, conmovido ante la vulnerabilidad que exhibía en ese momento el rostro femenino.

Por un lado Ivy tenía unas enormes ganas de preguntarle toda clase de cosas, sobre todo íntimas, y por otro se maravillaba ante la mágica noche que habían compartido, apasionada y tan intensa que todavía sentía la piel ardorosa y sensible allí por donde él había mordisqueado, lamido, besado.

Levantó la vista al oír la pregunta y lo miró, con los ojos agrandados por el asombro.

—No, claro que no. Siempre has sido un enigma para mí —confesó—. Descifrar lo que sentías fue mi pasatiempo favorito desde niña y todavía ahora sigo sin saber qué piensas. Por eso no me atrevía a dar el paso. En Mallorca lo intenté, coqueteé contigo, pero tú fuiste un tempano de hielo que no conseguí ni alumbrar —declaró, con un bufido de impotencia.

Hans estalló otra vez en una fuerte carcajada que resonó en la tranquilidad del patio. Unas tórtolas que se habían posado sobre una acacia cercana, y arrullaban la mañana con su canto, emprendieron el vuelo, molestas.

—¡Ay, mi preciosa! —exclamó, risueño—. Entonces sí que es verdad que coqueteaste conmigo. Creí que era mi imaginación y mi propio deseo el que me hacía ver cosas que no eran —declaró, gozoso, y añadió—: Nunca supe que habías estado tan pendiente de mí. ¿En serio no sabes lo que pienso de ti, lo que siento? —inquirió, extrañado.

Ivy meneó la cabeza al tiempo que encogía los hombros, inquieta.

—Desde que empezaste a ser mi tutelada te convertiste en mi familia —confesó, arrebatado—. No eras tú la que dependías de mí. Yo me convertí en dependiente de ti, de tus necesidades, de tus deseos, de tu risa... —La faz masculina irradiaba sinceridad en ese instante, la habitual impenetrabilidad era sustituida por los sentimientos a flor de piel e Ivy sintió un agujonazo de felicidad atravesarle el corazón por esa declaración. Hans continuó—: A medida que crecías mis sentimientos cambiaron, ya no eran solo los de un amigo, los de un tutor. Algo muy intenso arraigaba dentro de mí y quise reprimirlo, quise esconderlo al mundo. A mí mismo. Pero fue inútil —reveló. Apartó la silla de la mesa y ordenó—: Ven aquí, Ivy. —No soportaba seguir separado de ella.

Ivy, turbada y emocionada, se levantó, aproximándose a él. Se sentó de lado sobre sus rodillas y le enmarcó la cara con las dos manos, de forma dulce. Hans enraizó la mirada en la de ella y reveló:

—Empezaste a atraerme con una fuerza arrolladora, pero eras una niña. ¡Tengo la edad de tu padre, por Dios! —exclamó impetuoso.

—¿Crees que me importa? —inquirió Ivy, segura.

—Debería, Ivy —afirmó. La cogió de las caderas, la incorporó y la sentó a horcajadas sobre su erección. Bulló sobre él, enrojeció y se lamió los labios, con las pupilas dilatadas. Hans meneó la cabeza, aturdido por la brutal necesidad que lo anegaba. El deseo crecía, lo asediaba, lo mordía con dientes de fuego, pero no se dejó llevar. Controló con voluntad de hierro el hambre y continuó—. Tú te mereces un chico de tu edad, alguien con quién puedas descubrir, disfrutar...

Ivy asintió, subió las manos por ese pecho amplio, sobre la camiseta azul, hacia la cara y envolvió la fuerte mandíbula y el poderoso cuello con las dos manos. Sus palmas absorbieron la fuerza de la musculatura y enredó los dedos en las guedejas plateadas de la nuca masculina con deleite. Lo sentía duro contra ella, tan caliente que se estaba quemando y reprimió las ganas de bailotear, excitada, al sentir su sexo humedecerse.

—No me importa la edad que tienes tú, ni la que tengo yo —aseveró, envalentonada por el deseo que la emborrachaba—. Lo único que me mueve es lo que necesito. Desde niña me atrajiste. Sí, no te asombres —afirmó al verlo agrandar los ojos con estupor—. Me cautivaste cuando te conocí y a medida que me desarrollaba, crecía dentro de mí la atracción que sentía —declaró con franqueza—. Yo no necesito un chico, sino un hombre y ese eres tú. Tu fuerza, esa pasión con la que encaras la vida, como si pudieras levantar el mundo tú solo. Tus carcajadas tan fuertes y sonoras que la habitación en la que te hallas retumba. Tu mirada me taladra cada vez que la posas en mí. Tus manos fuertes, honestas, en mi piel. La potencia de tu cuerpo. Tu peso sobre mí. Todo eso es lo que necesito, Hans —murmuró Ivy, sincera y vulnerable, muy cerca del rostro masculino, muy cerca de los labios. Lo miraba fija, con la pureza de su espíritu en el fondo del iris. Esbozó una trémula sonrisa un segundo antes de adueñarse de su boca, ardorosa.

Hans gimió, enervado. Esa chiquilla lo seducía de una manera a la que no podía sustraerse. Envolvió su cuerpo con fuerza y devolvió el beso con fogosa vehemencia. Las lenguas se enredaron, los alientos se mezclaron y las salivas viajaron de una cavidad bucal a otra cada vez con más intensidad hasta que estalló un salvaje incendio entre ellos.

Hans, enfebrecido, se apartó al cabo de varios minutos. Con el corazón a mil y los pantalones a punto de reventar.

—¡Ivy! ¡Dios bendito! ¡Ivy, para! —exhortó, mientras ella lo besaba en el cuello y le arañaba el pecho por encima de la camiseta. Su sentir Dominante pugnaba por controlar la situación, pero se domeñaba, férreo. Ella no era

sumisa y no quería asustarla con la verdadera dimensión del ansia que lo devoraba—. ¡Dios! Muñequita, como no pares te voy a tumbar sobre la mesa y...

Ivy se separó entonces, con la respiración acelerada y las pupilas dilatadas. —¿Y por qué no lo haces? —provocó, juguetona.

## 19

—¡Joder! —exclamó Hans, enardecido. La cogió de la nuca y la inmovilizó con fuerza contenida.

Ivy jadeó, erotizada, al sentir la pujanza masculina y lo miró con el iris turbio por la lujuria que él despertaba en ella.

—Siéntate en esa silla y desayuna, Ivy —ordenó en voz baja. El deseo galopaba feroz en sus venas, el dragón del deseo surcaba su sangre. Era tan salvaje el anhelo que apenas podía contenerse y no era el momento. La vena dominadora había desatado su control y deseaba que ella se le entregara, ya no solo como amante, sino como sumisa. Y ella no lo era, mal que le pesara.

Aunque quizá...

Una loca esperanza germinaba en su corazón imparable, incontenible y gruñó, estremecido. Debía refrenarse, no podía imponerle nada o acabarían los dos destrozados.

Al haber sido su tutelada ella siempre lo había obedecido y eso lo había llenado de orgullo, pero ahora necesitaba que cruzara una línea, lo cual rozaba los límites de su ética como Dominante. No era solo cuestión de lo que él deseaba, sino de lo que ella sentía. ¿Tendría dentro esa necesidad?

No pudo evitar ponerla a prueba con esa simple orden.

Ivy lo miró a los ojos y al ver su rostro serio frunció el ceño, confundida. Bajó la vista al suelo, turbada por esa faz sin asomo de la alegría que la caracterizaba, se levantó y regresó a su silla. Desconcertada no sabía qué hacer. ¿Lo habría defraudado? Se sintió mareada, no soportaba haberlo contrariado y se recriminó. Lo que quería era complacerlo, no enfadarlo, pensó sin comprender que había entrado en un camino de sumisión que ni ella ni él habían vaticinado nunca. Cogió la servilleta que antes dejara y la colocó sobre su muslo sin saber qué había ocurrido para que él volviera a mostrarse hermético.

Hans dulcificó la expresión ante la abrumada expresión femenina, eufórico al verla obedecer.

—No te preocupes, Ivy. ¿De acuerdo? —solicitó, con dulzura—. Continuaremos hablando sobre ello. Más tarde. Ahora desayunemos o Duncan va a pensar que no nos gusta lo que nos han preparado él y su mujer —bromeó con suavidad.

Él había ordenado y ella había obedecido sin cuestionar a pesar de no entender el cambio de actitud; era esperanzador. Pero no pensaba presionarla,

la tantearía poco a poco, le explicaría en qué consistía el BDSM y le revelaría los diferentes aspectos de esa sexualidad y las numerosas prácticas que la englobaban, para descubrir a través de sus respuestas si a ella le atraía realmente o era el simple reflejo de su propio sentir.

—Ahora quiero que hablemos de tu fiesta. —Apoyó los codos en la mesa y se sirvió más café—. Quiero que me lo cuentes todo —pidió con una sonrisa irresistible y un guiño cómplice.

Ivy se perdió en esa sonrisa exultante que iluminaba el rostro masculino, marcaba unas pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos, y hacía resplandecer la mirada azulada. Exhaló un leve suspiro de alivio al ver que él había abandonado esa expresión severa que tanto la había desconcertado y su corazón se alborozó al contemplar su expresión. El bello rostro de Hans la fascinaba, no podía remediarlo.

Sonrió con entusiasmo ante la petición de él, al recordar la inesperada sorpresa que le dieron sus amigas cuando la acompañaron al Hotel *The Península New York* a por unos panfletos dijeron, las muy ladinas —con anterioridad habían hecho, a escondidas de ella, una maleta con su vestido nuevo y algunas mudas que habían llevado a la habitación ya reservada—, pero en realidad cuando llegaron la empujaron al ascensor, la subieron a la habitación y la ayudaron a vestirse y a peinarse sin hacer caso de sus exclamaciones de sorpresa, ni de sus preguntas; luego la condujeron a la sala de eventos sin dejarle decir nada más, donde el dúo Estopa empezó a tocar la canción: «Cacho a Cacho» nada más verla entrar.

Más serena, empezó a relatar a Hans todo lo que había sentido y experimentado esa noche, entre risa y risa y bocado y bocado.

—¡Oh, fue fantástico! Entré en la sala y la música empezó a sonar a todo volumen. Empecé a chillar como una posea, te lo juro. Casi enloquecí cuando vi a David y a José en el escenario. Empecé a saltar, las chicas saltaron conmigo y fue un caos —relató entre risas.

Hans escuchó el entusiasmo en la voz de Ivy y se maravilló de nuevo ante el candor femenino. ¡Era tan sublime como un fenómeno de la naturaleza y él había sucumbido sin presentar batalla! Había intentado resistir, por supuesto. Pero no por voluntad propia, sino porque no quería que pesara sobre Ivy ningún estigma que la sociedad podría imponerle por estar con un hombre mucho mayor que ella, y no precisamente cualquiera sino con su antiguo tutor, con alguien que tenía la misma edad que su padre y que se había hecho cargo de ella desde que quedó huérfana a los catorce años.

Y Hans conocía las mentes de la gente.

Sabía que algunas personas, las más retorcidas y malpensadas, se preguntarían desde cuándo habían iniciado su relación en realidad, lo cual le hacía hervir la sangre no por él sino por ella. No quería que nadie pudiera interpedarla con algo así y hacerla avergonzarse.

Cuando terminaron de desayunar salieron al jardín posterior, con diferentes terrazas en niveles descendentes hacia el lago, y emprendieron un paseo por los amplios jardines de la villa. Bilbo y Frodo, los dos pastores borders collies se acercaron en seguida dando saltos y cabriolas al reconocer a Ivy. Detrás se aproximaba Elrond, el pastor belga —negro como la noche de la rama Groenendael—, más tranquilo, pero vigilante.

—Oh, mis cachorros —saludó Ivy, agachándose junto a ellos. Los perros la saludaron con toda clase de monerías, juegos y lametones—. Mis adorables, oh, ¡cuánto os quiero! Os he echado mucho de menos, ¿sabéis?

Hans permanecía de pie y sonreía ufano al contemplar a Ivy tan feliz. Cuando Elrond se situó a su lado bajó la mano y le acarició la cabeza y las orejas. El perro se sentó sobre los cuartos traseros para contemplar las cabriolas de los borders collies, con la cabeza en alto, digno, como si dijera: ¡cachorros! En plan desdeñoso, como si a él no le gustara hacer lo mismo, lo cual ocurrió nada más girarse Ivy hacia él y decir:

—¡Elrond! ¡Ven aquí, precioso!

Al instante el pastor perdió toda compostura y saltó hacia ella con inmensa alegría. Al poco tiempo los cuatro eran un amasijo de pelo, piernas y risas sobre el césped.

En ese momento se oyó un fuerte silbido y tres pares de orejas se elevaron al instante hacia Hans, el cual movía una pelota de goma entre los dedos.

—¿La queréis? —preguntó y la lanzó hacia las terrazas inferiores—. ¡Id a por ella!

Al instante los perros abandonaron a Ivy, en el suelo, y se lanzaron a por la pelota entre ladridos de entusiasmo.

—Uff, cómo han crecido Bilbo y Frodo. Y Elrond está impresionante —dijo Ivy, todavía riendo.

—Sí, ¿verdad?—admitió Hans mientras la ayudaba a levantarse. Ella se sacudió de la ropa los restos de hierba y pelo—. Son unos guardianes geniales, cordiales con los amigos, pero tan fieros ante alguien desconocido que nadie osa acercarse a la verja si no es que estamos Duncan o yo cerca. Desde que los tenemos no han vuelto a intentar entrar.



Ivy se irguió con un suspiro y una sonrisa dichosa hacia él. Hans no pudo sustraerse. Se adelantó, la enlazó de la cintura, posesivo, y se inclinó sobre sus labios hasta que se apropió de su boca con pasión. Un murmullo de deleite escapó de la garganta femenina y pasó los brazos por detrás de la nuca masculina. Hundió los dedos en la espesa cabellera plateada y apretó su cuerpo contra él, con avidez al tiempo que respondía, gozosa.

Al cabo de unos minutos, Hans se separó con la respiración jadeante y el corazón bombeando sin control en el pecho.

—Eres pura tentación, muñequita —declaró, arrobado y tan excitado que no sabía si tumbarla en el césped y quitarle toda la ropa que llevaba o retroceder, volver a entrar en la casa para secuestrarla en su alcoba.

—¡Mmmm! Y yo podría pasarme la eternidad en tus brazos, en tus labios... en tu lengua —susurró incitadora, con una mirada nebulosa.

Hans sintió un demoledor tirón en los genitales y gruñó, enervado.

—Será mejor que sigamos paseando o los sirvientes van a empezar a grabar videos calientes para subirlos a Internet.

Ivy lanzó una carcajada y entrelazó los dedos con los de él. Continuaron el paseo y fueron bajando los diferentes niveles de las terrazas y jardines, llenos de colorido con los buganvillas en flor, los geranios de todos los colores, los arces rojos, los añosos robles, las encinas y los abedules, mientras los perros iban y venían con la pelota.

Llegaron al nivel inferior de la villa, a la terraza sobre el lago y se dirigieron a la sombra de la gran encina carrasca, un árbol centenario que siempre había presidido la casona, como un vigilante protector de la familia Ventimiglia.

El agua del lago se mantenía en calma y una refrescante brisa agitaba, adormecedora, las hojas de los árboles. Los arrullos de las tórtolas y el canto de las chicharras invitaba a la pereza.

Ivy echó a correr, se tumbó en una hamaca doble, con un toldo para dar sombra en la cabecera y sonrió mientras Hans se aproximaba con más lentitud. Al fin se quedó quieto de pie junto a la tumbona y la observó, hambriento.

—Anda, túmbate conmigo —pidió ella mientras palmeaba el cojín a su lado y lo miraba con una sonrisa pícara.

Hans meneó la cabeza.

—¡Oh, Ivy! No sabes lo peligroso que puede ser provocarme así, chiquilla —murmuró ronco. No se cansaba de contemplarla, de anhelarla. Ahora que

por fin la había saboreado, la desesperación que había padecido durante los años, meses y días en los que reprimió el deseo por ella, a fuerza de voluntad, había desaparecido. Pero no la pasión, la que no dejaba de aumentar cada vez que ella reía, cada vez que lo miraba o lo tocaba.

Se tumbó a su lado mientras la recorría con la mirada febril.

—Eres una bruja que me ha hechizado —acusó, ardoroso de júbilo. Se recostó en los mullidos cojines con un brazo doblado bajo la cabeza, sin dejar de comérsela con la mirada

Ivy amplió una sonrisa en los sensuales labios y se apoyó en un codo.

—Hans... —pronunció, insegura. No sabía cómo abordar la conversación que le rondaba la mente.

—Dime.

Ivy no comprendía qué había ocurrido antes en la mesa. Hans la deseaba, lo había sentido, pero no cedió a ese deseo. En cambio su faz se había endurecido y en su mirada había aparecido una necesidad que nunca le había visto. Y necesitaba saber. Por fin había cruzado ese abismo que los había separado antes, cuando ella crecía y maduraba. Pero no pensaba detenerse ahí, quería profundizar hasta conocer todos los recovecos de ese hombre fascinante.

—¿Qué ha pasado antes? ¿Por qué no...? —interrogó, cohibida pero determinada.

Hans suspiró al ver la expresión curiosa de ella y comprendió que necesitaba respuestas sobre él. Inhaló con fuerza, desvió la vista hacia las copas de los árboles y pensó durante unos segundos la mejor manera de abordar el tema sin que resultara demasiado chocante para ella. Al fin la miró otra vez.

—Ivy, yo no solo te deseo —declaró, en un tono sereno—. Necesito ciertas cosas en el sexo, cierto comportamiento...

—Yo puedo hacerlo, puedo ser lo que quieras —respondió al instante, impulsiva. Ella deseaba lo mismo. Siempre lo había deseado, aunque nunca pudo ponerle nombre.

—No, Ivy. No es eso lo que quiero —negó al ver su entusiasmo con profundo pesar. Suspiró y se mesó el cabello—. Cuando viniste aquí anoche y me sedujiste, yo... ¡Dios! Creo que en mi vida he sido más feliz, muñequita —confesó con el rostro radiante. Ivy agrandó los ojos, llenos de dicha y él continuó—: Pero jamás se me ocurrió pensar en ti y en mí de otra forma que no fuera como amantes convencionales. En cambio ahora...

—¿Ahora? —incitó ella, muerta de curiosidad, cuando Hans se interrumpió.

—Ahora... —Hans la miró, impotente, sin saber cómo llegar a ella y sin que todo lo que Ivy dijera a partir de entonces fuera forzado, solo porque él así lo deseaba, no porque ella lo sintiera.

—Por favor, Hans —rogó Ivy, conmocionada al verlo tan inquieto. ¿No iría a rechazarla ahora, verdad? En ese momento no se atrevió a contarle que siempre había sentido ciertas cosas, que siempre había pensado que algo no funcionaba bien dentro de sí—. Puedo hacer lo que quieras, puedo...

—No, Ivy. No es así como funciona —negó con pesadumbre al sentir que la esperanza desaparecía y los tiernos brotes de ilusión que germinaban dentro de sí se debilitaban y empezaban a morir, provocándole pequeños aguijonazos de dolor en el corazón—. La sumisión no se impone, no se fuerza. Es algo que nace de dentro y lo tienes o no lo tienes. Es como si a un homosexual le reclamaran que sintiera atracción por las mujeres o a un heterosexual por los hombres. Sería imposible, ¿verdad?

—Pero... ¿y entonces? ¿Vas a rechazarme porque no alcanzo a ser aquello que a ti te gusta? —inquirió entre incrédula, dolida y enfadada.

—¡Por supuesto que no! —explotó Hans, crispado por no poder hacerse entender. Se incorporó de lado y le abarcó, dulce, la mandíbula con una mano—. Eres todo lo que me gusta, eres lo más maravilloso que me ha pasado nunca, muñequita. Jamás lo dudes —confesó arrebatado. ¡Dios! ¿Por qué era tan difícil?

—¿No? —preguntó, aliviada.

—No, claro que no —negó. Indudablemente no iba a rechazarla, aunque sabía que al establecer una relación vainilla con ella debería renunciar a una parte fundamental de sí mismo. No sabía cómo podría hacerlo sin perder su identidad, pero Ivy valía cualquier sacrificio por su parte—. Yo no voy a rechazarte, es solo que pensar en ti de cierta manera me remueve por dentro y me hace desear...

—¿Te hace desear...? —repitió Ivy, insistente. Intuía que él estaba intentando explicarle algo sin imponérselo y se moría por saber qué era lo que lo tenía tan atribulado.

—Me hace desear a un nivel mucho más intenso, Ivy. Y una vez que esa idea arraiga en mí, es muy difícil que pueda sustraerme a ella. La dominación es algo que corre por mis venas, pequeña, pero jamás podría aceptar a una sumisa inducida ya que esa entrega nunca sería real.

Ivy frunció el ceño ante el desconocido término.

—¿Sumisa inducida?

—Sí, una sumisa inducida es alguien que siente una intensa atracción y una morbosa fascinación por un Dominante. Llega a desarrollar una fuerte dependencia hacia él, entonces su mente y su cuerpo pasan por una transformación y se llega a creer que de verdad es aquello que el Dominante necesita para que la relación perdure. Pero... —replicó, con pesar—, no funciona a la larga. Cada uno somos como somos y podemos reprimir nuestro ser por un tiempo. Solo por un tiempo. Luego las necesidades reales afloran a la superficie y una relación basada en la falsedad se destruye, como un edificio sin cimientos o un árbol sin raíces.

—Pero... —continuó, confusa, sin acabar de entenderlo—: ¿Cómo sabes si una persona es sumisa o no? ¿Tú cómo supiste que eras Dominante?

Hans frunció el ceño y asintió ante el razonamiento de Ivy. Volvió atrás en el tiempo y recordó la primera vez que pudo dejar emerger lo que había sentido siempre.

—Pues no puedo decirte cuándo me di cuenta con exactitud —confesó. Siempre había sentido que era diferente, que lo atraían ciertas cosas que llamaba prohibidas, oscuras. Deseos que no se atrevía a confesar a sus amigos por considerarlos bárbaros en su ingenuidad—. Creo que lo supe desde siempre, aunque no lo busqué. La primera vez que pude ponerle nombre fue cuando inicié una relación con una compañera de estudios en la universidad. Surgió de forma natural, ella era sumisa y a mí me apasionaba dominarla —reveló con una sonrisa ante el emocionante recuerdo de su beneficiosa primera pareja bedesemera, después de las decepcionantes relaciones vainillas<sup>32</sup> que había intentado mantener sin alcanzar a comprender qué era aquello que le faltaba en el sexo.

Los ojos de Ivy brillaron. Esa revelación la llenó de valor para expresar lo que antes no se atrevió.

—Tengo algo que confesarte —dijo con una mirada tan seria que el corazón masculino se saltó un latido, alarmado.

—¿Qué ocurre?

—Verás, yo... siempre he... Quiero decir que... —Ivy se interrumpió y bufó, sulfurada por farfullar de esa forma tan poco elegante.

—¡Tranquila! Solo dímelo —instó él, con dulzura. Acarició su mejilla con el pulgar—. Confías en mí, ¿no?

Ivy elevó los párpados y lo miró con fijeza.

—Por supuesto, Hans. ¡Por completo! No lo dudes —afirmó, contundente.

—Entonces di —pidió, complacido. No se percató, pero esa afirmación amplió la sonrisa que exhibía e iluminó toda su cara. Ella confiaba en él. ¡Dios! Si pudiera...

—Verás, es que yo siempre he tenido ciertas fantasías que nunca me he atrevido a confesar a nadie, ni siquiera a las chicas —reveló de un tirón, con las mejillas encendidas. Alternaba la mirada entre los ojos color cobalto y el jardín, el cielo, el suelo o el lago, incapaz de mirarlo a la cara todo el tiempo, de nuevo avergonzada de lo que siempre había considerado una anomalía o un desajuste en su interior, aunque ahora pensara que quizá no era algo tan raro y que tal vez otras personas sintieran como ella.

—¿Fantasías? ¿Sexuales, quieres decir?

—Bueno, sí... O quizá no. No siempre son de... sexo, ¿sabes? Aunque sí me excitan cuando las pienso —continuó, aún más sonrojada. No pensaba que le fuera a resultar tan difícil contarle todo. ¡Por Dios! Se habían acostado, ¿podía existir una intimidad más absoluta? Aunque por lo visto compartir los cuerpos no era lo mismo que compartir pensamientos. Inspiró hondo para tranquilizarse. Confiaba en Hans y si no tenía valor para sincerarse con él, nunca podría hacerlo con nadie.

—Ivy, puedes contarme lo que sea, lo sabes ¿no? No hay nada malo en las fantasías, al contrario. Sé que es difícil compartirlas, pero si te va a resultar más fácil, puedo empezar yo —arguyó Hans, al verla tan incómoda.

Ella levantó el rostro, del color de la grana, y lo miró aliviada, aunque al final meneó la cabeza.

—No, Hans. Ya tengo veinte años, es hora de que deje atrás las inseguridades. Comienzo yo —dijo, determinada.

Él sonrió y asintió, admirado por la fuerza que empezaba a hacerse notoria en ella.

—Pues verás, he tenido esas fantasías...—Se puso un dedo en la barbilla y pensó unos segundos, al final afirmó—: Creo que desde que era muy pequeña. Algunas niñas a veces suelen soñar con príncipes azules que las lleven a su castillo y yo también lo hacía. Es más, cuando te conocí el príncipe tuvo siempre tu cara —reveló con una sonrisa.

Hans agrandó los ojos y luego se carcajeó en voz baja.

—¡Oh, Ivy! ¡No cambies nunca, muñequita! —reclamó, cautivado, al tiempo que se acercaba a ella y se aproximaba a su garganta para besarla con devoción.

Ivy echó la cabeza hacia atrás y cerró los ojos, deleitada con esa caricia de fuego.

—Continúa —pidió él, autoritario, sin moverse ni detenerse.

Ella frunció el ceño, por completo con la mente en blanco. ¿Continuar? ¿Qué demonios estaba diciendo? Con un esfuerzo se concentró en lo que estaba exponiendo antes y no en lo que Hans le estaba haciendo ahora con esos labios incendiarios.

—Ah, sí —recordó por fin—. Pues eso, también soñaba con príncipes y castillos. Lo que ocurre es que esos castillos solían tener unos calabozos y el príncipe en vez de llevarme al salón de baile, me llevaba a esas mazmorras y allí me encerraba y me ataba las manos y los pies.

Hans se estremeció de pies a cabeza al oír esa revelación y los ojos le brillaron lujuriosos. ¡Oh, sí! ¡Por todo lo sagrado! ¡Sí! El corazón tremoló veloz en el pecho, otra vez lleno de esperanza y expectativa. ¿Sería posible que ella fuera sumisa al final? ¡Qué maravilloso regalo!

—Ajá, prosigue —murmuró, ronco, de forma suave. No quería dejar entrever lo mucho que lo sobrecogía esa revelación y siguió mordisqueando la clavícula femenina.

—Hans, no puedo... pensar... si me haces... eso —declaró entrecortada, casi sin fuerzas, drenadas por las arrolladoras sensaciones que él despertaba y avivaba en ella, arrellanada sobre los mullidos cojines.

Los perros se habían acostado a los pies de la gran hamaca, cansados de tirar la pelota a los pies de esta y que Hans los ignorara.

—¿Ah, no? —fingió sorprenderse. Se irguió un poco para mirarla a los ojos, ató el iris femenino con correas de incendiada pasión y curvó los labios en una sonrisa de lobo feroz—. Pues no creo que pueda detenerme, muñequita —afirmó al tiempo que pasaba el brazo bajo el cuerpo femenino, la apretaba contra él sin dar opción a la resistencia y volvía a descender sobre la garganta.

Ivy, estremecida y caliente, cerró los ojos. El éxtasis recorría su piel bajo el poder masculino.

—¿Decías? —insistió Hans, perverso, sin dejar de adorar la clavícula con la boca.

Ivy no respondió, no podía. La voz le había vuelto a huir a algún lugar recóndito y su cuerpo no le pertenecía ni le obedecía.

—¿Ivy? —exhortó, implacable. Saber que ella podía ser sumisa le había roto las compuertas y ahora exigía, tiraba de ella.

Ivy abrió los ojos, el cielo azul inundó sus retinas y siguió sin poder articular palabra, temblorosa entre los poderosos brazos de Hans. Adelantó las manos y las posó sobre los bíceps que la envolvían, arañó por encima de la tela, él gruñó feroz ante el toque ardiente y ella por fin pudo recuperar la voz, alentada por el poder que también tenía sobre él.

—Esto... Ah, sí, calabozos —rescató de su memoria y continuó—: Me gustaba imaginarme que el príncipe...

—Con mi cara —señaló Hans, diabólico.

—Sí, con tu cara —repitió, asediada—. Me ataba y me desnudaba para hacerme... cochinadas —siguió contando. Exhaló una risita hacia sí misma explicó—: Entonces las llamaba cochinadas porque era muy pequeña, ahora ya no —subrayó. Creía con firmeza que en el sexo entre dos personas no había nunca nada «sucio», como algunos lo denominaban. Para ella la suciedad provenía de una violación, con o sin violencia, de la pederastia o la pedofilia, de cualquier abuso sexual, fuera físico o incluso verbal.—. También soñaba con otras cosas —continuó—, como que era secuestrada por unos piratas y me violaban en su barco. Imaginarme eso me excitaba. Y también me aterraba por desear ese tipo de cosas; me provocaba un pavor absoluto, yo no quiero ser violada, ¿entiendes? La violación es uno de los delitos más terribles que un ser humano puede cometer contra otro —afirmó. Hans alzó la cabeza para mirarla a los ojos y asentir. No quería que tuviera ninguna duda de que comprendía a la perfección lo que quería decir—. Pero me gustaba pensar en ese tipo de puja, de lucha por el poder, ¿sabes? ¿Crees que estoy loca? —preguntó alterada. Pensaba que ese tipo de ideas sobre fantasías de violación tenían que ser forzosamente aberrantes, producto de una mente enferma.

Hans se incorporó y meneó la cabeza, revestido de seriedad.

—Ni lo pienses, muñequita. Ni estás loca, ni quiero que dudes de ti misma. Como la misma palabra indica: son fantasías. Y son única y exclusivamente tuyas. Además en esas fantasías la que controla esa potencia eres tú, ¿verdad? Y jamás es dañina, jamás es vejatoria, ¿no? Esos piratas no buscan su propia satisfacción sin preocuparse jamás de ti, de tus sentimientos. Te respetan, ¿cierto?

Ivy cabeceó.

—Sí, así es. En realidad me imagino a unos piratas guapos, que están muy buenos y huelen bien. Jamás me hacen daño, más allá de obligarme a permanecer a su merced mientras excitan mi cuerpo con maestría. Ellos

buscan ante todo mi placer y al final deseo estar ahí, anhelo que me posean y me hagan delirar.

El alma de Hans se embriagó con esas palabras tan llenas de promesas.

—Ivy, voy a hacerte una pregunta y quiero que pienses con detenimiento la respuesta, ¿de acuerdo? —pidió, muy serio.

—Vale —convino, deseosa de complacerlo y no volver a defraudarlo.

—Cuando pensabas en ese príncipe que te ataba, te desnudaba y te hacía toda clase de caricias o lo que fuera, ¿qué sentías? Quiero decir, ¿te gustaba complacerle? ¿Ver la satisfacción en sus ojos cuando tu cuerpo le respondía? ¿Te excitaba saber que tu indefensión lo complacía?

Ivy abrió la boca para contestar de inmediato, pero volvió a cerrarla y desvió la vista hacia el lago. Se demoró pensando en todo lo que imaginaba de niña, más tarde de adolescente y ya, después, más mayor. Recordó sensaciones al recordar lo que buscaba en los rostros masculinos que concebía. Al final sonrió de forma amplia y tornó a mirar a Hans a los ojos.

—¡Me encantaba! —afirmó, entusiasta—. Me excitaba muchísimo pensar que ese hombre tan fuerte me iba a atar, que estaría indefensa y me haría algo que yo no quería, pero que anhelaba ¿entiendes? Y ver que lo que yo hacía lo complacía me... ¡Uff! Eso me...

Hans cabeceó. El corazón le regaba las arterias de sangre convertida en fuego salvaje, saturada de esperanza, pero no dijo nada a la espera de que ella continuara.

—Llenaba —atinó al fin con la palabra que expresaba su sentir—. Lo que más me excitaba al final era ver el deseo, el anhelo, la satisfacción, el goce en él y el orgullo que le provocaba cuando por último me rendía a sus caricias —declaró con un brillo de lujuria en el iris color zafiro. Hans reprimió un gemido. ¡Era demasiado bueno para ser verdad! Se inclinó de nuevo hacia ella y le cogió la barbilla.

—Yo puedo realizar esas fantasías, Ivy. Esa y muchas más, puedo hacerte tocar el cielo con las manos, puedo mostrarte placeres que están reservados solo a unos pocos mortales. Puedo hacer eso y mucho más, si tú... —Se interrumpió, apretó más el brazo en torno a la cintura de ella y la miró fijo a los ojos, tórrido. Le pasó la otra mano bajo la mandíbula y la acarició dulce, aunque necesitado—. Sé mía y te daré el mundo —requirió con pasión

Ivy tragó saliva con fuerza, trémula. La mirada de Hans era apasionada sobre ella, penetrante, y tan intensa que podía sentir el calor que emanaba de él recorrerle las venas hasta el corazón.



—Ya soy tuya. Ya me he entregado a ti, Hans. Ayer vine con esa única intención. Lo soy desde hace mucho tiempo —confesó, entregada.

El alma masculina se sacudió conmovida y emocionada.

—¡Oh, Ivy! No sabes... No puedes imaginarte lo que me... No me atrevía a soñar siquiera en que pudieras sentir en tu interior la sumisión, pero ahora... ¡Uf, pequeña! Ahora... —El iris color cobalto se oscureció hasta casi parecer negro, anegado de deseo.

## 20

Hans no pudo imaginar nunca que podría realizar con Ivy lo que siempre había practicado desde que empezó a explorar su propia sexualidad. Y ahora se le ofrecía no solo una mujer prohibida que había deseado durante años sino que esta se le revelaba como sumisa.

—¿Estás segura, Ivy? —inquirió no obstante. Tenía que asegurarse de que ella no había inventado todo eso para complacerlo, en su miedo de que la rechazara si no era sumisa.

—Estoy muy segura, Hans —declaró, honesta—. Siempre tuve miedo de tener algo dentro que no funcionaba, que era una perversa o peor, una psicópata.

Hans no pudo evitar echarse a reír ante la absurdidad.

—Sí, no te rías —pidió, abochornada por la culpabilidad que la asedió—. Así de mal me sentía por tener esas fantasías, por excitarme con esos pensamientos tan brutales —manifestó—. Pero cuando ese correo tuyo cayó en mis manos y vi todas esas palabras desconocidas, me adentré en Internet para investigar por mi cuenta. ¡Tenía que averiguar qué era todo ese galimatías y por qué le dabas las gracias a una mujer por haberte «cedido» a su sumisa! Y a medida que iba leyendo, más y más contenta me ponía, más aliviada me sentía. No solo porque descubriera que tú eras un am... Dominante —corrigió, ruborizada—; el tipo de amante al que yo aspiraba, sino porque muchas de las cosas que decían sentir las sumisas en sus comentarios, en las páginas y foros que investigué, eran muy parecidas o idénticas a lo que yo llevaba sintiendo desde que era muy niña.

—¡Oh, Ivy! No sabes lo feliz que me hace saber que coincidimos en esto —desveló Hans, impetuoso. Le parecía estar viviendo un sueño, algo demasiado sublime para ser verdad. Buceó ansioso en el iris celeste, como un cielo sin nubes, en busca de la verdad—. Ni en mis mejores sueños hubiera podido sospechar que tú sintieras la sumisión. ¡Es una maravilla, muñequita! —afirmó con arrebató. Entonces se obligó a depositar los pies en el suelo. Había mucho camino que recorrer todavía. Si ella en verdad lo sentía, necesitaría su guía, su fuerza y ahora menos que nunca podía fallar. Continuó, estricto—. Pero antes de nada, antes de que pienses que ya somos amo y sumisa, y antes de que creas que estás preparada para tu primera

sesión<sup>33</sup>, es mi deber explicarte en qué consiste ser sumisa. Lo que significa entregarse a otro ser humano. Otorgar no solo la confianza, sino la voluntad —explicó, solemne. Su relación iba a entrar en otra fase, una mucho más íntima que la simple interacción normal de una pareja y era su responsabilidad como Dominante enseñarle todo.

El rostro femenino mudó, turbado ante la seriedad de Hans y él sonrió para restar dureza a sus palabras.

—No te preocupes por nada, ¿de acuerdo?

Ivy asintió, dispuesta a lo que fuera con tal de experimentar en su piel lo que siempre había soñado de la mano de Hans.

—Yo estaré ahí en cada paso del camino. Te mostraré las mejores páginas de BDSM, libres de intrusismo. Para navegar, poder conocer gente del mundillo y hablar con sinceridad de lo que sientes e intercambiar opiniones. Podrás conocer a otras sumisas y sumisos, e incluso comentar con otros Dominantes, tanto masculinos como femeninos. Es peligroso el gran acceso que internet otorga ya que mucha gente se ha adentrado, sin saber, en un mundo en el que es muy fácil hacerse pasar por lo que no se es y engañar y manipular mentes deseosas de conocer otras vivencias.

—¿Por qué? —preguntó ingenua.

Hans volvió a recostarse en los cojines y la atrajo contra él, a su costado, posesivo. Pensaba ir todo lo despacio que Ivy necesitara. Pero ahora que sabía que ella correspondía a su sentir iba a tomar completa posesión de ella. Nada podría ya impedirlo.

—Hay cosas que no se pueden comprender a través de las frías letras de una pantalla de ordenador —declaró, severo—. Es una completa irresponsabilidad por parte de un Dominante que pretende ser «Amo» permitir que alguien novel se adentre en este peculiar submundo sin su guía. Demuestra una total falta de empatía y compromiso, por no hablar del respeto que merece una sumisa o sumiso. No todo el mundo siente —afirmó, contundente—. Una persona sumisa no se hace, nace —citó el axioma que ya había dicho con anterioridad.

Ivy escuchaba, admirada y seducida, por esa voz tan cautivadora, pero también por las palabras que iban desvelándole todo un mundo desconocido, pero del que descubriría que cada vez la atraía más.

—Has dicho que siento la sumisión, pero realmente...

—En realidad no sabes lo que significa, ¿no es eso? —inquirió él con una sonrisa de comprensión

—Sí, eso es.

—Es lógico. Aunque hayas sentido toda esa inclinación desde niña, nunca has podido darle nombre ni hablarlo de forma abierta con alguien que pudiera explicártelo y cada vez te escondías más dentro de ti misma por creerlo, de forma errónea, algo perverso —arguyó con pesar—. Es algo que lamento muchísimo, muñequita. Si lo hubiera sabido antes habría podido ponerle remedio, no ya como Dominante porque eras demasiado joven, pero tal vez sí como un tutor en BDSM —relató, cada vez más feliz por poder compartir con ella toda su experiencia—. La sumisión es, ante todo, un sentimiento que nace dentro de los hombres y las mujeres, como te ha ocurrido a ti, y cobra fuerza al mismo tiempo que se desarrolla la sexualidad, al igual que el sentimiento contrario, el de dominación. Son los dos extremos de un mismo sentir. Y ninguno es superior al otro, aunque uno de los roles sea el que controla. No se trata de ser más que el otro, se trata de complacerse uno a otro. Porque cada uno tiene unas necesidades, unos deseos.

Ivy se incorporó y lo miró, inquisitiva.

—¿Ya eres mi amo ahora?

Hans volvió a reír con ganas. La alegría recorría ahora sus venas como una droga, como las burbujas del champaña, llenándolo de una euforia como no había conocido nunca desde que claudicó a la maravillosa seducción de ella la noche anterior.

—No, muñequita, falta tiempo todavía para eso. Una pareja no se convierte en Amo y sumisa, o Ama y sumiso, de la noche a la mañana —arguyó, muy complacido por la desilusión que se pintó en la faz femenina. Subió la camiseta por la espalda de ella para poder acariciar su piel sin el molesto estorbo de la ropa—. La gente que conforma esta forma de vida son comunes y corrientes. Personas que van a comprar, que tienen hijos, que aman y sufren. Como todos los demás. Solo que han ido más allá de las convenciones sociales y morales.

Ivy lo escuchaba, muy atenta. Hans no solo era el hombre al que había podido aferrarse después de que la soledad la engullera, ahora era el Dominante que siempre había anhelado, aún sin saberlo. Él le descubría un nuevo mundo, con pasión avasalladora, en cada una de las palabras que pronunciaba, con esa voz tan sensual, con un pensamiento abierto y muy contrario a lo que estaba acostumbrada a escuchar en boca de muchos de sus compañeros de estudios, contaminados del machismo imperante que resurgía con fuerza en pleno siglo XXI, en el mal denominado primer mundo.

—Elige siempre desde el corazón. El corazón nunca te mentirá, la mente puede ser engañada, manipulada, convencida. El corazón nunca; déjate guiar por él y siempre acertarás. El corazón sabe lo que está bien y lo que está mal. Lo que deseas de verdad y lo que no deseas de ninguna manera. La mente grita, el corazón susurra.

Él calló durante unos minutos sin dejar de acariciar la sedosa piel de la espalda femenina. Al fin se incorporó y se volteó un poco para poder verle el rostro. La contempló en silencio, con intensidad, durante unos segundos en los que el rostro de Ivy fue ruborizándose bajo su observación.

—¡No puedes imaginarte lo feliz que me hace tenerte así!—confesó, arrebatado, al tiempo que descendía sobre ella. De forma dulce y lenta le besó la frente, los párpados, las mejillas, la nariz y al final se cernió sobre los labios entreabiertos, como un sediento ante una fuente inagotable de agua. Había sufrido tanta sed de ella que ahora se iba a saciar por todos los segundos en los que desesperó mientras ella crecía y maduraba.

—Hans... —susurró Ivy con un murmullo ronco—. Yo adoro sentirte sobre mí...

Él gruñó, pasional. Seducido se apropió de sus labios con vehemencia. Buceó en su boca como un explorador irredento, siempre dispuesto a ahondar un poco más. Acorraló la lengua femenina con ardorosa exigencia y gimió extasiado cuando ella se rindió y se entregó a él con encendida pasión.

Entonces sonó tras ellos un discreto carraspeo y ambos se separaron, jadeantes.

—Disculpe, sire —dijo Duncan, unos pasos por detrás de la hamaca, con la vista fija más allá de ellos cuando Hans asomó la cabeza.

—Dime, Duncan —pidió en voz baja. Férreo, controló el tono debido a la frustración que le producía esa interrupción.

—El señor Clooney ha sabido de su estancia en *Villa Giuseppina* y ha mandado unas invitaciones, para usted y los que lo acompañen, para tomar un aperitivo en *Villa Olandra* antes del almuerzo.

—¡Oh, bueno! Esto... eh... —Hans interrogó a Ivy con la mirada para ver qué quería hacer ella, aunque él sabía muy bien que prefería llevarla arriba y acostarla otra vez sobre su inmensa cama para disponer de su cuerpo durante el resto del día.

—Gracias, Duncan. Iremos encantados —dijo Ivy, al tiempo que asomaba la cabeza por encima del hombro masculino.

Hans meneó la suya, resignado, y elevó las cejas.

—Sí, está bien. Prepara la motora, Duncan, si eres tan amable —pidió con una frustrada mirada al cielo.

—Por supuesto, sire. —Duncan inclinó la cabeza y se retiró tan discreto como había llegado.

Hans se volvió hacia Ivy con una mirada maliciosa.

—De acuerdo, pequeña tunanta. Iremos a ese aperitivo para que puedas hablar con George sobre motos, pero hay condiciones —arguyó.

—¡Oh! ¿Y cuáles serán esas condiciones? —inquirió, juguetona, mientras se levantaba, se desperezaba y daba saltos, provocativa, con los brazos en alto.

Él recorrió su cuerpo con una mirada impúdica, se levantó y sonrió.

—Ya lo pensaré, muñequita, pero estate preparada —advirtió al tiempo que la enlazaba de la cintura, detenía ese baile indecente y la sujetaba por la mandíbula. Descendió de nuevo hacia esa boca tentadora, se adueñó de ella y terminó lo que Duncan había interrumpido. Al cabo de varios minutos se separó, impetuoso.

—¡Oh, sí! Estate preparada —advirtió, maquiavélico, en un tono que provocó un escalofrío en el espinazo de Ivy.

Hans lo advirtió y lanzó otra sonora carcajada, al tiempo que se encaminaba con ella hacia el embarcadero.

Una vez instalados en la preciosa motora de madera, él arrancó el motor y se alejaron del amarradero de la villa, surcando con suavidad las tranquilas aguas del mediodía hacia el este.

Ivy apoyó una mano sobre la rodilla masculina y acarició el muslo de Hans, lenta, como si no pudiera dejar de sentirlo. Él conducía la motora con maestría. El viento agitaba sus cabellos mientras las aves planeaban sobre ellos y el sol hacía brillar la superficie del lago como si fuera un espejo donde se reflejaban con gran belleza las montañas circundantes, de un exuberante verdor.

Horas más tarde, por la noche, ambos se hallaban en la terraza de la alcoba principal de la villa. Una maravillosa mesa de cristal estaba dispuesta para una cena íntima. Ninguna luz eléctrica estaba encendida en el amplio balcón circular, abierto solo por un lado, y gran variedad de velas diseminadas por el suelo, la barandilla de piedra, y la mesa, iluminaban el lugar con su resplandor ambarino.

Hans había exigido el pago de las condiciones de una manera que Ivy no pudo imaginar. Le pidió que cenara con él, esa noche, pero desnuda por

completo.

Ivy se sonrojó.

—¿Desnuda? —inquirió. Un súbito calor se expandió por su vientre al imaginarse la escena.

—Sí. Solo tu piel —recalcó con expresión impenetrable, de pie ante ella después de regresar de la villa del actor. No dijo nada más y esperó a que contestara antes de explicarle en qué consistiría en verdad la cena. Anhelaba que aceptara sin cuestionar.

Ivy retiró la vista, turbada, pero pensó en las fantasías que tenía siempre y cayó en la cuenta de que eran muy parecidas a lo que le estaba pidiendo Hans, aunque no hubiera ataduras de por medio. Ante el silencio de él comprendió que ella tenía la última palabra, pero si se dejaba llevar por el pudor ahora tal vez se perdería una intensa experiencia. Elevó la barbilla con valentía. Había acudido desde Nueva York para seducirlo, no iba a dar ni un solo paso atrás. Curvó los labios en una sonrisa traviesa que provocó una demoledora agitación en el bajo abdomen masculino, y respondió:

—De acuerdo. Cenaré contigo desnuda por entero, Hans.

Los ojos de Hans relucieron, llenos de satisfacción.

—¡Perfecto! —celebró—. Cenaremos en la terraza superior. Estarás expuesta solo a mis ojos —aclaró, aunque su vena más malévolamente no pudo evitar añadir—. Por esta vez.

Ivy agrandó los ojos ante la inesperada aseveración y se sintió como si estuviera en una montaña rusa emocional. Hans tiraba de ella, la sacaba de su zona de confort y por extraño que pareciera, se sentía encantada sin tener control alguno sobre lo que sentía ni sobre lo que sucedía.

Unas horas después, sentada frente a él, con el precioso cuerpo sin otro ornamento que unas gotas de su perfume preferido: *Chance Eau Tendre* de Chanel, e iluminado por el resplandor de las velas, con la cabellera rubia suelta sobre los hombros y espalda, estaba arrebatadora. Una expresión desazonada cubría su rostro y en opinión de Hans era del todo adorable. Suspiró, impresionado. Ivy iba a trastocar todo su mundo, estaba seguro.

Frente a una botella de Moët Chandon Rosé, Hans explicaba en qué consistía la disciplina.

—¿Castigo? —inquirió, ella confusa y un poco inquieta al oír esa palabra. Ya no era una niña a la que se le hubiera que afeor ningún comportamiento.

Él sonrió con dulzura.

—Existe un placer inimaginable en el hecho de estimular la piel con otros

medios que no sean solo las caricias. El castigo, propiamente dicho, se aplica cuando una sumisa comete un error al no cumplir con una orden sobre algo pactado de forma previa o por simple rebeldía —explicó, paciente—. Entonces el dueño la castiga azotándola o privándola de algo que a ella le gusta mucho, para que aprenda que siempre hay consecuencias a sus acciones. No te asustes —pidió al ver las pupilas dilatadas y la femenina faz demudada—. Tienes que entender que el Dominante siempre controla el nivel de dolor de su sumisa. Un castigo jamás será aplicado desde la rabia o la furia y nunca como un medio de quedar por encima. Es solo una medida correctiva, ¿entiendes?

Ivy asintió. Su vivaz imaginación recreó lo expuesto por él y su cuerpo reaccionó contundente. Un morboso anhelo creció dentro de ella, no por ser castigada, pero sí por sentir que había límites que él no se permitiría cruzar bajo ningún concepto.

Hans continuó, sin perderse detalle de la reacción femenina y del cambio en su rostro como en un libro abierto.

—Por otro lado, está el juego del dolor. En ese juego pueden entrar los azotes: el *spank*, las agujas y así sucesivamente. Hay un precario equilibrio entre el umbral del dolor y el del placer, y cuando lo descubres... —Los ojos de Hans se iluminaron, ardientes, y esbozó una sonrisa torcida que hizo que los pezones de Ivy se contrajeran excitados. Las pupilas de él se posaron de inmediato sobre ellos y la mirada se espesó, abrasadora.

Ivy se humedeció el labio al reconocer los signos físicos con los que él demostraba el creciente deseo por ella y su propio cuerpo respondió con una potente sacudida en el bajo vientre.

Hans absorbió todos los pequeños gestos femeninos con intensa fijeza, pero continuó, sin dar más muestras de su propia respuesta ante la piel expuesta:

—Hay una línea muy clara entre lo que es verdadera entrega y lo que es una relación tóxica —declaró—. Yo jamás te pediré que traspases tus límites por capricho. Lo haré para hacerte ver que son tus propios miedos los que te atan. Y te enseñaré que puedes volar mucho más alto, pero que nunca te someteré de una forma vejatoria. Nunca buscaré tu humillación para hundirte ya que en el BDSM no existe la violencia. La violencia es una acción cometida contra alguien con el fin de agraviar, dañar, lastimar, ultrajar... Ninguno de esos sentimientos tiene cabida en el BDSM ya que este mundo es netamente hedonista a través del consenso —afirmó con calma.



Durante esa maravillosa velada, con ella exhibida por completo a su hambrienta mirada, la interrogó con mucho interés sobre sus gustos, sobre sus más íntimas fantasías —las que ella no se había atrevido a confesarle todavía—, sobre lo que le daba miedo y lo que le daba morbo.

Ivy no se asustó de sus preguntas ni retrocedió ante lo que él le iba exponiendo sobre lo que sería habitual en su relación, aunque sí se tomó su tiempo para asimilarlo. Y contestó a todas las cuestiones que le planteaba, algunas con timidez, otras insegura, pero siempre con sinceridad.

—Confío en ti, Hans. Siempre lo he hecho y sé que me adiestrarás y cuidarás, anteponiéndome a ti mismo, como siempre has hecho —declaró, franca, de forma apasionada y entusiasta, como una niña que no hubiera conocido jamás la traición y que no concibiera que esta pudiera existir.

Hans se maravilló de su inocencia y naturalidad, y asintió. Por supuesto, esa era la primera norma de un Dominante: cuidar de su sumisa o sumiso, aún por encima de sí mismo. Al final, como prueba de fuego para ella, explicó que a él le gustaba tener varias sumisas e, incluso, cederlas a otros Dominantes.

Ivy frunció el ceño, pillada por sorpresa.

¿Otras sumisas?

¿Tendría que compartirlo?

Desvió la vista, turbada. No le gustaba la idea de verlo con otra mujer, de saber que él podía disfrutar de las caricias de alguien quizá más experto, que tal vez le proporcionara más placer o a la que deseara más que a ella, pero una parte de su mente se rebeló contra ese encorsetamiento vainilla y pensó que estaba reaccionando de una forma demasiado convencional. Si quería adentrarse en este mundo de la mano de él, debía abrir la mente y no dejarse llevar por prejuicios o celos inútiles. Así que cambió los derroteros de su mente y se imaginó a Hans con otra mujer, tocándola como había hecho con ella, besándola y acariciándola. Y la escena no la disgustó, al contrario le produjo un ligero morbo que la hizo sonreír y dejar de fruncir el ceño al imaginarse los gemidos de placer de la otra chica. Entonces su cerebro procesó la última parte del comentario de él y se sonrojó con viveza.

¿Otros Dominantes?

Se estremeció, impactada. ¿Otros hombres la tocarían como había hecho él? ¿Otros la dominarían, quizá con fuerza física como había soñado en sus fantasías de piratas?

Su cuerpo reaccionó de forma contundente ante el pensamiento de poder

estar con Hans y con otros hombres que hicieran lo mismo que él le había hecho esa noche. Lo miró a los ojos, transparente en sus emociones, y sonrió tímida, pero con un inconfundible brillo de lujuria en el fondo de las pupilas que enardeció al hombre a su lado y desató la contención del Dominante.

La confianza de él se reafirmó. Ivy iba a dar una nueva dimensión a lo que él había vivido hasta ese momento. Sonrió con un brillo sinvergüenza y preguntó:

—¿Recuerdas aquel taller de macramé al que acudiste en semana santa del año pasado?

Ivy arrugó el entrecejo ante el súbito cambio de tema y asintió, confusa. En esas vacaciones él estaba de viaje y ella se aburría como una ostra, ya que sus amigas se habían ido a visitar a sus padres, por eso se apuntó a ese taller en el que hizo amistad con un montón de abuelas. Hans ensanchó la sonrisa de truhan y continuó:

—Bien. Cuando regreses a la universidad quiero que compres cinta de raso o satén, del color que prefieras, y trences un cordoncillo de aproximadamente un metro y medio de longitud. ¿De acuerdo?

—¿Para qué?

—Tú solo hazlo porque yo te lo pido—pidió con suavidad. Esta vez muy serio, sin asomo de la anterior picaresca—. ¿Lo harás?

Ivy tragó saliva y asintió. Comprendió que debería aprender a diferenciar el simple sentido del humor típico de Hans a las órdenes que impartía como Dominante.

Agosto transcurrió sin que se dieran cuenta, los días se sucedieron entre noches de pasión y deseo, conversaciones y risas. Se descubrieron de formas diferentes a cómo se habían visto hasta el momento y su relación cambió. Se confesaron sentimientos a flor de piel desnuda y carne trémula.

Fueron días de enseñanzas y revelaciones para los dos.

Pero...

Las vacaciones llegaban a su fin. Ella tenía que regresar a Estados Unidos para empezar a preparar el siguiente semestre universitario.

La noche anterior a su partida Hans preparó la primera sesión de BDSM con Ivy. Por la mañana, después de desayunar, la llevó a la habitación que tenía acondicionada en el sótano de la villa y se la mostró.

—¿Qué te parece?

Ivy se paseó por la amplia estancia con muchísima curiosidad. Era una estancia rectangular, con algunas paredes forradas de cortinas negras que

pendían del techo hasta el suelo. En ese momento estaban descorridas y permitían entrar la luz del sol vespertino a través de los estrechos ventanucos a ras del techo. Una de las paredes, de piedra caliza, sin ventanas ni cortinas, estaba revestida de estanterías de piedra con utensilios y juguetes sexuales. A un lado había varios colgadores de los cuales pendían algunos látigos y *floggers*<sup>34</sup>, esposas metálicas y de velcro, y varios rollos de cuerda de diferentes grosores y colores, enrolladas de forma pulcra. En el centro de la estancia, una gran mesa de madera negra presidía el espacio. El suelo era de cemento pulido y en las paredes pendían unos apliques que se asemejaban a unas antorchas medievales con gruesas velas de cera blanca.

En la pared del fondo se veía una gran equis de madera negra, de unos dos metros de alto. Una cruz de San Andrés según le explicó Hans ante la muda pregunta. Ivy se aproximó a ella y se mordió el interior del carrillo mientras acariciaba la dura superficie y se fijaba en especial en las anillas que había en cada extremo de la equis. No le hizo falta pensar mucho para adivinar cómo se utilizaba. Se volvió hacia Hans, que permanecía de pie con las manos en los bolsillos del pantalón y las piernas separadas, observándola con fijeza, y lo miró con los ojos brillantes de lujuria, a través de los metros que los separaban.

El corazón dominante de él se sacudió, anhelante, al ver el profundo deseo en los ojos femeninos.

—¿Quieres tener una primera sesión conmigo? —inquirió neutro, sin dejar traslucir los sentimientos de anhelo y deseo que lo arrollaban. Ahora que habían llegado tan lejos sería una desilusión que ella dudara.

Ivy movió la cabeza afirmativa. Esbozó media sonrisa, las mejillas le ardían, al mismo tiempo que su abdomen no dejaba de sufrir convulsiones llenas de expectativa.

—Dilo —ordenó, riguroso. No pensaba conformarse con ese simple movimiento, necesitaba oír su voz aceptando la proposición.

Ivy irguió la cabeza y lo miró de frente, espoleada por esa orden tan directa. Se le estremeció el alma ante la autoridad que emanaba de Hans en ese momento.

—Sí, Hans. Quiero y deseo tener una primera sesión contigo —admitió, aun así, con la voz temblorosa. Quería complacerlo y no defraudarlo, pero también tenía miedo, nervios, inseguridad y un ardoroso anhelo por saber.

Hans sintió un escalofrío recorrerle el espinazo y reprimió un gruñido excitado ante esa respuesta. Con una expresión hermética que escondía sus

emociones asintió y se aproximó a ella, despacio. Al llegar a su lado le cogió la barbilla y la miró a los ojos durante unos segundos en los que se recreó con placer en la faz femenina, turbada y agitada.

—Bien, muy bien —alabó, complacido—. Todavía no soy tu Amo, pero en esta sesión deberás llamarme así, ¿de acuerdo?

—Sí.

—¿Tienes claras tus palabras de seguridad?

—«Cielo» para una pausa para hablar o preguntar e «Inferno» para parar porque no puedo soportarlo o porque no quiero continuar —recitó, de memoria.

Hans sonrió y los ojos se le oscurecieron, intensos y astutos.

—Perfecto. Entonces ve a tu habitación y vístete con la ropa que encontrarás sobre tu cama. Luego baja aquí —ordenó con suavidad.

Ivy asintió y avanzó para cumplir la orden, pero cuando pasó por su lado Hans la cogió por la cintura, por detrás y la pegó de espaldas a él para hablar en su oído.

—No tardes —susurró, ronco, de una forma tan sensual y tórrida que Ivy sintió estremecerse su sexo de pura excitación. Incapaz de hablar, asintió, temblorosa y Hans la soltó.

Corrió escaleras arriba tan rápido como pudo y al cabo de diez minutos, ya con el precioso kimono negro que había encontrado sobre la cama: un precioso dragón dorado bordado a mano decoraba la espalda, aparte de la escasa ropa que llevaba debajo, descendió con premura. Al llegar junto a la puerta, inspiró profundo un par de veces y por fin tocó en la madera con los nudillos.

—Adelante —sonó la voz de Hans, imperiosa y grave.

# 21

Ivy permanecía en la oscuridad. Intentaba distinguir un atisbo de luz, pero la nada, la nada más absoluta la rodeaba. La tocaba, la acariciaba, la estremecía con su ausencia.

Hans le había ordenado conservar la misma postura: a cuatro patas, con las rodillas muy separadas, la grupa hundida y exponer el sexo hasta que él regresara.

Le había quitado el kimono negro nada más entrar por la puerta y la había dejado desnuda a excepción de unos guantes de satén negros por encima del codo y unos altísimos zapatos de tacón de aguja, también negros. El pelo rubio como el oro y largo hasta media espalda, se lo había recogido en una apretada cola de caballo en lo alto de la coronilla.

Llevaba mucho tiempo en la oscuridad.

¿Cuánto hacía ya?

No importaba. Permanecería allí hasta el fin de la eternidad si así lo disponía él, dispuesta a complacerlo. Anhelaba ver ese brillo de satisfacción en los ojos de Hans. En esos días había aprendido a identificarlo cuando algo de lo que ella hacía o decía lo complacía en extremo. Era en esos momentos cuando más feliz se sentía. Un profundo sentimiento de satisfacción y plenitud la asediaba en ese instante al vivir una situación que la excitaba.

De repente oyó ruido al otro lado de la puerta. Se mantuvo quieta, expectante, aunque el corazón saltó agitado en su pecho. El deseo de ver a Hans y sentirlo galopaba veloz en sus venas, como si de un narcótico se tratara y tuviera necesidad de otra dosis.

La luz de una vela inundó la estancia cuando él abrió la puerta y entró despacio, pisando fuerte sobre las frías baldosas. Cerró la puerta pausado. Los movimientos lentos, medidos, estudiados. Se aproximó a ella por delante y se detuvo a poca distancia.

Desde su perspectiva inferior, ella pudo ver sus piernas enfundadas en unos pantalones negros y unos caros zapatos italianos. Su aroma viril inundó sus sentidos y aspiró con deleite. Deseaba con mucha ansia levantar el rostro hacia él y contemplar su cara, los ojos intensamente azules y el abundante pelo plateado, pero se contuvo a tiempo al recordar, de pronto, que no podía desobedecer la orden de quietud.

Una ardiente gota de cera de la vela encendida se vertió tan de improvviso sobre su piel, quemándola, que su cuerpo se estremeció violentamente.

Hans se recreó despacio en la dulce tortura de verter sobre esa piel expuesta el abrasador impacto con el que quería obtener una inmediata respuesta física y sexual por parte de ella. Dibujó un flamígero camino de gotas incendiarias en el espinazo, desde la nuca hasta el principio de las redondeadas nalgas.

Ivy respiraba entrecortada, se le escapaban pequeños jadeos cada vez que la gota la tocaba y le enviaba oleadas de calor por toda la superficie de la piel, como una onda en un estanque. Al principio se asustó del inesperado dolor que le provocó ese calor abrasador, pero a los pocos segundos se le expandió por la piel como si la recorriera una corriente de placer y jadeó, impactada. Y ahora deseaba la siguiente, estremecida, con los sentidos agudizados, inmóvil. La esperaba y la ansiaba, casi tanto como la temía.

Hans se posicionó tras ella y siguió derramando la crepitante cera por las torneadas piernas hasta llegar a los tobillos.

Ivy, anhelante, gimió de placer sin poder contenerse.

—¡Levántate! —restalló la orden en el silencio de la estancia. La voz profunda, unas octavas más grave que de costumbre, la cautivaba con el tono oscuro que bailaba en el fondo de las palabras.

Ella se levantó despacio. Antes de moverse estudió cada movimiento de su cuerpo voluptuoso y ejecutó una coreografía sensual pensada solo para él, osada, deseando provocar lo mismo que él inducía en ella.

Hans se acercó por detrás. Se mantuvo quieto unos segundos. A pesar de los altos tacones que ella calzaba, él todavía la aventajaba en altura. Su poder la envolvía, aún sin tocarla e Ivy se estremeció ante el tórrido calor que la acariciaba. El aliento masculino impactó en su piel, justo por debajo de la oreja y gimió, erotizada. Él le habló al oído.

—Tumbate en la mesa y ábrete para mí. —El ronco susurro la puso a cien, erizándole todo el vello del cuerpo.

Obediente, se dirigió hacia la mesa y se tumbó, sin mirarlo. Abrió las piernas despacio, excitaba. La vergüenza la abochornaba, pero el morbo de la situación latía justo entre sus pliegues húmedos. Esperó, tumbada sobre la fría superficie de la mesa de madera, con la vista fija en el techo. Él todavía no le había dado permiso para mirarlo y sus entrañas clamaban a los cielos. Deseaba verlo, con ansia. Deseaba ver sus ojos color cobalto clavarse intensos en ella, con deseo. Ese calor en las pupilas oscuras la hacía delirar, la derretía. Se moría por él.

Pero Hans permanecía distante. Quería hacerla esperar y ver cómo se

retorcía de impaciencia, el deseo cada vez más desatado. Ver como le entregaba su anhelo, sin quejarse, sin moverse. Sabía que ella estaba cada vez más ansiosa. El leve movimiento de los labios lo estaba volviendo loco. Ivy se los humedecía y los dejaba entreabiertos en una muda invitación a saborearlos.

Ella no sabía lo mucho que lo excitaba saber que lo deseaba y lo enloquecía de avidez cada vez que lo invitaba a disfrutar de sí misma. Ni lo mucho que le costaba contenerse sin ceder a la lujuria que le desataba. Pero se resistía con empeño para aumentar sus propios límites y los de ella para que, al final, el placer de ambos fuera sublime.

Ivy lo oyó moverse cerca de la mesa; algo producía leves susurros, pero no podía precisar qué los originaba.

—Quítate uno de los guantes —ordenó, entonces.

Ivy no lo veía, ni siquiera sabía de dónde procedía la voz. Obedeció. Levantó una mano con elegancia hacia arriba y con la otra, muy suave y muy despacio se lo fue quitando, deslizándolo sobre el brazo.

El codo...

El antebrazo...

La suave tela de satén se iba replegando sobre sí misma, al tiempo que descubría la tersa piel.

La muñeca...

La mano.

—Cierra los ojos y pónelo encima.

Ella se esforzaba en averiguar dónde estaba situado él, pero la voz parecía provenir de todos lados.

Con las piernas abiertas, sentía como la humedad que rezumaba su sexo excitado iba resbalando hacia la mesa bajo ella. Cerró los ojos y se colocó el guante encima.

Entonces llegó una orden temida:

—Acaríciate, dame tu placer —susurró, de repente, en su oído. Sobrecogida con su cercanía, se estremeció de anhelo.

Pero...

Aterrada, se le escapó un gemido de protesta. ¿Masturbarse? ¡Dios! ¿Podía existir mayor bochorno? ¡Era demasiado íntimo! Quería rogarle, quería suplicarle: «Eso no, Amo, por favor». No podía masturbarse ante él, pensó sofocada. La vergüenza la traspasó y el pudor la hizo enrojecer, pero ¿acaso no era eso lo que había imaginado desde muy joven? ¿No era el poder de un

hombre lo que anhelaba sobre ella? Así que en vez de protestar o seguir debatiéndose en la incertidumbre, obedeció. Deslizó la mano despacio por su cuello, bajó por el esternón, siguió por el abdomen hacia la zona prohibida y llegó al monte de Venus. Acarició la zona con lentitud y luego se adentró entre los sonrosados y calientes pliegues con sus finos dedos. Empezó a acariciarse, al principio, reticente. Pero saber que él la observaba sin perderse detalle de lo que sus yemas hacían, le creaba un morbo que le saturaba la mente y el cuerpo, y se estaba excitando hasta el punto de no retorno.

Pronto empezó a gemir de placer. Al principio se contenía, ruborizada, pero ese recato no duró mucho tiempo. Llegó al punto de arquearse, enfebrecida de gozo, sobre la mesa mientras se masturbaba.

Hans la observaba con un nudo en torno a los genitales, como si una cuerda se enroscara, más y más. ¡Ivy obedecía! Durante unos segundos, mientras ella se debatía contra la vergüenza, llegó a temer que se plantara, que dijera su palabra segura y saliera corriendo, pero no. Y ahora escuchaba sus gemidos con el corazón en la garganta, tan pleno de su entrega que no podía respirar, y jadeaba en silencio.

—¡Más! ¡Más fuerte! ¡Más profundo! —ordenó autoritario, en su oído.

El corazón femenino bombeaba encabritado. Ivy se tocaba en los puntos más calientes, allí donde se daba más placer. Penetraba con dos dedos en ese túnel de fuego en un rápido vaivén, cada vez más rígida. Siguió acariciándose sin parar, al borde del abismo que se abría inmenso ante ella, se tensó a punto de saltar y él lo percibió.

—No, no lo hagas —prohibió, al ver como enrojecían las mejillas y el cuello de Ivy, el cuerpo listo para liberar toda la tensión y negó—: No sin mi permiso.

Ivy apretó los dientes, frustrada y, a la vez, ansiosa por complacerlo. Detuvo los dedos y ahogó un gemido de pérdida. Arqueada sobre la mesa, con las piernas en tensión por el orgasmo no liberado, lo oyó moverse, desplazarse hacia el sur de su cuerpo y gimió, incontenible.

—Amo —susurró, suplicó, al borde del colapso—. Amo....

De repente, él le quitó el guante que cubría sus párpados.

—Mírame —ordenó.

Ella, sin fuerzas, levantó apenas la cabeza y lo descubrió entre sus piernas, vestido, con una mirada de lujuria que la taladró. Sintió los fuertes dedos deslizarse sobre los suyos, los movió con los de ella y acompañó sus vaivenes.



—Amo, por favor... ¡Por favor! —Al borde del paroxismo, volvió a arquearse de placer al recibir la penetración de los dedos masculinos. Movi6 la cabeza de un lado a otro con frenesí, sonriendo al sentir su mano sobre ella. Pero 6l le había negado el tan ansiado alivio y se estaba excitando más y más.

—Retira tu mano.

Obedeció, estremecida bajo las t6rridas caricias.

—Cuenta hasta diez y dámelo —demandó Hans con la voz enronquecida por el lujurioso deseo, inclinado sobre ella.

Ivy casi lloró. No iba a ser capaz de aguantar, sus dedos la estaban volviendo loca. Ya antes de que la tocara estaba demasiado acelerada, pero era sentir las manos de 6l en la piel y se incendiaba. Se concentró todo lo que pudo para ignorar esos dedos calientes y expertos en su sexo y empezó a contar, mientras se agarraba con las manos al borde de la mesa. Se retorció sobre la dura superficie en un intento de no alcanzar ese orgasmo que sentía venir hacia ella con la fiereza de un ciclón pero, entonces, sintió la ardiente y suavísima lengua masculina sobre el clítoris y ya no pudo contenerse. Perdió el sentido de la realidad y solo fue consciente de ese experto y caliente contacto sobre ella. Se agitó sobre la mesa, gritando, mientras se desbordaba y los incontenibles espasmos de un placer arrollador la recorrían una y otra vez.

6l no se retiró y continuó torturándola. La cogió de las caderas y la elevó. Sumergido entre sus piernas, succionó y lamió de tal manera que ella enlazó otro orgasmo, más brutal que el anterior. Solo entonces se retiró y la sujetó, amoroso, mientras su cuerpo se estremecía una y otra vez. Le bajó las caderas y la acarició con dulzura. Subió muy lento con las manos por los muslos temblorosos, el estremecido abdomen, los senos endurecidos, el cuello enrojecido.

Cuando por fin pudo volver a respirar y bajar de las cimas de placer a las que 6l la había encumbrado, Ivy abrió los ojos y lo miró, extasiada, todavía con demoledoras réplicas del orgasmo sacudiendo su cuerpo.

6l sonreía, con la mirada penetrante fija en ella.

—No he llegado a diez, Amo —confesó al final, con la voz temblorosa.

Las carcajadas masculinas inundaron la estancia y la hicieron estremecer de nuevo.

—Lo sé, ya se me ocurrirá un castigo adecuado —afirmó, mientras le relucían los ojos con regocijo.

Septiembre, 2016. New Haven

Ivy regresó a New Haven para empezar a preparar el próximo semestre, en un vuelo chárter. Hans la acompañó al aeropuerto y se despidieron de una forma mucho más intensa que aquella última vez en Mallorca.

Después de un vuelo de casi diez horas Ivy llegó por fin a su apartamento. Con un suspiro de cansado alivio abrió la puerta y encontró a Freddo cómodamente tumbado sobre la hamaca junto a la ventana. Él se giró con desgana al oír la llave en la cerradura, pensaba que sería la pesada de la vecina otra vez —desde que su adorable y traidora dueña se había ido, esa mujer lo visitaba por lo menos diez veces al día y no hacía otra cosa que pellizcarle las orejas—, pero al ver que era su dueña, la miró altanero, retrajo las orejas hacia atrás y le retiró la vista, enfadado.

—¡Oh, mi cachorro! —exclamó Ivy, melosa, con un deje culpable. Dejó las maletas junto a la puerta y corrió hacia él. Se arrodilló a su lado y empezó a hacerle mimitos y arrumacos. Freddo siempre se enfadaba cuando lo dejaba unos días solo. Generalmente se lo llevaba con ella cuando viajaba, pero cómo en teoría solo se iba a pasar el fin de semana a Manhattan con motivo de su cumpleaños para celebrarlo con las chicas y un esperado Hans que al final no apareció, pues él quedó a cargo de la vecina—. Mi precioso gatito, mi rey guapo. ¿Ha estado solo mi chiquitín? —canturreaba, mimosa.

Freddo fingió no prestarle atención, pero pronto empezó a ronronear y luego se estiró para acabar panza arriba y con la cabeza retorcida hacia ella mientras maullaba sin parar como si le estuviera recriminando su ausencia y contándole todo lo acontecido desde que se fue.

Ivy siguió rascándolo y arrullándolo. Al fin lo cogió en brazos y lo abrazó contra su torso.

—¿Sabes? He estado con Hans —relató con un brillo de felicidad en los ojos. Se echó sobre la alfombra junto al sofá y miró al techo mientras sostenía sobre su pecho a Freddo—. Es un hombre tan magnífico que no puedo creer que... uff... No sabes lo que me costó hacer que confesara que me deseaba. Es desconcertante, imprevisible, fuerte y tan seguro de sí mismo que muchas veces creo que es demasiado para mí. Pero adoro estar con él, escuchar su voz, oír su risa... Sus ojos sobre mí son tan... Esa mirada me estremece —reveló, rememorando los ojos de Hans mientras las mariposas de su estómago se volvían locas—. ¡Ay, mi Freddo! ¡Estoy con Hans! Y puede que lo esté de una manera más total todavía, puede que me convierta en su sumisa, ¿sabes? —confesó con asombrada alegría.

Todo lo que le había pasado desde que había tocado al timbre de la villa y un estupefacto Hans había abierto la puerta era tan apabullante que todavía sentía el corazón estremecido y tan feliz que apenas podía creérselo. Él era todo lo que había ansiado siempre y se sentía tan bien que no podía esperar a verlo de nuevo.

Se levantó y dejó a Freddo sobre la hamaca otra vez. Este se sentó, digno, y empezó a acicalarse; pensaba que las caricias de su dueña eran lo más maravilloso del mundo, pero uno tenía que mantener su estatus y tener siempre el pelo brillante y pulcro.

Ivy cogió las maletas y se dirigió hacia el dormitorio para deshacerlas. El apartamento no era muy grande, dos habitaciones, una cocina abierta a la sala comedor, un aseo y un baño principal en su habitación. Miró por las ventanas abiertas a la calle, el sol de la mañana entraba por ellas y sonrió, con el corazón rebosante de felicidad.

¡Hans, ese hombre tan atractivo, intrigante e intenso, correspondía a sus sentimientos!

El móvil empezó a pitarle en ese momento y sonrió de nuevo al reconocer el tono específico para el grupo de mensajería: era el de las chicas. Antes de embarcar había publicado un *post* en el que decía que estaba subiendo al avión rumbo a New Haven otra vez y que cuando llegara ya contaría todo.

Dos de sus amigas estudiaban en Yale, también. Olalla: Historia e Historia del Arte y Helena: Historia y Civilizaciones Clásicas. En cambio Amparo, Verito y Tere, cuando terminaron en el internado suizo, donde trabaron amistad entre otras muchas amigas y amigos de otras nacionalidades, habían decidido permanecer en España, pero mantenían un contacto constante con el móvil, con las video llamadas y en las redes sociales.

Abrió la pantalla y clicó en el icono del grupo. Un montón de mensajes se acumulaban y resopló mientras se le venía una palabra a la mente: «¡Cotorras!».

Amparo\_7:50

¿Sabéis algo de Ivy?

¿Ya ha llegado la muy tunanta?

Aquí nos tiene, esperando, jooo.

Helena\_7:52

No, no sé nada y ya le vale.

Apenas ha dicho nada en todo el tiempo que lleva en la villa.

Verito\_8:05  
¿Ya ha vuelto?  
¡¡¡Ivyyyyy!!!

Tere\_8:06  
No desesperéis. Seguro que se lo está  
pasando pipa y ni se acuerda de  
que tiene amigas que se mueren por saber.  
Propongo que la enviemos a  
«Coventry».

Olalla\_8:10  
¡¡¡Ivyyyyy!!!  
¡Cómo no digas algo rápido me voy a hacer  
pis encima!  
¡Quiero saber qué más ha pasado con  
Hans... YAAAAA!

Ivy se echó a reír, se sentó en la cama y se echó de espaldas para contestar.

Ivy\_11:45  
Ya llegué, chiquis.  
Estoy bien y me voy a dormir.

Esperó risueña los mensajes que sabía que no tardarían en calentar su  
móvil hasta hacerle echar humo.

Verito\_10:47  
Ivy Seren Aldrige de Lasarte  
¡Cómo no empieces a largar con esos deditos  
en el teclado de tu móvil, te juro que cojo un  
avión  
y te secuestro!

Helena\_10:50  
¿Estás en tu apartamento?  
¡Voy para allá!

Olalla 10:51  
¡Helena!  
Estoy en la biblioteca. Bajo ahora mismo.  
Espérame y voy contigo.

Helena 10:51

De acuerdo, voy  
de camino  
Te espero en las escaleras del parque.

Tere 10\_52

¡Ivy!

¡No se te ocurra irte a dormir!

Empieza a largar yaaaa.

Ivy soltó una carcajada, se sentó con las piernas cruzadas sobre la cama y empezó a teclear. Freddo se asomó por la puerta y se frotó contra el marco. Se sentó y maulló con desgana. Al ver que ella no le prestaba atención, se levantó, se aproximó a la cama y se subió de un salto. Se acercó delante de ella, se apoyó con una de las patas delanteras en la rodilla femenina, se incorporó y adelantó la otra pata para tocarle la barbilla. Reclamaba atención con todo su derecho, había estado muchos días solo, con la única compañía de la dichosa vecina pesada.

Ivy\_11:05

Jajajaja, cómo sois.

¿No tenéis compasión de una  
pobre chica que acaba de aterrizar  
después de un vuelo de casi doce horas?

Ivy alargó una mano y acarició a Fredo bajo la barbilla y detrás de las orejas, mientras tecleaba con la otra mano en el móvil.

Amparo\_11:05

Ni de coña.

Tú eres la que no tienes compasión.

Desapareces después de la fiesta,  
casi no dices ni mu en todo el tiempo  
y ahora no quieres decir nada sobre  
todo lo que ha pasado con Hans,  
el hombre por el que has estado colgada  
desde hace mil.

Estoy pensando seriamente en estudiar  
tortura para aplicártela la próxima vez  
que te vea, que lo sepas.

Ivy\_11:15

Está bien, está bien.  
No os enfadéis conmigo,  
soy demasiado feliz.  
Han sido unos días fantabulosos, chiquis.  
Hans es... es...  
Uff, no tengo palabras.

Ivy clicó en los emoticonos y empezó a poner corazoncitos y caras con los ojos en forma de corazón sin parar mientras se reía a carcajadas en el silencio del apartamento. Se inclinó sobre Freddo y empezó a besarle por toda la cara hasta que él salió huyendo. Entonces se levantó, salió a la sala de estar y conectó el equipo de música, seleccionó un álbum, el último disco que habían sacado los hermanos de Cornellá y subió el volumen mientras se quitaba el bolso de Desigual que llevaba atravesado sobre el cuerpo.

Se tiró en el sofá y desbloqueó otra vez el móvil para ver los mensajes.

Verito\_11:15

Me voy a clase,  
te aconsejo que cuando vuelva vea mínimo  
doscientos mensajes o no  
respondo de mí.  
¡Advertida quedas!

Amparo\_11:16

Entonces, ¿él te corresponde?

¿Estuvisteis juntos todos estos días?

Ivy\_11:16

Está bien, Verito. ¡Oído cocina!

Sí, Amparo.

Me corresponde y...

Uff, ¡de qué manera!

Es apasionadamente salvaje,  
es una bomba sexual... Ainss...

Cuando llegué y toqué a la puerta,  
tendríais que haber estado ahí,  
se quedó de piedra al verme y luego  
quiso que me fuera. No quería ni oírme,  
decía que era una locura, que era muy mayor  
para mí, que era mi tutor...

Tere\_11.17  
¿Y qué?  
¿Lo empotraste contra la pared y lo besaste?  
¿Te empotró él?  
¡Cuenta, coñe!

Ivy\_11:17  
No, esa noche no hubo empotramientos,  
eso sí, me cogió en brazos  
y me subió corriendo la escalera hasta su  
cuarto. Otra cosa es  
a la mañana siguiente en la ducha.

Amparo\_11:17  
¿En la ducha?  
¡Ay, Dios!

A la exclamación de Amparo seguían un montón de emoticonos de caritas sonrojadas y caritas sonrientes, y se echó a reír.

A los pocos minutos sonó el timbre, dejó el móvil, se levantó y fue a abrir. Al instante Helena y Olalla entraron en tromba.

—Ya puedes empezar a largar por esa boquita tan monina que tienes o no me hago responsable —advirtió Olalla al tiempo que la envolvía en un fuerte abrazo de osa.

Helena meneó la cabeza, afirmativa.

—Yo de ti le haría caso, desde que ha salido de la biblioteca no ha dejado de amenazarte si no le decías de pe a pa todo, todo lo que Hans te ha hecho —reveló con un elocuente alzamiento de cejas. Sustituyó a Olalla y también abrazó a Ivy, aunque antes de separarse la miró a los ojos, estudió su rostro con atención y esbozó una gran sonrisa—. Nunca te había visto tan feliz, solo por eso la próxima vez que vea a Hans me lo voy a comer a besos.

Ivy se echó a reír y cerró la puerta del piso que había quedado abierta cuando ellas entraron impetuosas. Olalla se lanzó sobre Freddo y este se echó de espaldas sobre la alfombra, feliz de que alguien le hiciera caso por fin. Mientras, Helena se apresuró a establecer una video llamada con el resto de la pandilla, mientras decía a Olalla que grabara todo lo que explicase Ivy, para Verito, con el suyo.

Febrero, 2016

Meses después, en pleno invierno, Hans compaginaba los días entre sus empresas, la colaboración con la OpE e Ivy.

Su corazón se llenaba de alegría cada vez que escuchaba la voz femenina a través del móvil, lo que ocurría varias veces al día, y todavía no podía creer, después del tiempo transcurrido, que ella de verdad se le hubiera entregado. Jamás había sentido tanto entusiasmo con una relación. Ivy era tan apasionada que lo sorprendía en cada encuentro, bastante habituales ya que él aprovechaba todos los momentos libres que podía para ir a visitarla, aunque no con la frecuencia que le hubiera gustado, ya que ella tenía que estudiar y él trabajar.

En esos días Ibrahim se puso en contacto con él.

—Hans, tengo que hablar contigo. ¿Estás disponible?

—Sí, claro —respondió, inquieto. Se hallaba en el despacho de su empresa de investigación de nuevas tecnologías de energías renovables, en Hamburgo. Se reclinó en el alto respaldo del sillón de cuero y se giró hacia el amplio ventanal que tenía tras su mesa. La voz de su jefe había sonado calmada, casi resignada y eso era tan contrario a la naturaleza del vasco que la alarma corrió rauda por sus venas—. ¿Qué ocurre?

—Es Gutiérrez, ha partido hacia Malasia —informó con gravedad—. Aunque no lo ha hecho en un avión, esta vez ha partido desde Marsella en un barco, en el «Halcón Peregrino». Un barco de mercancías.

Hans palideció y se irguió, tenso, en el asiento.

—¿De mercancías? ¿Lleva contenedores?

—Sí. Nuestro infiltrado, Grayson, no ha podido acceder a las bodegas antes de que el barco zarpara, pero ha escuchado ruidos sospechosos mientras cargaban algunos de los contenedores que estaban apartados en el muelle de carga. Creemos que es ahí donde se hallan las últimas mujeres desaparecidas en París, Madrid, Lisboa y Roma. Hemos intentado acceder al navío mientras todavía estaba en aguas francesas con la excusa de una inspección rutinaria, algo a lo que no pueden negarse, pero resulta que llevaban a bordo a un diplomático de Putrajaya, la ciudad sede del gobierno malasio, y hemos tenido que abandonar el barco y dejarlo partir. ¡Joder! —renegó, sin poderlo evitar. Continuó, con la voz tensa—: Necesitamos que vayas a Kuala Lumpur



y averigües dónde van a desembarcar esos contenedores. ¡Tenemos que interceptarlos antes de que los descarguen! Una vez en tierra las perderíamos y no pienso consentirlo. Entre las ciento diez desaparecidas en los últimos meses hay sesenta menores de quince años de ambos géneros. Ya sabemos que no todas las desapariciones tienen que ver con la trata, pero tantos menores de una sola vez me eriza el vello de las orejas y ya sabes que eso no presagia nada bueno —alegó en un tono consternado.

—Yo tampoco voy a consentirlo, Ibrahim —declaró Hans, furibundo, dispuesto a todo con tal de salvar a esas mujeres y niños—. ¿Seguís el rastro del carguero?

—Sí, lo tenemos localizado las veinticuatro horas. Un patrullero de la OTAN y un submarino de clase Los Ángeles lo siguen desde que salió de Marsella. ¡Tenemos que interceptar esos contenedores, Hans! —instó Ibrahim, con un tono de desesperación que no pudo ocultar del todo a su colaborador.

—Tengo el *jet* en el aeropuerto. Puedo fletarlo mañana por la tarde o pasado mañana por la mañana. El navío, si lo tenéis controlado y no hace ninguna escala, calculo que llegará a Malasia en dos semanas. Yo puedo estar ahí en tres días. ¿Sabéis el puerto de destino?

—Grayson oyó a Gutiérrez hablar de Pennang, al este de la isla —informó el vasco.

—Bien, estaré ahí, Ibrahim. No permitiré que Gutiérrez se salga con la suya. ¡Te lo juro!

—Cuento contigo, Hans —dijo Ibrahim y colgó.

Hans se retiró el auricular y se quedó estático unos momentos, mientras pensaba la mejor manera de abordar la situación. En Malasia no tenía muchos contactos, pero conocía a varios diplomáticos de la embajada inglesa en Kuala Lumpur y también a los operarios que se encargaban de las cargas y descargas del puerto. Se giró hacia la mesa y activó el interruptor que lo comunicaba con su secretario.

—Alphonse, ¿puedes venir? —solicitó afable.

—Por supuesto, sire —respondió de inmediato el chico. Hacía poco que lo habían nombrado el nuevo secretario del barón y era la primera vez que trabajaban frente a frente, ya que la mayoría de las veces recibía las órdenes de la gerente, del presidente de la empresa, o del mismo Hans, pero por teléfono. Cogió la *tablet* y se dirigió hacia la puerta. Inspiró con fuerza y tocó. De inmediato un sonoro «¡Adelante!» lo impelió a entrar y abrió la

puerta.

—Necesito un par de cosas, Alphonse —advirtió Hans, ya de pie tras su mesa. Le gustaba más estar de pie para pensar.

—Dígame —respondió. Abrió el Word de la *tablet* y se dispuso a escribir.

—Primero: llama al aeropuerto y di que tengan preparado el *jet* para mañana o pasado. Después concierta una cita con Gretchen, la representante de la UE de Asuntos exteriores para este mediodía o para cenar. Luego llama a Malasia y resérvame una *suite* en el JW Marriot de Kuala Lumpur para unas semanas. Por último concierta también una cita con el secretario en la embajada y con mi amigo Sir Edward Holmes, el embajador inglés, con Hildegard de la ONU, y con los delegados sindicales que controlan los puertos de la parte oeste de la isla, en Kuala Lumpur. Emplázales en el hotel, en una sala de juntas privada para dentro de tres o cuatro días, tú verás mejor las fechas cuando tengas todo lo del *jet* y lo del hotel dispuesto —ordenó del tirón mientras paseaba con brío por el despacho. En ese momento cogió la americana que había colgado del perchero de su despacho y procedió a ponérsela sobre el chaleco que envolvía su atlético torso, mientras inquiría—. ¿Alguna pregunta?

Alphonse, que lo había apuntado todo, levantó la vista y negó con la cabeza.

—No, sire. ¿Quiere que se lo envíe todo a la agenda del móvil una vez que tenga las citas y los horarios?

—Sí, eso sería perfecto. Gracias, Alphonse. Ahora iré a esa inspección que me ha programado Ilse, la gerente. Odio que me organicen este tipo de protocolos cada vez que visito una de mis empresas, pero reconozco que de esta forma puedo confraternizar con los trabajadores en su lugar de faena —comentó al tiempo que ambos salían del despacho. Alphonse escuchaba, maravillado de que ese hombre que no lo conocía de nada lo tratara como si fueran amigos de toda la vida. Sonrió seducido por la simpatía de su jefe. Hans sonrió también, las comisuras de los ojos se le marcaron, delatando lo mucho que le gustaba reír, y se encaminó a la puerta de la antesala del despacho, donde el secretario tenía la mesa, y algo más allá también había unos sillones y una mesita—. Nos vemos luego.

—Por supuesto. Buenos días, sire —respondió el empleado.

A los dos días Hans estaba embarcado en el avión, rumbo a Kuala Lumpur. Ibrahim le había ido enviando los informes que le llegaban a él desde el

patrullero de la OTAN por *mail*.

El «Halcón Peregrino», un carguero de quinientas toneladas con bandera malasia, había seguido la ruta marítima a través del canal de Suez y ahora navegaba por el Golfo pérsico hacia el océano Índico sin hacer ninguna escala. Según el diario de a bordo, al que Grayson había echado un vistazo antes de desembarcar, no las tenían previstas y eso les facilitaba la labor para tener controlado el cargamento.

Hans llamó por teléfono a Sir Edward Holmes, compañero suyo desde los tiempos de Oxford, en los que él, Conrad —el padre de Ivy—, y Edward no dejaron de hacer perrerías a los de Cambridge. El embajador había sido el que había llamado a Hans para revelar la terrible noticia de la muerte de Conrad y Serena hacía seis años.

Lo puso con rapidez en antecedentes y por último expuso:

—No podemos fallar, Edward. Nos jugamos mucho —advirtió con gravedad.

—No hace falta que me lo digas. Desde esta parte del mundo se ve mucho más, incluso en algunos sectores ven mal que se prohíba la trata —explicó con la voz impregnada de pesar—. Es algo que siempre debatimos aquí y nos implicamos mucho con las autoridades locales para fomentar planes de prevención, alerta y solución, aunque es muy lento.

Hans asintió, sabía que su compañero compartía sus mismas inquietudes.

—Lo que me da mala espina es el diplomático. Si está a bordo del «Halcón» cuando llegue a puerto no podremos registrar el barco, por eso he convocado la reunión con los del sindicato y Hildegard en el Marriot. Tenemos que encontrar una manera de sortear la inviolabilidad diplomática.

—Lo sé, Hans. Ahora mismo estoy en comunicación con Vías Marítimas y tengo buenas noticias. Al parecer Gutiérrez y sus amigos se creen muy listos y una vez en Malasia deben pensar que están a salvo ya que por lo visto el diplomático de Putrajaya va a desembarcar en Pennang, pero el carguero sigue ruta hasta Klang para descargar.

—¿Klang? ¡Eso está a solo treinta kilómetros de Kuala Lumpur! —exclamó con euforia. Si el barco atracaba en el puerto de Klang y conseguían la colaboración del sindicato de obreros portuarios, sería muchísimo más probable que consiguieran solucionar con éxito el problema que tenían entre manos.

Sir Holmes se despidió y quedaron en verse en la próxima reunión, en el Marriot.

Hans consultó el reloj y vio que todavía le quedaban unas diez horas de vuelo. Estiró la butaca y se dispuso a echar un sueñecito, ya que al ir hacia el este adelantaban varios husos horarios y cuando llegaran serían seis horas antes de lo que habían partido.

Se terminó el whisky que se había servido y se colocó mejor la almohada de viaje, entonces sonó el móvil y las notas de «Your Song» de Elton John le dijeron que era Ivy la que llamaba. Sonrió y lo cogió de inmediato.

—Muñequita... —susurró, ardiente, arrastrando sedoso las letras. Al otro lado del hilo oyó una súbita inhalación y la voz de Ivy sonó ronca y sensual al pronunciar su nombre.

—Hans. —Con dulzura.

Él comprendió que ella se había excitado y sus genitales sufrieron un demoledor tirón que lo hizo gruñir en respuesta. Cerró los ojos y se la imaginó desnuda sobre la cama, sobre sábanas rojas como el pecado, con esa sonrisa descarada y provocadora que lo ponía cardíaco y él también inspiró con fuerza.

—¿Me echas de menos? —inquirió sin poder dejar de visualizarla desnuda. ¡Dios! Se estaba poniendo malo.

—No sabes cuánto, Hans —reveló, melosa—. No puedo concentrarme en las clases, ocupas mi pensamiento todo el tiempo y me distraes. Además todo me recuerda a ti, las canciones, las películas, los libros... ¡Me posees! —confesó, ardorosa.

Hans reprimió un nuevo gruñido y tuvo que aflojarse el cinturón del pantalón al sentir que la erección amenazaba con ahogarlo si no le daba espacio.

—Dime lo que llevas puesto —ordenó, perentorio. Si de todas formas ya estaba empalmado, lo mejor sería disfrutarlo. Nunca había intentado ejercer la dominación a distancia con ella, pero siempre era un buen momento para empezar y ahora mismo daría la hirviente sangre de sus venas para poder verla tal y como se la estaba imaginando. A través de la línea oyó otra fuerte inhalación.

En New Haven era muy temprano por la mañana, Ivy se acababa de levantar y lo primero que hizo fue llamarlo. No contestó en seguida, pero al cabo de unos segundos la voz femenina sonó ahogada cuando obedeció:

—Un camisón, es muy corto, solo me llega a las caderas —desveló.

Entonces sonó un pitido en el móvil y Hans miró la pantalla. Le había llegado una foto. Se apresuró a abrirla y exhaló un jadeo.

Era una imagen de ella, tumbada sobre la cama, y se la había hecho desde una posición superior. Se le veía todo el cuerpo y se exhibía ante él maravillosamente entregada, con una mano hacia atrás, la cabellera desparramada sobre las sábanas, el cuerpo un poco arqueado y las piernas con las rodillas en diferente altura, pero no muy elevadas. El camisón, si es que se le podía llamar así a una prenda tan vaporosa, era de un intenso color azulado y resaltaba sobre su cremosa piel como una estrella en el firmamento. Además era casi transparente y dejaba entrever la preciosa anatomía femenina de una forma que lo hizo incorporarse con el corazón y la respiración acelerada.

Con la voz tan ronca que era un milagro que no se quedara afónico, volvió a hablar.

—Eres como una preciosa gema, una piedra preciosa sin mácula, un zafiro espectacular —confesó, arrebatado—. Así será como te llamaré a partir de ahora cuando ansíe tu obediencia. ¡Quítatelo, Sapphire! —exigió, fogoso.

—Sí, Amo —contestó Ivy al instante. La voz ronca de Hans la estaba poniendo a mil y las manos le temblaron cuando intentó quitárselo. Por fin lo logró y volvió a colocarse en la posición anterior para sacarse otra foto, ya esplendorosamente desnuda.

Hans oyó el pitido y el ansia lo corroyó como un ácido mientras esperaba a que se abriera la imagen. Y cuando esta se abrió, se quedó sin respiración.

—Ahora quiero que pongas el manos libres y cierras los ojos —ordenó, el tono pesado y grave, pero lleno de suavidad.

—Ya está, Amo —dijo Ivy, la voz algo distorsionada, al cabo de unos segundos.

—Tócate los labios, muñequita —pidió vehemente. Fue ordenándole, autoritario y dulce, que se acariciara para él mientras le susurraba como si en realidad fuera él que la estuviera tocando. Ivy empezó a gemir, cada vez más excitada por su voz, por su tono, por sus órdenes, que se apresuraba a cumplir. Se agitaba sobre la cama al tiempo que sentía como si en verdad fueran los dedos masculinos los que la abocaran al clímax de una forma tan devastadora.

—¡Hans! ¡Oh, Hans! —gimió con jadeos entrecortados, con la espalda arqueada. El corazón le latía tan rápido que se sentía a punto de explotar.

—¡Dámelo! ¡Ahora, Sapphire! —reclamó implacable. El grito de placer de Ivy al obedecer por alcanzar el orgasmo, al otro lado del hilo, lo llenó de júbilo y le colmó el ser de un gozo tan inmenso y puro que su corazón

bombeaba sin control. Y se derrumbó otra vez hacia atrás casi como si hubiera recibido un impacto—. ¡Dios, Ivy! Vas a hacer que me reviente la sangre en las venas—confesó con pasión—. ¡Ha sido sublime!

Ivy jadeaba, imposibilitada de hablar, temblorosa sobre las sábanas. Casi había llegado a sentirlo sobre ella, su olor, su aliento... Sonrió, todavía con los ojos cerrados y murmuró:

—Buenos días, Amo.

—Buenos días, muñequita —respondió con una sonrisa de dicha ante la femenina voz saciada. ¡Ojalá le ocurriera a él tres cuartos de lo mismo! Esa demoledora erección no hacía sino acicatear el deseo que sentía en todo momento por ella.

—¡Ay! ¡Qué tarde es ya! Tengo que irme —dijo Ivy, de repente—. Hoy tengo examen. Te llamaré más tarde, Hans. Ciao. —Se despidió apresurada.

—Hasta luego, señora impuntual. —Se burló, con un suspiro frustrado. Dejó el móvil sobre la mesa y apretó los puños. ¡Por el amor hermoso! Ahora no habría Dios que durmiera, así que cogió la computadora de ajedrez para jugar hasta que aterrizaran.

Al cabo de dos semanas abrió la puerta del coche que lo había llevado a él, a Sir Holmes y a Hildegard al puerto de Klang, y salió al frío aire cargado de sal del astillero, en Malasia. El «Halcón Peregrino» estaba entrando en ese momento en la bahía, ajeno por completo al recibimiento que lo esperaba.

Por fin las autoridades regionales se habían movilizado, gracias a la presión que ejerció la embajada inglesa, con la confabulación de los sindicalistas los cuales amenazaron con una huelga si los obligaban a trabajar con contenedores que transportaban personas, ya que eso no entraba dentro de sus labores y no podían hacerse responsables de las vidas de personas, ya que estaba prohibido por la ley internacional de mercancías que viajaran seres vivos sin las debidas medidas reglamentarias. Y ahora los agentes de Aduanas tenían en su poder una orden de inspección de todo el barco y de todos los contenedores, incluida una orden de cuarentena por si fuera necesario retener al barco y a todos sus ocupantes.

Hans no quería echar las campanas al vuelo, pero se las prometía negras a Gutiérrez esta vez. No podría librarse.

El navío atracó y la policía del puerto procedió a subir para dar las oportunas órdenes al capitán. Los efectivos aduaneros se desplegaron mientras ellos esperaban en tierra. Como extranjeros que eran no tenían

permiso para subir.

Al cabo de media hora un agente descendió e informó que no se había encontrado a Gutiérrez y que al interrogar al capitán, este informó que ese señor había bajado a tierra en Pennang junto con el diplomático.

Hans renegó una sonora y malsonante imprecación.

—¿Ese no era el tipo que...? —preguntó Holmes hacia él.

—Sí, el muy hijo de su santa madre —admitió. La rabia le salía por las orejas—. Es una puta sabandija, siempre se libra de todo. No sé cómo lo hace —renegó, furioso. Cogió el móvil y llamó a Danielle para informarle.

—¿Qué hay de los contenedores? ¿Han encontrado algo? —inquirió Hildegard, la representante de la ONU al agente.

—Todavía no, señora. Seguimos investigando. Con permiso. —Se tocó el ala de la gorra y se retiró para seguir trabajando.

Al cabo de varias horas, estaban todos de los nervios. Todavía no habían encontrado los dichos contenedores y ya se temían que los hubieran descargado en Pennang. Se interrogó al capitán, pero este se negó a seguir cooperando sin la presencia de un abogado o una orden de su compañía, lo que retrasaba aún más las labores de rescate o el tiempo del que disponían esas chicas.

Por fortuna uno de los tripulantes llamó a escondidas a un funcionario y le señaló una compuerta disimulada de la bodega de carga. Obligaron a abrir al capitán, el cual no podía negarse a la inspección de todo el barco, y por fin hallaron los contenedores en un área dispuesta para poder abrirlos, con baños y un área aparte para comer.

Los policías procedieron a abrirlos. Dentro, efectivamente, había varios grupos de personas. Procedieron de inmediato a sacar a las chicas, a las adolescentes y a unos pocos niños. De inmediato se llamaron a varias ambulancias para atenderlas, aunque por lo visto se habían asegurado de que llegaran en perfectas condiciones y las habían cuidado con esmero.

—Danielle, las tenemos —informó Hans, por el móvil, poco después.

—¡Gracias a Dios! —Se oyó al otro lado del hilo, con inmenso alivio.

## 23

Marzo, 2016

Era una tarde lluviosa, un aire frío corría por las aceras y la gente se apresuraba por las calles, con los abrigos bien abrochados.

Hans llamó a Ivy, cuando su *jet* privado aterrizó en el Tweed, el aeropuerto de New Haven. Ella estaba envuelta en una gruesa manta y arrellanada en el sofá, tras el almuerzo, en el apartamento, y miraba una serie en el televisor con Freddo enroscado junto a ella sin sospechar la sorpresa que la esperaba. Sonó el móvil con la canción de Malú: «Caos». Al oír ese tono en concreto, lo cogió al instante, entusiasmada.

—¡Hans! —proclamó nada más descolgar.

Oyó la risa de él y luego su voz, sensual.

—Hola, muñequita —saludó. Una risa queda bailaba en cada letra—. Necesito que hagas las maletas para unos cuantos días. Ropa de mucho abrigo y zapatos calientes y cómodos.

—¿La maleta? —inquirió alerta. Se incorporó en el sofá y Freddo protestó, molesto—. ¿Nos vamos de viaje?

—Sí, un coche está de camino para llevarte al aeropuerto. Calculo que tienes unos veinte minutos —anunció. La malicia sustituyó la risa en sus palabras e Ivy abrió los ojos como platos. Miró el reloj de pared que tenía en la cocina y meneó la cabeza.

—Pero... —replicó, aturdida.

—No pierdas el tiempo, muñequita. ¡Vamos, deprisa! ¿Qué haces ahí sentada? —reprochó como si realmente la estuviera viendo.

Ivy se apresuró a levantarse y luego miró el móvil, extrañada.

—¿Cómo sabías qué...?

—No, nada de preguntas. ¡Ah, y no te olvides el pasaporte! ¡Vamos!

—Grrr, está bien, ya voy —cedió Ivy y se apresuró hacia la habitación para cambiarse y preparar lo necesario al tiempo que los ojos le relucían. Las sorpresas de Hans siempre eran impredecibles. Al poco tiempo ya había cerrado la maleta y hablado con la vecina para que se hiciera cargo de Freddo. Era una viuda algo excéntrica a la que le encantaban los animales y casi toda la finca confiaba en ella para que les cuidara las mascotas cuando se iban de vacaciones.

Se asomó a la ventana y miró hacia los dos lados de la calle. Por el lado sur



vio avanzar un coche negro y se apresuró a coger sus bártulos.

—Adiós, mi precioso. Sé bueno, ¿eh? —Se despidió de Freddo con un millón de besos, mientras este la miraba con incompreensión. Primero lo despertaba cuando estaba tan calentito y ahora parecía que volvía a abandonarlo. ¡Humanos!

Ivy salió hacia la calle, el coche estaba aparcado en doble fila y un chico uniformado la ayudó con la maleta y le abrió la puerta trasera. En poco tiempo llegaron al aeropuerto y entraron en la pista por el acceso privado. Impaciente, no veía el momento para que el vehículo se parase y pudiera bajar.

—¡Hans! —exclamó con inmensa alegría cuando por fin estacionaron junto al hangar.

Él permanecía al pie de las escalerillas del pequeño bimotor, tan elegante como si hubiera acabado de salir de alguna tienda de Savile Row<sup>35</sup>. Ivy bajó de un salto del coche que él le había enviado a su apartamento y empezó a correr con una gran sonrisa. Se lanzó a sus brazos y Hans la estrechó contra sí mientras ella le besaba por toda la cara, impetuosa.

—¡Oh, cómo te he echado de menos, Amo! —susurró en su oído.

Hans gruñó al oírla, estremecido por sentirla de nuevo contra sí, tan llena de vida. La cogió por la nuca, la inmovilizó y se lanzó sobre sus labios como si hiciera años que no la veía. Ivy se abandonó en sus brazos y se entregó a su boca con un gemido de deleite. Cuando él se separó y pudo volver a respirar, lo miró arrobada, con las mejillas ruborizadas.

—No sabía que ibas a venir, ayer cuando hablamos por la noche no me dijiste nada. ¡Me engañaste! —celebró.

—¡Por supuesto! O si no, ¿cómo iba a darte una sorpresa, pequeña bruja? —sonrió él mientras subían los escalones hacia la cabina de pasajeros.

La comandante los esperaba de pie junto a la cabina, cuando entraron, impecablemente elegante con el uniforme de vuelo. Una mujer rubia, alta y muy competente, con una gran sonrisa.

—Bienvenida, Ivy —saludó Marta.

—Muchas gracias, Marta —correspondió con alegría. Se adentró en el compartimiento y se quitó el abrigo gris con cuello de tortuga, revelando un ajustado vestido blanco de punto de cuello alto, con un ancho cinturón de piel negra en las caderas, de falda corta y botas altas.

Los ojos de Hans despidieron destellos de admiración al verla. Incluyó la cabeza a modo de asentimiento hacia la comandante y Marta se adentró en la

cabina para iniciar el protocolo de vuelo, mientras él se aproximaba a Ivy con una mirada depredadora.

Se detuvo a unos pasos de ella e irguió la cabeza con una expresión grave.

—Ven aquí —ordenó suave.

Ivy estaba depositando el abrigo sobre uno de los asientos. Se volvió al oírlo y las rodillas le entrechocaron al verlo erguido, guapísimo y muy serio. Se aproximó a él con el corazón acelerado. No lo había visto desde las Navidades y lo había añorado muchísimo.

—Amo... —susurró al llegar a su lado y elevar la mirada hacia los ojos oscurecidos por la pasión que desbordaba a Hans en ese momento.

—Sabes que no soy tu Amo, todavía —declaró él, a su pesar. Anhelaba ser su dueño, aunque sabía que ella todavía no estaba preparada.

—Lo sé. Pero yo te siento así, Hans y...

Hans levantó una mano y la enredó con lentitud en la sedosa cabellera femenina. La miró profundo a los ojos al oírla y tiró de ella hacia sí mismo contenido.

—¿Me sientes?

—Sí, claro que sí. ¿No te ha quedado claro todas las veces que hemos estado juntos? —inquirió Ivy, emocionada. Había aprendido a detectar cuando él estaba excitado a pesar de que nunca lo demostraba y saber lo mucho que la deseaba le rompía los esquemas. Se humedeció los labios y los dejó entreabiertos, sin moverse, quieta bajo su agarre—. Desde la primera vez. Eres mi hombre, mi Dominante, mi Amo y me derrite estar junto a ti. Necesito verte, sentir tus manos fuertes, tus labios de pecado... —confesó con toda el alma puesta en cada palabra.

—¡Oh, muñequita! ¡No sabes cuánto me llena oír eso! —exclamó al tiempo que descendía sobre ella y se cernía ardoroso sobre los labios femeninos. Ivy gimió y él se bebió ese gemido al tiempo que se adueñaba de su boca, con ansia depredadora. Devoró su lengua con hambre voraz al tiempo que pasaba la otra mano por detrás de la sinuosa cintura para estrujar su torso contra el pecho con toda la pasión que lo traspasaba.

Exploró su boca durante largos minutos ardientes. La respiración de ambos alcanzó el jadeo y Hans se separó.

—¡Dios, Ivy! Eres una droga para mí. Me descolocas y me haces arder —susurró con el iris oscurecido por una necesidad primaria. Ivy, sin aliento, se estremeció de ganas, cautivada por todo lo que él era.

Hans no pretendía dejar que se le desatara la lujuria de esa forma cuando la

besó, pero ahora no tenía otra cosa en mente que devorar cada centímetro de su piel. Se desembarazó con rapidez del abrigo y de la americana y volvió a lanzarse sobre ella, impetuoso.

—Ivy... —susurró, necesitado, en su oído.

Al instante el cuerpo femenino vibró entre sus brazos y de la garganta de alabastro surgió un sensual murmullo que aceleró su corazón.

—¡Dios! Muñequita, no sabes las ganas que te tengo —murmuró sobre su cuello. Le desabrochó el ancho cinturón de piel. Le levantó los brazos y le sacó el vestido por la cabeza. Lo dejó en el suelo, donde quedó olvidado. Se apoderó del cuerpo desnudo de Ivy y la llevó hacia el sofá donde se arrodilló y la tumbó sobre el borde. Se cernió sobre ella, entre sus piernas abiertas y la devoró con la mirada.

—Amo... —susurro Ivy. Sentía la pasión recorrer sus venas y su ser. Estar entre los brazos de ese hombre la transportaba a un mundo donde no existía nada más. Echó los brazos hacia atrás, se arqueó en ofrenda y cerró los ojos, entregada.

Hans gruñó, arrebatado. Se inclinó sobre el torso femenino y aspiró con fruición el delicioso aroma de la piel, pero estaba tan encendido que no podía contenerse. No podía limitarse a hacerle el amor, como otras veces, esta vez necesitaba usar la fuerza, necesitaba someterla y jadeó, estremecido por el ansia que lo estaba devorando.

—Muñequita... yo... —musitó mientras intentaba controlarse. Aunque desde agosto pasado en Italia la había atado, con el cordón de satén que le ordenó elaborar, en las ocasiones en las que se habían visto y la había hecho delirar de placer, no había ido más allá. Se había limitado a disfrutar de ella y a hacerla gozar como si no hubiera un mañana. Pero ahora no tenía suficiente. Su vena dominadora había emergido con fuerza esa tarde y apenas podía controlarla—. Creo que voy a tener que darme una ducha helada... —declaró, estremecido.

Todavía no habían hablado de ir más allá, de imponer más rigor a la relación sexual, y no quería forzarla ya que creía que no estaba preparada, por mucho que él se muriera de deseo.

—¿Por qué? —murmuró ella con los ojos cerrados y una sonrisa de deleite al sentirlo estremecerse, cernido sobre ella.

—Por nada, no te preocupes —dijo, sin mirarla, mientras alejaba un poco de ella—. ¡Dios! —gruñó, excitadísimo. Inspiró varias veces en un intento de calmarse y atemperar su desatada lujuria y no lanzarse sobre ella con toda su

potencia, pero Ivy se arqueó más y volvió a gemir de una forma tan sensual que todo su cuerpo palpité con ese sonido. Jadeó, atormentado—. Ivy —masculló, entre los dientes apretados. Meneó la cabeza como si intentara despejarse. Estaba a un paso de enloquecer si no daba salida a su necesidad—. Ivy... necesito... —farfulló, mientras intentaba todavía resistir.

—Iniciando rodaje de pista —anunció la comandante por el altavoz.

Ivy abrió los ojos, levantó la cabeza para mirarlo y al verlo de lado, sin mirarla, con el cuerpo estremecido y una expresión desesperada en el rostro, se alarmó. Entrecerró los ojos al verlo tan alterado que se le hinchaban las venas del cuello, con el rostro enrojecido y los puños tan apretados que se le marcaban todas las venas. Se incorporó un poco y depositó la mano sobre el hombro masculino, sobre la camisa blanca, y sintió un calor abrasador traspasar la tela hacia su palma.

Notaba la lucha que él mantenía contra sí mismo. ¿Por qué luchaba? Lo observó sin saber qué ocurría. Sin duda la deseaba, ¿por qué no la tomaba como las otras veces? Ella lo deseaba igualmente. Cada vez anhelaba más de él, de su fuerza y de su dominación. ¿Debía ser eso? ¿Hans creía que ella no estaba preparada todavía? Sonrió, dichosa. Él siempre pensaba en ella antes que en sí mismo. Llevada por el instinto deslizó la mano hacia abajo, hacia el tremebundo bulto en los pantalones y lo acarició por encima de la tela, al tiempo que declaraba, segura:

—Amo... —Con un murmullo enronquecido por la excitación que le provocaba el fogoso deseo que intuía en él y su propia excitación.

La mirada de Hans, antes huidiza, ahora se fijó sobre ella y la traspasó con su intensa desesperación.

—Ivy... —advirtió. El iris oscurecido como una noche sin luna parecía contener la energía de todas las estrellas y recorrió el cuerpo de Ivy, desnudo frente a él, de una forma lenta y tan exaltada que la piel femenina se erizó a su paso y los pezones se endurecieron en respuesta al calor que la recorrió.

Debilitada por la poderosa avidez que recorría su sangre, se dejó caer hacia atrás con los brazos doblados. Miró a Hans con la mirada turbia y se mordió la punta de la yema del dedo índice con los dientes, mientras gemía de forma erótica.

La sangre de Hans se licuó en sus venas y se mordió el labio con tanta fuerza que casi se lo partió. Se rindió a las poderosas fuerzas que se desataban dentro de él y se inclinó sobre Ivy con una mirada depredadora.

—Ivy. Necesito... tanto... poseerte. ¡Ahora! —exigió mientras cogía la

tira de las diminutas braguitas femeninas y tiraba, con tanta fuerza que cedieron al primer tirón.

Ivy agrandó los ojos, pero no había miedo en ellos, al contrario la mirada se vidrió llena de lujuria y ella exhaló un jadeo.

—¡Mmmm! Oh, sí... —Abrió más las piernas y movió las caderas, pero Hans tomó el control y la inmovilizó sobre el sofá con una sola mano.

—¡No! ¡No te muevas! —ordenó, perentorio.

Ivy lo miró y asintió, se detuvo y aguardó mientras sentía que se derretía de necesidad.

Hans se bajó la cremallera de los pantalones y se liberó con ansia. No disponía del suficiente tiempo como para desnudarse. Le levantó las piernas, la cogió de las caderas y se situó con el glande en la entrada, ya muy humedecida—. ¡Abandónate a mí! —demandó implacable.

Ivy se lamió el labio, impúdica, al sentir la poderosa fuerza que pasaba de las manos de Hans a su propia piel y la electrizaba hasta erizarle cada poro como si él se apropiara de cada célula de su cuerpo. Sin dudarlo rindió su ser ante la autoridad masculina y relajó el cuerpo para que él la manejara como se le antojara.

Los ojos de Hans relucieron y se llenó con la entrega femenina, pleno de poder.

—Así. Oh, sí. ¡Así! —bramó, extasiado. Le clavó los dedos en la cintura para sujetarla mejor al tiempo que empujaba de forma brutal para empalarla de una sola embestida.

Ivy gritó, impactada, y se arqueó sin aire en los pulmones, pero él no la dejó recuperarse. Inició un rápido vaivén con el que la taladraba con desmesura. Elevó sus caderas en al aire para tener un mejor ángulo e imprimió más velocidad.

—En pista. Cinturones, por favor —pidió Marta.

—¡Amo! —vociferó Ivy, delirante de placer, en medio de los rugidos de los motores del *jet*. Sentía la potencia y la fuerza del macho sobre ella, y no podía ni quería sustraerse. Se abandonó más a él al tiempo que sentía su interior calentarse hasta parecer la caldera de un volcán.

—Sapphire —pronunció Hans su nombre de sumisa, arrebatado—. ¡Dios! ¡Me quemas, Sapphire! —exhaló, con los ojos tan dilatados que parecían un vasto espacio sin fronteras. La empotró contra el respaldo del sofá y empujó con tanta ansia que creyó que la partiría por la mitad si no moderaba sus embestidas.

En el momento en el que pugnaba por recuperar el control y moderar su ímpetu, ella exhaló un gemido tan sensual al estallar en un orgasmo impresionante que los músculos vaginales se contrajeron sobre su miembro y lo abocaron a la locura. No pudo refrenarse, gritó su nombre mientras se derramaba y el avión se elevaba de la pista, aplastándolos a ambos contra el respaldo con la fuerza del despegue. Hans se hundió más profundamente dentro de Ivy y ella volvió a gritar con un segundo orgasmo.

Al cabo de largos minutos, Hans apoyó la frente en la femenina para recuperar el aliento. Ivy permanecía con los ojos cerrados, inhalaba con fuerza, pero una sonrisa curvaba las comisuras de su boca. Al fin abrió los ojos y cosió la mirada a la de él como si nunca más fuera a desenredarla.

—¡Dios mío, Ivy! —exclamó Hans, arrebatado. Disponer por completo del cuerpo femenino había sido tan soberbio que ahora sabía que ella le respondería, le exigiera lo que le exigiera, y se sintió un paso más cerca de lograr adueñarse por completo. Con el corazón henchido, sonrió pletórico. Rodeó la garganta femenina con una mano firme y suave—. Jamás me saciaré de ti. Me desatas la contención y me conviertes en un salvaje — proclamó sobre sus labios antes de besarla con ardor.

Ella sonrió, tan satisfecha por el placer que todavía la recorría que solo pudo emitir unos murmullos.

Poco a poco recuperaron el aliento.

Hans se compuso las ropas y se sentó en una de las amplias butacas de piel, de color crema, frente al sofá. La contempló desnuda con los ojos entrecerrados.

Cuando pudo recobrase lo suficiente Ivy se incorporó. Lo descubrió con la ropa desordenada, observándola fijo, y se levantó juguetona. Se sentó a horcajadas sobre las rodillas masculinas, impúdica, y preguntó con un guiño pícaro:

—¿Adónde me llevas?

Hans inclinó la cabeza hacia atrás para contemplarla y torció el gesto.

—Es una sorpresa —declaró, mientras recorría su rostro ruborizado con devoción. Y de inmediato añadió—: Y no te pienso dar ninguna pista. Eres demasiado lista y lo averiguarías en seguida. Quiero ver el asombro en tu cara cuando bajemos del coche, esta noche.

Ivy se tocó la barbilla con un dedo, pensativa, y Hans soltó una carcajada.

—¡Ah, no! Tampoco te dejaré pensar —advirtió feroz. Se inclinó sobre el pezón expuesto y lo lamió con la lengua de seda. Ivy echó la cabeza hacia

atrás. Cerró los ojos al sentir una sacudida que impactó directa sobre su clítoris y recorrió su espinazo hacia su cerebro, saturándolo otra vez de endorfinas. Se estremeció e intentó escurrirse, todavía no recuperada del último orgasmo, pero Hans la tenía bien sujeta y acabó perdiendo toda la fuerza.

—¡Oh, Hans! —susurró al fin, embriagada.

Inmisericorde, Hans la poseyó sin descanso durante todo el vuelo y el cuerpo femenino no dejó de encadenar un orgasmo tras otro de tal forma que acabó suplicando, lo que no hizo sino enardecer aún más al rendido Dominante que la sometía.

Al fin la voz de la comandante volvió a sonar en los altavoces.

—A cinco minutos del aeropuerto. Pista asignada. Cinturones, por favor.

Entonces Hans la cogió en brazos, la sentó en una de las butacas y le abrochó el cinturón mientras ella permanecía sin fuerzas.

—Está bien, no preguntaré ni intentaré adivinarlo —declaró ella al final con un mohín.

Hans regresó a su asiento, y miró la ropa que había tirado en un rincón en algún momento y encogió los hombros. Se sentó.

—Pero tendrás que contarme todo lo que has hecho desde principios de año —añadió Ivy, con la voz ronca y susurrante por los continuos gritos de placer que había exhalado durante ese vuelo.

Hans lanzó una carcajada estentórea, con una sensación de felicidad que le hacía relucir los ojos. Ivy se le había entregado en agosto, dos días después de su cumpleaños, y desde entonces su vida había sufrido un cambio drástico. Ahora se sentía lleno, feliz a todas horas. Ella ocupaba su mente y le llenaba el corazón con su risa, con sus guiños cómplices, con su entrega en las pocas sesiones que habían podido compartir en esos meses, con sus enormes ganas de vivir y su inagotable energía. Y por primera vez en mucho tiempo se sentía dichoso, en paz.

Su vida no había sido muy feliz de niño. Su madre sufría esa rara enfermedad crónica que le provocaba mucho dolor y su padre se refugió en el trabajo para no oír los constantes lamentos que llenaban la casa familiar. Hans solo conoció la alegría cuando iba de visita a casa de su abuelo en Gales, por vacaciones. Luego, cuando su madre murió agostada por la larga enfermedad y su padre la siguió poco después roto de dolor por haber perdido a la única mujer que había amado, él con dieciocho años se vio saturado por las grandes responsabilidades que heredó de su familia y se enfrascó en el

trabajo, al tiempo que lo compaginaba con los estudios. Aunque no todo fue trabajo, también se dedicó a vivir, sin compromisos eso sí. No quería repetir la historia de sus padres y se consagró a disfrutar de la vida sin ataduras.

Hacía unos días un amigo suyo le había comentado que iba a asistir al baile de la Ópera en Viena. Pensó que sería una sorpresa magnífica para Ivy y, por eso, ahora la llevaba al país austríaco donde asistirían al Wiener Opernball<sup>36</sup>, en el edificio de la Ringstrase, conocida como la sala de baile más bonita del mundo. En ella se celebraba el baile más importante y glamuroso de la temporada del carnaval vienés, al que asistía la cúpula del estado y del gobierno austríaco, diversos personajes políticos y, más diversos todavía, personajes públicos como actores y artistas famosos de todo el mundo.

Aterrizaron sobre las siete de la tarde en el aeropuerto Schwechat, en Viena.

—¡Viena! —exclamó Ivy al salir por la puerta del *jet*. La recibió una ráfaga helada y se arrebujó en el abrigo con un escalofrío. Se volvió hacia Hans con una ceja levantada.

—Viena —corroboró él con una sonrisa neutra.

—¡Oh! —exclamó Ivy con un encogimiento de hombros—. Está bien, no me digas nada. ¡Me gustan las sorpresas! —dijo. Enlazó el brazo con el de él mientras se dirigían al coche que los estaba esperando, y se apretó contra su costado, aterida de frío. Un espeso manto blanco cubría las orillas de la pista en un impresionante paisaje nevado. Subieron a la limusina con rapidez para dirigirse al hotel.

Recorrieron las hermosas calles de esa maravillosa ciudad imperial mientras Hans le señalaba los diferentes lugares como el museo de Historia del Arte, el palacio imperial de Hofburg, la catedral de San Esteban, el museo Albertina y la Cripta imperial ya que Hans le había pedido al chófer que se diera una vuelta por la ciudad. Al cabo de una hora de recorrer la ruta turística, el vehículo se detuvo frente al Hotel Sacher Wien, donde se alojarían.

Ya en la enorme suite con sala de estar, terraza y dos baños, Ivy corrió al baño principal. Hans se quitó el largo abrigo de lana y lo colgó en el armario. Satisfecho vio lo que había encargado colgado primorosamente en una de las perchas y en la repisa, una caja de zapatos de Manolo Blahnik. Lo sacó y lo dispuso todo de forma espectacular sobre la enorme cama mientras esperaba a que Ivy saliera del baño.



En ese momento tocó en la puerta el botones, con el equipaje. Hans abrió y mientras el chico lo dejaba todo en el mueble diseñado para las maletas, sacó dos billetes de veinte euros y se los dio. El chaval sonrió educado y salió frotándose las manos. Si en la primera propina dejaba ese dinero no pensaba perderse ni una sola de ese cliente, y más si era para algún pedido especial.

Hans cerró la puerta, se dirigió al bar, se sirvió un *whisky* con hielo en un vaso ancho y corto, y se apostó junto a la amplia ventana para admirar las vistas sobre la ciudad con una mano en el bolsillo del pantalón y las piernas separadas.

No veía a Ivy desde el día de Año Nuevo y la había echado mucho de menos. Ni los mensajes de móvil ni las conversaciones telefónicas podían sustituir nunca el tenerla delante, olerla, sentirla, tocarla, como demostraba lo que había ocurrido en el avión. Si no fuera porque tenían poco tiempo para prepararse no esperaría ni a que saliera del baño. La asaltaría otra vez allí mismo y se la comería a besos. Cada vez estaba más colgado por ella y no era algo que estuviera haciendo por propia voluntad. Su corazón mandaba ahora en él, algo que nunca le había ocurrido

Se balanceó sobre las puntas de los pies, impaciente. ¡Rediantres! ¿Por qué tardaban tanto las mujeres en el baño? Se moría de ganas de ver su cara cuando saliera y viera lo que había sobre la cama.

## 24

—¡Me encanta ver la ciudad nevada! Está preciosa en esta época del año ¿verdad? —salió Ivy por fin, parlotando. Lo miró y al verlo con una curiosa expresión en el rostro y sin decir nada, giró la cabeza para echar un vistazo por la habitación, que no había mirado bien al entrar con prisas. De inmediato el maravilloso vestido color *champagne* y los zapatos dorados con brillante pedrería llamaron su atención. Abrió la boca en forma de una «o» perfecta. Con los ojos grandes como platos se giró hacia él y lo miró, estupefacta. Hans no dijo nada y se limitó a contemplarla con una sonrisa torcida. Ella juntó las manos bajo la barbilla y volvió la vista otra vez hacia la cama, maravillada.

—¿Para mí? —preguntó con los ojos redondos de ilusión.

—No —contestó Hans, serio. Ivy se volvió hacia él con tal desencanto en el semblante que apenas pudo contener la risa y continuó—: Es para la hija del vecino.

Desconcertada, Ivy frunció el ceño.

—¿Quién?

Hans ya no pudo seguir manteniendo la compostura y se echó a reír con sonoras y divertidas carcajadas.

—¡Pues claro que es para ti, tontuela! —aclaró.

Ivy, aliviada al ver que se estaba burlando de ella, le sacó la lengua irreverente y se acercó embelesada a la cama. Alargó la mano y acarició la suave tela en brillante satén dorado con transparencias entrelazadas con el mismo tejido.

—Es una maravilla, Hans —afirmó, ilusionadísima. Tocó los zapatos como si pensase que se fueran a evaporar y se volvió hacia él, emocionada—. Gracias.

—No me las des, muñequita. Solo lúcelo para mí y me harás feliz —manifestó con una mirada ardiente. La sonrisa de Ivy se ensanchó y meneó la cabeza arriba y abajo con entusiasmo.

—¿Cuánto tiempo tengo?

—Media hora —reveló Hans con una rápida mirada al reloj de muñeca. El baile empezaba a las nueve, pero tenían que llegar hasta allí.

Los ojos color zafiro se agrandaron, alarmados.

—¿Solo?

—Cuarenta y cinco minutos, pero ni uno más —prorrogó él, con un suspiro resignado.

—Estaré —aseveró al tiempo que se daba la vuelta y corría otra vez hacia el baño.

Hans sonrió mientras la veía desaparecer. Dejó el vaso en la bandeja de las bebidas, en la pequeña barra en la sala de estar y caminó por la habitación hacia su maleta, la abrió y preparó las cosas para arreglarse él mismo. Se internó en el otro baño y se dio una larga ducha. Se afeitó y se vistió con parsimonia. Cuando terminó, regresó junto a la ventana y perdió la vista de nuevo en la ciudad con un sentimiento de zozobra en su interior al recordar la nueva misión que Ibrahim le había encomendado momentos antes de ver descender a Ivy de la limusina, en Estados Unidos.

—Y bien, ¿qué te parece? —Sonó al fin la voz de Ivy tras él.

Hans regresó del recuerdo de la conversación que había mantenido con su jefe y se giró hacia ella. La maravillada sorpresa lo hizo contener el aliento y la devoró con la mirada.

¡Estaba majestuosa!

El vestido dorado, con el hombro derecho al descubierto y una abertura sobre la pierna izquierda hasta medio muslo, la envolvía como una segunda piel y la hacía resplandecer como si de una gema se tratara.

—¡Dios bendito, Ivy! —jadeó hechizado, completamente seducido—. Eres lo más bello que haya visto jamás —aseveró.

Las mejillas femeninas se tiñeron de rubor y ella sonrió con inmensa alegría.

—Y no he tardado más de cuarenta y cuatro minutos —rio al tiempo que daba una vuelta sobre sí misma. Entonces se fijó en él, vestido con un elegante frac que entallaba el poderoso torso y marcaba la estrecha cintura y caderas. Lo miró de arriba abajo y silbó con admiración ante la portentosa estampa que ofrecía—. Tú estás impresionantemente guapo —alabó con los ojos chispeantes de entusiasmo.

—Pues entonces vámonos antes de que te arranque ese vestido del cuerpo y te acueste sobre la cama para asaltar tu piel —exhortó él, con apremio. Acabó el segundo *whisky* de un solo trago y se acercó al bar para dejar el vaso vacío.

La ayudó a ponerse el grueso sobretodo en forma de capa, él se puso el abrigo y se encaminó hacia la puerta. La abrió y ella, ya con los largos guantes puestos, enlazó su brazo para salir juntos.

—No me importa adónde me lleves, Hans. Solo me importa estar contigo —confesó en un susurro ya en el ascensor, con sinceridad. No quería que él pensara que ella lo consideraba un trofeo o algo parecido por ser quién era o por lo que poseía. Lo quería a él, no a lo que lo envolvía y quería dejárselo muy claro—. Estaría contigo aunque no pudieras llevarme a ningún sitio y no tuvieras otra cosa que ofrecerme que pan y cebolla. ¿Lo sabes, no? —inquirió, preocupada.

Él inclinó la cabeza hacia ella y se sumergió en los brillantes iris con avidez.

—Lo sé, muñequita —admitió, con dulzura. Entonces la miró de forma muy seria—. Yo también estaría contigo fueras como fueras, tenlo bien claro. Para mí no solo eres la preciosa Ivy, para mí eres Ivy la inteligente, la pícara, la traviesa, la que no se rinde, la que tiene el corazón más grande... Eres todo eso y mucho más. Pero te prometí el mundo y eso es lo que voy a darte —recalcó. La cogió de la barbilla y disfrutó con la contemplación de la pureza que expresaba la faz femenina. El dinero nunca había significado mucho para él, su familia siempre dispuso del mismo en grandes cantidades, lo que no tenían era salud y felicidad. Eso no se podía comprar y ni todas las comodidades del mundo alegraron nunca la vida de un niño triste. Cuando creció y maduró usó su riqueza para ayudar a los demás, para equilibrar un poco la balanza del despropósito que reinaba en el mundo y solo ahora, con Ivy, era cuando disfrutaba de poder disponer de capital para otorgarle las maravillas que ese mundo podía ofrecer. Descendió sobre ella y rozó su nariz contra la suya antes de depositar un dulce beso en los labios, lleno de sentimiento. Reprimió las ganas que tenía de ahondar y se prometió que después del baile no la dejaría dormir en toda la noche, tenía que resarcirse del tiempo que había permanecido lejos de ella antes de volver a dejarla.

Las puertas del ascensor se abrieron y se separaron. Hans la guió con seguridad a través del amplio vestíbulo del hotel y salieron a la calle. La limusina ya estaba esperando y el chófer les abrió la puerta de inmediato para que no permanecieran más tiempo del necesario bajo las gélidas temperaturas nocturnas.

Al llegar ante el edificio de la ópera, Ivy agrandó los ojos y se giró hacia él, con una mirada incrédula y maravillada.

—¿El *Opernball*?

Hans se limitó a asentir y ella se lanzó a sus brazos con un gritito de entusiasmo.

—¡Oh, Hans! ¡Qué ilusión! —exclamó, arrebatada.

—Sabía que te iba a gustar.

Descendieron en medio de un desfile de limusinas y celebridades que acudían al baile anual. Ivy oyó una algarabía al otro lado de la calle y al girar el rostro vio, tras unas vallas metálicas, a un grupo de gente con pancartas en protesta por un evento tan multitudinario solo reservado a unos pocos afortunados y sintió una punzada de culpabilidad.

Hans observó lo mismo que ella y meneó la cabeza.

—Entremos, Ivy —indicó con suavidad. Comprendía el punto de vista de los manifestantes, pero no pensaba sentirse culpable por lo que era ni por lo que tenía. Él era el primero en luchar contra la injusticia social, contra el desequilibrio global. Compartía en cierta medida la idea de que ese baile era un evento dedicado solo a lo más alto de la élite social, algo totalmente excluyente y de un esnobismo supremo, pero sabía que a Ivy le hacía ilusión asistir, no por lo que representaba, sino porque ella lo veía con los ojos de la ilusión y no pensaba arrebatarse eso. Merecía vivir sin cortapisas y él le iba a proporcionar la mejor vida posible.

Entraron en el gran vestíbulo de suelos de mármol. Unos serviciales asistentes se acercaron presurosos, les ayudaron con los abrigos y los retiraron, previa entrega de un ticket numerado que Hans guardó en un bolsillo. Ivy, sin perderse detalle de las grandes arañas que pendían del techo ni de las impresionantes escaleras que subían en zigzag, con pequeños palcos intercalados y unas magníficas barandillas de piedra tallada, entrelazó los dedos con los de él mientras exhibía una enorme sonrisa extasiada.

—¡Es un edificio impresionante! —murmuró con asombro.

Hans asintió al tiempo que la guiaba con lentitud entre el gentío que se arremolinaba en el nivel inferior entre saludos, encuentros y reconocimientos. Algunos de los asistentes inclinaron la cabeza como salutación hacia él, a lo que Hans respondió de igual modo. Otros se acercaron y le estrecharon la mano, con cordialidad.

—¡Hans! ¡Qué alegría verte!

—Excelencia, es un placer volver a verlo.

—Milord —saludó el ex ministro británico William Hague, actualmente en campaña contra la violencia sexual, particularmente en la que se derivaba en las guerras.

Hans se detuvo a hablar con él para darle la enhorabuena por la iniciativa y agradecerle la gran labor que estaba realizando.

Ivy permanecía en un segundo plano, pero cuando él se dio cuenta de que ella parecía sentirse en inferioridad de condiciones, la enlazó de la cintura y la fue presentando a todos aquellos que se acercaban a saludarlo. Ivy sonreía, al principio incómoda, y a medida que se adentraban en el edificio más y más confiada de la segura mano de Hans.

Al pasar junto a un indicador, Ivy se alzó de puntillas y dijo al oído de Hans:

—Voy al tocador, en seguida vuelvo. —Depositó un tierno beso sobre la mejilla masculina y se dio la vuelta para internarse entre la multitud. Hans la observó con fijeza sin poder evitar mirarla con absoluto fervor.

—Vaya, vaya, por tu expresión cualquiera diría que te han echado el guante, amigo mío —exclamó, risueña, una voz masculina a su lado.

Hans se volvió sorprendido y descubrió a Leandro, su antiguo compañero de correrías. Sonrió con genuina alegría.

—¡Leandro!

—¡Hola, Hans, viejo zorro!

Ambos se fundieron en un abrazo fraternal.

—Me alegro de verte —afirmó, Hans, sonriente—. ¿Qué haces por aquí? —interrogó—. Te suponía en Madrid al frente de esa empresa tuya —dijo, con un guiño mientras paseaban con lentitud por entre la gente.

—Oh, y en ello estoy, no lo dudes —afirmó. Su atractivo rostro llamaba la atención de las féminas a su alrededor, pero él no parecía darse cuenta—. Y dime ¿quién es esa rubia que apenas he podido vislumbrar? Por tu expresión se podría decir que la quieres devorar y eso en tu caso no anda muy lejos de la realidad, ¿eh? —bromeó. Ambos eran Dominantes y juntos había recorrido más de un local de BDSM hacía años. Leandro era hijo de un obrero que trabajó durante muchos años para Hans y él se había hecho amigo de ese chico que siempre seguía a su padre a todos lados. Juntos descubrieron que compartían ese peculiar modo de pensar sobre la sexualidad y desde entonces eran compañeros. Aunque cuando Ivy entró en la vida de Hans, se habían distanciado, aunque nunca habían perdido el contacto del todo.

Hans enarcó las cejas y meneó la cabeza.

—No sé a qué te refieres —disimuló con expresión neutra, lo que hizo estallar a Leandro en una carcajada.

—Sí, ya. Lo que tú digas —fingió aceptar y palmeó el hombro de su amigo—. Está bien, no preguntaré, pero algún día tendrás que presentármela —comentó, socarrón.

Hans también se echó a reír.

—¡Quizá! —declaró, astuto, al hombre a su lado.

Entonces alguien llamó a Leandro entre la gente y él se despidió.

—Me reclaman. Te dejo, viejo zorro. ¡Cuídate y llámame algún día! —Se despidió con una sonrisa.

Hans asintió y correspondió a la sincera sonrisa del hombre moreno. Pronto lo perdió de vista y se volvió hacia donde había visto desaparecer a Ivy al tiempo que pensaba que ella y Leandro se parecían mucho en algunos aspectos, tenían gustos muy parecidos y coincidían también en algunas fantasías. Quedó pensativo unos instantes y al poco tiempo vio venir a Ivy hacia él. La respiración le huyó de los pulmones al verla asomar entre los asistentes, como una aparición de otro mundo que le hubiera concedido a él una dispensa de su tiempo en la tierra y se sintió muy afortunado. La observó acercarse de forma intensa, sin sonreír, y cuando llegó a su lado la enlazó de la cintura, la elevó contra sí y le robó los labios con un beso tórrido. Ivy gimió, erotizada por su pasión, con los pies en el aire y cuando Hans se separó, se agarró a sus anchos hombros con las piernas convertidas en mantequilla derretida.

—¡Mmmm! —murmuró, excitada.

La gente a su alrededor los miró con desaprobación, pero Hans los ignoró. No pensaba desperdiciar un solo segundo. Proclamaría al mundo que Ivy era suya y disfrutaría de ella siempre que pudiera.

—Has tardado mucho —reprochó con fingida seriedad al tiempo que la depositaba en el suelo.

Ivy, desconcertada, frunció el ceño preocupada.

—Lo siento, no pretendía... —se disculpó, contrita.

Hans echó la cabeza hacia atrás y lanzó una carcajada en medio de la muchedumbre. Con la mano sobre su cintura la condujo hacia las escaleras para dirigirse hacia el palco que había alquilado en el segundo piso.

—Era un broma, muñequita —confesó, truhan—. No te sulfures, me gusta ver tu cara con esa expresión confundida.

Ivy agrandó los ojos y luego le dio un codazo.

—Oh, y yo me lo creí, eres muy malo —amonestó sin enfado, divertida.

Hans la acercó más a él y susurró en su oído.

—Pues no sabes las maldades que estoy pensando hacerte esta noche, así que prepárate —anunció, maquiavélico. Ivy lo miró, provocada, al tiempo que sentía una fuerte sacudida en el abdomen y si él no la hubiera tenido

abrazada habría trastabillado. Sonrió trémula, mientras entraban en el palco y pensaba que quizá le apetecía más volver de inmediato al hotel, pero cuando se acercó al borde y contempló el enorme anfiteatro a sus pies, la maravilla la dejó sin palabras.

Se sentó en la silla y Hans al otro lado de la mesa, frente a ella. Contempló todo con hechizado asombro. Las lámparas, las cortinas, las sillas, el paisaje de palcos y la platea abajo, acondicionada como pista de baile.

Al poco tiempo comenzó la esplendorosa danza de los debutantes e Ivy lo observó todo con atención, mientras movía las puntas de los pies por debajo de la mesa y apretaba la mano de Hans cada vez que se realizaba un giro o una pieza espectacular.

Al terminar el baile de exhibición, él se levantó y tendió la mano hacia una conmovida Ivy.

—¿Me concedes este baile, mi preciosa Ivy? —pidió con el iris color cobalto muy brillante.

Ella lo miró con los ojos abiertos como platos. Tragó saliva, anonadada y depositó la palma sobre la de él, incapaz de decir nada.

«¡Oh, Dios!», pensó, aturcida. Iba a bailar el vals, en plena Viena, entre los brazos de Hans sobre esa espléndida pista. Se sentía Cenicienta, no había otro modo de describirlo.

Ruborizada e impresionada por poder asistir al magnífico evento—en un escenario tan fastuosamente decorado como si fuese el interior de algún castillo encantado—, lo siguió a través de las soberbias escaleras de los diferentes niveles. Abrumada apretó la mano masculina mientras él la sacaba a la pista de baile en la platea del teatro —el amplio espacio se acondicionaba para la ocasión con la retirada de todos los asientos y se nivelaba el escenario a la misma altura—, cuando terminó la danza de las parejas debutantes.

Una vez en la pista, bajo la luz dorada de las maravillosas e inmensas arañas de cristal, Hans la llevó de la mano con el brazo extendido y la hizo dar la vuelta para encararla con él en medio de todas las parejas que no querían perderse el primer baile.

—¡Oh, Hans! —susurró con los ojos brillantes de emoción.

—¿Eres feliz? —preguntó el, muy serio.

—Lo siguiente —contestó, con un suspiro de maravilla—. Feliz es poco para todo lo que estoy sintiendo esta noche.

Las primeras notas de la conocida pieza «Vals del Emperador», empezaron a sonar y Hans sonrió, la enlazó de la cintura e inició el baile con maestría.



Ivy apretó la palma masculina y lo siguió, al principio con nerviosismo. Pero él era un consumado bailarín y su cuerpo voló entre los competentes brazos, como si ella no pesara nada, con la espléndida cadencia de la música de Johan Strauss II.

Fue una noche espectacular, increíble y mágica. Cuando al fin terminó, Ivy estaba inmensamente abrumada, con el corazón henchido de gozo.

Algunas horas después, a la mañana siguiente, Hans la despertó con besos.

—Buenos días —saludó ella, somnolienta, desperezándose en sus brazos.

Hans descendió sobre su cuello y siguió besándola.

—Lo siento, muñequita. —Se dolió, sin querer separarse de ella.

—¿Por qué? ¿Por besarme? —inquirió al tiempo que hundía los dedos en la densa mata de cabello plateado, con deleite.

Hans gruñó.

—No, preciosa, por eso no —negó, con el rostro hundido en la curva del hombro femenino—. Es porque debo dejarte —informó, la voz rota de pesar—. Ayer me llamaron con urgencia y tengo que volar a Malasia. No puedo posponerlo, es ineludible y urgente que viaje hoy mismo —especificó, contrito.

Ivy se tensó entre sus brazos, pero no dijo nada.

## 25

—¿Ivy? ¿Me has oído? —preguntó, al cabo de varios segundos de silencio. Ella emitió un indefinible murmullo, y siguió sin decir nada.

Hans levantó la cabeza y le buscó la mirada. La halló con los ojos cerrados y frotó la nariz contra la de ella.

—Muñequita...

Al fin ella abrió los párpados al oír su tono preocupado y lo miró con una sonrisa triste.

—Ayer me hiciste la mujer más feliz sobre la tierra, Hans. No puedo pedirte más, pero... No puedo negar que saber que tienes que marcharte otra vez me llena de tristeza —confesó, apenada—. Quiero negarme, quiero pedirte que no te vayas, que te quedes conmigo y sigas besándome y abrazándome, que nunca más te separes de mí...

Hans meneó la cabeza con inmenso abatimiento al oírla y abrió la boca, pero ella le cubrió los labios con un dedo, con dulzura.

—Pero no puedo hacer eso. Eres el hombre más honorable que conozco. Si tienes que irte es porque existe una razón de peso para ello y yo no soy quién para interponerme. Ve —dijo conmovida—. Lo único que te pido es que regreses pronto a mí.

—¡Oh, mi pequeña y preciosa muñequita! Te doy mi palabra de que te compensaré en las vacaciones de verano —prometió, abatido por haberse comprometido con Ibrahim y tener que ocasionarle ese disgusto a ella.

Ivy decidió quedarse en el hotel unos días para visitar la ciudad imperial, mientras él partía a la nueva misión.

Los meses fueron pasado, más rápido de lo que ambos pensaban, y entre llamadas, video llamadas y algún que otro fin de semana, por fin llegó el verano. Y Hans organizó para los dos un viaje por América del Norte en su moto *Guzzi Eldorado*.

Un buen día se presentó en su apartamento, sin avisarla, para darle una nueva sorpresa.

El poderoso ronroneo de la moto atronó la tranquila calle donde ella tenía la vivienda. Hans se detuvo y aparcó entre dos frondosos árboles, delante de la ventana abierta de la habitación del piso, un poco por encima del nivel de la calle en una de esas típicas fincas con unos escalones para subir.

Ivy se asomó por la ventana, curiosa, al oír el sonoro fragor de la *Guzzi* y

sus ojos se abrieron con tanto entusiasmo al descubrirlo vestido con una chupa de cuero, pantalones tejanos negros y botas clásicas de cuero, de media caña, montado en esa maravilla de negro sobre cromado, que Hans supo que jamás se cansaría de elucubrar nuevas maquinaciones para poder pintar en su carita esa misma expresión una y otra vez.

Encantada, salió a la calle al instante. Sonreía con tanto ánimo y admiración como una niña ante un inesperado y muy deseado caramelo de recompensa por haber sacado una buena nota. Saltó los escalones de entrada a la calle y se plantó ante él con los ojos muy abiertos y una expresión maravillada, mientras examinaba la motocicleta con los ojos brillantes.

—Pero... ¿y esto? —exclamó entusiasta.

Hans sonreía ufano ante su expresión de sorpresa y maravilla, y al final estalló en una alegre carcajada que hizo girar la cabeza a dos ancianas damas que paseaban por la calle con algo muy parecido a la censura, pero que sus refinados modales les impedían expresar con claridad.

—¿Te gusta? —inquirió con un guiño.

Ivy lo miró con asombro.

—¿Que si me gusta? —exclamó arrebatada—. ¡Por Dios, Hans! Es una *Guzzi Eldorado*, una maravilla mecánica: Tiene un motor creado por el ingeniero Giulio Cesare Carcano y rediseñado por Miguel Galluzzi. ¿Sabes cómo la definió la revista *Cycle World*?: «Si los dioses romanos hubiesen conducido motocicletas, la moto *Guzzi Eldorado* habría sido la elección de Baco». ¡Por supuesto que me gusta! —Casi vitoreó, dando saltitos con las manos juntas alrededor de la moto.

Los ojos masculinos brillaron como las estrellas, llenos de regocijo, cuando ella describió con tanto detalle su pasión por la moto.

—Bien. Y... ¿a qué esperas para subirte? —imprecó con una falsa amonestación que desmintió al instante con otra alegre carcajada cuando ella se subió de un salto, le abrazó la cintura y se apretó contra su espalda.

—Vamos, llévame a dónde quieras —susurró, sensual, en su oído.

La anatomía de Hans se encendió como una antorcha y ese calor recorrió sus terminaciones nerviosas con la velocidad del viento al sentir el curvilíneo cuerpo apretado contra sí.

—¡Uff! Cariño, agárrate fuerte. Te llevaré al fin del mundo y más allá si me lo pides así —declaró, apasionado, mientras arrancaba el motor de nuevo y las vibraciones de los potentes cilindros sacudían el asiento bajo ellos.

Le pasó el casco que había comprado para ella y él se puso el suyo. Torneó

la mano derecha sobre el manillar, dio gas y la moto arrancó con un potente zumbido, atronando el tranquilo vecindario. Se la llevó a dar una vuelta por los alrededores al mismo tiempo que le comentaba el plan que tenía para el viaje.

Ivy encogió los hombros y sonrió, dichosa. No le importaba si terminaban en la luna, nada podía apagar su entusiasmo por estar junto a él.

Al finalizar el viaje se instalaron en el apartamento de Ivy ya que él todavía disponía de unos días antes de regresar.

Un día, poco antes de tener que dar por finalizadas las vacaciones, Hans despertó temprano y la contempló dormir a su lado, con embeleso. Boca abajo, desnuda, con la cabellera hacia un lado sobre la sábana y el rostro vuelto hacia él presentaba una expresión de dicha con una media sonrisa en los labios, como si soñara con algo muy agradable. Esa mujer era un cúmulo de sorpresas y alegrías y no se cansaba de contemplarla, de seducirla. De disfrutarla y hacerla disfrutar. Ver su cara traspasada por el placer era algo tan sublime que su corazón se colmaba de gozo cada vez que ella se estremecía o le dedicaba una de sus miradas turbias de lujuria. Al recordarlo su abdomen inferior dio una sacudida y el miembro se le colmó de sangre, provocándole un gemido por la súbita inyección de adrenalina.

Desde hacía tiempo llevaba madurando un plan en mente. Con cuidado de no despertarla se giró y sacó un sobre que la noche anterior había guardado en la mesilla de noche. Lo abrió y lo releyó, aunque se lo sabía de memoria. Era un contrato de BDSM redactado por él mismo, aunque jamás había sentido la necesidad de escribir uno. Sabía de otros Dominantes que sí firmaban siempre un contrato con sus sumisas, pero él nunca lo había considerado siquiera. Con Ivy era diferente. Parecía que nunca tenía suficiente de ella, necesitaba más y más cada día.

Al fin se había convencido de que la inclinación hacia el rol sumiso, de ella, era madura y responsable. Con inmensa alegría se percató de que su absoluta sumisión a él era auténtica y que no era una sumisa inducida debido a la atracción que pudiera ejercer sobre ella, y que tampoco era fruto de inmaduras fantasías o una forma soterrada de manipularlo para conseguir otros objetivos.

Lo escribió teniendo en cuenta todas las fantasías que ella le había explicado y en todos los límites que habían consensuado.

Ya hacía una semana que vivía en el apartamento de ella, pero debía partir hacia España muy pronto. Debido al trabajo que realizaba para Dannielle y la

OpE, hacía tiempo que no había visitado sus empresas en la península ibérica ni en las diferentes capitales europeas. Y por mucho que sus gerentes le pasaran memorándums e informes semanales y mensuales, nada podía compararse a personarse allí y verlo todo con sus propios ojos. Además siempre le había gustado sentarse con sus empleados en la cafetería y escucharlos.

Por eso quería enseñarle el contrato a Ivy en ese momento, para que ella pudiera estudiarlo durante su ausencia. Para que pudiera hablar con la gente a la que había ido conociendo, a través de internet, y preguntar cosas que sabía que él le respondería gustoso, pero de las que obtendría otras perspectivas. Solo así podría elegir con total libertad.

Ivy se removió y abrió los párpados con lentitud. La mirada color zafiro se clavó en él y la respiración de Hans se detuvo durante unos segundos, impactado por la luz que emanaba de esos enormes iris.

—Buenos días —murmuró ella.

—Buenos días, bella durmiente —sonrió.

Ivy suspiró y se desperezó con sensualidad, luego se arrimó más a él y se acurrucó, mimosa, en su costado. Entonces vio los pliegos sobre la sábana que cubría el amplio pecho desnudo y se despabiló para mirarlos.

—¿Qué es? ¿De tu trabajo? —preguntó, curiosa.

—No. Es algo que quería enseñarte hace tiempo —desveló, ya sin sonreír.

Ivy se despertó del todo al ver la expresión solemne que él mostraba y se sentó en la cama, con las piernas cruzadas a lo indio. La sábana se deslizó y reveló su cuerpo desnudo, ella se incorporó para coger la camiseta larga que había quedado la noche anterior a los pies de la cama, pero Hans negó.

—No, no te la pongas —ordenó—. Quiero verte así.

Ivy sonrió, asintió y volvió a sentarse en la cama, mientras sentía como se le erizaba la piel bajo el intenso escrutinio masculino.

Hans la contempló en silencio durante varios minutos y al fin, cuando Ivy creía que iba a explotar de puro nerviosismo, le alargó las hojas.

—Es un contrato Amo/sumisa, Ivy —explicó con serenidad sin dejar de observarla. Ivy agrandó los ojos con mucho interés, aunque no dijo nada. Él prosiguió—: Nunca lo he establecido con nadie; tú eres diferente. Te lo enseño porque eres muy importante... —expuso. Aunque no quería revelar la demoledora necesidad de que ella también quisiera establecerlo con él, que lo traspasaba—. Eres tan preciada para mí que quiero más y más de ti. Por eso quiero tener todo el poder. Solo así me sentiría seguro para poder darte todo

lo que mereces y te aseguro que eres la única que decidirá si lo firmas o no. Verás que he establecido todo lo que hemos consensuado estos días; he tenido en cuenta tus fantasías, tus miedos, tus anhelos y tus límites. No voy a presionarte de ningún modo. Y, al margen de que lo firmes o no, muñequita, siempre me esforzaré en ofrecerte todo aquello que la vida puede otorgar — prometió, solemne.

Los ojos de Ivy brillaron, llenos de emoción.

—¡Oh! —exclamó, maravillada. Había oído comentarios sobre los contratos e investigó por su cuenta en qué podía consistir algo que no tenía validez jurídica, pero que establecía un compromiso de honor entre los contrayentes.

—Quiero que lo leas y lo medites bien, Ivy —pidió, categórico—. Quiero que investigues en las páginas que te mostré y hables sobre ello con las sumisas y los Dominantes que te presenté —ordenó con gravedad. Se incorporó de las almohadas en las que estaba apoyado, se acercó más a ella y le abarcó la mandíbula con una mano—. Esto es muy importante y quiero que caviles, tómate tu tiempo hasta estar convencida. Piénsalo y examina a fondo tus sentimientos, ¿de acuerdo? —advirtió, contundente—. Es solo un papel y si no quieres firmarlo nada cambiará entre nosotros, ¿de acuerdo?

Ivy lo observó durante unos segundos, reparando en la necesidad que subyacía bajo la apariencia tranquila de su antiguo tutor. Accedió, esta vez más empeñada en tomar la decisión adecuada. Cogió los pliegos y los guardó en el sobre. Se levantó y abrió un cajón de su escritorio donde lo depositó con reverencia, como si fuera algo muy valioso, como así era, ya que sabía que significaba otro nivel de entrega, un nuevo escalón en el ascenso del conocimiento mutuo. En el BDSM no solo jugaban un papel muy importante las prácticas, algo a lo que todo el mundo tenía acceso gracias a la literatura o las tiendas fetichistas, sino que la clase de confianza que se requería entre una pareja para hablar sobre uno mismo, y desnudarse psíquicamente ante el otro, con los diferentes roles de sumisión y dominación, era tan vital que sin ella esa relación era como el rápido polvo de una noche de borrachera.

La sumisa o el sumiso entregaba el cuerpo y la mente para que otra persona dispusiera de él. Era muy importante que el Dominante fuera una persona cabal y responsable, ya que si no podía ofrecer un comportamiento ético hacia el sumiso o la sumisa, más allá de cualquier duda, esa relación tenía poco que ver con el BDSM. El contrato ponía sobre la mesa el compromiso emocional, físico y mental de una forma material, palpable para

ambos contrayentes.

Llegó el día de la despedida y, a su pesar, Hans se marchó. Cuando la puerta se cerró, Ivy corrió al escritorio para leer el contrato. Constaba de varios folios y especificaba que él y solo él, decidiría sobre ella. Hans se comprometía a cuidar de su salud, de sus estudios, de su vida, de sus necesidades. Se responsabilizaba por completo de ella, involucrándose en formarla, gracias a su experiencia, como persona y como mujer y dándole todas las oportunidades para explorar el mundo a su alrededor, sus sentimientos y sus anhelos. También explicaba que el control y protección que él ejercería sobre ella sería para hacerla crecer emocional e intelectualmente, para que su mente y su corazón estuvieran siempre libres de trabas. Una de las cláusulas estipulaba que ella jamás podría romper el contrato. Solo Hans podría hacerlo. A cambio ella le entregaría su voluntad y su cuerpo hasta que cumpliera los treinta, edad en la que heredaría el legado que le dejaron sus padres al morir. Entonces Ivy sería libre para decidir qué hacer con su vida. Y, también, si quería continuar con él.

Ivy, antes de firmar, hizo lo que él le había ordenado. Habló con sumisas que él le había presentado en el mundo virtual. Por otro lado algunos Dominantes le explicaron qué significaba para ellos un contrato. Y al cabo de una semana de meditarlo, lo firmó.

Durante su adolescencia, desde que habían muerto sus padres, él se había encargado de ella, de sus necesidades tanto físicas como intelectuales y emocionales. Nunca la había dejado de lado, ni siquiera si eran las tres de la mañana en Tombuctú donde él se encontraba y ella lo llamaba, lastimera, quejándose de que una profesora la había suspendido porque le tenía ojeriza, como si estaba en una reunión de trabajo y lo interrumpía para anunciarle que había sacado matrícula en Geografía. Él siempre había estado ahí, siempre la había cuidado.

¿Cómo no confiar en él para dar ese paso? ¿Un paso tan importante como era su sexualidad?

Ningún hombre podría superar o igualar jamás la primera noche, ni las siguientes, que había pasado junto a él. Se lo envió de vuelta, en un sobre certificado, firmado.

Naturalmente.

A partir de ese momento, Ivy perteneció a Hans por derecho consensuado.

## 26

Junio, 2017

Dannielle estaba estudiando unos documentos sentada a la mesa de su despacho tan concentrada que no se dio cuenta de que Hans la estaba observando desde el quicio de la puerta. Al poco tiempo notó algo en el ambiente, una tensión extraña, y levantó la vista. Sin poderlo remediar el estómago le dio un vuelco al verlo apoyado con el antebrazo en alto, en la jamba de la puerta, mientras la miraba de forma intensa sin dejar entrever lo que estaba pensando en ese momento.

Desde su breve, pero tórrido devaneo sexual en Singapur había intentado apartarlo de su mente, y aún más importante de su entropierna. Era su subordinado y no quería mezclar las cosas, además ella no tenía tiempo para nada más que no fuera su trabajo. Vivía por y para su profesión, en su mente no cabía la idea de familia, hijos ni nada que la desviara de su objetivo. Vivía al día, sin compromisos y sin pensar en el mañana.

Pero Hans era un hombre difícil de olvidar, de ignorar. En cuanto entraba en una habitación era como si absorbiera todo el oxígeno y todos se vieran impelidos hacia su demoledora atracción. No era solo su belleza física, con esa cabellera plateada que lo hacía destacar por encima de todos los demás, era el inconfundible halo de poder en sus maneras tranquilas. Podría comparárselo a un animal salvaje en estado de reposo, al cual se admiraba por su perfección, de lejos, con la convicción de que podía convertirse, en un solo segundo, en un peligro mortal para el que lo estaba contemplando.

Pero por mucho que la atrajera, no iba a ceder. Además la mente y quizá el corazón de Hans estaban ocupados por alguien, y tampoco era una mujer a la que le gustara inmiscuirse en medio de una pareja.

Esbozó una sonrisa perezosa y se reclinó en el respaldo, al tiempo que jugaba con el lápiz que sostenía entre los dedos.

—Señor barón, no debería andar a hurtadillas, podría sorprender a la gente en situaciones comprometidas —advirtió, bulliciosa, y amplió la sonrisa, lo que le dibujó unos graciosos hoyuelos en las niveas mejillas.

Hans lanzó una carcajada y se adentró en el despacho.

—Pues no debería ser usted tan fácil de admirar, jefa —replicó con un guiño. Se sentó en el sillón frente a la mesa y la miró con una sonrisa irresistible.



Dannielle meneó la cabeza, maravillada de lo que esa sonrisa provocaba en ella así que la obvió con toda la intención, se inclinó hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—¿Recibiste mi mensaje? —inquirió con un brusco cambio de tema. No le convenía seguir con ese juego de provocaciones, podría llegar a interesarse en serio por ese hombre, más allá de la atracción sexual, y ni de broma pensaba consentírselo a sí misma. Además, la acuciaban las últimas novedades llegadas desde Indonesia.

Hans asintió.

—Sí, parecía urgente, por eso he venido —alegó, sin rastro ya de chanza en su expresión.

—Lo es y muy importante. Hemos sabido que Hayashi ha recuperado su honor frente al clan *yakuza* y ahora vuelve a dirigir todo el sector oriental, además del de Medio Oriente y por lo visto ha designado a Gutiérrez para el de occidente —informó con una mueca de rabia.

—¡Joder! —renegó Hans, rabioso ante la noticia. Compartía los sentimientos de Dannielle, esos dos hombres eran demasiado peligrosos.

Desde que él consiguió desbaratarles la operación de Malasia con el carguero que había salido de Marsella, Gutiérrez loco de rabia y odio, había contratado a un asesino profesional para que se cargara a Hans, pero gracias al soplo de Grayson, que por aquel entonces estaba infiltrado en la organización japonesa, se pudo avisar a la policía nacional y arrestaron al asesino en cuanto descendió del avión en Madrid.

—Estoy organizando una misión en el mar de China, Hans. Todo el equipo va a trasladarse allí durante una larga temporada. Quiero atrapar a Hayashi de una vez por todas —declaró con una expresión determinada. Lo miró a los ojos y añadió—: Necesito saber si puedes unirme al equipo. —Hans era un miembro muy activo de la OpE. Había aportado gran cantidad de información, además había logrado solucionar algunas de las misiones más peligrosas, como la última en Pennang, e incluso le debía la vida. Ansiaba que aceptara, pero no iba a imponérselo. Al fin y al cabo era un colaborador voluntario.

Hans frunció el ceño.

—Ya sabes que sí...

Dannielle levantó la mano y atajó las palabras masculinas.

—Esta vez es diferente, necesito máxima implicación y dedicación absoluta sin límite de tiempo. Es imperativo que todos os comprometáis al

margen de familias u otros deberes —advirtió, con dureza. Llevaban demasiados años tras esa célula y no pensaba rendirse. Esa vez iba a poner toda la carne en el asador y necesitaba a su equipo de su parte—. ¡Ah! Y también vamos a estar incomunicados. Ninguna comunicación con el exterior al margen de la operación.

Hans silbó ante las restricciones y exigencias y frunció aún más el ceño. Él también quería acabar con ellos, eran una costra infectada para la sociedad, estaba supurando y había que arrancarla de raíz, pero lo que le pedía Danielle era drástico. Desvió la vista durante unos segundos, mientras pensaba.

Ivy todavía estaba estudiando, le faltaba poco para terminar la carrera, pero luego quería concentrarse en sacar un máster para poder encarar finalmente el doctorado. Solo tendría que viajar a New Haven algunos meses y le había insinuado, de forma muy sutil, que le encantaría pasar el resto del año con él, en España.

La idea de vivir con ella casi a tiempo completo era algo que lo había llenado de gozo en un primer momento, pero luego se impuso de nuevo la cordura y pensó que no era buena idea. Estaba ante un reto anhelado y al mismo tiempo lo temía como al mismísimo infierno. Antes de dar cualquier paso más comprometedor con Ivy debía estar seguro de poder ser lo que ella necesitaba de verdad.

Últimamente se sentía desasosegado y su relación con ella estaba adquiriendo tintes demasiado intensos, demasiado profundos al cabo de dos años de relación sexual. La necesidad que tenía de ella le quemaba las entrañas como un ácido que corroería todo lo que tocaba. Los órganos, la piel, todo su cuerpo la añoraba con ansia cuando no estaba con ella, pero se imponía una dura disciplina y se obligaba a ignorarse mientras se hallaban separados.

Retornaba cuando creía que había pasado la adicción, como si ella fuera una sensual droga que le obnubilara el juicio cuando estaba cerca, pero era inútil. En cuanto regresaba y ella lo recibía con esa sonrisa que podía iluminar un estadio de fútbol sin necesidad de una central nuclear, su corazón aleteaba feliz, libre ya del verdadero peso que llevaba dentro: la distancia.

Ese tiempo que le pedía Danielle, en el que se vería obligado a alejarse, le serviría para poder pensar. Tomada la decisión, giró los ojos y los clavó otra vez en Danielle, convencido.

—De acuerdo, vendré con vosotros. El tiempo que haga falta. Dejaré mis

empresas en manos de mis gerentes. Puedes disponer de mí el tiempo que nos lleve atrapar a esos malnacidos—respondió, con seguridad.

—¿Seguro? No quiero sorpresas imprevistas. No habrá permisos, ni vacaciones ni nada de nada hasta que finalice la operación, Hans —advirtió, implacable.

—No te preocupes, no habrá ningún problema.

Dannielle suavizó el gesto, esbozó una sonrisa y asintió.

—¡Genial! Me alegro, hubiera sido un fastidio no poder contar contigo. Todavía tardaré unos días en ultimar todo, así que tienes tiempo de arreglar tus asuntos y dejarlo todo dispuesto. Te llamaré en cuanto esté todo a punto para informarte.

Hans asintió. Se despidieron y él salió a la calle con sentimientos encontrados. Por un lado permanecer tanto tiempo alejado de Ivy le resultaría una tortura, pero por otro era la prueba definitiva para saber qué era lo que en realidad anhelaba. Caminó sin rumbo fijo por la ciudad mientras pensaba. No le preocupaban sus empresas, tenía contratados a los mejores gerentes o directores, pero dejar a Ivy completamente sola no era algo que le gustara. Sabía que ella era muy capaz de cuidar de sí misma, además tenía a la pandilla de amigas y nunca estaría sola, de una forma en la que la soledad fuera impuesta.

Pensó en diferentes opciones, aunque las descartaba en seguida. Ninguno de los dos tenía ya familia y ella no dispondría de su herencia familiar hasta dentro de unos años. De improviso recordó el encuentro con Leandro en la Ópera de Viena y una interesante idea germinó en su mente.

Agosto, 2017

Hans se paseaba inquieto por el *hall* del hotel Ritz de Madrid, mientras Ivy terminaba de vestirse y arreglarse en la suite de la sexta planta.

Estaba imponente, vestido de riguroso esmoquin, y su cuerpo fibroso y fuerte se delineaba a la perfección, enfundado en esa elegante prenda. Más de una mujer volvía la cabeza, varias veces, al verlo paseando arriba y abajo en el lujoso vestíbulo.

No hacía más que atisbar hacia los ascensores cada vez que sonaba la campanilla que anunciaba la llegada, desde las plantas superiores, con la esperanza de que fuera Ivy la que apareciera por fin, pero se le dibujaba un profundo surco en el entrecejo al ver que no era ella la que descendía, y volvía a reanudar sus idas y venidas.

Hans había elegido esa ocasión para poner en marcha el plan que había ideado. Iban a asistir a una fiesta, y allí presentaría a Ivy a su amigo. Había pensado en cederla en 24/7<sup>37</sup> a Leandro, su amigo de correrías, el Dominante con el que había coincidido en el baile de Viena. Sabía que Ivy, en sus manos, estaría a salvo. Protegida, cuidada, acompañada. Y todas sus necesidades, y sabía que serían todas, serían satisfechas.

En la fiesta los pondría a ambos frente a frente, para ver sus reacciones, para saber si había acertado en su elección, y por eso mismo paseaba tan inquieto de un lado a otro del *hall*.

Sonó, por enésima vez, la campanilla que anunciaba la apertura de las puertas del ascensor y Hans se volvió, más por la fuerza de la costumbre que porque pensara que Ivy iba a aparecer por fin, pero se quedó de piedra cuando ella cruzó el umbral del ascensor enfundada en un vestido negro, de manga corta, del diseñador australiano Paolo Sebastián, el preferido de Ivy desde que lo descubrió en un viaje a Adelaida, en Australia. Un corpiño de gasa transparente ceñía el esbelto torso, un escote de vértigo descendía entre el valle que formaban sus senos redondos y unas lentejuelas estratégicamente colocadas ocultaban las partes de su anatomía más comprometedoras. Lo seguía una falda con muchas capas y vuelo, larga hasta los tobillos, y unos Gucci salón plataforma, de piel acharolada negra con un tacón de aguja de trece centímetros. Completaba el atuendo con un bolso de mano en forma de corazón con cristales Swarovski.

La recorrió con una mirada ávida, sin perderse detalle, y supo que no era el único que en ese momento radiografiaba el cuerpo de infarto de esa diosa de mirada cristalina y sonrisa capaz de dejar sin aliento a un hombre. Impactado, tuvo que contenerse para no avanzar y hacer saber a todos que era suya. Esperó con estudiada indiferencia a que fuera ella la que se le aproximara. Las mujeres que antes habían echado furtivas miradas a Hans, durante la espera, ahora frunció el ceño, molestas, al ver a la imponente rubia que se le acercaba y los hombres, que habían observado con interés la espectacular salida del ascensor, torcieron el gesto al verla moverse con tanta seguridad y elegancia mientras caminaba hacia al hombre detenido junto a la vitrina, de exclusiva joyería española, sin desviar jamás la vista hacia ningún lado, como si él fuera el único ser vivo sobre la tierra.

Ningún suspiro fue audible, pero esa tarde se reprodujeron con profusión en el vasto recibidor del Ritz.

—Hola —saludó ella al llegar junto a él y elevar la mirada hacia sus ojos, coqueta.

Hans la miró con gesto serio, aunque el iris color cobalto brillaba encendido.

—Has tardado mucho —reprochó sin poder simular siquiera un poco de enfado, mientras las comisuras de su boca empezaban a temblarle de ganas de sonreír.

—Pero ha valido la pena, ¿a qué sí? —contestó traviesa, con un guiño.

Hans inhaló con fuerza. ¡Dios bendito! Se ponía cardíaco cuando ella lo retaba de esa forma y le daban ganas de ponerla contra la pared, levantarle la falda delante de todos y darle una buena tunda en esas nalgas de nácar para tornarlas del color de las rosas *Scarlet Carson*. Solo de pensarlo sus ojos se oscurecieron, lascivos, y sintió un brutal tirón en los genitales.

¡Joder!

—Será mejor que salgamos —advirtió, con la voz ronca.

Esa voz...

Ivy lo observó más detenidamente y sus propias pupilas se dilataron, llenas de lujuria, al detectar los claros signos de excitación masculina.

—O no respondo de mí —aclaró él al tiempo que la cogía del codo con firmeza y la conducía hacia las grandes puertas giratorias. La pegó posesivo a su cuerpo, de espaldas a él, para cruzarlas.

Ivy gimió de anhelo cuando sintió la gruesa erección incrustarse contra sus lumbares y se arqueó al tiempo que ladeaba la cabeza hacia atrás y elevaba la

mirada empañada hacia él. Había valido la pena todo el esmero con el que se había arreglado para esa noche, y todo el tiempo invertido, con tal de obtener esa reacción en su Dueño.

Hans se sumergió en esa mirada peligrosa y rechinó los dientes.

—¡Dios, Ivy!—exclamó con un susurro feroz en el oído femenino segundos antes de salir a la calle, conducirla directo a la limusina que los estaba esperando y exclamar mientras ella subía—: ¡Me vuelves loco, chiquilla!

Ya en el interior del ancho vehículo, Ivy se volvió hacia él con una sonrisa radiante.

Hans quería lanzarse sobre ella como un dingo hambriento, pero observó el perfecto maquillaje, el vestido recién estrenado y el pelo arreglado con primor, y se refrenó. No podía estropear esa maravillosa obra de arte con su impetuosidad, al menos no antes de presentarla al que podría convertirse, de forma temporal, en su dueño. Se sentó tieso en el asiento mientras el coche se ponía en marcha. La sonrisa femenina se ensombreció cuando vio el gesto serio de él.

—¿Qué ocurre? —inquirió al instante, alerta. Hans la miraba con un brillo que no había visto nunca en el fondo de las pupilas.

—Tenemos que hablar —explicó con gravedad.

Ella se estremeció a su pesar. No le gustó el tono serio que él usaba y que nunca le había oído.

—Dime —pidió, con el corazón en un puño.

Hans le cogió las manos y se las apretó, confortador, al ver su expresión demudada.

—No te preocupes, muñequita. No es nada grave, es solo que debo irme una temporada —aclaró. Desde aquella vez en Viena, no había vuelto a viajar para la OpE. Sonrió para quitar severidad a la noticia y continuó hablando con voz calma, intentando refrenar su encendida libido al contemplarla delante de él—. Tengo que resolver unos asuntos en la otra parte del mundo y voy a estar lejos mucho más tiempo que otras veces. Y en esta ocasión no podré estar en contacto virtual o telefónico como siempre hemos hecho, debido a la naturaleza del negocio que voy a emprender. Estaré ilocalizable para que los espías, informáticos e industriales, que siempre están al acecho no puedan seguirme la pista. —Algo muy cierto, aunque en un contexto diferente al que le estaba explicando a ella. La OpE había hecho mucho hincapié en ello esta vez: nada de comunicación con el exterior en esa

investigación, tan solo la interna por los canales permitidos. Le cogió las manos con ternura y la miró a los ojos—. Es algo que debo hacer y es inaplazable. Y no quiero dejarte sola, muñequita. El tiempo que esté fuera es impredecible —aventuró, abatido.

El rostro de Ivy había perdido la alegría con la que había subido al coche y ahora lo escuchaba muy seria y algo pálida. Todo el lenguaje corporal de Hans decía algo por completo diferente a lo que le estaba explicando y un nudo constrictor le atenazaba las entrañas.

Hans suspiró y el pesar inundó su espíritu. Si no fuera porque se había comprometido en firme con la OpE en la lucha contra la trata de personas, y por ese maldito indeseable al que tenían que perseguir, ahora mismo mandaría al diablo todo con tal de borrar de su rostro esa expresión desolada. Nunca le había revelado que colaboraba con esa organización europea, ni que se implicaba en intervenciones muy peligrosas a veces. Ella no necesitaba saberlo, era algo que solo lo atañía a él, y tampoco quería preocuparla.

—Hay un hombre, un amigo mío, al que me gustaría encomendarte mientras esté fuera —continuó—. Se llama Leandro, es Dominante y ahora está sin sumisa. Pero si no es lo que quieres, aceptaré la decisión que tomes, tanto si es quedarte sola como si prefieres ir a casa de alguna amiga.

—¿Leandro? —repitió Ivy el nombre que Hans le había revelado, con el ceño fruncido, y preguntó—. ¿Cómo es que nunca me has hablado de él?

—Pues créeme que no ha sido intencionado, pero con tus estudios y mis negocios apenas pasábamos tiempo en Madrid y cuando lo hacíamos él estaba fuera de la ciudad con alguna gestión de su empresa —reveló con un encogimiento de hombros.

—¿Confías en él? —interrogó directa.

Hans sonrió, sabía que ella no dudaba de su criterio, pero quería la palabra de su Amo de que la dejaba en buenas manos.

—Por completo. Es un buen hombre y un excelente Dominante. Tenéis gustos muy parecidos, por eso pensé en él cuando se me ocurrió dejarte a cargo de alguien.

—¿No quieres dejarme sola? —interrogó, sorprendida—. Ya sabes que en New Haven vivo en ese estudio de alquiler y me desenvuelvo a la perfección —arguyó.

—Lo sé, muñequita. Sé bien que eres muy capaz de cuidar de ti misma, no es eso lo que me preocupa. Si pensé en una cesión fue porque quiero que estés atendida en todo momento y que no te falte de nada, ¿entiendes? —

inquirió Hans.

Ivy asintió. Comprendió que Hans se preocupaba por todos los aspectos de su vida.

—Y si, a pesar de todo, prefiero estar sola mientras tú estás ausente, ¿te parecerá bien?

Hans asintió.

—Claro, en esto te permito que decidas tú. En otras cesiones que hemos consensuado ponía a prueba tu temple, pero esta vez es diferente. No quiero imponerte a un amo sustituto con el que no tengas *feeling* o que te repugne su *aftershave* —bromeó para hacerla sonreír, pero ella continuó seria.

—¿Él sería mi Amo mientras tú no estés? —indagó al comprender que esta cesión sería muy diferente a otras en las que había participado de la mano de Hans—. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

Hans suspiró y desvió la vista hacia la ventanilla del coche, apesadumbrado. Al fin se volvió a mirarla.

—Sí, el será tu Amo mientras yo no esté, y estaré fuera mucho tiempo, muñequita. Al menos un año, puede que dos —admitió pesaroso.

Los ojos de Ivy se agrandaron con sorpresa.

—¿Tanto? No creí que... —Turbada, desvió la vista, pensativa, unos segundos.

—Ivy, si no quieres...

—¿Y no puedo ir contigo? —interrumpió con la cabeza inclinada y el rostro escondido tras los largos mechones dorados que le tapaban la cara.

Hans se adelantó, le apartó el cabello, la cogió de la barbilla con ternura y le giró la cara hacia él.

—No, no puede ser —negó, afligido al descubrir la expresión abatida—. Muñequita...

Ivy le cogió la mano con la que él le sujetaba la barbilla, le besó el dorso con devoción, meneó la cabeza y sonrió con valentía.

—Está bien, vamos a conocer primero al tal Leandro y luego ya decidiremos, ¿de acuerdo? No te vas a ir mañana mismo ¿no? —conjeturó con una sonrisa, pero Hans no correspondió. El rostro femenino demudó y ella insistió, con alarma—. ¿Verdad?

—No, no será mañana. Tengo el *jet* preparado para dentro de un mes —indicó. La abrazó incapaz de permanecer más tiempo separado de ella, y la miró a los ojos—. Ivy...

El corazón femenino saltaba en el pecho, angustiado. Un conocido



desamparo rondaba su espíritu, muy parecido al que la había asaltado cuando le comunicaron que sus padres habían fallecido y la pena la inundó para nunca desaparecer del todo. No es que Hans nunca se hubiera ido. Habían estado más tiempo separados que juntos desde que habían iniciado la relación, o desde que ella se quedó huérfana, pero ahora parecía distinto. Hans era diferente y no sabía por qué. Y eso la asustaba. Volvió a esbozar un intento de sonrisa y lo miró directa, vulnerable.

—No quiero perderte —confesó. Por su mente pasaban toda clase de ideas descabelladas. Quizá se había cansado de ella. Quizá había conocido a una nueva sumisa y se había enamorado. Quizá se iba a casar con esa mujer. Quizá...

—Deja de pensar tonterías, Ivy Seren Aldridge de Lasarte —advirtió Hans, como si pudiera leerle el pensamiento. Enmarcó su rostro con una mano y la miró, solemne—. Jamás vas a perderme, chiquilla, ¿de acuerdo? Voy a estar siempre ahí para ti, así que deja de elucubrar. Tengo que irme por negocios. Punto.

Ivy asintió, con el corazón más ligero. Hans jamás le había mentado. Inspiró con fuerza y sonrió con un esfuerzo por desechar absurdos temores infantiles.

—¡Oh, Ivy! No sabes lo adorable que eres, ¿verdad? —manifestó Hans al ver cómo se iluminaba la mirada color zafiro otra vez ante su rotunda afirmación. Deslizó la mano hacia la nuca, se aproximó más a ella y confesó, sobre los labios—: A mí se me hace mucho más duro tener que alejarme de ti. No sabes cuánto —susurró con los ojos fijos en los de ella. Luego se apoderó de su boca, imposibilitado de permanecer más tiempo reprimiendo el anhelo que lo embargaba. Gruñó con ansia cuando el dulce aliento saturó sus sentidos, y su anatomía, todavía excitada por el incidente en el *hall* del hotel, cobró nuevos bríos ardientes.

Llegaron ante el palacete de la familia Ansúrez y la limusina se detuvo. El chófer detuvo el motor, se apeó y dio la vuelta al coche. Esperó, discreto, durante unos minutos y luego abrió la portezuela.

Hans, en el interior de la amplia limusina, se alejó de Ivy y la soltó, a regañadientes.

—¡Dios, Ivy! ¿Y ahora cómo me presento ante nuestros anfitriones en este estado? ¡Me pones duro como una estaca, muñequita! —susurró mientras se recomponía y ella hacía lo propio, ambos con la respiración alterada por la excitación que sentían.

Ivy sacó un espejito del interior del bolso de mano, se ahuecó las ondas del cabello, se retocó el carmín y siguió a Hans para salir del vehículo. Bajaron del coche y se acercaron a saludar a los anfitriones. Luego se mezclaron entre los invitados mientras paseaban entre los diferentes salones habilitados para la fiesta benéfica.

Hans había averiguado que su amigo Leandro iba a asistir a la cena anual que daban los Ansúrez para recaudar fondos contra el hambre en el mundo y decidió que sería el lugar ideal para presentarlos.

Se pasearon entre los asistentes mientras saludaban a conocidos y entablaban amables conversaciones sociales, pero Hans pronto descubrió a Leandro y fue guiando a Ivy hacia dónde él se encontraba. Se acercó a su espalda como por casualidad y exclamó:

—¡Leandro! ¡Qué alegría! ¿Cuánto tiempo ha pasado, bribón? —bromeó, contento de verdad por volver a ver a su amigo.

Leandro se volvió con una expresión de alegre sorpresa en el rostro al reconocer la voz de Hans, pero sus ojos toparon al instante con Ivy y se quedó quieto, mirándola anonadado. La observó, los ojos oscuros llenos de intensidad, y Hans sonrió al verle la expresión fascinada. Se volvió hacia Ivy y comprobó que tampoco a ella le resultaba indiferente. Ambos se miraban fijo, como si no pudieran creer que el otro fuera real.

Hans sintió una punzada en el corazón, pero no quiso pararse a pensar. Seguramente sería la aprensión de saber que a ella no le era indiferente otro hombre, más joven que él. Ahuyentó esos pensamientos celosos, no pensaba dejar a Ivy a su libre albedrío en manos de un apuesto y joven macho Dominante y ardiente. Sellaría la palabra de Leandro con un contrato entre caballeros.

Leandro hizo un denodado esfuerzo por dejar de mirar la aparición rubia que tenía ante él y desvió la vista hacia Hans. Este le sonrió con un elocuente movimiento de cejas y Leandro sintió la sangre subirle a la cara. ¡El muy bellaco! Sabía que esa diosa surgida de las brumas de Asgard le haría perder la compostura. Se preguntó si debía ser la misma mujer que había atisbado en el baile de la Ópera en marzo del año pasado. ¡Menuda belleza! Sin ser baja, tampoco era alta, grácil y cimbreante, con una esbelta cintura que dibujaba una silueta muy femenina.

—¡Hans! —exclamó sin poder dejar de centrar su atención en ella. Se obligó a permanecer de cara a su amigo y sonrió, algo tenso.

Hans se carcajeó y le estrechó la mano tendida, con firmeza.

—Leandro Unanue, te presento a Ivy Aldridge de Lasarte, mi sumisa.

A Leandro no le quedó otro remedio que dirigir la vista de nuevo hacia ella y esta vez no pudo sustraerse a su influjo. Su mente registró al instante la verdadera relación que existía entre su amigo Hans y esa beldad, y se quedó aún más impresionado. No todos los que conformaban ese mundo lo proclamaban de una forma tan abierta, a veces eran incluso las sumisas las que exigían confidencialidad en la relación con su Amo, como uno de los límites que consensuaban. Aún más maravillado la observó, fascinado. Exquisitamente femenina, exudaba un encanto y una sensualidad natural, sin poses estudiadas ni excesivo maquillaje. Todo en ella era perfecto, aunque Ivy no era consciente, o si lo era no lo exhibía como un estandarte al que todos tuvieran que rendir pleitesía, y eso la hacía aún más adorable.

—Señora —saludó, formal con el tratamiento que excluía, de forma intencionada, el que la sociedad usaba para clasificar a las mujeres en grupos de solteras o casadas, como si el estado civil solo importara a la hora de tratar a las mujeres y no a los hombres—. Es un placer conocerla —declaró, solemne.

Un escalofrío recorrió el espinazo de Ivy ante esa hermosa voz: profunda, grave, aterciopelada. Casi podía sentirla vibrando aún en el interior de su oído hacia su cerebro. Sonrió, aunque solo un esbozo, presa de una demoledora turbación ante la oscura mirada ardiente. Extendió la mano para estrecharle la mano pero, en cambio, él la cogió de los finos dedos con delicadeza, se inclinó y le besó el dorso sin dejar de mirarla, mientras le acariciaba los dedos de forma delicada con el pulgar. La sangre se agolpó en las mejillas femeninas al sentir el calor de esos labios como si traspasara su piel hasta las venas. Retiró la mano y desvió la vista hacia Hans, apabullada. Este le sonrió y le guiñó un ojo, como diciéndole que esperaba esa reacción. Entonces la enlazó de la cintura, posesivo, cogió el brazo de Leandro por el otro lado y los condujo a través del salón, afuera, a la inmensa terraza. Una vez en el exterior, intercambió un par de comentarios sociales con su amigo mientras Leandro no dejaba de lanzar furtivas miradas hacia Ivy y ella, al otro lado de Hans, se abstraía en la contemplación del inmenso jardín por encima de la balaustrada de piedra de la terraza. O al menos lo intentaba, nerviosa como estaba, al pensar que Hans la quería dejar con semejante espécimen masculino. ¡Por Dios! Más joven que Hans, debía rondar los treinta años. El cabello era negro como el tizón, con ojos oscuros como un café cargado y unos centímetros más bajo que su Amo. Ese hombre era el peligroso Loki

transportado desde el Bifröst de Asgard. Era el David de Miguel Ángel, hecho carne. Se apoyaba con las manos en la balaustrada y se movía, adelante y atrás, sobre las puntas de los pies sin poder estarse quieta.

—Ivy, ¿podrías traernos unas copas de champaña? —pidió entonces Hans, con una gran sonrisa picaresca.

Ella exhaló el aliento y asintió, aliviada. Dentro, a salvo de esa mirada incendiaria, quizá podría sofocar el calor que no había dejado de subirle desde la mano, que Leandro había besado, hasta sus mejillas y hacia otras partes de su anatomía que se negaba a considerar siquiera.

Leandro se volvió sin disimulo cuando ella obedeció la orden de Hans y no pudo despegar la mirada de la nuca ni, en realidad, de la totalidad del cuerpo de Ivy hasta que desapareció en el interior del palacete.

Al ver esa mirada Hans supo que Leandro firmaría lo que fuera por poder estar con ella, aunque solo fuera una vez, y abordó el tema que le interesaba.

Septiembre, 2017

A los pocos días Ivy regresó a New Haven para firmar la matrícula del próximo trimestre en la Universidad, sin dejar de pensar en la petición de Hans sobre esa nueva cesión, pero sobre todo no pudo quitarse de la cabeza el encuentro con Leandro.

Sin duda la había impresionado de tal manera que no podía negar que la atraía, muchísimo. Y se preguntaba extrañada si no tendría algún tipo de trastorno. Se sentía tan bien con Hans, él representaba como hombre todo lo que quería, ¿cómo era posible que Leandro, con solo un encuentro, la hubiera seducido de esa forma?

Permaneció en su apartamento una semana mientras arreglaba todo el papeleo. Y durante todo el tiempo no dejó de darle vueltas a la idea de estar con Leandro mientras Hans estuviera fuera.

En las otras cesiones que Hans le propuso jamás tuvo esa inclinación por el Dominante o la Dómina a la que él la cedió durante algunas horas, a veces con él presente y otras a solas.

Pero ahora... Era tan diferente.

Leandro era diferente.

El jueves por la mañana cogió el vuelo de regreso a Madrid, más tranquila. Había quedado con las chicas para acudir a un concierto y estaba impaciente por llegar.

Después pasaría los últimos días de vacaciones con Hans, antes de que este se fuera. Y en esos días debería tomar la decisión de aceptar la propuesta o rechazarla y no tenía ni idea de lo que quería hacer. No había podido desentrañar qué era lo que realmente le apetecía, ya que la atracción que sentía por Leandro le impedía pensar con claridad.

Pero esa noche asistía a un concierto de Estopa con sus amigas y decidió que ya lo pensaría más tarde, ahora solo quería ser una chica sin preocupaciones.

El estadio estaba a tope y el caos era apabullante. La gente reía y corría en los pasillos. Helena las condujo hacia el césped y empezó a hacerse un hueco hasta que llegó hasta las barreras.

—¡No sé cómo lo haces, Helena! Pero siempre nos sitúas en primera fila

—chilló Verito entre el ruido reinante, entusiasmada.

El concierto empezó e Ivy saltó como una loca, enfervorecida, mientras coreaba a pleno pulmón la canción que David cantaba sobre el escenario: «Cuando cae la luna».

Hans la pasaría a recoger en cuanto terminara el concierto.

Al finalizar, a las dos horas de saltos, risas, cantos y una afonía del quince, el grupo de amigas salió por la puerta sur del estadio.

—¡Uff! ¡Qué calor! ¿Vamos a tomar algo? Dicen que David y José van a estar en el «Candela» —dijo Tere con esperanza. Llevaba enamorada de José desde siempre y nunca perdía ninguna oportunidad de poder hablar con él. Era la presidenta de su club de fans y una apasionada defensora de los hermanos.

Ivy miraba el móvil y vio el mensaje de Hans advirtiéndole que la esperaba en la salida. Sonrió y sacudió la cabeza. Había bajado del avión desde Estados Unidos hacía poco más de tres horas y estaba agotada, estaba deseando echarse a descansar.

—No contéis conmigo. Me voy a casa, a tirarme en la cama y a dormir una semana entera. Además Hans viene a buscarme, ya debe estar esperándome —añadió con un encogimiento de hombros.

Caminaban hacia la salida y el sonido del motor de una potente BMW las recibió nada más salir por los grandes portones.

Ivy escuchó con atención cuando oyó el característico sonido de la moto. Le pareció que no era el mismo de siempre, pero se dijo que sería por el cansancio que la asediaba, segura de que debía ser Hans ya que era la moto que él usaba en España. Se despidió de sus amigas.

—Bueno chicas, yo me voy, ya han venido a buscarme —dijo mientras les daba un beso en la mejilla de cada una de las cinco.

Pero Tere no dejaba de mirar tras ella, en la dirección donde Ivy había visto la moto aparcar y la cogió del brazo.

—Ese no es Hans, Ivy —advirtió con una curiosa expresión, entre anonadada y fascinada.

Ivy sonrió, pensando que su amiga bromeaba, y se giró hacia la moto. Estupefacta, la sonrisa murió en sus labios. Ciertamente, era una BMW, pero sobre ella no estaba su antiguo tutor. Montado en un modelo diferente al de su dueño, todo vestido de negro y con una mirada tan incendiaria que podría calentar un globo aerostático, se hallaba Leandro. Arredrada, se quedó sin aliento al constatar que seguía siendo el hombre más cañón que había visto

nunca.

Hans era increíblemente atractivo, pero es que Leandro...

¡Era la belleza viril hecha carne!

¿Cómo podía sentirse tan atraída por él?, se preguntó, culpable.

Leandro se había quitado el casco y lo mantenía apoyado sobre el depósito de la motocicleta, mientras descansaba el antebrazo izquierdo sobre él y la miraba casi tan estupefacto como ella a él.

—¿Quién es ese pedazo tío? —susurró Verito, con los ojos como platos.

—No lo sé, pero está para mojar pan —susurró, agitada, Amparo.

Ivy no podía sino mirarlo, sin poder pronunciar palabra.

¿Qué estaba haciendo él allí?

—Ivy... —pronunció Leandro su nombre, como si no pudiera creer que la tuviera delante.

—¡Joder! Os juro que como un tío como este diga mi nombre así, me caso con él —exclamó Verito, casi babeando.

—¡Chist, Verito! —instó Olalla en un murmullo, sofocada.

Ivy se sonrojó, abochornada. Se giró hacia su amiga y le frunció el ceño, elocuente. Estaban muy cerca para que el exaltado comentario no hubiera llegado a los oídos masculinos.

Helena se hizo cargo del asunto. Conocía muy bien a Ivy desde que eran unas niñas. Comprendió que allí había algo que no les había contado y que quizá tuviera que ver con ese aspecto de su vida que nunca compartía con ellas. Cogió a Verito del codo y tiró de ella, con fuerza, ya que la chica de ojos chispeantes se negaba a dejar de mirar con la boca abierta al adonis que tenía ante ella.

—¡Vámonos! Aquí ya no tenemos nada que hacer —instó, casi arrastrando a su amiga. Amparo y Tere se unieron a Helena, mientras se despedían de Ivy.

—¡Oh, está bien! Ya voy, ya voy —capituló Verito, con un suspiro cómico por tener que alejarse de semejante espécimen masculino—. Hasta luego, Ivy.

—Mándame un mensaje en cuanto llegues a casa, ¿de acuerdo? —pidió Tere, sin comprender qué estaba ocurriendo.

—A mí mejor llámame—sonrió Helena.

—Nos vemos mañana, Ivy. Buenas noches. —Se despidió Olalla, extrañada, pero siguiendo a Helena.

Ivy agitó la mano, asintió distraída hacia sus amigas, y se volvió de nuevo hacia Leandro. Se acercó a él, despacio, sin poder apartar los ojos de esa

mirada oscura, espesa e hipnotizadora.

—Hola —saludó seria. No sabía ni qué decir. Se detuvo ante él, sobre la acera, al tiempo que agarraba con fuerza la tira del bolso que llevaba atravesada sobre el cuerpo y lo retorció, nerviosísima—. Hans vendrá a buscarme en unos minutos —anunció, como si fuera un escudo protector que pudiera protegerla del calor que se estaba instalando en su bajo vientre bajo la abrasadora mirada que parecía querer devorarla.

—No, no lo creo —dijo Leandro, al final, en voz baja.

No podía creer la triquiñuela que le había jugado su amigo. Lo había llamado hacía una escasa media hora y le había pedido que fuera a recoger a un amigo a la salida del concierto, ya que a él le había surgido un contratiempo y no podría cumplir el encargo. Leandro había suspirado y le había cantado las cuarenta, para luego decirle que sí, que iría él a recoger a ese amigo «estopañero». Hans le dio las gracias y le especificó que esperara a la salida de la puerta sur del estadio, sobre las dos de la madrugada, la hora que ella había calculado que saldría cuando lo llamó para decirle que el concierto había acabado y que podía pasar a recogerla.

Tenía la moto guardada en el garaje y pensó que sería mejor ir en ella ya que, a la salida del concierto, el aparcamiento estaría a reventar y se formarían unos atascos de cuidado. Con la moto podría maniobrar mejor y saldrían antes del atolladero.

Lo que nunca esperó fue verla a... Ella.

Tan bella, natural y juvenil que se olvidó de respirar.

Iba vestida con unos vaqueros, una camiseta ancha de Desigual, unas sandalias, sin tacón, de esas que solo tenían unas tiras y dejaban todo el pie al descubierto —y tenía que reconocer que era un pie muy hermoso, con mucho empeine y unos deditos que daban ganas de comérselos uno a uno mientras sentía uno las piernas de esa diosa en torno a su propio cuerpo—, y un bolso atravesado sobre el busto.

Exhibía una sensualidad tan pura que apenas podía creer que fuera real. ¿Realmente Hans, su mejor amigo, quería encomendarle a esa mujer hecha del más profundo deseo de un hombre Dominante?

Hans había querido que se encontraran. ¿Por qué?

Aunque en realidad, ahora mismo, la razón no le importaba mucho. Lo que deseaba era algo mucho más íntimo y no con él, sino con la diosa que tenía delante. Dejó el casco sobre la moto, pasó la larga pierna por encima de la parte trasera y se irguió frente a ella.



—¿No? ¿Cómo que no? —se extrañó Ivy, intrigada. Elevó la vista hacia él, con una expresión de desconcierto en su adorable rostro.

—Creo que tu Amo nos ha tendido una pequeña emboscada —reveló Leandro, sin poder dejar de admirarla.

¡Dios! Se sentía impelido hacia ella como si fuera un imán. Apretó las mandíbulas con fuerza. No podía comportarse como un adolescente y revelar lo que sentía como si ella fuera la primera sumisa a la que deseaba y, cierto, no lo era, pero sí que era muy diferente a las demás en lo que a su deseo atañía. Ivy parecía haber prendido una mecha incandescente en su interior. Blindó la expresión y se esforzó en aparentar una tranquilidad que no sentía, como si encontrarse con ella no le hubiera supuesto un impacto tan fuerte como parecía serlo para Ivy. Por lo visto su Amo tampoco le había contado los perversos planes que había urdido, para reunirlos, sin que ellos lo supieran.

Ivy frunció el ceño y desvió la vista hacia la moto, confusa. Los impresionantes ojos azules regresaron hacia él y de pronto se iluminaron, al comprender lo que había ocurrido. Hans había organizado ese encuentro para que ellos pudieran hablar a solas, para que se conocieran sin la necesidad de preparar una incómoda primera cita en la que intervendrían mucho los nervios y poco la naturalidad, no así en un encuentro fortuito donde no habría nervios previos. Asintió, lenta, y se humedeció los labios con una sonrisa tímida. Los ojos de Leandro volaron hacia su boca y entrecerró los ojos en un intento de esconder la indecorosa lujuria que lo estaba poseyendo.

—¿Y ahora qué hacemos? Yo... —preguntó Ivy, indecisa y terminó la frase—: puedo coger un taxi si usted lo prefiere.

Hans le había contado que Leandro había escuchado su propuesta, pero que no le había contestado todavía, aunque su Amo estaba convencido, al noventa y nueve coma nueve por ciento, de que su amigo iba a aceptar convertirse en su dueño temporal si ella aceptaba.

Leandro avanzó hacia ella, con una aplastante seguridad en sí mismo, e invadió su espacio personal. Ivy tuvo la tentación de retroceder y huir al sentir el poderoso calor corporal de él envolverla como si fuera una manta eléctrica, tan imponente era su presencia, pero se obligó a permanecer quieta y echó la cabeza aún más hacia atrás para no romper el contacto visual, como si fueran dos rivales que midieran fuerzas en un cuadrilátero.

Él elevó las comisuras de los labios en una sonrisa de desafío y se cernió sobre ella, exudando su peligroso atractivo, retándola a salir huyendo o a

aceptar la provocación.

—¿Crees que iba a permitir que te marcharas tú sola, Ivy? Hans me cortaría en pedacitos tan pequeños que nadie podría volver a juntarlos. Además... —Se interrumpió y la sonrisa retadora se intensificó con un inquietante brillo en el fondo de los ojos oscuros, lo que provocó un perturbador escalofrío en la base de la columna femenina. Leandro continuó con la voz cada vez más grave y ronca hasta terminar en un sensual susurro que hubiera hecho suspirar de anhelo a Verónica, la amiga de Ivy, si lo hubiera oído—. Me gusta demasiado la idea de acompañarte a casa con tus brazos alrededor de mi cuerpo.

Ivy tuvo ganas de exhalar un gemido al sentir como si le hubieran sacudido el abdomen y un millón de mariposas hubieran echado a volar dentro de él, drenándole la fuerza de las piernas, de repente convertidas en algo muy parecido a un flan.

La sonrisa maliciosa de Leandro se ensanchaba por momentos e Ivy quiso poder borrarla con un desplante de indiferencia y bajarle esos humos, pero con honestidad tuvo que reconocer que él tenía razón. A ella también le gustaba demasiado la idea de montar en esa moto, sentir el poderoso rugir del motor entre las piernas mientras se apretaba con fuerza contra esa ancha espalda, y se bañaba en la deliciosa fragancia de *Invictus*, de Paco Rabanne, que desprendía su cuerpo viril.

Ya que no podía bajarle los humos, lo mejor sería avivar esa hoguera, a ver si él era capaz de controlar esas llamas o, por el contrario, se quemaba en ellas. Aleteó las largas pestañas y se inclinó hacia delante, lo miró coqueta y correspondió a esa sonrisa de diablo con una de ángel, mientras el corazón le bombeaba, agitado, a toda velocidad en el pecho.

—¿A casa? ¿Quién ha dicho que iba a ir a casa? —provocó con un mohín de sus labios color de rosa.

Los ojos de Leandro despidieron un perturbador destello electrizante e Ivy ensanchó la sonrisa, llena de rebelde picardía. Avanzó como si fuera a enfrentarlo, pero en el último segundo lo sorteó y se dirigió hacia la moto con un aplomo que esperaba fuera convincente. Sabía que Hans tenía un casco de reserva debajo del asiento de su moto, así que adelantó la mano hacia el botón del salpicadero que sabía que abría el compartimento, esperando que Leandro también lo tuviera, pero una mano de él se cerró en torno a su muñeca y se sintió enlazada de la cintura por un poderoso brazo. Un profundo estremecimiento la recorrió entera cuando sintió el formidable

cuerpo pegarse a ella por detrás, pero eso no fue nada en comparación a cuando oyó su hermosa voz ronca susurrarle al oído.

—¿Estás segura de querer jugar con fuego, gatita? —inquirió de una forma engañosamente suave. La mano que tenía cogida su muñeca llevó el brazo hacia atrás y la inmovilizó entre su espalda y el pecho de él, y la otra subió hacia el cuello.

«¡Vaya si sabe controlar las llamas! ¡Y prenderlas todavía más!», pensó Ivy con el cuerpo casi derretido ante el poderoso calor sexual que la envolvía.

El aparcamiento había ido vaciándose poco a poco y ahora estaba casi desierto. Los ojos de Ivy se desorbitaron al comprender que él era un maestro donde ella era un aprendiz y supo que, quizá, la que se iba a quemar en esa hoguera de pasiones desatadas iba a ser ella.

No pudo evitar gemir, seducida, por la fuerza con la que sentía el musculado brazo alrededor de su torso y el duro cuerpo que se pegaba a su espalda, inmovilizándola sin amenaza, con una destreza que solo podía dar un carisma tan particular como el que poseía Leandro.

—No es ningún secreto que me atraes. Muchísimo —confesó Leandro, honesto—. Pero no voy a hacer nada para hacer realidad mis deseos sin antes saber qué es lo que deseas tú, Ivy —declaró en un murmullo ronco, mientras recorría su garganta con los dedos hacia la barbilla en una caricia de fuego—. No me importa jugar al gato y al ratón contigo, y más si lo haces con ese maravilloso y sensual ingenio, pero yo necesito más... Mucho más que un simple juego contigo —confesó. Su nuez subió y bajó por el cuello al tragar con fuerza el nudo de anhelo que le constreñía la garganta. Sentirla contra él era delicioso, demasiado delicioso. Y no quería avanzar, no quería dar un paso en una dirección que ella no estuviera dispuesta a recorrer con él. Hans le había advertido que la última palabra en esa cesión de un año o más, la tenía Ivy y que ella aún no se había decidido. Así que no quería dar rienda suelta a un deseo que se desataba vehemente dentro de él si ella, al final, iba a cortar todo contacto, dejándolo anhelante e insatisfecho—. Dime qué es lo que quieres, gatita.

Ivy temblaba bajo las caricias de él en el cuello y mandíbula. Sentía su propio cuerpo estremecido y el corazón emocionado, y apenas podía respirar al sentirlo contra ella con esa voz llena de necesidad.

—¿Quiere que sea suya? —susurró, trémula, tentada de cerrar los ojos y abandonarse a esas manos.

Leandro inhaló con fuerza, apartó el cabello de ella con la barbilla y acercó

los labios a la base de su cuello por detrás, a un suspiro de tocarla.

—No, Ivy. Aquí el que hace las preguntas soy yo y quiero saber qué es lo que quieres tú —exigió, inclemente.

—Yo... Soy de Hans, haré lo que él quiera...

—No cuela, gatita —negó al tiempo que frotaba la frente contra la cabeza de ella con ternura—. Hans me dijo que te había dado licencia para decidir. Vas a tener que mojarte en esto —advirtió.

Ivy gimió al sentir su ardiente aliento rozarle el cuello. Un seductor impulso la impelía a echar la cabeza hacia atrás y entregarse a sus brazos, pero luchó todavía contra los propios deseos como si sucumbir a ellos fuera algo demasiado libidinoso o una traición a Hans. Forcejeó entre sus brazos, débil, pero Leandro no cejó y demandó, exhalando su incendiario aliento en el lóbulo de su oreja al hablar.

—Contéstame, Ivy.

La autoridad en su voz enervó las terminaciones nerviosas del cuerpo femenino, como si él hubiera encontrado la tecla adecuada para hacerla claudicar y la hubiera apretado. Ivy ladeó la cabeza hacia el otro lado y exhaló un suspiro, casi vencida.

¡Lo deseaba! ¡Claro que sí!

Desde que lo vio en aquella fiesta y sus ojos castaños la traspasaron con su intensidad densa y peligrosa, pero...

Tenía miedo.

Con Hans todo fue fácil, todo vino rodado. Con Leandro parecía que tenía que saltar a una piscina con los ojos vendados y el ardoroso magnetismo que él exhibía la amedrentaba y atraía mucho más de lo que quería admitir ni aún ante sí misma.

—Ivy... —instó Leandro, implacable.

—Por favor, yo... —suplicó, febril.

—Disculpen, pero van a tener que irse. Estamos cerrando el *parking* —interrumpió una voz tras ellos.

Todo el cuerpo de Leandro se tensó y volvió la cabeza. Un joven guardia de seguridad se mantenía a una prudente distancia y se veía a todas luces que se sentía incómodo al tener que interrumpir a esa apasionada pareja, pero su supervisor lo había mandado a recorrer el aparcamiento para despedir a los rezagados.

—Ahora mismo nos vamos —asintió, con una tirante sonrisa de disculpa. Pero no soltó a Ivy ni se movió un ápice.

El guardia miró a Ivy, la cual permaneció con el rostro ladeado hacia el otro lado, y al final cabeceó, no muy convencido.

—De acuerdo. En cinco minutos cerraremos la barrera —advirtió mientras retrocedía y se alejaba.

Leandro lo vio encaminarse hacia otro coche estacionado a unos cien metros y se volvió de nuevo hacia Ivy. Entonces la soltó y se separó, pero se mantuvo a su espalda hasta que dejó de tocarla.

—Será mejor que nos vayamos. Te llevaré a casa —dijo con una voz extraña, como si estuviera esforzándose por ocultar sus emociones, mientras se adelantaba y apretaba el botón que antes quiso accionar Ivy. El asiento se alzó y Leandro, en efecto, sacó un casco pequeño y abierto por delante. Se lo tendió y ella lo cogió sin mirarlo, pero él no pensaba consentir que pensara que se había librado.

Ivy agarró el casco, él no lo soltó, en cambio tiró y ella, desequilibrada, trastabilló hacia él. Rápido como un depredador, Leandro le arrebató el casco de las manos y envolvió su cuerpo entre los brazos. Sonrió perverso cuando los ojos de Ivy se abrieron desmesurados y su boca se entreabrió con un jadeo de sorpresa y turbación.

—¡Oh, sí! Mucho mejor así —murmuró inclinado sobre ella, muy cerca, casi sobre sus labios.

## 29

Ivy se supo perdida en cuanto él la abrazó. Sus brazos eran fuertes, poderosos, muy seguros y la sujetaban con firmeza, pero también con dulzura. Elevó la vista, conmovida, y se estremeció cuando sus ojos se enredaron en esa mirada umbrosa y caliente, la cual la traspasó de nuevo con su intensidad.

—Leandro... —murmuró, alterada.

Los ojos color café centellearon, vivaces, al oírla. La inclinó hacia atrás, apretó su torso aún más contra sí y susurró:

—Aunque oír mi nombre de tus labios casi me ha hecho alcanzar el cielo, tal vez podría superarse si me llamas Amo, gatita —musitó un segundo antes de posar los labios sobre los de ella y degustarla, lento, sin dejar de mirarla a los ojos.

El cuerpo de Ivy se sacudió, electrizado, cuando él la besó y gimió bajo el dulce asalto.

A los pocos segundos Leandro se separó, enervado. Sentirla contra él, inhalar la dulce esencia era como saborear un fruto prohibido largo tiempo anhelado. Pero al besarla su cuerpo entró en ebullición y se obligó a alejarse antes de entrar en un camino sin retorno.

¡Oh, dulzura!

Era demasiado tentadora.

—¡Joder, Ivy! —musitó, arrebatado. Volvió a descender sobre ella, pero se detuvo a escasos milímetros y frotó la nariz con la suya, mientras bebía de su aliento de miel—. Eres pura tentación y yo soy un empedernido pecador... —murmuró, impetuoso. Entonces gruñó acuciado por el deseo, y se arrojó sobre su boca, ya incontenible. La besó con toda su pasión, imposibilitado de resistirse a ella y fingir que no la deseaba con ansia, que no lo turbaba su presencia como si fuera una aparición venida desde algún paraíso carnal y lujurioso.

Ivy lo recibió, hechizada. Los labios masculinos eran maestros y se adueñaban de su aliento, de su lengua. Y los brazos de su cuerpo como si estuviera destinada a ellos desde tiempos inmemoriales. Gimió cuando la pasión prendió en su piel, adelantó las manos y las posó en los anchos hombros. Las piernas se le habían convertido en dos extensiones de su cuerpo que parecían haber perdido todo lo que no fuera una masa amorfa de músculos sin fuerza y los tendones, huesos o cartílagos se habían

transformado en algo demasiado parecido a la gelatina. Y se agarró, débil, a la cazadora de cuero de él mientras esa boca tan caliente como el más perverso y pecaminoso de los afrodisiacos hacía estragos sobre sus labios.

Leandro la apretaba contra sí y la devoraba con toda la pasión que lo enervaba. Al fin tuvo que separarse de nuevo, ya que si no lo hacía ahora sabía que no podría detenerse después y no tenía permiso. Respiraba acelerado y el corazón bombeaba con fuerza al núcleo de su deseo.

Ivy gimió, en protesta, cuando él se alejó y la privó de sus labios. Se adelantó de nuevo, impulsiva, hacia esa boca huidiza. Leandro casi se perdió al oír el murmullo de queja proveniente de esa garganta de alabastro, pero se alejó aún más mientras sujetaba su cintura con mano de hierro.

Ella abrió los ojos, brillantes de deseo, y lo miró confusa.

—¡Santo Cristo! —renegó, irreverente—. Será mejor que te lleve a casa de inmediato, gatita, o no me hago responsable de lo que ocurra en los próximos instantes si permanecemos un solo segundo más aquí —advirtió Leandro, enervado. Se giró hacia la moto con ella casi en brazos, la sentó sobre el asiento del pasajero y le tendió el casco. Con un susurro ronco, pidió—: Póntelo, por favor.

Él cogió el suyo y se lo encasquetó como si fuera un salvavidas que pudiera impedir que se lanzara sobre ella.

Ivy, estremecida, cogió el casco abierto y se lo puso con las manos temblorosas. Se ató la cincha de seguridad bajo la barbilla y se bajó la visera. Sentía sobre sí, todavía, el calor de los labios masculinos y su abdomen no hacía otra cosa que sacudirse como si tuviera un bicho en el interior.

Leandro la miró ya con su propio casco, totalmente negro y cerrado, puesto. Sonrió divertido al verla embutida dentro de ese pequeño y abierto como si fuera la hormiga atómica<sup>38</sup>. Definitivamente Ivy era adorable con cualquier cosa que se pusiera. Le preguntó con la voz algo apagada por la visera:

—¿Estás cómoda?

Ivy asintió, sentada sobre el estrecho asiento y con los pies en los reposapiés del pasajero.

—Voy a llevarte a casa, Ivy —anunció como si eso explicara por qué había interrumpido un beso que podría haber sido declarado bien de la humanidad.

Ella lo miró, pero al no poder verle los ojos desvió la vista, turbada. Leandro se adelantó y la cogió de la barbilla por debajo de la visera del casco abierto.

—Pero no pienses ni por un segundo que hemos terminado esta... —  
Sonrió, maquiavélico, tras el casco, y continuó con un susurro grave y ronco  
—: conversación.

Ivy tragó saliva, prisionera de sus dedos, y de esa penetrante mirada que no podía ver, pero que sentía sobre sí como si lo hiciera, incapaz de articular ningún sonido.

Entonces Leandro miró con ojo crítico la delgada camiseta que ella portaba. Se desabrochó la cazadora y se la quitó, dejando al descubierto su impresionante pecho musculado, bajo una camiseta negra con el lema: «Keep Calm and Carry On»<sup>39</sup>. La pasó por encima de los hombros femeninos e Ivy protestó:

—Estoy bien, no hace falta que...

—Póntela —ordenó sin dar opción a réplica—. No permitiré que cojas un resfriado. No voy despacio con la moto y la temperatura nocturna no es tan cálida a ciento veinte kilómetros por hora.

Ivy cerró la boca con un mohín rebelde, pero no dijo nada y pasó los brazos dentro de la enorme cazadora que le sobraba por todos lados. El calor que conservaba la prenda la envolvió y el aroma masculino la rodeó, casi como si fuera él mismo. Las mejillas se le encendieron y permaneció quieta, cautivada.

Leandro le abrochó la cremallera y le abotonó el cuello. La examinó minucioso y quedó satisfecho, aunque se sonrió al ver que casi no podía sacar las manos de dentro de las mangas, tan largas eran para sus brazos. Las arremangó un poco y ella sacó las manos. Conforme una vez que se aseguró que estaba protegida, la soltó y pasó la pierna por encima de la moto, delante de ella. Se puso los guantes, retrajo el soporte de apoyo con la punta de la bota, giró la llave y apretó el mando de arranque. El potente motor rugió con fuerza en el silencio del desierto aparcamiento y él ladeó la cabeza hacia ella.

—¡Agárrate! —ordenó por encima del estruendo.

Ivy se inclinó hacia delante, pasó las manos por la cintura de él y se agarró a su torso. Él meneó la cabeza, reprobatorio.

—¡Más fuerte, gatita! Vamos, sé que puedes hacerlo mejor —insistió, presuntuoso.

Ivy apretó las mandíbulas ante la bravuconería en su voz y se vengó, sin pensar en lo que iba a hacer. Descendió, posó las manos sobre los fornidos muslos por encima de los vaqueros, clavó las uñas y las arrastró, provocadora, hacia arriba.



El cuerpo masculino se tensó, Ivy sintió endurecerse los músculos bajo la ropa y sonrió, traviesa, por su pequeña venganza. Pero Leandro cogió sus manos, alejándolas de esa zona en peligro de combustión, tiró y el cuerpo de ella patinó sobre el asiento, se aplastó contra su espalda y las piernas se amoldaron contra las masculinas. Entonces él posó las manos de Ivy sobre su propia cintura, de nuevo.

—No se te ocurra volver a hacerlo si no quieres desatar algo que todavía no estás segura de ambicionar —advirtió ladeado hacia ella, con severidad.

Ivy inhaló con fuerza al darse cuenta de que había traspasado un límite peligroso y bajó la cabeza, abrumada por unas emociones demasiado intensas.

—Por favor —rogó con cansancio. Vencida, se abandonó contra él y apoyó el lateral del casco en la camiseta negra que se ajustaba a la recia espalda como si fuera una segunda piel, agotada. Ya no podía seguir participando en un juego que no había pedido, estaba demasiado fatigada—. Lléveme a casa.

—De acuerdo, gatita —convino él, esta vez con la voz llena de ternura al advertir su extenuación—. Ahora mismo

Embragó y la moto salió disparada hacia delante. Ivy se apretó más contra su espalda al sentir el brutal tirón, Leandro sonrió satisfecho y aceleró aún más.

Sus cuerpos se acomodaron por sí solos y el contacto entre ellos se hizo más íntimo con cada calle recorrida.

Las manos de Ivy se cerraron cada vez más en torno a la cintura de él y sin saber cómo, se encontró acariciando la textura de la camiseta de algodón por encima del endurecido abdomen masculino.

Leandro, en cambio, se obligaba a sujetar el manillar con fuerza para evitar ceder a la tentación de cogerle la mano que ella tenía en su cintura y hacerla descender unos centímetros, con el consiguiente peligro de provocar un accidente. Aunque sentir contra su espalda el cuerpo de ella y, de forma más concreta, la dureza de sus senos aplastados contra las dorsales le exacerbaba la libido hasta el delirio.

Los kilómetros volaron bajo ellos y en poco tiempo llegaron ante la puerta principal del edificio de la Castellana, donde Hans tenía el apartamento.

Leandro se detuvo ante la entrada y apagó el motor, pero no se movió ni parecía tener intención de hacerlo.

Ivy tras él, se separó un poco, pero estaba atrapada, ya que no podía moverse si él no se bajaba de la moto.

Él se quitó el casco, lo apoyó contra el depósito y se mantuvo estático.

—Necesito saberlo, Ivy —reclamó sin exigencia, más como un ruego, sin girarse hacia ella.

Ella retiró las manos de ese magnífico cuerpo al que había disfrutado de sentir, fuerte y duro, y se desabrochó la cincha de su propio casco. Se levantó sobre los reposapiés y se apoyó con las manos en los hombros de él para poder pasar la pierna por detrás y desmontar. Saltó al suelo, dejó el casco sobre el asiento y se alejó unos pasos.

—Lo siento, yo... —empezó, pero suspiró y cerró la boca. ¿Qué era lo que sentía? ¿No poder darle una respuesta? ¿No poder decirle que sí, que deseaba que él se convirtiera en su dueño temporal, pero que tenía miedo de confesarlo? Se detuvo de espaldas a él. Intrigada por su silencio, se volvió y lo descubrió con los ojos oscuros fijos en ella. Quieto, esperaba su respuesta. Irguió la cabeza e inhaló hondo, dio dos pasos hacia él y lo enfrentó—. Tengo miedo, Leandro. No sé qué esperar de usted, no sé si estaré a la altura de lo que se espera de mí, pero... —Se interrumpió y el rubor cubrió sus mejillas a la luz de la luna llena.

—Pero... —repitió él, conminándola a seguir, con todo el cuerpo en tensión.

—No puedo negar que me siento muy atraída por usted... Y no me siento cómoda al pensar que Hans se va a ir durante tanto tiempo; él siempre ha estado ahí para mí y quizá por eso no pueda darle una respuesta libre de dudas y miedos —confesó en voz baja.

Leandro la miró durante unos segundos, luego desplegó el soporte de la moto, desmontó y se acercó a ella, despacio. Ivy lo vio avanzar y su corazón empezó a latir desaforado, de nuevo. Su cercanía la electrificaba y tenía tantos deseos de huir como de sentir sus brazos alrededor otra vez.

Él se detuvo a pocos centímetros y levantó la mano hacia su mejilla. La acarició con un dedo, dulce, al tiempo que recorría su rostro ruborizado con la mirada, de forma intensa.

La quietud de la noche los rodeaba. Una farola cercana alumbraba el vestíbulo del inmueble, pero todo lo demás estaba en silencio, como si la ciudad entera estuviera durmiendo.

—Antes me preguntaste si quería que fueras mía —señaló. Le cogió la barbilla entre los dedos y le levantó aún más el rostro hacia él, con delicadeza llena de firmeza. Entonces confesó, con una ardiente mirada y una sonrisa franca—. Gatita, no he anhelado otra cosa desde que te vi en aquella fiesta.

Por supuesto que quiero tu entrega, pero... No por encima de ti, ni de tus deseos. Quiero que te sometas a mí porque quieras, no solo como obediencia hacia Hans. Y si tú no quieres, entonces me comprometo a estar ahí para ti, para lo que necesites en todos los demás aspectos de tu vida como un amigo y jamás volveré a mencionarte esta conversación ni a hablarte de la cesión.

Ivy abrió la boca y volvió a inhalar con fuerza. Se había olvidado de respirar mientras lo escuchaba

—Leandro... —musitó, con los ojos brillantes de emoción.

Él inspiró con fuerza, ahogó un gruñido provocado por un devastador tirón en su miembro, y apretó los dientes. Oír su propio nombre pronunciado por esa voz de ángel era pura dinamita en su entrepierna. Estudió la expresión candorosa y su corazón empezó a bombear más rápido.

—¡Dime qué es lo que quieres! —exigió esta vez, a punto de explotar.

CONTINUARÁ...

## Agradecimientos:

A Olalla Pons, por alentarme a autopublicar y lanzarme a esta nueva aventura. Por la maravillosa portada (sabes que soy adicta a ellas) y la estupenda maquetación.

A Silvia Barbeito por una labor descomunal para darle sentido a una novela que empezó como unos relatos que luego se convirtieron en una novela algo particular y que necesitaba un hilo conductor; ella es la meiga que ha logrado darle coherencia y enlazar todas las tramas. Esta novela también es suya. (Te sigo debiendo chocolate).

A Jane Kelder, por participar conmigo en esta «carrera de fondo».

A mi hermana, por ser ella y por estar ahí para mí «sempre».

A Petra Ortega Ruiz, por esas tertulias literarias de los lunes.

A Esther Caro, por ser una lectora beta excepcional, por aportar un punto de vista único y tan constructivo que esta novela no podría haber llegado tan lejos sin ella.

A M. Carmen, por aceptar mi proposición para ser una de las primeras lectoras.

A Pep Toni, por acudir en mi rescate cuando mi ordenador quiere traicionarme.

A Reyes, por ser un lector tan generoso cuando me da su opinión.

A ti lector, por leer, por enriquecer el mundo de la literatura, por escoger esta obra y por confiar en una servidora.

# Nota de la autora:

Esta es una historia romántica y de BDSM donde la tolerancia y el respeto por esa forma de vida espero que esté impresa en todas y cada una de las palabras que conforman la novela, dejando aparte las licencias creativas.

BDSM es un término creado en 1990 para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas. Se trata de una sigla formada con la combinación de las iniciales de los siguientes pares de palabras: Bondage y Disciplina; Dominación y Sumisión; y Sadismo y Masoquismo.

Una importante inspiración para mí son las novelas de Shayla Black, en mi opinión una de las mejores escritoras en este género, y mi autora referente.

Ante todo quiero dejar claro que ser Dominante o sumiso/a es una elección por completo libre y, lógicamente, tomada desde la madurez y el amor propio.

Y con la gravedad que requiere asumir el poder sobre otro ser humano: Dominante. U otorgar la máxima confianza a otra persona, con los riesgos que ello conlleva: sumiso/a.

Por eso es necesario tener muy presente que la Dominación y la sumisión son: Sentimientos. Los cuales se llevan dentro desde la niñez, maduran con la sexualidad de cada persona y la forma cómo se afronta, y que los términos dichos no tienen, forzosamente, la misma definición que se explica en el diccionario, aunque haya similitudes.

Un/a dominante no es una persona que no respete a las mujeres o a los hombres o que tenga algún oscuro secreto o trauma psicológico que lo «obligue» a abusar y controlar o al que le guste «pegar». Tampoco es alguien que se considere superior a otros/as.

Las personas que conforman esta forma de vida no son enfermos.

Un/a dominante no «pega».

Azota, castiga, pero siempre con un motivo consensuado previamente y nunca desde la ira, la rabia o la venganza.

Un/a sumiso/a no es una persona sin personalidad, carácter o deseos. Desde su libertad elige entregar su cuerpo, su mente, su placer y su dolor a alguien que sea merecedor de ello y se haya ganado su confianza para depositar la voluntad en sus manos.

Por decirlo de un modo más mundano: un/a dominante se responsabiliza de forma total por las necesidades, deseos y placer de el/la sumiso/a y un/a

sumiso/a delega por completo, aceptando el placer o el dolor que a su dueño/a le apetezca otorgarle así como ambos se comprometen a cumplir las normas consensuadas entre los dos, sea en un contrato: con el valor de honor que ambos le dan, o de simple palabra.

El BDSM es un estilo de vida que engloba muchas prácticas y dichas prácticas pueden ser adoptadas por muchas y diversas personas. Ya sea por morbo, por curiosidad, por aburrimiento, por probar algo diferente, etc.

Pero no se debe olvidar que hay gente que lo siente y no solo lo practica.

Desde aquí quiero dar las gracias a todas aquellas personas que compartieron conmigo sus vivencias, opiniones y enseñanzas de forma anónima y desinteresada. Todo mi respeto por su valentía, libertad y madurez. Vosotros sabéis quiénes sois en Madrid, Tenerife, Barcelona, Murcia, Zaragoza, Extremadura, Palma y Sevilla.

Con esta novela no pretendo sentar cátedra ni refutar ni ratificar ninguna obra anterior o posterior a la creación de esta novela.

Solo he pretendido crear una historia que entretenga, muestre una forma de vida ajena a la gran mayoría de personas y sobre todo hacerlo desde el respeto.

Me pasé horas frente al ordenador leyendo e informándome con interminables (y divertidas) charlas a través de la pantalla y también cara a cara, para poder dar una versión lo más fiel posible a esta realidad —forma de vida, sexualidad— alternativa.

Querido/a lector/a: muchas gracias por elegir esta obra de entre la gran variedad que ofrece el mercado y el talento que hay entre los/as autores/as.

Espero que la lectura os haya sido venturosa, provechosa y...

Excitante.

# ÍNDICE

## Prólogo

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora:](#)



# Notas

[[← 1](#)]

**BDSM** es un término creado para abarcar un grupo de prácticas y fantasías eróticas. Se trata de una sigla que combina las siglas resultantes de: «*Bondage* y **D**isciplina; **D**ominación y **S**umisión; **S**adismo y **M**asoquismo». Abarca, por tanto, a una serie de prácticas y aficiones sexuales relacionadas entre sí y vinculadas a lo que se denominan sexualidades alternativas.

[←2]

Korey: nombre de sumisa que significa «juguete».

[←3]

Bondage es una práctica erótica basada en la inmovilización del cuerpo de una persona, generalmente mediante cuerdas.

[←4]

Rey: palabra cariñosa, usada en mallorquín en algunas familias hacia los pequeños, indiferentemente de su sexo.

[←5]

Un gato muy especial, ya que el tricolor solo se da en hembras. En casos excepcionales como el de Freddo, se trata de una **Anomalía genética XXY**: Si el gato tiene **dos cromosomas X** y uno **Y** (tendrá cromosoma **XXY**, en vez del habitual XY de los machos). Estos son casi siempre estériles porque en realidad es una anomalía genética.

[←6]

El **ludo** (del latín, "yo juego"), también llamado **parkase**, es una variación inglesa, simplificada para niños, del juego tradicional indio pachisi. Es muy similar a la adaptación occidental llamada parchís.

[← 7]

Cuidador del pueblo.

[←8]

Tapu: sagrado/prohibido.



[←9]

**Kauri** (*Agathis australis*) es una especie de conífera endémica del norte de la Isla Norte de Nueva Zelanda.

[← 10]

Típica comida mallorquina: en una fuente se colocan filetes de carne o pescado o huevos fritos, y luego se van añadiendo capas de patata en rodajas, pimientos verdes fritos, berenjenas en rodajas, calabacín si gusta y por último se riega con abundante salsa de tomate.

[ ← 11 ]

Los **lakota** o **lakhota** son un pueblo que vive en los márgenes del norte del río Misuri. Son parte de la tribu sioux, históricamente habían sido un grupo nómada aunque actualmente llevan un modo de vida sedentario.

[← 12]

Es la “Pared” de las paredes, donde todo empieza. Un lugar emblemático al que todos los ambiciosos y jóvenes alpinistas quieren ir.

[← 13]

En la escalada en roca, una **reunión** puede ser cualquier forma en la que un escalador está sujetado, ya sea a la cuerda, o a un cuerno de roca, hielo o un edificio, de forma permanente o temporal. El objetivo de una reunión depende del tipo de escalada que se esté practicando bajo ciertas consideraciones, pero usualmente consiste en la de detener una caída o mantener una carga estática.

[← 14]

Un '**dyno**' se produce cuando el escalador realiza un movimiento dinámico y se aprovecha de la inercia para pasar al siguiente punto de agarre.

[← 15]

Entre los alpinistas, el Tsaranoro de Madagascar está considerado como el Yosemite de África. Las grandes paredes de granito han sido un destino habitual de la escalada desde finales de los 90. Los montes no son demasiado altos (rondan los 400 m. y pueden ser abordados en un día) pero en él se encuentra una de las líneas más famosas, el Tough Enough, a la que se puede calificar como una de las rutas de paso más duras del mundo.

[← 16]

Chorro de agua.



[← 17]

Fabry: na rarísima enfermedad que a largo plazo puede perjudicar a diversos órganos como el corazón, riñones y cerebro, aumentando el riesgo de insuficiencia cardíaca o renal crónica, e infarto agudo de miocardio.

[← 18]

Palabras textuales de Angelina Jolie, embajadora de la ACNUR, en la cumbre de La Haya contra la violencia sexual en las zonas de conflicto, en junio del 2014. Como licencia creativa he puesto sus palabras en labios del británico, respetando los derechos de la propiedad intelectual con esta aclaración.

[ ← 19 ]

Palabras de Aquerón, personaje de Sherrilyn Kenyon, en la saga Dark Hunters.

[← 20]

DKJ es una persona real, cuya historia es contada en el libro «Las novias de la Yihad», un ensayo ganador del premio Espasa 2016 de Ángela Rodicio.

[← 21]

Todos los testimonios son reales.

[← 22]

El Monte McKinley, la montaña más alta de Norteamérica, en Alaska; ahora de nuevo llamado Denali, ya de forma oficial desde agosto de 2015, como siempre lo habían denominado los nativos americanos.

[← 23]

Scatha o Scáthach: Diosa Celta, una divinidad de ámbito pan-céltico, pues su influencia y culto fue difundido hacia las costas del continente europeo, llegando hasta los Alpes. Conocida como deidad del Mundo Inferior, es considerada una diosa guerrera. Reina de una comunidad de mujeres iniciadas que enseñaban a jóvenes previamente seleccionados en las variadas Artes Guerreras y que luego un buen número de ellos, impartían a las filas de las Legiones Rojas.

[← 24]

Matrix: nombre que le daba de forma coloquial y sin ningún fundamento a la red mundial de internet, en honor a la famosa película.



[← 25]

Mueble que sirve tanto de cómoda como de escritorio. Su origen viene del italiano: canterano, cómoda.

[← 26]

La **garriga** es un tipo de ecorregión compuesta por formaciones vegetales que surgen en los biomas: un conjunto de factores climáticos y geológicos que determinan el tipo de vegetación y fauna, de los bosques mediterráneos.

[← 27]

Típica sandalia menorquina, hecha con cuero y suela de caucho, de forma artesanal.

[← 28]

En francés: gran lanzado. Es un salto con una pierna extendida delante y la otra atrás. Es a la vez un paso de recorrido y de gran elevación.

[ ← 29 ]

Scarlet Carson: mostrada en la película «V». Es una variedad de rosa inexistente, de un intenso carmesí, múltiples hojas en capas una vez abierta y con un tallo muy largo. Es un homenaje a la Violet Carson, la verdadera rosa.

[← 30]

Se dice que el nombre «Lindy Hop» surgió en 1927 en el Savoy Ballroom durante un concurso de baile en conmemoración al famoso vuelo de Charles Lindbergh a través del Océano Atlántico. *Lindy* sería el diminutivo de Lindbergh y *hop* (salto, en Inglés), haría referencia al "salto" de una costa a otra del Océano. A mediados de la década de 1920, los bailarines del Savoy bailaban el estilo Charlestón, incorporando elementos de otros estilos. El Lindy Hop nació cuando estos bailarines empezaron a incorporar posiciones abiertas intercalándolas con las tradicionales posiciones cerradas

[← 31]

**Íncubo** (del latín *Incubus*, *in*, ‘sobre’ y *cupare*, ‘yacer’, ‘acostarse’) es un demonio masculino en la creencia y mitología popular europea de la Edad Media que se supone se posa encima de la femenina durmiente, para tener relaciones sexuales con quien duerme.

[← 32]

Para los neófitos: una relación «bedesemera» dentro del mundillo, es aquella que se basa en el BDSM y una relación «vainilla» es la convencional de toda la vida.



[← 33]

Una «sesión» es el espacio físico y temporal en el que una pareja que vive el BDSM pone en práctica los usos y protocolos de esta tendencia sexual. El Dominante, hombre o mujer, ejerce un poder consensuado entre los dos sobre el sumiso, mujer u hombre, y este entrega su voluntad, su cuerpo y su mente para disfrute del Amo y, al final, de los dos.

[← 34]

El Flogger es un tipo de látigo multicolos, compuesto generalmente de suave Antelina o algún tipo similar de tela, que tiene más de sensual que de severo. Si un Dominante desea infligir un castigo duro deberá echar mano de un látigo unicola o de algún tipo de vara. Sí por el contrario se desea escenificar una sesión tranquila y sin gran intensidad el flogger es el instrumento de castigo BDSM apropiado.

[← 35]

Savile Row es una calle de Mayfair, en el centro de Londres. Conocida principalmente por su tradicional sastrería a medida para hombres.

[← 36]

El *Wiener Opernball* o *Baile de la Ópera de Viena* es un baile que se celebra, igual que cada año, en la Ópera de Viena, siendo este el baile más importante del país. Se celebra anualmente el último jueves antes de Carnaval. En él se reúnen los mejores artistas, políticos y empresarios tanto de Austria como del extranjero.

[← 37]

Dentro de la cultura BDSM, la expresión 24/7 se usa para indicar una relación Amo(a)/sumiso(a) de larga duración y donde la pareja extiende la escenificación de su vivencia hasta la totalidad del tiempo disponible, es decir, como si vivieran permanentemente (24 horas al día, siete días a la semana) en la situación escenificada.

[← 38]

La Hormiga Atómica es un personaje de dibujos animados. Su nombre original fue creado por la factoría de animación Hanna-Barbera en 1965. Se trata de una minúscula hormiga antropomórfica y parlante, poseedora de una gran fuerza y poder debido a la exposición de una radiación atómica.

[← 39]

«Keep Calm and... » (Mantén la calma y...) la continuación va a gusto del consumidor y hay variedad para cualquier estado de ánimo y situación. Este slogan tiene más de 70 años de antigüedad. El original era *Keep Calm and Carry On* (*Mantén la calma y sigue adelante*) y fue diseñado, entre otros modelos, por el Ministerio de Información del gobierno británico en el año 1939, al comienzo de la Segunda Guerra Mundial, con objeto de animar a los ciudadanos a resistir ante un peligro inminente de invasión nazi.

# Table of Contents

[Prólogo](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[Agradecimientos](#)

[Nota de la autora:](#)